



LA
SALVACIÓN
DE LADY
SCHELLIN

CLAUDIA CARDOZO



VESTALES

Titulo

La salvación de Lady Schellin

Claudia Cardozo

Índice

[LA SALVACIÓN DE LADY SCHELLIIN](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Poesía](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

SINOPSIS

No hay otra salvación para lady Schellin que la que puede buscar en sí misma. No hay otra salvación que la que los afectos, las amigas, ese grupo de mujeres con el que comparte un ideal, con el que luchan por ser iguales, le pueden dar. Después de descubrirse, de reconocerse como una mujer antes que como una lady, entonces también puede rescatarla el amor.

Antes de ser lady Schellin, antes de casarse de manera impetuosa, casi por despecho, con los halagos y las atenciones de un hombre que pronto las dejaría de lado, Anna Sinclair era una joven alegre, radiante, vivaz. Unos años después, tras un matrimonio sin placer ni complicidades, tras una viudez prematura y casi un alivio, lady Schellin se ha vuelto una joven mujer introvertida, un tanto dura, melancólica. Vive en la campiña, en la propiedad que ha heredado de su marido, alejada de la ciudad y de los vínculos sociales.

Un compromiso familiar la devuelve a Londres para acompañar a su cuñada en los últimos meses del embarazo. También la devuelve a las fiestas, al roce con los otros. Allí vuelve a ver lord Benedict Cahill, hermano de una amiga, con quien comienza una tensa amistad. También comienza a reunirse con las sufragistas y participar en las manifestaciones que reclaman el derecho al voto de las mujeres.

Poco a poco, la melancolía comienza a evaporarse, la soledad muta en compañerismo dentro de un grupo de mujeres que se organiza, la desconfiada amistad con lord Cahill parece cambiar por un anhelo, por la promesa de un placer tanto tiempo negado.

Claudia Cardozo ha escrito una novela intimista, una novela que habla de la formación sentimental de una mujer, que muestra el camino recorrido hasta encontrarse consigo misma y sus deseos

.

Claudia Cardozo
La salvación de Lady Schellin. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-4454-48-5

1. Novelas Históricas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2019.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-48-5
Primera edición en libro electrónico (epub): junio del 2019.

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

A Milagros, que ha sido amiga y hermana.

Recuerdo aquel instante prodigioso
en el que apareciste frente a mí,
lo mismo que una efímera visión
igual que un genio de belleza pura.

En mi languidecer sin esperanza,
en las zozobras del ruidoso afán,
tu tierna voz se oyó en mi largo tiempo
y soñaba con tus divinos rasgos.

Transcurrieron los años. La agitada
tormenta dispersó los viejos sueños
y al olvido entregué tu tierna voz
así como tus rasgos celestiales.

En cautiverio oscuro y tenebroso
mis días en silencio se arrastraban,
sin la deidad y sin la inspiración,
sin lágrimas, sin vida, sin amor.

Mas ahora que el despertar llegó a mi alma,
y de nuevo apareces ante mí,
lo mismo que una efímera visión
igual que un genio de belleza pura.

Y el corazón me late arrebatado
porque en él nuevamente resucitan
La inspiración y la divinidad

y la vida, y el llanto y el amor.

Alexandr Pushkin, 1825
(Para Anna Pyetróvna Kem)

PRÓLOGO

Londres, 1904.

La noche en que Anna Sinclair selló su destino, cometió dos infidencias que habrían de pesarle mucho. De haberlo sabido entonces, claro, otro habría sido su proceder, pero en esa época era demasiado joven e inexperta para siquiera imaginarlo. Tenía dieciocho años, era hermosa, rica y contaba con el apoyo de una familia amorosa. En realidad, lo tenía todo, pero, como nos sucede a muchos con frecuencia en determinados momentos de nuestra vida, le costó ser consciente de esa buena fortuna hasta que fue ya muy tarde y empezó a perder lo que daba por seguro. Entonces solemos mirar al pasado sobre nuestro hombro y, aun cuando estemos dispuestos a dar todo lo que poseemos para recuperar lo perdido, resulta simplemente imposible. Anna no sabía nada de ello, nadie le había hablado jamás de los vaivenes de la vida, y aquella noche se sentía invencible.

La velada había empezado muy bien, se dijo ella luego al intentar encontrar una pista de lo que habría de sobrevenir. Sin embargo, ya que las consecuencias de sus propios actos en realidad no serían palpables hasta mucho después, nunca habría tenido manera de adivinar lo que ocurriría.

Cuando colocó un pie en la escalera que conducía al salón de baile en la mansión de los condes de Falmouth, se sintió flotar como en una nube. Era su primer evento formal desde la presentación a la reina, hacía solo una semana, y estaba deseosa de deslumbrar a los asistentes. En aquella época era lo bastante vanidosa para saber que no le resultaría muy difícil, y su madre se había encargado de alimentar esa presunción al asegurarle que no había joven más bella en toda Inglaterra. Tal vez eso fuera un poco exagerado, claro, pero Anna le había creído y había guardado esas palabras como un amuleto sujeto con firmeza al pecho.

Aquel día, además, estrenaba uno de sus vestidos más hermosos. Rose, su cuñada, la había acompañado a recogerlo esa mañana, y estaba tan radiante como si se tratara del día de su boda. Mientras subía los empinados escalones

a unos cuantos pasos del resto de su familia y fijaba la mirada en los amplios hombros de su hermano mayor, William, quien tendía una mano a su esposa para ayudarla a avanzar, se dijo que ardía en deseos por que tal acontecimiento ocurriera pronto. Quería casarse y tener lo mismo que ellos; esa era su mayor ambición. Y aunque habría quienes le dirían que no dejaba de ser un anhelo poco profundo, eso a ella no le importaba. Le bastaba con ver la manera en que William y Rose se miraban para saber que no descansaría hasta que un caballero la viera del mismo modo, como si ella fuera lo más valioso en el mundo para él.

En realidad, la primera infidencia de la noche estuvo relacionada con su hermano y su adorable esposa.

Luego de bailar con dos caballeros que le obsequiaron todo tipo de cumplidos y que ella recibió con el modesto recato que su madre le había inculcado, aunque le costó mucho no mostrarse tan entusiasmada como habría deseado, decidió dirigirse al servicio. La deliciosa limonada que lady Falmouth había dispuesto para los invitados le había terminado jugando una mala pasada. Tras conseguir burlar la férrea vigilancia materna, que habría insistido en acompañarla incluso allí, Anna se las arregló para dar con el lugar. Ya había estado muchas veces en Falmouth House, ya que era buena amiga de las hijas menores del conde, y habría podido recorrer la mansión con los ojos cerrados.

Cuando regresó sobre sus pasos, dispuesta a retornar al salón en tanto repasaba los nombres de los caballeros a quienes había prometido los siguientes bailes, unas risas provenientes de las puertas que daban al jardín atrajeron la atención de la joven Anna. Sabía que no estaba bien espiar, pero, ya que las reconoció de inmediato, supuso que no se metería en demasiados problemas si la descubrían. Con una sonrisa divertida, lista para emitir un comentario socarrón respecto a la incapacidad de su hermano para comportarse en una casa ajena, se dirigió al lugar del que provenía el sonido, pero los pasos se congelaron al toparse con la escena que se presentó frente a ella.

William tenía a su esposa sujeta por la cintura, en tanto Rose, con los ojos cerrados, le rodeaba el rostro con las manos para atraerlo hacia sí en un gesto de entrega tan absoluto que Anna sintió que se le erizaban los vellos de los brazos. El sonido de las risas había cesado, y William buscaba los labios de su mujer con la misma desesperación que habría mostrado un sediento ante una

fuente. Las manos del caballero subían y bajaban por la espalda de la dama, y Anna dio un paso hacia atrás cuando oyó que Rose emitía un gemido que reverberó en el espacio como un lamento.

Sin detenerse a pensar, consciente de que acababa de cometer una tremenda indiscreción y de que William la despellejaría viva si la atrapaba allí, se dio vuelta y regresó por donde había llegado tan rápido como pudo. Una vez que estuvo lo bastante lejos como para sentirse segura, sin embargo, se detuvo un momento en un pasillo silencioso, aún demasiado abrumada por lo que acababa de ver como para regresar al baile sin que se notara el bochorno que la inundaba. Al llevarse las manos a las mejillas, notó que ardían y se abanicó en un patético intento de recuperar la normalidad. Desde luego, no era la primera vez que se encontraba frente a una demostración de afecto entre su hermano y su cuñada; una pareja tan enamorada como ellos compartían tales gestos todo el tiempo y, dado que vivía con ellos, resultaba de lo más usual, incluso le gustaba burlarse al respecto. Pero nunca hasta entonces los había descubierto en medio de una escena tan apasionada y, cuando recuperó el ritmo habitual del pulso, no pudo contener un suspiro al imaginar lo que debía de sentirse ser deseada de esa manera, tocada con un anhelo y una necesidad como aquellos.

Técnicamente, ella no debía conocer nada acerca de ese tipo de cosas. Su madre pondría el grito en el cielo si se enteraba de que le pasaban ideas como esas por la cabeza. Pero Anna acababa de cumplir dieciocho años, era en extremo soñadora e ingenua y tenía, además, algunas amigas con mucha más experiencia que no dudaban en comentar los escauceos con algunos caballeros que esperaban que se convirtieran en futuros esposos.

Anna se llevó una mano al pecho y se apoyó en la pared del corredor antes de exhalar un nuevo suspiro. Era eso lo que deseaba: quería un amor como el de Rose y William. En su opinión, no era un anhelo inalcanzable. De hecho, le gustaba pensar que tenía todas las virtudes necesarias para inspirar esos sentimientos en el hombre correcto. El problema era que no conseguía encontrarlo. Su madre habría dicho que era muy joven, claro, que esa era su primera temporada formal y que pronto empezaría a recibir propuestas que podrían estudiar para elegir al caballero apropiado, pero lady Sinclair hablaba de todo ello con la misma formalidad y displicencia que mostraba en una transacción comercial o al encargar un vestido a la modista. Anna lo veía de modo muy distinto. Ella imaginaba que, cuando conociera a su futuro esposo, caería fulminada de amor a primera vista en medio de un salón, demasiado

impresionada para controlar sus impulsos, deseosa de acercarse a él para decirle todo. Sí, le confesaría que llevaba mucho tiempo esperándolo y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con el único fin de compartir la vida con él. Eso era amor. Era lo que William y Rose tenían, y lo deseaba también para sí.

Ignoró a la vocecilla que le susurró al oído que las cosas entre su hermano y su cuñada habían sido mucho más complicadas que eso y se enfocó en pensar tan solo en el resultado de esa historia de amor. Después de todo, no era tan inocente como para suponer que no había obstáculos en todas partes, pero ¿qué importaban cuando el final era tan glorioso? No tenía sentido pensar en cosas desagradables.

El reloj en el pasillo empezó a dar la hora y le provocó un sobresalto al advertir cuánto tiempo había transcurrido desde que había abandonado el salón. Lady Sinclair se encontraría furiosa.

Con un nuevo suspiro, esa vez de pesar, se encogió de hombros e intentó ajustar un broche del frente de su vestido. La modista había insistido en que el delicado rubí engarzado se veía extraordinario en contraste con la blancura del traje, y si bien suponía que debía de estar en lo cierto, ya había notado que la joya estaba demasiado suelta y que corría el riesgo de caer en cualquier momento. No era muy valiosa, nada en comparación con las que poseían en la familia, pero el brillo que proyectaba le parecía tan hermoso y radiante que habría odiado perderla. La fijó lo mejor posible y se prometió que la haría arreglar por un joyero tan pronto como pudiera, pero primero tenía que regresar al baile. Sin embargo, de nuevo oyó a alguien en el camino y, desde luego, se detuvo una vez más a aguzar el oído.

Esa sería la segunda indiscreción que cometía esa noche y la que traería las consecuencias más graves.

En esa ocasión no había nada de risas en la conversación que le llegó a los oídos, mucho menos murmullos de amor; pero las voces eran también familiares. Se preguntó si todos sus conocidos habrían decidido dejar el salón y enfrascarse en conversaciones privadas que ella no debía escuchar.

Reconoció en primer lugar la voz de lady Beatrice Cahill, la hija del conde de Falmouth, una de sus mejores amigas, que hablaba en ese tono sereno y maduro que tanto la caracterizaba y que Anna siempre había admirado.

Beatrice era una joven encantadora tan solo un año mayor que ella, pero tan seria para su edad que bien habría podido tener diez más y a nadie le habría extrañado. Lo que la mayoría encontraba desconcertante, en realidad, era que ella y Anna fueran tan buenas amigas. Incluso la señora Sinclair comentaba con frecuencia que nunca había visto a dos jóvenes tan distintas compartir una amistad tan entrañable. A Anna eso la tenía sin cuidado, claro; nunca se había detenido a cavilar acerca de sus diferencias. Tampoco había pensado jamás en el hecho de que ella nunca pensaba antes de actuar y parecía siempre estar en las nubes, mientras que Beatrice sentía la necesidad de meditar todo lo que hacía mil veces y desconfiaba hasta de su propia sombra. Tenían caracteres opuestos, cierto, pero no había nada de extraordinario en eso.

En ese momento, sin embargo, creyó detectar una leve inflexión de molestia en su casi siempre cortés y calmada amiga, de modo que dio unos pasos más en dirección al lugar del que provenía la conversación y ladeó la cabeza para oír con más claridad. Al mirar alrededor con mayor interés del que había mostrado hasta entonces, notó que se encontraba en el ala en que la familia Cahill tenía las dependencias privadas. En todo el pasillo, había una hilera de puertas tras las que se encontraban la biblioteca, el salón de música y el cuarto de dibujo que era el orgullo de lady Falmouth. Pero las palabras que escuchaba no provenían de ninguna de esas habitaciones, sino de la más alejada del pasillo, donde lord Falmouth acostumbraba despachar sus labores. Anna jamás había entrado allí. Aunque el conde le parecía un hombre encantador, le imponía demasiado respeto como para husmear entre sus cosas. Pero no era con milord con quien Beatrice departía, descubrió de inmediato al acercar el rostro a la puerta entornada. No pudo ver al caballero con quien la joven hablaba porque estaba de espaldas a ella, pero habría podido reconocer esa voz en cualquier parte.

Lord Benedict Cahill era el hermano mayor de Beatrice y el heredero al condado. Era también, según el humilde parecer de lady Sinclair, el hombre más insufrible con el que había tenido la desgracia de tratar en toda la vida.

—Solo digo que, si no vas a disfrutar de la velada, bien podrías al menos no criticar a quienes sí lo hacemos.

El comentario de Beatrice surgió fastidiado, con el tono justo de mofa que cualquier joven de su edad usaría al dirigirse a un hermano mayor con el que tuviera alguna diferencia, y Anna no pudo evitar sonreír al oírla. Era como escucharse a sí misma discutir con William.

—No recuerdo haber criticado a nadie, pero, si así hubiera sido, sabes que jamás me referiría a ti o a Catherine.

La voz de lord Benedict era profunda y grave, con una entonación elegante en absoluto estudiada, pero, pese a la seriedad con la que hablaba, que podría haber resultado quizá demasiado formal, Anna captó también un leve dejo divertido que lo hizo sonar algo más juvenil. En realidad, él solo tenía cinco años más que ella, aunque le gustara comportarse como si fueran muchos más, recordó Anna al tiempo que ponía los ojos en blanco y contenía a duras penas un resoplido.

Al atisbar con mucho cuidado, vio que Beatrice estaba sentada con la espalda muy recta en una poltrona al lado de la chimenea y que mantenía el rostro elevado para mirar a su hermano.

—Pero sí a mis amigos —indicó ella.

—Ya dije que no he hecho tal cosa.

—Acabas de hacerlo hace solo un minuto —insistió—. Vine a preguntar por qué has decidido mantenerte aquí como un ermitaño, y respondiste que no tienes ningún interés en relacionarte con un montón de tontos despreocupados.

Benedict emitió un bufido; se dio vuelta para enfrentar a su hermana con una expresión de enfado que a Anna le recordó mucho a lord Falmouth. En realidad, los dos hombres se parecían mucho, era un comentario común entre quienes los conocían, pero hasta entonces Anna siempre había pensado que Benedict tenía también rasgos heredados de su madre. Mientras que lord Falmouth era un hombre de semblante oscuro y hosco, sin que ello influyera de manera negativa en su atractivo aspecto que recordaba a un pirata de mal genio, lady Falmouth tenía un aire más cálido y bondadoso, con esos rizos castaños y esa piel de alabastro. En ese momento, sin embargo, Anna no vio nada de dulzura en el rostro de Benedict, y el parecido con su padre fue más evidente.

—Eso no fue una crítica; tan solo señalaba un hecho —respondió él pasado un instante, con los ojos azules fijos en su hermana—. Desde luego, puedes tomarlo como quieras.

—Eso es justo lo que pensaba hacer.

Beatrice no se mostraba intimidada por el aplomo del joven pese a que él le sacaba al menos veinte centímetros, lo que era más notorio porque ella se encontraba sentada y tenía que estirar mucho el cuello para verle el rostro. Benedict debió de notar cuán poco la impresionaba con esa amenazadora actitud, porque suspiró y se encogió de hombros al tiempo que se apoyaba sobre una saliente de la chimenea con la sombra de una sonrisa en los labios.

—Agradezco tu preocupación y que hayas venido a sacarme de mi cueva, como dijiste, pero estoy muy bien aquí. Tengo mucho que hacer. —Él señaló el enorme escritorio que dominaba la estancia.

Beatrice miró tras su hombro los montones de papeles que se encontraban sobre el mueble, y Anna vio, desde donde se encontraba, que esbozaba una sonrisa con una mezcla de diversión y pesar.

—Eso es muy triste, hermano, hasta un tanto patético —dijo ella sin molestarse en suavizar las palabras—. ¿Por qué un hombre de tu edad preferiría estar sepultado bajo todo ese papelerío en lugar de disfrutar de un baile?

—Oh, no tengo problemas con los bailes, sino con la compañía.

—Porque todos son despreocupados y tontos.

Él se encogió de hombros.

—No he sido yo quien lo ha dicho.

Beatrice elevó las manos sobre la cabeza en señal de exasperación.

—No tienes remedio —replicó—. Y pensar que mamá está tan entusiasmada por presentarte a las hijas de sus amigas.

Benedict hizo una mueca al oír la burla en la voz de su hermana, pero no pareció demasiado afectado.

—Me gusta pensar que puedo arreglármelas solo en ese tipo de asuntos —indicó él con soltura.

Beatrice rio y se puso de pie con la misma gracia con que acostumbraba hacer todo, y Anna admiró, no por primera vez, los delicados movimientos que hacía.

—No se lo digas a mamá, se sentirá desolada. —Dedicó a su hermano una mirada de reojo—. ¿Ni siquiera irás un momento a saludar?

—Claro que iré, ella no me perdonaría que no lo hiciera. No sé si lo has notado, pero no acostumbro vestirme así para trabajar.

Anna se inclinó un poco hacia la puerta con cuidado de no hacer ningún ruido y miró a Benedict de arriba abajo en un repaso que jamás se habría atrevido a efectuar de no saber que él no podía advertir lo que hacía. Aunque odiaba reconocerlo, siempre le había parecido un hombre demasiado atractivo para su propio bien. Sumado a la inteligencia que poseía y al hecho de que se creía más listo que el común de los mortales, que también fuera capaz de levantar suspiros y miradas de admiración allí donde fuera no dejaba de resultar un tanto injusto.

El traje de etiqueta le acentuaba la figura elegante, el ancho de los hombros y las largas piernas, que solo necesitaron dar un par de zancadas para regresar a su puesto junto a la chimenea y ver a su hermana con expresión indolente. Ella le devolvió la mirada sin parpadear y sonrió en tanto negaba con la cabeza en un gesto de rendición.

—No puedo contigo. Nadie puede —se rindió ella—. Reúnete con nosotros cuando quieras. Aunque no lo creas, lo estamos pasando muy bien. Lord Wyndham y su familia acaban de llegar; también los Sinclair.

—Bien. Me simpatiza lord Sinclair, y quiero hablar con él acerca de unos asuntos.

Beatrice asintió.

—Estoy segura de que le encantará conversar contigo, le gusta el trabajo tanto como a ti. Pero no lo monopolices, ha venido con su familia. Desde luego, también está su hermana...

La joven entrometida enderezó la espalda como si la hubieran pinchado con un alfiler y aguzó el oído.

—¿Anna Sinclair? —La voz de Benedict reverberó en la estancia, y la aludida hizo un gesto de malestar al captar un leve tono de disgusto en la expresión—. No me extraña, ella nunca se perdería un baile, ¿cierto? Es esa clase de joven.

“¿Esa clase de joven?”. Anna repitió la frase sin emitir un solo sonido y se sintió aliviada al oír la respuesta de Beatrice, que sin saberlo repitió sus palabras.

—¿“Esa clase de joven”? —inquirió su amiga—. Me gustaría saber a qué te refieres con eso.

—A nada en particular —la respuesta de Benedict surgió con sencillez—. Quiero decir que la señorita Sinclair siempre ha dado muestras de cierta frivolidad. No puedo imaginar que vaya a perderse una velada como esta, por ejemplo.

“La explicación no fue del todo ofensiva”, se dijo Anna al tiempo que cerraba los puños a los lados y fruncía el ceño; pero sin duda sí lo había sido el tono despectivo que él había usado. Beatrice también debió de captarlo, porque la oyó suspirar y mascullar entre dientes algo que no alcanzó a comprender.

—Es curioso cómo siempre consigues sonar tremendamente insultante sin necesidad de expresar lo que piensas con claridad —espetó en tono tenso—. ¿Me puedes decir qué tienes contra Anna? Es una joven encantadora...

—No lo he puesto en duda. Pero también es cierto que es el ejemplo perfecto de esa clase de gente tonta y despreocupada que acabo de mencionar y que prefiero evitar.

Anna enterró las uñas en las palmas de las manos al oír la respuesta de Benedict y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no entrar a la habitación y decirle qué era lo que pensaba de él. Le habría encantado ver ese perfecto y aristocrático rostro entonces.

—Estás siendo muy injusto. —Beatrice sonó dolida, y Anna agradeció contar con una amiga tan leal—. Lo que ocurre es que jamás te has tomado un momento para hablar con ella.

—No tengo interés en hacerlo —espetó él, sin parecer alterado por el tono de su hermana—. Si te soy sincero, siempre me he preguntado cómo es posible que un hombre tan inteligente como lord Sinclair tenga una hermana tan frívola y vana.

—Benedict...

Anna parpadeó para alejar las lágrimas e hizo a un lado el deseo de salir corriendo como una chiquilla descubierta en una falta. Ella no era una niña, ni tampoco frívola o vana, rumió entre dientes.

—No hablemos más de eso, no tiene importancia. —Benedict habló con una voz mucho más amable de la que había usado hasta entonces—. Me alegra que estés disfrutando de la velada; prometo ir por allí tan pronto como termine con esto. Dile a nuestra madre que no tiene que enviar a nadie más a buscarme.

Anna oyó el suspiro de su amiga y el susurro del bajo de su vestido contra la alfombra al ponerse en movimiento. Con mucho cuidado, tras secarse con gesto furioso una lágrima traicionera que había empezado a bajarle por la mejilla, dio unos pasos hacia atrás para evitar toparse con ella cuando saliera. Estaba segura de que, si alguno de ellos la veía, en particular Benedict, caería muerta debido a la humillación.

El sonido de los pasos de Beatrice se detuvo cuando estaba ya cerca de la puerta, y se dirigió al muchacho con cierto pesar.

—No tienes que esforzarte tanto. Lo sabes, ¿no? —dijo ella en voz baja—. No eres papá.

Benedict tardó un momento en responder; Anna incluso pensó que no lo haría. A esa altura, sin embargo, no pudo importarle menos, y no estaba segura de entender del todo a qué se refería Beatrice; pero no se fue aún porque algo la detuvo pese a que todo en la mente le gritaba que ya había oído suficiente.

—Lo sé —la respuesta de Benedict surgió calmada, pero pudo advertir cierta tensión en la voz—. No hay nadie como papá.

—Exacto. Y tú eres igual de especial. —Beatrice volvió a suspirar y reanudó el camino—. Le daré tu mensaje a mamá, y más te conviene no engañarme o ella vendrá en persona a sacarte de aquí.

Benedict no respondió a la afectuosa amenaza. Anna se apresuró a retroceder con mucho cuidado para no llamar la atención. No miró hacia atrás al trotar de regreso al salón, luego de alzar un poco las faldas del vestido para no tropezar; pero, cuando estuvo segura de que le había sacado a Beatrice una buena distancia, se detuvo un momento ante las puertas de cristal para recuperar la compostura. Alisó el frente de la falda, se acomodó un rizo que le había caído sobre la frente y solo entonces notó que el rubí engarzado al broche que llevaba prendido en el pecho se había caído, tal y como había temido que ocurriera. Habría deseado regresar a buscarlo, pero no iba a poder explicar cómo lo había dejado caer cerca de las habitaciones privadas de la

familia si se topaba con alguien, por lo que no quedaba más remedio que darlo por perdido. “Otra cosa que agradecer a lord Benedict Cahill”, se dijo con un resoplido.

“Frívola. Tonta.”

No podía creer que él se hubiera referido a ella de una manera tan desalmada. Pese a la antigua amistad que la unía a Beatrice, ellos jamás habían intercambiado más que unas cuantas palabras formales cuando se habían visto obligados a interactuar. Incluso en el par de ocasiones que habían bailado por complacer a sus madres, nunca habían llegado a entablar una conversación profunda. Entonces, ¿con qué derecho se atrevía a juzgarla con esa crueldad? Anna decidió que, si antes le resultaba antipático, en ese momento estaba convencida de que lo odiaba como jamás había odiado a nadie antes y de que iba a tratarlo con el desprecio que merecía. Ya podía él usar esa maravillosa inteligencia para adivinar cuál era la razón, porque ella nunca reconocería lo que había oído esa noche.

Con esa satisfacción infantil que enmascaraba una tristeza mucho más profunda, elevó el mentón. No se atrevió a analizar más el asunto porque dudaba de que fuera capaz de enfrentar ese sentimiento, así que echó una mirada atrás para asegurarse de que ni Beatrice ni nadie más había llegado por allí y la había visto en ese momento de debilidad. Esbozó una gran sonrisa al tiempo que atravesaba las puertas para volver al salón.

Tal y como había supuesto, su madre estaba tan ansiosa que se había detenido a unos pasos de la puerta para ser la primera en notar la llegada de la joven, pero Anna no fue hacia ella, sino que tan solo le dirigió una mirada risueña a fin de tranquilizarla. Entonces inició un pequeño paseo, segura de que el caballero a quien tenía prometido el próximo baile y cuyo nombre no podía recordar se acercaría en cualquier momento a reclamarlo. Así fue, desde luego: solo unos minutos después, se vio en brazos de un atractivo joven que, recordó, se había presentado como lord Richard Schellin, hijo del marqués de Rawstone.

Lord Schellin era varios años mayor que ella, pero se mostró tan jovial y alegre que Anna se encontró riendo por las aguzadas bromas que lanzaba e incluso aceptó concederle un segundo baile. Mientras daba de vueltas entre los brazos de aquel hombre, buena parte de las preocupaciones de la joven

desaparecieron, e incluso el recuerdo de la conversación que había oído hacía un rato empezó a difuminarse en su mente, mas no en su corazón. Era algo que, estaba segura, permanecería clavado como una espina por siempre.

Cuando lord Benedict decidió hacer acto de presencia, lo que desató unos cuantos murmullos emocionados de las damas, Anna le dirigió una mirada ceñuda y cargada de resentimiento que no consiguió ocultar como habría deseado, pero él no la notó. En todo caso, si lo hizo, sin duda pensó que, al provenir de ella, no debía de tener ninguna importancia, lo que la enfureció incluso más. La noche le deparaba a Anna una leve revancha, sin embargo, porque, cuando él se acercó a pedirle un baile, alentado por su madre, como había hecho en otras ocasiones, ella tuvo la satisfacción de negarse. Así, él quedó plantado, sin que ella se molestara en dar mayor explicación que el ya estar comprometida. Sin importarle lo que las personas pudieran decir, aceptó un tercer baile con lord Schellin; se obligó a recordar que esa era su noche y que lo único que debía tener en cuenta era la conclusión a la que había llegado al toparse con la escena entre su hermano y su cuñada.

Había decidido que tendría lo mismo que ellos, que sería amada de manera apasionada y absoluta, que no descansaría hasta obtenerlo. Deseaba ser feliz y estaba decidida a lograrlo. Al mirar a lord Schellin por debajo de las pestañas veladas, al encontrarse con esa sonrisa traviesa, se dijo que tal vez esa felicidad que ansiaba se encontraba más al alcance de las manos de lo que pensaba.

CAPÍTULO 1

Leicestershire, 1909. Cinco años después.

Cuán fácil sería la vida si las personas pudieran mostrarse la mitad de transparentes de lo que eran los animales, se dijo lady Anna Schellin al recorrer el camino de regreso a su casa tras dejar el establo en el que acababa de presenciar el nacimiento del potrillo que pasaría a engrosar las cuerdas de la propiedad.

Era un día soleado en el que había pasado casi dos horas en el opresivo ambiente de las caballerizas, donde el trajín de la yegua y los esfuerzos de los empleados habían dotado al lugar de una atmósfera calurosa y rancia. Todo había valido la pena, desde luego. Cuando el caballo había dejado la matriz de la madre y había caído sobre el heno preparado para luego hacer amago de ponerse de pie mientras la yegua lo observaba con grandes ojos dilatados por el sufrimiento, Anna se había dicho que era impresionante cómo la vida se las arreglaba siempre para hacerse paso. O casi siempre, como se recordó con una mueca de leve amargura al rozar su propia cintura en un movimiento inconsciente. Aunque, claro, a veces esas excepciones resultaban una bendición.

Había dejado a la yegua y al potrillo luego de indicar que le informaran si se presentaba cualquier eventualidad y había enrumbo de regreso a la mansión, deseosa de beber un poco de té y comer alguno de los emparedados de la cocinera. Había salido tan temprano aquella mañana, alertada del inminente nacimiento por el palafrenero mayor, que ni siquiera había tenido tiempo de comer un bocado, y por eso estaba hambrienta.

Era un día caluroso; los rayos de sol la obligaron a parpadear y desviar la vista con un suspiro. Con seguridad, si su madre se hubiera encontrado allí, la habría regañado por haber salido sin un sombrero para protegerse el rostro, pero esa era una de las cosas que más le gustaban de la vida en Leicestershire: su madre no estaba allí.

Llegó a la mansión tras apresurar el paso porque el pesado vestido había empezado a ahogarla debido al calor y suspiró, aliviada, al sentir el contraste de temperatura una vez que atravesó el vestíbulo. Se dirigió al saloncito que acostumbraba usar para tomar el té. Ella insistía siempre en que mantuvieran las ventanas abiertas para refrescar las habitaciones; también, aunque eso no solía mencionarlo a los sirvientes, porque odiaba los espacios cerrados y necesitaba sentirse tan libre como fuera posible en su propio hogar. Era una sensación que, hasta hacía un tiempo, le había resultado del todo ajena, pero no estaba dispuesta a pasar de nuevo por ello.

Al caminar junto a un espejo de cuerpo entero que un antepasado de los Schellin había importado desde Florencia hacía un par de siglos, se detuvo un momento para estudiar su reflejo.

Cuando era joven, le gustaba pasar mucho tiempo frente a los espejos, recordó con una oleada de nostalgia por esa chiquilla en quien pensaba ahora como si se tratara de un personaje del todo extraño, pero por quien sentía una enorme ternura. La antigua Anna disfrutaba de mirarse a sí misma con frecuencia, a diferencia de ella, que apenas dedicaba unos minutos cada mañana para arreglarse de manera práctica y sin mayores artificios.

En realidad, si bien el parecido estaba allí por tratarse de la misma persona, la Anna de ese momento no podía advertir muchas similitudes con la que había sido antes. En los pasados cinco años, había crecido unos cuantos centímetros, su figura era más delgada, y el vestido de seda oscura apenas permitía adivinar las formas de su cuerpo. Su rostro era también distinto, más afilado, sin la redondez propia de la adolescencia que la había acompañado todavía al llegar allí. Los labios carnosos sí que eran los mismos, tal y como la nariz respingada y la piel satinada de la que alguna vez se había sentido tan orgullosa. Pero sus ojos... Aunque tan azules como habían sido siempre, al mismo tiempo había algo muy distinto en ellos.

Vacíos.

Eso era. Se veían vacíos, como si cualquier emoción hubiera desaparecido de ellos y hubieran perdido todo brillo sin remedio. Una vez había oído que su madre decía a Rose, la esposa de William, que no conseguía ver ni rastro de la antigua Anna en ella, que era como si hubieran cambiado a su alegre hija por esa mujer fría e indiferente a la que no sabía cómo tratar. Bueno, por fin ella y su madre tenían algo en común: Anna tampoco sabía cómo tratar consigo misma.

Con un suspiro, se alejó del espejo y llamó a una doncella para ordenarle que le llevara un té y panecillos. Cuando la muchacha se marchó para cumplir con el pedido, la dama se dejó caer sobre su sillón favorito de cara a la ventana, desde donde tenía una vista estupenda del prado frente a la propiedad.

Iba a odiar dejar la paz que había encontrado allí y pasar a enfrentarse al caos que reinaba siempre en Londres.

Hizo un gesto de fastidio al pensar en el viaje que le esperaba y empezó a golpear la alfombra con la punta de los botines en tanto se preguntaba, no por primera vez, si no sería muy tarde para arrepentirse. No obstante, le bastó con recordar los ruegos de Rose en su última carta para saber que no le quedaba más alternativa que cumplir con lo que le había prometido.

Su cuñada estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo, y Anna le había asegurado que estaría allí para acompañarla, ya que no había podido hacer lo mismo con el primero. Según le había confiado Rose, tenía la sospecha de que esa vez se trataba de una niña y deseaba tener a toda la familia cerca. Incluso la tía Penelope había prometido que dejaría la apartada vida en la campiña para estar allí.

Era gracioso pensarlo, y Anna estuvo a punto de echarse a reír en ese momento al reparar en ello, pero se había convertido en una versión más joven de la tía Penelope. Cuando era una niña, se había burlado sin piedad ante la terquedad de esa dama formidable y tan querida por ella de mantenerse alejada del resto de la familia para adoptar una vida independiente. Pero entonces ella hacía lo mismo y al fin conseguía comprender por qué la buena mujer había defendido con uñas y dientes esa postura.

La libertad era algo tan precioso que bien valía esa lucha, si bien empezaba a entender también que era algo que solo podían comprender quienes se habían visto privados de ella de una u otra forma.

Recibió el regreso de la doncella con cierto alivio porque no le agradaba el rumbo que estaban tomando aquellos pensamientos e hizo un gesto de deleite al saborear el té especiado que la cocinera había preparado para ella. También iba a extrañar eso, pero se prometió que le encargaría a su doncella que se asegurara de guardar un poco de esa mezcla entre las cosas que iban a llevar consigo a Londres.

Burton era una asistente estupenda y pensaba siempre en todo, pero dudaba de que se le hubiera ocurrido algo como eso. Iba a tener que anotarlo, así como también debía dejar bien detalladas las tareas que esperaba que se cumplieran en su ausencia. Si bien confiaba en el administrador, le gustaba mantenerse implicada en todo lo relacionado con el manejo de la propiedad. En un inicio, cuando Richard había muerto y ella se había convertido en la dueña absoluta de sus bienes, la gente había esperado que se mantuviera como hasta entonces, en un segundo plano, plegada y sumisa a las decisiones de otros, como su suegro, el marqués de Rawstone. De hecho, a aquel hombre le habría encantado que así lo hiciera, porque era tan autoritario como su hijo, pero ella había conseguido armarse de valor y se había obstinado en que, ya que había decidido residir allí, tenía todo el derecho y también la obligación de encargarse de aquello. Tal vez su suegro lo había visto como una rabieta propia de una mujer joven que acababa de perder a su marido y por eso esperaba que se le pasara con el tiempo, pero Anna se sentía cada vez más cómoda con ese arreglo y no lo habría cambiado por nada. Tenía los medios y la posición para velar por sí misma por primera vez en la vida y no iba a permitir que nadie le arrebatara esa satisfacción.

Al repasar lo que le esperaba a su llegada a Londres, comprendió también que iba a tener que escribir a un par de amistades que vivían allí, las únicas que conservaba, para avisarles de su arribo y arreglar un encuentro. Si era sincera consigo misma, no era algo que anhelara con ansias, pero ellas merecían esa consideración, en particular Beatrice.

Anna esbozó una dulce sonrisa al pensar en aquella querida amiga, a quien no veía desde el funeral de Richard, a los que Beatrice había acudido en compañía de sus padres. Apenas habían intercambiado un par de palabras en aquella ocasión, y no había vuelto a verla desde entonces. Deseaba conocer cómo se encontraba porque, si bien mantenían correspondencia, nunca sería lo mismo que sostener una conversación frente a frente como las buenas amigas que eran.

Sí, esa sería una de las primeras cosas que haría tan pronto como llegara a Londres. Anna iba a quedarse en la casa que su familia ocupaba en la ciudad por insistencia de lady Sinclair, que había puesto el grito en el cielo cuando su hija le había sugerido con mucho tacto que tal vez pudiera abrir la casa que había heredado de Richard en una bonita zona de Londres. Ya que iba a tener

que permanecer allí, invitaría a Beatrice a visitarla tan pronto como fuera posible. Con seguridad, su amiga le haría una invitación similar, pero a ella no le entusiasmaba visitar Falmouth House.

Por lo que le había contado en la última carta, ella y su hermana Catherine habían decidido pasar la temporada allí, aunque lord y lady Falmouth habían preferido quedarse en la residencia de Gloucestershire, por lo que ambas estaban a cargo de Benedict, quien pasaba casi todo el año en Londres. La posibilidad de cruzarse con Benedict Cahill le provocó un revoloteo en el estómago; la misma clase de sensación que la asaltaría frente a un pescado podrido y particularmente apestoso, se dijo con un gesto de malestar. De pronto, al pensar en él, el apetito de Anna desapareció, y miró los bocadillos que la doncella había llevado para ella con desagrado.

Desde luego, ese hombre tenía ese efecto en ella.

No lo veía desde hacía casi tres años, si no recordaba mal, cuando Richard aún vivía y habían hecho una breve visita a Londres poco antes del accidente. En aquella ocasión habían ocupado la casa de la ciudad y se habían presentado en un par de bailes que ella habría preferido rechazar, aunque jamás se habría atrevido a decírselo a Richard, así que había tenido que asistir. Había sido en la última de aquellas tertulias que se había topado con Benedict, y le había parecido que se veía más grande, atractivo y seguro de sí mismo de lo que recordaba. Más idiota también, claro.

Apenas se habían saludado, pero ella había advertido que la observaba con una mezcla de curiosidad e indulgencia que le había provocado un profundo fastidio. El hecho de que pareciera del todo consciente de cuán poco le agradaba a ella estar allí tan solo había aumentado ese sentimiento de incomodidad. Dudaba de que las actividades de Richard fueran un secreto en la ciudad, pero prefería hacer como si no supiera nada porque era el único modo en que podía tolerar la humillación a la que era expuesta una y otra vez. Pero allí estaba el perfecto lord Cahill, desde luego, dispuesto a hacerle ver, con solo una mirada, que no había nada que se le escapara, y ella lo había odiado un poco más por eso. Si se consideraba que había pasado al menos un par de años ocupada en alimentar un resentimiento sin cuartel contra él, aquello no era poco decir.

No, sin duda no visitaría Falmouth House a menos que la llevaran a rastras. Ya no era la chiquilla que se dejaba avasallar por un hombre como Benedict, pero tampoco deseaba poner a prueba su nueva personalidad.

Se sintió mucho mejor luego de llegar a esa conclusión; su apetito regresó, por lo que dio un mordisco a un panecillo de pepino que, por supuesto, también iba a echar de menos. Pero se forzó a mostrarse un poco más dispuesta a enfrentar el cambio con buen humor. Rose y el resto de la familia no merecían que se presentara frente a ellos como una mujer cínica y amargada que estuviera siempre dispuesta a esperar lo peor. ¿Quién podía decir con seguridad lo que le deparaba el mañana? Tal vez se llevara una sorpresa y disfrutara esa estadía en Londres más de lo que suponía.

*

Desde la llegada de sus hermanas a Londres, lord Benedict Cahill había tenido que cambiar algunos hábitos, pero nada que le molestara en realidad. Aunque no acostumbraba comentarlo, porque, de saberlo, ambas lo volverían loco con burlas, la verdad era que disfrutaba de la compañía de ambas. Tal vez se debiera a que pasaba mucho tiempo solo en Falmouth House la mayor parte del año por lo que ver de nuevo a sus hermanas le recordaba cuánto amaba a su familia, pero eso tampoco pensaba decirlo.

Le encantaba la vida en Londres y no la cambiaría por nada, ni siquiera por los bucólicos paisajes y la calma de Gloucestershire, que sus padres tanto apreciaban, aunque, de vez en cuando, le resultaba agradable tener un recordatorio de que no estaba tan solo como le gustaba aparentar. Además, se sentía agradecido con sus progenitores por haber considerado que sus hermanas estarían bien bajo el cuidado de él. Era la primera vez que asumía la responsabilidad de velar por ellas durante una época tan importante como una temporada social en Londres, y aunque habría sido un poco hipócrita no reconocer que en un inicio se había sentido algo intimidado por el encargo, sus hermanas eran tan juiciosas, en particular Beatrice, que estaba resultando más sencillo de lo esperado.

Luego de vestirse y despedir al valet, se dirigió al desayunador con la seguridad de que encontraría allí al menos a una de ellas. Por lo general, las jóvenes acostumbraban levantarse algunas horas después que él, por lo que era poco habitual que compartieran la primera comida del día, pero Beatrice le había comentado la noche anterior durante la cena que tenían planeada una visita a la modista y un paseo por las tiendas.

La joven lo recibió con una sonrisa al verlo llegar. Se encontraba de pie frente al aparador en el que los sirvientes disponían una amplia variedad de platillos para que cada quien se sirviera lo que prefiriera. Benedict notó que Catherine también se había levantado temprano, pero no le sorprendió verla dormitar con el rostro apoyado en una mano. La menor de las dos no parecía tener mucho apetito, dado que había declinado servirse algo y había preferido en cambio sentarse ante una taza de té con expresión de profundo agotamiento.

—Buenos días, Benedict. —Beatrice colocó una última lonja de jamón en el plato y ocupó un asiento—. ¿Cómo dormiste?

—Estupendo, gracias. —Él miró a Catherine al responder y esbozó una sonrisa burlona—. Pero mucho me temo que no todos podemos decir lo mismo.

La aludida recibió la pulla con un bufido poco femenino, pero no respondió; en su lugar, Beatrice le dirigió una mirada reprobadora al tiempo que lo veía ocupar la cabecera de la mesa.

—No todo el mundo despierta tan fresco como tú, hermano. —Ella lo miró con los ojos entrecerrados y un pequeño mohín en los labios—. A decir verdad, Catherine y yo hemos hablado con frecuencia de eso, y lo encontramos un poco insultante.

Benedict tragó un trozo de tostada que había estado saboreando con deleite y elevó las cejas.

—¿En serio? Nunca lo habría pensado. —Se le tornó serio el semblante, y le dirigió a las muchachas la sombra de una sonrisa—. Saben que estaba bromeando, claro.

Se oyó un nuevo bufido de parte de Catherine, que continuaba con el rostro caído sobre la taza. Beatrice la miró con gesto de lástima antes de dirigirse a Benedict.

—Ese es un problema en lo que a ti se refiere: nunca sabemos cuándo bromeas y cuándo hablas en serio —dijo ella tras encogerse de hombros—. Debe de ser por eso que todo el mundo piensa que no tienes sentido del humor.

Él no se mostró sorprendido por aquellas palabras; por el contrario, esbozó una sonrisa divertida y se ajustó la manga del traje con un movimiento estudiado antes de devolverle la mirada.

—Eso dicen, ¿cierto? Es una suerte cuán poco me interesa la opinión de los demás —replicó.

Catherine ahogó un bostezo y contempló al caballero con la nariz fruncida.

—Seguro que no te refieres a tu familia al decir eso —indicó ella con cierto tono ofendido.

Benedict negó con la cabeza con una sonrisa amable, sin rastro de la burla que había mostrado hasta entonces. A veces se olvidaba de lo literal que podía ser ella y de lo difícil que le resultaba captar esas bromas, a diferencia de Beatrice, que siempre conseguía entenderlo a la primera y no tenía problemas en seguirle el juego.

—Desde luego que no me refiero a mi familia, Cat. Siempre me importará lo que ustedes piensen —respondió él, y la contestación sonó muy seria a pesar de haber usado el diminutivo con el que la llamaba desde que eran niños—. Los demás son solo eso: otros.

—No, por favor, no empieces con tus sermones acerca de que no deberíamos molestarnos en intentar impresionar a la gente en los bailes a los que asistimos —Beatrice intervino mientras enarbolaba la servilleta sobre la cabeza como si fuera una bandera blanca—. Tengo demasiado sueño como para responder con propiedad.

Benedict asintió sin decir nada, lo que ella tomó como una señal de que no insistiría con el tema, por lo que exhaló un suspiro de alivio. No habría sido esa la primera vez que sostenían una discusión referida a la opinión de su hermano acerca de que deberían de hacer algo más productivo que asistir a bailes y mezclarse con la clase de personas a quienes él juzgaba por frívolas y aburridas. Aunque, en opinión de Beatrice, Benedict había empezado a mostrarse un poco más tolerante con el pasar de los años de modo que no era ya tan dado a calificar de manera negativa a quienes no compartían su manera de pensar, como había hecho cuando era más joven. Aunque aún conservaba un carácter presto a la reprensión que bien podría relajar un poco por su propio bien. No era de extrañar que, si bien las mujeres a quienes trataba se mostraban extasiadas en presencia de él, dieran visos también de sentirse intimidadas por la actitud que exhibía. Gran faena le iba a resultar dar con una esposa apropiada, se dijo para sí, aunque no se le ocurrió expresar esa opinión en palabras. El tema del matrimonio era siempre un poco sensible porque su hermano odiaba que se involucraran en su vida privada.

Terminaron con el desayuno en un ambiente agradable pero poblado de largos silencios, excepto cuando Beatrice o Catherine, que se mostraba más despejada según avanzaba el tiempo, hacían preguntas respecto a lo que su hermano haría en el día y a qué hora podrían contar con él una vez que terminara con sus labores. Benedict tenía una oficina en Grosvenor Square porque decía que le resultaba mucho más cómodo trabajar allí que en casa, de modo que salía cada mañana y no regresaba hasta muy avanzada la tarde; eso cuando no tenía planes para la noche. Aunque era justo reconocer que, desde que sus hermanas estaban allí, procuraba estar siempre disponible en caso de que necesitaran que las acompañara a algún lugar.

Cuando Benedict terminó con los restos de su café, exhaló un suspiro satisfecho y miró a las dos damas con interés.

—¿Y bien? ¿Qué planes tienen para hoy? —preguntó.

Beatrice se sacudió una migaja del frente del vestido y se encogió de hombros.

—Como sabes, tenemos una cita con la modista. Catherine necesita un nuevo sombrero para la fiesta de lady Amulson la próxima semana, pero creo que estaremos de regreso por la tarde si nos damos prisa —explicó ella con una sonrisa—. Me gustaría llegar a tiempo para alistarnos e ir a la velada musical que organizan los Wyndham.

Catherine asintió e hizo un ademán entusiasta al oír a su hermana.

—Claro que debemos asistir; Louise y sus hermanas han prometido que participarán —agregó ella en referencia a las hijas menores de los Wyndham, a quienes consideraba buenas amigas.

Beatrice hizo un casi imperceptible gesto de desagrado, pero Benedict lo notó y consiguió esconder una sonrisa a duras penas. No era un secreto que a ella, a diferencia de Catherine, nunca le habían simpatizado Louise o cualquiera de sus hermanas; las consideraba un poco tontas, y él no podía estar más de acuerdo: la clase de jóvenes a las que prefería evitar por considerarlas aburridas y de conversación vacía, pero a Catherine le agradaban, de modo que ambos hacían un esfuerzo por no permitir que su incomodidad fuera demasiado notoria en consideración a ella.

—Estoy seguro de que será un buen entretenimiento —expresó él al cabo de un momento al comprender que alguien debía decir algo.

Beatrice apretó un poco los labios sin responder, pero entonces pareció recordar algo, y a Benedict le sorprendió verla sonreír con entusiasmo.

—Ahora que lo pienso, no podemos perdérselo —coincidió ella con un asentimiento—. Seguro que los Sinclair estarán allí. Son buenos amigos de los Wyndham y nunca se pierden sus veladas. Será una buena oportunidad para ver a Anna.

Benedict frunció el ceño al oír la última frase; tardó todo un minuto en captar del todo lo que significaba.

—¿Anna Sinclair? —preguntó él.

—Anna Schellin —lo corrigió Catherine.

Benedict asintió al tiempo que efectuaba un gesto de incomodidad que casi pasa desapercibido al reparar en su propio error, así como en el tono de interés que había empleado al hacer la pregunta. Sin embargo, pareció aliviado al notar que ninguna de sus hermanas había advertido ese detalle. Beatrice, que de pronto se veía mucho más entusiasmada de lo que se había mostrado hasta entonces, exhibió una amplia sonrisa.

—Recibí una carta suya hace un par de semanas en la que me contaba que vendría a Londres porque quiere estar aquí para el nacimiento de su sobrino —explicó ella mientras movía las manos de un lado a otro en un gesto de alegría poco habitual en ella, pero a Benedict no le sorprendió; sabía que consideraba a la hermana menor de lord Sinclair su amiga más querida—. Debe de haber llegado hace unos días, pero no la he visto aún, y ya que siempre le ha gustado mucho la música, supongo que no se perderá la velada de los Wyndham.

—Es posible que tengas razón —comentó Benedict por decir algo, aunque no sonó muy entusiasmado—. Hace mucho que no viene a Londres, ¿no?

Beatrice asintió, pero fue Catherine quien se apresuró a responder.

—Creo que desde unos meses antes de la muerte de lord Schellin, es decir, algo más de un par de años —recordó ella con el semblante serio—. Es un poco extraño, porque a Anna siempre le gustó Londres, pero, cuando su esposo murió, decidió quedarse en su casa de Leicestershire. Debe de echarlo mucho de menos. Incluso oí que no ha dejado aún el luto, ¿pueden imaginarlo?

Benedict hizo un gesto indeciso, en absoluto tentado a decir lo que pensaba, que en su opinión lo mejor que le había sucedido a Anna Schellin era que su marido hubiera muerto, pero eso horrorizaría a sus hermanas. Al pensar en la joven a quien no veía hacía tanto tiempo y a quien había tratado con frecuencia antes de que ella se casara, se dijo que tal vez la dama no compartiera su punto de vista. Quizás en verdad echaba en falta la presencia del que había sido su esposo, aun cuando él estuviera muy lejos de merecer esa devoción.

—Estoy seguro de que ella debe de tener buenas razones para eso, pero, según recuerdo, siempre pareció muy a gusto aquí —comentó él en tono indiferente.

Beatrice había oído el intercambio de palabras con el ceño fruncido y lucía más seria de lo habitual.

—Espero que se sienta feliz al estar de vuelta con su familia —deseó ella al cabo de un momento—. La última vez que la vi, en el funeral de lord Schellin, me pareció tan distinta de lo que había sido, se veía tan triste...

—Bueno, su esposo acababa de morir y apenas llevaban un par de años de casados, debió de ser un golpe espantoso —intervino Catherine, y movió los hombros en un ademán de horror—. Pero ha pasado ya suficiente de aquello y, si sigue tan bonita como la recuerdo, estoy segura de que su presencia será un éxito.

Beatrice no pareció tan convencida como su hermana e incluso hizo un gesto de molestia por lo que le pareció un comentario un tanto frívolo, pero se abstuvo de responderle y dirigió la atención a Benedict, que tenía la vista puesta en el reloj del aparador. Parecía estar sumido en sus propios pensamientos y, cuando oyó la voz de la joven, sacudió apenas la cabeza antes de mirarla.

—Te agradeceré que seas amable con ella, Ben. Lo ha pasado mal y necesitará el apoyo de las personas que la conocen para sentirse a gusto ahora que ha regresado —solicitó Beatrice en un tono que a él le recordó mucho a su madre.

—¿Por qué no iba a ser amable? —preguntó él en tono ofendido.

Fue Catherine de nuevo quien se adelantó a responder y lo hizo con la falta de tacto habitual.

—Porque nunca lo eras con Anna —indicó ella con sencillez—. A decir verdad, eras bastante antipático con ella, más que con la mayoría.

—Eso no es verdad —replicó Benedict de inmediato, y contempló a Beatrice con las cejas elevadas—. ¿Cierto?

Ella suspiró, en absoluto sorprendida de que él no lo recordara.

—Bueno, diría que no eras precisamente la persona más agradable con ella, pero ha pasado mucho tiempo desde entonces, y estoy segura de que lo serás ahora —respondió en un gesto que hizo gala de una diplomacia que Benedict habría aplaudido en otras circunstancias—. Todos hemos cambiado, en especial Anna.

Él no respondió. Se veía de pronto incómodo frente a ese tema, aunque Beatrice no habría podido adivinar la razón con certeza, si se debía a algún viejo recuerdo que había aflorado al pensar en ello o a que en el fondo sabía que ella estaba en lo cierto. Cualquiera fuera el caso, él asintió al cabo de un momento, pero le evitó la mirada al ponerse de pie al tiempo que se ajustaba los botones de la chaqueta.

—Bueno, supongo que descubriremos pronto si estás en lo cierto, pero, si es importante para ustedes, prometo ser amable con ella, claro. También lamento que haya pasado por una pérdida tan sensible para una mujer tan joven —se congradió él en tanto procuraba sonar sincero, aunque no lo era del todo respecto a lo último, pues continuaba pensando que la muerte de lord Schellin estaba lejos de poder considerarse una tragedia—. Regresaré a tiempo para ir a casa de los Wyndham.

Beatrice asintió satisfecha e intercambió una sonrisa con Catherine.

—Te veremos esta noche, entonces.

Benedict hizo un gesto de despedida y las dejó a solas. Con seguridad, ellas pasarían un buen rato hablando acerca de lo que esperaban de esa velada en la que verían a su amiga, pero él solo podía pensar en que era un poco deprimente que sus hermanas lo tuvieran en tan mal concepto como para creer necesario pedirle que fuera amable con una joven viuda. Mientras subía al coche y esperaba a que su chofer pusiera el vehículo en camino, intentó conjurar la imagen de Anna Sinclair según la última vez que la había visto.

Había sido en la casa de un viejo amigo de sus padres, estaba seguro. Él había ido porque lord Falmouth había insistido en que debía presentar sus respetos en nombre de la familia, ya que se encontraba fuera de la ciudad

entonces. No obstante, al llegar, se había encontrado con la sorpresa de que la fiesta en realidad había sido organizada por el hijo de ese hombre, un calavera bastante reconocido a quien él apenas trataba. Como habría sido una descortesía marcharse tan pronto, había hecho un esfuerzo en consideración a su padre y había dado algunas vueltas durante un rato antes de despedirse. Pero, cuando estaba a punto de hacerlo, se había topado con el rostro de Anna Sinclair, y algo lo había forzado a quedarse.

Uno de los motivos por los que se había mostrado tan escéptico cuando su hermana había mencionado que aquella vieja amiga vivía apenada por el esposo muerto había sido de hecho que ella no parecía muy feliz cuando aquel aún vivía. Lo había notado en los ojos de Anna aquella noche, aunque era evidente que ella se esforzaba por ocultarlo. Pero Benedict lo había advertido, y eso solo había parecido molestarla lo suficiente para que se comportara de modo aún más frío con él, lo que era todo un logro dado que, desde hacía varios años, Anna se mostraba siempre incómoda ante él. El porqué era aún un misterio para Benedict, pero nunca hasta entonces se había detenido a pensar en ello en realidad. Aquella vez, como antes, no le había dado mayor importancia, no porque hubiera pretendido menospreciar a la joven, tal y como había afirmado Catherine en tono acusatorio, sino porque estaba seguro de que lady Schellin tenía toda la razón del mundo para ser infeliz.

Lord Richard Schellin poseía una reputación espantosa que se había encargado de construir a pulso, aunque fuera también lo bastante listo para ocultar buena parte de sus actos a la mayor parte de la sociedad. Esa era una de las razones, había supuesto, por las que los Sinclair habían permitido que la menor del clan se casara con un hombre como aquel. Lord Sinclair era muy sobreprotector con los miembros de su familia, pero incluso a un caballero con buenos contactos le habría resultado difícil averiguar lo que se decía de lord Schellin fuera de los salones londinenses. Por suerte o no, Benedict estaba más familiarizado con la vida fuera de esa esfera social y por eso se había enterado de las andanzas de Schellin.

Al escuchar de Beatrice que su buena amiga se había comprometido con ese hombre al poco tiempo de haberlo conocido, se había dicho que era una locura. No solo porque le parecía demasiado joven para casarse –tenía un año menos que Beatrice, a quien él consideraba aún una chiquilla–, sino porque no podía imaginar qué clase de vida podría tener una chica como aquella con un hombre tan experimentado como Schellin. Pero, como era un asunto privado en el que no le correspondía involucrarse y en realidad Schellin no

había empezado aún a gozar de la reputación que empezaría a construirse poco después del matrimonio, se había dicho que bien podía mantener la boca cerrada y esperar, por el bien de la chica, que fuera feliz. Al verla un par de años después, sin embargo, se había dado cuenta de que estaba lejos de serlo.

No era nada que fuera muy evidente a la vista. De haber sido un hombre superficial y fácil de engañar, habría podido asumir que ella estaba muy bien. En apariencia, se veía más bella de lo que recordaba, porque, si bien siempre se había mostrado un poco reprobador con respecto al carácter de la joven, jamás habría puesto en duda que Anna Sinclair era una dama preciosa. Pero era también de naturaleza alegre, quizá demasiado para el gusto de él, y aquella noche no había visto ni rastro de esa alegría. No había que ser un genio para advertir que su matrimonio no había resultado justo lo que había esperado. Y Benedict lo había lamentado por ella, incluso más de lo que habría estado dispuesto a reconocer. Por eso se había acercado a ella y había procurado mostrarse más amable de lo que acostumbraba ser, pero Anna había recibido ese interés como si aquella muestra de compasión fuera la afrenta más grande que hubiera podido hacerle. Una vez más, lo había tratado como si él fuera alguna clase de espécimen que ella encontraba en particular desagradable y había puesto distancia entre ambos.

Luego de ello, al comprender que su preocupación no era bien recibida, Benedict había decidido marcharse sin despedirse y no había vuelto a saber nada de ella. Hasta entonces.

Le provocaba una enorme curiosidad verla de nuevo luego de todo ese tiempo. Le intrigaba descubrir si la muerte de Schellin la había afectado tanto como sus hermanas pensaban o si, en lugar de ello, Anna había vuelto a adoptar ese carácter frívolo del que hacía gala en la juventud. Suponía que iba a averiguarlo pronto.

*

—¡No! ¡Negro no! Anna querida, con lo bien que se te ve de azul, ¿por qué no pruebas con algo en ese color?

Anna intercambió una mirada risueña con su cuñada Rose a través del espejo al oír la expresión horrorizada de su madre, pero no dio ninguna señal de considerar siquiera el consejo y dedicó un momento a examinar su propia

apariencia con ojo crítico. Mientras tanto, Burton terminaba de asegurarle un par de broches en la cintura.

Ella opinaba que se veía bastante bien. Apropiada podría decirse, y eso para ella era suficiente. Había elegido un vestido de encaje negro con cuello alto y volantes en el hombro con adornos de terciopelo negro entrelazados. No era tan serio como su madre parecía creer. Las enaguas eran de satén, y habría quien lo considerara un conjunto muy atractivo. Incluso tenía volantes en la falda, en el nombre de todos los santos. Tampoco había escogido unos harapos.

Con una última mirada satisfecha, se sujetó un rizo de cabello que Burton se había encargado de peinar en lo alto de la cabeza en un recogido tirante, tal y como ella le había indicado, y dio media vuelta para mirar a su madre y a Rose, que la contemplaban a su vez con distintas muestras de emoción: de enojo contenido la primera, y de sincera alegría la segunda. Nada que no esperara.

—Creo que te ves hermosa.

Anna recibió el halago de su cuñada con una sonrisa y contuvo el deseo de hacer un mohín en dirección a su madre en un gesto infantil.

—Gracias, Rose, aunque nadie podría rivalizar contigo. Te ves tan bella y feliz que parece que podrías estallar —comentó ella, y su voz surgió cargada de un sincero afecto.

La mujer embarazada sonrió y se llevó una mano al abultado vientre, que el corte del vestido conseguía disimular cuando se encontraba de pie. En ese momento, no obstante, sentada con poca elegancia sobre una butaca en su habitación, el traje solo acentuaba su estado.

—Es posible que lo haga, aunque no de hecho debido a la felicidad —rio ella, e ignoró el resoplido de su suegra, que alternaba la mirada de una a otra con evidente reprobación.

Lady Sinclair nunca habría escogido a Rose como esposa de su hijo mayor; ese era un secreto a voces que casi todos los miembros de la familia procuraban ignorar, en especial porque William había sido claro en su momento respecto a lo que haría con quien fuera que pusiera una sola objeción a la boda, aun cuando se tratara de su propia madre. El humilde origen de Rose y las complicadas circunstancias en que había crecido habrían amedrentado al hombre más fiero, pero William siempre había sido un

caballero peculiar y, tras enamorarse de esa bella joven de firme carácter, no había existido nada que pudiera persuadirlo en contra de que debían permanecer juntos por siempre. Rose, pese a que lo había amado desde siempre, no se había mostrado tan segura de que una unión entre ellos fuera buena idea, pero William había conseguido convencerla de lo contrario, y desde entonces llevaban un matrimonio envidiable. Anna había soñado con algo como eso para sí misma, pero el tiempo le había hecho comprender que los sueños eran solo eso, deseos vanos que por lo general no se cumplían, y que la búsqueda irracional por hacerlos realidad muchas veces traía más dolor que alegrías. ¡Cuánto sabía ella de eso!

—Bueno, más te vale que eso no ocurra en el salón de lady Wyndham — comentó Anna sonriente.

Rose volvió a reír y se puso de pie con un movimiento cargado de esa gracia intrínseca en ella y que Anna siempre había admirado, pero lady Sinclair hizo amago de ayudarla, un gesto que contradijo esa actitud no muy afectuosa que acostumbraba adoptar con la esposa de William. En el fondo, y eso también lo sabía toda la familia, aquella mujer apreciaba con sinceridad a Rose y le estaba agradecida por hacer feliz a su hijo, pero estaba tan acostumbrada a aquellas rígidas maneras que no le era sencillo demostrarlo.

—Si no piensas cambiarte, deberíamos marcharnos ya. William nos está esperando hace mucho, y sabes que odia llegar tarde — lady Sinclair se dirigió a su hija con una ceja alzada.

Anna no respondió, sino que se contentó con asentir y enlazó el brazo con el de su cuñada para abrir la marcha fuera de la habitación. Al descender la enorme escalinata en dirección al vestíbulo, echó una mirada alrededor y aspiró con fuerza. Era extraño encontrarse otra vez en el que había sido su hogar durante casi toda la vida. Cada objeto le recordó cuán feliz había sido y lo poco consciente que había sido de ello en su momento. Pero no se permitió pensar demasiado en eso, pues sabía que la melancolía podría devorarla, de modo que elevó el mentón en un gesto inconsciente de desafío y bajó para reunirse con su hermano, quien esperaba impaciente por ellas, tal y como su madre había comentado. Sin embargo, bastó que los ojos del caballero se posaran en su esposa para que todo gesto de malestar desapareciera de aquel rostro. Mientras Anna observaba a uno y a otro, como un silente testigo de ese apasionado intercambio de miradas, se dijo que era sorprendente que ese amor no pareciera haber disminuido ni un ápice en todos los años que llevaban juntos.

Se pusieron en camino poco después, luego de que Anna le asegurara a William que no se sentía demasiado agotada por el viaje, a pesar de que apenas llevaba un día en Londres. Llegaron a la mansión de los Wyndham con el tiempo preciso para saludar a los anfitriones y pasar al salón en que se había dispuesto todo para el espectáculo musical.

Ella lo vio tan pronto como cruzó el umbral y estuvo a punto de trastabillar por la impresión, pero se repuso a tiempo y pasó por su lado sin hacer un solo gesto que revelara sorpresa. En realidad, no tenía motivos para ello; la presencia de él allí era del todo lógica, puesto que habría ido para acompañar a sus hermanas.

Él sí que hizo más evidente su interés, tal y como ella advirtió al sentir un cosquilleo en la nuca, donde Benedict había fijado la mirada, y la sensación no la abandonó hasta que estuvo del otro lado de la estancia. Entonces, mientras buscaba unos asientos desde donde pudieran apreciar la función, distinguió a Louise Wyndham y a dos de sus hermanas, ocupadas en afinar algunos detalles, y contuvo un resoplido de malestar. Nunca había logrado congeniar con esas jóvenes. No solo eran demasiado petulantes para su propio bien, sino que además se mostraban siempre tan maliciosas que odiaba la idea de tener que mantener una conversación con ellas. La vida de Anna “en reclusión en la campiña”, como decía lady Sinclair, había terminado por afectar sus habilidades sociales. Hasta hacía unos años, no habría tenido dificultad en tratar con gente como aquella, pero en ese momento la idea le provocaba un profundo malestar. De continuar así, terminaría por granjearse una reputación parecida a la de lord Benedict. El problema era que, mientras semejante actitud se veía incluso aplaudida como un rasgo de carácter digno de admirar en un hombre como él, en el caso de una mujer, sin duda no sería bien recibida. Se trataba de una de las tantas injusticias a las que jamás conseguiría acostumbrarse.

Casi como si lo hubiera invocado al pensar en él, vio de pronto que se acercaba en dirección adonde ellos se encontraban y estuvo a punto de dejar caer el programa que un empleado acababa de acercarle. Él, sin embargo, no se dirigió a ella en primer lugar, sino que se tomó unos minutos para saludar a William y a Rose, con quienes sostuvo una animada conversación. Luego de saludar a la madre de Anna con una cabezada cortés, dio un pequeño rodeo para esquivar a un grupo de personas que en ese momento buscaban un asiento en la siguiente fila antes de acercarse adonde ella se encontraba.

Cuando Benedict llegó hasta la altura de lady Schellin, inclinó la cabeza en un gesto de reconocimiento y se quedó allí, de pie, durante lo que le pareció demasiado tiempo, en especial porque no dejó de mirarla ni un instante, como si pretendiera ver algo en la expresión de ella, algo que Anna rogó que no fuera demasiado obvio.

—Lady Schellin. Me alegra verla.

Había olvidado aquella voz. No, eso no era del todo cierto. En realidad recordaba a la perfección su voz; lo que había enterrado en lo más profundo de su memoria, o había pretendido hacerlo, en todo caso, era cuán grave y elegante era y lo mucho que la afectaba. Pero no permitió que él advirtiera lo que pensaba. En cambio, mantuvo un rostro inexpresivo y apenas elevó el rostro para echarle una mirada por debajo de los párpados caídos, un gesto estudiado que había descubierto que le era de mucha utilidad cuando deseaba esconder las emociones que la inundaban.

—Lord Cahill.

Ella no dijo más. No hubo ningún saludo deferente o falsas expresiones de alegría. No se sentía en absoluto feliz de verlo y estaba segura de que él lo sabía. Si acaso el caballero había tenido alguna duda al respecto, bastó con ver la leve sonrisa divertida que asomó a sus labios al advertir la sequedad de ella. Sin embargo, eso no pareció afectarlo. Por el contrario, asintió como si lo esperara e hizo un gesto para señalar la silla a su lado.

—¿Puedo?

Anna sintió el impulso de colocar una mano para impedirle el paso, pero contuvo ese arrebato infantil y descartó también la posibilidad de responder que estaba reservada a algún familiar lejano que habría sido del todo capaz de inventarse en un segundo. Él podía sentarse donde quisiera. De modo que asintió con un gesto cortante y mantuvo la vista al frente luego de dar una mirada de reojo en dirección al resto de su familia. William y Rose, desde luego, se encontraban demasiado interesados el uno en el otro para advertir la tensa interacción a unos cuantos metros, y su madre se veía demasiado complacida para el gusto de Anna, por lo que prefirió ignorarla también.

Se concentró en estudiar el programa, decidida a guardar silencio hasta que el espectáculo terminara, pero, por lo que pudo suponer al ver el ajetreo en el pequeño escenario que los Wyndham habían montado, tardaría un poco en dar inicio. Lamentó entonces haberse apresurado en sentarse, pues habría podido dar un pequeño paseo por el salón, tal y como advirtió que hacían

muchos otros. Incluso distinguió a Beatrice y Catherine en un extremo de la estancia, sumidas en una amena conversación con otra joven que en ese momento no consiguió reconocer. Eso habría sido mucho más entretenido, se dijo con un sonoro suspiro que pareció despertar el interés de su compañero de asiento. Él, al notar la dirección de la mirada de Anna, se inclinó levemente hacia ella y le habló cerca del oído en voz queda.

—Ellas están ansiosas por saludarla. Insistieron en venir esta noche prácticamente tan solo para ello —comentó él—. Estoy seguro de que se acercarán en cuanto haya terminado el espectáculo.

Anna asintió, pero no dio vuelta el rostro para mirarlo.

—Se ven encantadoras —apreció ella al cabo de un momento, y su voz surgió sincera.

—Les alegrará saber que lo piensa.

Anna esbozó una sonrisa al reparar en que Catherine había advertido su presencia y le hacía un pequeño gesto de saludo. Sin vacilar, levantó una mano y ensanchó la sonrisa cuando la joven dio un discreto codazo a su hermana para que la viera también. Beatrice dio un pequeño brinco e hizo amago de dirigirse hacia ella, pero fue justo entonces que las jóvenes Wyndham subieron al escenario, y esa fue una señal clara de que el espectáculo estaba a punto de comenzar. A Beatrice no le quedó más alternativa que hacer un gesto para darle a entender que se verían pronto, y corrió junto a su hermana y la otra joven para ocupar unos asientos varias filas por delante de donde Anna se encontraba.

Benedict, que había seguido el silente intercambio con interés, la miró con las cejas elevadas.

—Me siento culpable de no haber arreglado que se sentaran juntas.

Anna se encogió de hombros.

—No debería. No tenía cómo saber con seguridad que vendría o a qué hora —replicó ella.

—Aun así.

Anna se dio vuelta entonces y lo miró a los ojos durante un breve lapso.

—Nadie podría haberlo adivinado, milord, ni siquiera usted.

Él le devolvió la mirada y sonrió. Durante un instante, Anna se vio imposibilitada de desviar sus ojos oscuros que la mantuvieron inmóvil hasta que consiguió romper el hechizo para regresar la atención al escenario, donde Louise Wyndham acababa de ocupar un banco frente al piano. Estaba decidida a no decir nada más y concentrarse en la música, pero Benedict la distrajo al acercarse de nuevo a ella y contemplarla de un modo tan perturbador que bien podría haber hablado a voces en lugar de susurrarle cerca del rostro: el efecto habría sido el mismo.

—Eso ha sonado casi como una crítica —comentó él sin parecer ofendido al haber llegado a esa conclusión.

Anna apretó los dientes antes de responder, segura de que hacía mal, pero las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera detenerlas.

—¡Qué curioso! Otros habrían pensado que era un halago —espetó ella en tono mordaz.

Él rio con suavidad.

—Sí, claro, pero otros no la conocen como yo, ¿cierto?

Anna jadeó debido a la sorpresa que le produjo una afirmación tan atrevida y estuvo a punto de responder en concordancia, pero el espectáculo empezó, y no le quedó más alternativa que guardar silencio, lo mismo que las otras personas que la rodeaban. Tonto pretencioso. Asumir que la conocía... ¿Qué sabía él de ella? ¿No pensaba que era una tonta frívola?

Su fastidio continuó durante todo el tiempo que duró el espectáculo, y el hecho de que las Wyndham hicieran cortos recesos luego de cada interpretación para recibir los aplausos de los asistentes con una actitud de lo más presuntuosa no ayudó a mejorar su mal humor. Ella lo habría hecho mucho mejor, le susurró una vocecilla molesta al oído, pero la acalló de inmediato y se unió a la ovación con un regusto amargo en el paladar. Esperaba que esa primera incursión en la vida social londinense resultara algo más agradable que lo que sospechaba en ese instante.

—Han estado estupendas, ¿no lo cree?

Anna aspiró con sutileza con el fin de controlar los nervios al oír la pregunta proveniente de la persona a su derecha. ¿Por qué continuaba hablando? ¿Pretendía burlarse de ella?

—Excelentes —respondió pasado un momento, al comprender que debía decir algo—. El violín, en particular, me pareció exquisito.

Benedict buscó a la merecedora de tal halago y sonrió al vislumbrar a la más pequeña de las Wyndham, Katty, una chiquilla de no más de catorce años que siempre le había parecido la más simpática de la familia.

—Sin duda —aceptó él, para luego centrar la atención en el rostro de Anna—. Se quedará un rato más, espero. Mis hermanas deben de estar ansiosas por verla.

Anna asintió sin responder y empezó a mirar a su izquierda para buscar a su familia. Lady Sinclair había entablado conversación con los Wyndham, y William hablaba con Rose en un aparte. En ese momento le pareció que había ocurrido algo malo por la manera en que él veía a su esposa, con gesto serio, mientras hablaban en susurros, pero supuso que tan solo estaría preocupado por ella. De seguro le estaría preguntando si se sentía lo bastante bien para quedarse o prefería regresar a casa. William era así de exagerado, recordó ella con una pequeña sonrisa burlona. Rose era mucho más fuerte de lo que parecía y había llevado el anterior embarazo con bastante normalidad, así que no tenía por qué ser distinto con aquel bebé, pero dudaba que su hermano consiguiera entenderlo.

—Me quedaré unos minutos, claro, también quiero saludarlas —expresó ella al caer en la cuenta de que no había respondido a la duda del hombre a su lado.

—Pero se irá luego.

—Sí, eso creo.

Él se puso de pie tan pronto como ella hizo amago de incorporarse y extendió una mano para ayudarla, pero Anna se las arregló para esquivarlo y hacer como que no lo había visto. Benedict lo notó, desde luego, pero solo esbozó una sonrisa divertida antes de mirarla de nuevo.

—La veo distinta.

Ella procuró contener el temblor que la recorrió al escucharlo y asumió un gesto de estudiada indiferencia.

—¿Sí? —replicó sin poder reprimir el deseo de continuar—. ¿Eso es bueno o malo?

No sabía por qué, pero la respuesta de él le pareció importante. Tal vez deseaba confirmar lo que ya sabía, que él era incapaz de albergar un sentimiento medianamente positivo en lo que a ella se refería, o quizá tan solo quería que pusiera en palabras lo que la mayor parte de la gente pensaba pero pocos se atrevían a reconocer. Benedict, sin embargo, no hizo ni lo uno ni lo otro. Durante un momento ella creyó que ni siquiera contestaría, porque se mostró mucho más interesado en observarla como si así pudiera llegar a una conclusión. Anna empezó a parpadear ante el escrutinio, incómoda porque él parecía capaz de ver por debajo de esas capas que ella había dispuesto con tanto cuidado para mantenerse a salvo. Las manos de la dama se vieron recubiertas de una película de sudor que nada tenía que ver con el calor provocado por la iluminación del salón, y creyó que no podría soportarlo más. Pero entonces él asintió para luego encogerse de hombros en un gesto indeciso.

—Aún no lo sé, pero espero descubrirlo —resolvió al fin.

Anna emitió un bufido poco femenino y le dirigió una mirada ceñuda.

—Como si fuera a permitírsele —replicó ella entre dientes.

Pensó que Benedict no la había oído, pero supo que sí lo había hecho al verlo contener una risa.

—Ya veremos —indicó él, enigmático.

Con esa suerte de promesa –o amenaza, Anna no estaba segura de cómo debía considerarla–, él hizo una reverencia y se marchó en la dirección contraria.

Si bien ella habría podido pasar horas rememorando esa extraña conversación que acababan de sostener, Beatrice y Catherine barrieron con esa intención al llegar hasta ella y saludarla con tanto entusiasmo que, durante un buen rato, olvidó todo lo relacionado con ese hombre. Hablaron durante varios minutos con palabras atropelladas e intercambiaron novedades y ofrecimientos de visitas para poder conversar con mayor tranquilidad. Los Wyndham habían dispuesto una cena para después del recital, a la que su familia estaba invitada, pero le bastó mirar sobre el hombro en dirección adonde William se encontraba para saber que él prefería marcharse en consideración a Rose, que se veía agotada pese a que hacía grandes esfuerzos por que nadie más lo advirtiera.

Se despidió de las jóvenes con la promesa de enviarles pronto una nota para arreglar un encuentro y caminó hacia la salida con un profundo suspiro de alivio. Esa primera noche de vuelta al ruedo social había resultado algo más sencilla de lo que había esperado, pero aun así se sentía como si acabara de participar en una carrera. Había pasado tanto tiempo alejada de toda esa agitación tan común en la ciudad que en ese instante solo deseaba un poco de silencio para reflexionar con tranquilidad.

Al pensar en la chiquilla que había sido, a quien su madre casi tenía que rogar para convencerla de abandonar los bailes a los que asistía antes, se dijo que sí, que sin duda lord Benedict estaba en lo cierto al comentar que la veía distinta. Lo era, por supuesto, y él no podía imaginar cuánto. Pero se prometió que se dejaría arrancar la piel a tiras antes de permitir que ese tonto presumido lo supiera.

CAPÍTULO 2

Cuando Anna descubrió todas las invitaciones que su madre había aceptado por ella, estuvo a punto de ordenar que arreglaran todo para regresar a Leicestershire de inmediato, pero le bastó con ver la expresión anhelante en el rostro de Rose, atenta a su reacción, para saber que no podría hacer tal cosa por mucho que lo deseara. Estaba allí por consideración a ella; lady Sinclair lo sabía y pretendía aprovecharse de ello para obligarla a cumplir con todos esos compromisos. No obstante, era lo bastante mayor para imponer ciertos límites, de modo que decidió llegar a un arreglo. Aceptaría cumplir con la mitad de esos compromisos, los que ella juzgara interesantes, y eso sería todo. Ya podía su madre patalear durante horas, esa sería su última concesión. Lo hizo, desde luego: pataleó. Aunque terminó por ceder con bastante rapidez porque debió de ver en la expresión de su hija que no iba a ganar esa partida.

—Sospecho que se las arreglará para organizar algo a mis espaldas.

El lamento llegó poco después de que su madre la dejara a solas con Rose luego de oír los términos que lady Schellin determinaba. Aunque Anna estuvo segura de que había estado tentada a marcharse del salón con un portazo, le importaba demasiado la opinión de los sirvientes como para hacer algo tan impulsivo. Acababan de almorzar y tenían una tarde de visitas por delante, así que se había ido con la excusa de refrescarse el rostro antes de salir. Anna no había escondido la sonrisa de triunfo al verla largarse con la espalda rígida y una expresión imperturbable.

—Es bastante posible, sí, pero no le quites esa satisfacción. Sabes que en realidad está preocupada por ti y solo quiere que seas feliz.

Anna suspiró al oír la réplica de Rose y la analizó con ojo crítico antes de responder. ¡Qué curioso contraste debían de presentar! Y qué irónico. Aunque había algunas similitudes físicas entre ambas al ser las dos más bien pequeñas de estatura y con cabello rubio y tez muy blanca, allí acababa cualquier parecido. Rose había adquirido cierto aire distinguido con el pasar de los años debido al trato con la familia, pero Anna la superaba por mucho en ello: las maneras y gestos de lady Schellin destilaban nobleza, e incluso su tono de voz, más grave y seguro, reflejaban los de una mujer acostumbrada a imponer

sus deseos. Pero, mientras que Rose irradiaba felicidad y complacencia, con ese aire dulce y gentil que la caracterizaba, Anna transmitía cierta estudiada frialdad que, si bien le acentuaba la belleza, resultaba demasiado distante.

—Mucho me temo que mi madre siempre ha tenido buenas intenciones, pero confía demasiado en su propia opinión como para aceptar cualquier otra —comentó ella una vez que terminó con ese rápido análisis.

Rose sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación y la sometió a una inspección similar, pero Anna estuvo segura de que las conclusiones que obtuvo distaron de ser positivas, porque la miró con lástima mal disimulada.

—Te quiere y está preocupada por ti. Ese es el único modo en que ella sabe exteriorizar esos sentimientos —comentó Rose con su agudeza habitual—. A decir verdad, todos estamos un poco intranquilos.

Su cuñada dijo lo último en un tono de voz muy bajo y con una profunda mirada que obligó a Anna a desviar la vista, temerosa de lo que podría alcanzar a notar en ella.

—No veo por qué —respondió con sencillez mientras fijaba los ojos en un ave de cristal que era uno de sus adornos favoritos—. Me encuentro perfecta.

—Sabes que eso no es verdad.

Anna exhaló un hondo suspiro y apoyó la espalda contra el respaldo del sillón en que estaba sentada. Claro que lo sabía, y no le encontró sentido negarlo ante Rose. Ella era una de las pocas personas en el mundo con quien se estaba lo bastante cómoda como para hablar de lo que sentía. Rose, con esa enorme sensibilidad y esa incapacidad para juzgar a los demás, era una oyente perfecta.

—Comprendo que puedo no ser la mejor compañía —reconoció Anna con un nuevo suspiro—, así como también que mi madre no sabe qué hacer conmigo. Pero eso no es mi culpa.

—Has cambiado mucho.

Anna frunció el ceño frente a ese comentario porque le hizo recordar a lo que había dicho Benedict tan solo unos días antes. Pero, mientras en él semejante opinión había sonado como un hecho evidente que en cierta medida la sorprendía, no para mal en realidad, en el caso de Rose fue notorio el tono de preocupación empleado.

—Todos cambiamos. No esperarás que continúe siendo la chiquilla que fui, ¿no?

Intentó imprimir a su voz un tono frívolo y despreocupado, pero no consiguió engañarla.

—No, desde luego que no, pero tampoco que te hayas convertido en esta mujer a quien apenas reconozco. —La voz de Rose descendió varias octavas al proseguir—. ¿Qué fue lo que te hizo, Anna?

La aludida parpadeó varias veces y apretó los labios al oír la pregunta. No era la primera vez que la interrogaba: Rose siempre intentaba escarbar en esos recuerdos, pero no se sentía lo bastante fuerte para permitirlo. Era posible que nunca pudiera, y tal vez fuera lo mejor. Pero entendía y apreciaba la preocupación de su cuñada, de modo que forzó una sonrisa y buscó una manera de terminar con esa conversación sin lastimarla.

—No he sido feliz; ese no es un secreto. Tampoco soy la única mujer en el mundo que no disfrutó de un matrimonio de cuento de hadas —respondió ella al fin en tono sereno—. Sin embargo, me siento muy a gusto conmigo misma ahora. Soy dueña de mi propia vida, puedo hacer lo que desee y no dar explicaciones a nadie sobre mi conducta. Creo que soy afortunada.

Rose sacudió la cabeza una vez más. Anna tuvo que clavar las uñas en el tapiz del sillón para no gritar. ¿Por qué no podían entenderlo o fingir que lo hacían, al menos? ¿Sería acaso tan difícil?

—Pero no eres feliz —insistió Rose.

Anna emitió un bufido y miró a su cuñada con una sonrisa burlona.

—No todos podemos serlo, Rose, y no tengo ningún problema con ello. Me gustaría que todos pudieran entenderlo también, y sobre todo respetar mi modo de pensar. —Buscó algo para agregar, lo que fuera que consiguiera relajar ese tenso ambiente que se había instaurado entre ambas—. Estoy segura de que la tía Penelope no tendrá problemas para comprenderme. ¿Cuándo dijo mamá que llegará?

Rose le dirigió una mirada cargada de desconfianza, como si supiera a la perfección lo que pretendía al desviar el tema del diálogo de ese modo, pero debió de entender que no era un buen momento para insistir, porque suspiró y se encogió de hombros en señal de rendición.

—Mañana por la tarde, o eso esperamos —respondió entonces—. Tengo muchas ganas de verla.

Anna sonrió y contuvo el suspiro de alivio que le subió por la garganta al sentirse en un campo más seguro.

—También yo. No la he visto en meses, pero nos escribimos con frecuencia, y la extraño mucho. Sabes cuán divertida puede ser —recordó ella, encantada por esa tía excéntrica a quien siempre había apreciado—. Me cuesta creer que haya aceptado realizar tal viaje a su edad.

Rose le devolvió la sonrisa e hizo un gesto divertido.

—En cuanto supo que estarías aquí, respondió que no se perdería esta reunión por nada del mundo —contó ella en tanto posaba una mano sobre su vientre abultado—. Dijo que será la ocasión perfecta para reunir de nuevo al clan Sinclair.

—Y a sus nuevos integrantes —señaló Anna.

Rose asintió y echó una mirada sobre su propio hombro para comprobar la hora en el reloj de pie junto a la chimenea.

—Reconozco que no me tienta mucho la idea de hacer estas visitas —admitió ella con un suspiro.

Anna la comprendió de inmediato. Le ocurría exactamente lo mismo, pero su madre había insistido tanto que se había dado cuenta de que no le quedaba otra alternativa que hacer esa pequeña concesión.

—Tampoco a mí, pero prometí a Beatrice que iría a su casa hoy —replicó ella.

—Creí que estabas decidida a no pisar Falmouth House.

Anna elevó las cejas frente al agudo comentario de su cuñada.

—No recuerdo haber dicho nada parecido —comentó ella, que procuraba sonar indiferente.

Rose rio y se llevó una mano a la frente como si pretendiera recordar algo.

—Juraría haberlo leído en una de tus cartas —dijo ella, para continuar en un tono de voz que guardaba una increíble similitud con el de su cuñada—. “Me despellejarán viva antes de que pise la casa en la que vive Benedict Cahill”. O algo como eso, no estoy del todo segura.

Anna hizo un gesto de vergüenza. ¿En verdad se había expresado de ese modo? Pero carraspeó para disimular el bochorno por ese raptó de infantil exageración y miró a Rose por debajo de las pestañas.

—Es posible que haya mencionado algo como eso, sí, pero no lo pensé bien entonces. Por poco que me simpatice lord Cahill, aprecio mucho a sus hermanas y no veo por qué iba a privarme de su compañía por su culpa.

—Oh, pero no te estaba criticando, me alegra que así sea. —Rose elevó las manos y sonrió—. Además, lord Benedict es mucho más agradable de lo que parece pensar. William lo tiene en muy alta estima, y nadie puede negar que es un caballero.

Anna se encogió de hombros, para nada dispuesta a avalar las loas de su cuñada a ese hombre.

—No lo dudo —replicó ella en un tono cargado de sarcasmo—. Es el hombre perfecto.

—Bueno, tampoco diría eso...

—A él le encanta pensarlo, sin duda —insistió Anna sin permitirle continuar—. Es el ejemplo preciso de alguien que no cambia. Era un presuntuoso insoportable hace unos años y continúa siéndolo.

Rose chasqueó la lengua en señal de reprobación.

—Creo que estás exagerando. No pensarías lo mismo si lo conocieras mejor.

—No tengo ninguna intención de hacerlo, muchas gracias —espetó Anna, pero luego suavizó el tono al continuar—. No necesito más amigos, me basta con los que tengo. Y con mi familia, desde luego.

Roseladeó el rostro y le dirigió una mirada exasperada, pero no insistió. Se puso de pie con mucho cuidado. Anna se apresuró a hacer otro tanto para ayudarla, un gesto que su cuñada agradeció con una sonrisa.

—Creo que muchas damas encuentran un poco desconcertante que me atreva a andar a plena luz del día en este estado —comentó ella.

Lady Schellin se encogió de hombros en ademán filosófico.

—Yo pienso que es una bendición, y nadie se atrevería a criticarte. Les simpatizas demasiado para eso.

Rose ensanchó la sonrisa y aceptó el halago con expresión complacida.

—Eso es muy amable de tu parte —agradeció ella—. Veremos qué tanta razón tienes. Ahora vamos a ponernos en marcha o no terminaremos nunca.

Salieron al vestíbulo, y su madre se reunió con ellas solo unos minutos después, sin hacer comentarios respecto al vestido de luto de Anna. Tan solo le dirigió una mirada de pesar y se apresuró a ocupar su asiento en el vehículo. Mientras daban un rodeo a la plaza, Anna echó un vistazo a las personas que pululaban de un lado a otro, fuera a pie o en carruajes, e inhaló con fuerza. Echaba de menos la calma del campo, los silencios que la habían abandonado y, sobre todo, la certeza de que allí no tenía que enfrentar a todos esos demonios que en ese momento le pesaban más que nunca.

*

—Es una pena que no tenga veinte años menos, o treinta, si se me permite decirlo.

Anna rio entre dientes al oír a su tía Penelope, quien acababa de entrelazar un brazo con el de ella para iniciar un paseo por la plaza que se encontraba cerca de la mansión familiar. La señora apenas había llegado a Londres hacía unas horas, pero siempre había hecho gala de una energía fuera de lo común. Con setenta años cumplidos, tenía la vitalidad de una mujer mucho menor, así que Anna siempre recibía esos lamentos con abierta burla. De tener veinte o treinta años, no habría sido más activa de lo que era ya en ese momento.

—Me sentiría muy afortunada de llegar a tu edad con tu resistencia, tía. Acabas de bajar del tren y te quedan energías, mientras que, el día que llegué de Leicester, tuve que quedarme en cama durante casi toda la mañana —comentó Anna mientras acomodaba con la mano libre la sombrilla que las cubría.

La tía Penelope rio, sin ocultar cuán halagador encontraba el comentario. Era una mujer pequeña, de complexión que se había ido haciendo robusta con la edad, y con el rostro surcado de finas líneas que en nada desmerecían el atractivo de sus facciones. Anna había visto algunos retratos que le habían hecho en su juventud en los que deslumbraba por su belleza. Además, cada uno de sus movimientos desbordaba energía contenida, como si no se sintiera cómoda con la inmovilidad. Tal vez tuviera que ver con el hecho de que se había casado muy joven con un hombre dedicado a Dios, dueño de pocos

recursos, por lo que ambos habían tenido que trabajar muy duro para mantener una vida decorosa hasta que él había fallecido, demasiado pronto, sin dejarle el consuelo de un hijo que le hiciera compañía. Desde entonces, la tía Penelope había optado por vivir sola en la casita que poseía en la campiña con una vieja sirvienta, pero eso jamás había sido motivo de amargura para ella. Por el contrario, le encantaba su independencia. Era una voz respetada y muy solicitada en su comunidad y procuraba visitar a su familia con tanta frecuencia como le era posible. Al enterarse de que su sobrina había consentido en viajar a Londres, había decidido unírsele de inmediato. En ese momento, al verla de reojo con una de esas profundas miradas que el difunto lord Sinclair consideraba de las más agudas e inteligentes, la anciana se dijo que había hecho lo correcto.

—Eso es porque no hay nada aquí que te obligue a esforzarte, ¿no es cierto? Recuerdo que, cuando estuve en tu casa hace un par de años, pasabas todo el día encargándote de tantas cosas que no pude dejar de asombrarme — comentó la señora, sonriente.

Anna asintió con un leve aire de nostalgia en los ojos. No era la primera vez que se detenía a pensar en cuánto echaba de menos su rutina en Leicester, pero también era cierto que empezaba a acostumbrarse al ritmo mucho más relajado de la temporada londinense. Pero le habría gustado tanto tener algo más útil que hacer...

La tía Penelope, como si hubiera sido capaz de leerle el pensamiento, le palmeó la mano sujeta a la suya y ensanchó la sonrisa con una expresión traviesa que a Anna le recordó a un duende de particular malicia.

—He estado pensando en algo en lo que me vendría muy bien tu ayuda. Es un proyecto que hace mucho tiempo que deseo poner en marcha. Pensé que Rose podría darme una mano con él, pero, en su estado, va a resultar complicado. Además, creo que irá bastante bien con tu carácter y que podrías encontrarlo interesante.

Anna frunció un poco el ceño al detectar una inflexión en la voz de su tía que puso todos sus sentidos en alerta.

—¿Qué clase de proyecto? —preguntó ella, cautelosa.

La tía Penelope se llevó una mano al pecho en un gesto apasionado que le recordó al que habría puesto una joven enamorada y ladeó el rostro para hablar con voz queda.

—Vamos a cambiar el mundo.

Anna parpadeó un par de veces antes de devolverle la sonrisa. No podía esperar a conocer qué era lo que tenía entre manos.

*

A Benedict nunca se le había dado del todo bien hablar en público, pero su madre decía con frecuencia que le bastaba con asumir una actitud de fría autoridad y mirar a cada uno de sus empleados con la misma expresión que mostraba cuando reprendía a alguna de sus hermanas para inspirar un respeto reverencial. Mientras veía cómo el grupo con el que trabajaba en las oficinas de la empresa que regentaba en Londres en nombre de su padre retornaba a sus labores tras asentir sin vacilar a las indicaciones que les había dado, se dijo que nunca dejaría de asombrarle esa fuente de sabiduría inagotable que era la condesa de Falmouth.

Luego de despedirse con una cabezada y dar unas últimas instrucciones al responsable del piso, se dirigió a su despacho mientras su secretario, el señor Morse, lo seguía con pequeños saltitos para igualar el ritmo de las largas zancadas de Benedict. El pobre hombre estaba cerca de los cincuenta y necesitaba dejar las abundantes cenas a las que era aficionado. La figura rechoncha del empleado cruzó el umbral poco después que él; se mantuvo un momento a unos pasos del escritorio que Benedict acababa de ocupar para recuperar el aliento.

—¿Cuándo cree que el señor Rosemberg estará de regreso de su viaje a Manchester?

Benedict hizo la pregunta al tiempo que estudiaba un documento que había encontrado sobre la mesa y que una de las mecanógrafas debía de haber dejado para él mientras se hallaba reunido con el personal.

El señor Morse se secó el sudor de la frente con un enorme pañuelo blanco que luego guardó en el bolsillo de la chaqueta y emitió un suspiro.

—Lo esperamos para dentro de unos cinco o seis días, milord. Dependerá del éxito de sus gestiones y de la prontitud del ferrocarril, desde luego.

Benedict asintió.

—Mi tío comentó hace poco que los trabajos en las vías se habían desarrollado sin contratiempos y que el aumento en la velocidad estaba asegurada. Los viajes deberían ser un poco menos lentos con eso, ¿no lo cree? —inquirió él al contemplar al hombre por encima de los papeles.

El secretario hizo un gesto indeciso, como si dudara de esa noticia, lo que no sorprendió a Benedict del todo. No era una novedad para él que el señor Morse se mostrara desconfiado frente al progreso. En circunstancias normales, prefería no rodearse de personas con mente limitada, pero el hombre era un asistente estupendo y conocía ese oficio tan bien que era la única persona en quien habría confiado para llevar la oficina en su lugar si en algún momento debía ausentarse.

Ante la falta de respuesta, Benedict hizo un gesto para que el aún agitado caballero ocupara la silla frente a él, lo que el empleado hizo con una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—Necesito conocer lo antes posible el resultado de las gestiones del señor Rosemberg —Benedict retomó el tema que más le importaba tras dejar de lado los reparos del secretario con respecto a la efectividad de los trenes—. Mi padre espera la información para cerrar un trato importante.

El señor Morse asintió, comprensivo, y asumió una postura algo más tirante en la silla, como si pretendiera erguirse frente a un invitado invisible. Por lo general esa era una reacción muy común cuando nombraba a su padre, se dijo Benedict con la sombra de una sonrisa en los labios.

—Estoy seguro de que el señor Rosemberg traerá buenas noticias con él, y entonces su señoría podrá ultimar sus planes, milord, pierda cuidado —aseguró el hombre con expresión convencida—. El señor Rosemberg es uno de nuestros mejores negociadores.

—Lo sé, yo lo contraté.

Benedict se arrepintió tan pronto como las palabras salieron de sus labios al oír el tono de ligera arrogancia con el que había hablado. ¿Cómo decía Beatrice con frecuencia? “Podrías intentar ser un poco menos soberbio, Benedict”. Sí, claro que podía intentarlo, pero no era sencillo. Además, su hermana también sostenía que era incluso peor con sus amistades, lo que en ese momento no le pareció del todo justo, en especial al recordar a una amiga de Beatrice en particular en la que, por algún motivo que prefería no explorar demasiado, no dejaba de pensar.

Al notar que el señor Morse se había quedado en silencio, un poco apabullado por la álgida respuesta, Benedict forzó una sonrisa amable y le tendió el papel que acababa de terminar de leer.

—Creo que encontrará esto interesante —aventuró él en tono cordial.

El secretario tomó el informe y leyó en silencio al tiempo que asentía cada tanto a medida que avanzaba. Al final exhibió una sonrisa satisfecha que le acentuó los rellenos mofletes.

—Es una noticia estupenda, milord —dijo él encantado—. Lord Cahill es un embajador extraordinario, sin duda. No ha de ser fácil negociar con esos estadounidenses, pero a él se le da mejor que a nadie que conozca.

Benedict asintió y se permitió mostrar parte del entusiasmo que lo había embargado al conocer la novedad. Su tío Alexander, el único hermano de su padre, era el encargado de manejar los negocios de la familia en Estados Unidos y llevaba un par de meses allí, sumido en complejas negociaciones con uno de los grupos más poderosos del país. Se trataba de un triunvirato formado por los tres hombres más ricos y poderosos de Estados Unidos, a los que, según los reportes que acababa de leer, su tío tenía comiendo de la mano. Benedict sonrió al pensar en el más encantador y sociable de los Cahill, el hombre que sería capaz de vender trozos de hielo en la Antártida, como acostumbraba comentar su padre con ese tono indulgente que usaba siempre que se refería a Alexander, a quien prácticamente había criado como a un hijo más. Tal vez fuera por eso que Benedict siempre había considerado a su tío como un hermano mayor a quien admirar. La habilidad de Alexander como negociante, para empezar, era extraordinaria, y si todo iba como tenían planeado, pronto se convertirían en los principales socios del consorcio más poderoso del otro lado del océano. Pensar en lo que semejante logro significaría para la familia y en la manera en que cimentaría su poder en Inglaterra estuvo a punto de arrancarle una carcajada de gusto.

Su madre habría dicho que podía ser tan fenicio como su padre, pero Benedict siempre había tomado esas comparaciones como un gran halago.

El señor Morse, que se había mostrado atento a la expresión de su jefe, sonrió también e hizo un gesto satisfecho al frotarse las manos antes de apoyarlas sobre el abultado abdomen.

—Imagino que querrá informar a su señoría de inmediato —sugirió el hombre.

Ante la mención al conde de Falmouth, Benedict negó con la cabeza.

—No, aún no. Esperaremos a la confirmación de mi tío. No lo daremos por hecho hasta tener los contratos firmados —aseguró él, convencido.

—Pero está todo claro aquí, no me extrañaría que el convenio ya haya sido ultimado mientras hablamos —insistió el hombre.

Benedict volvió a negar con gesto serio.

—Aun así —indicó—. Esperaremos.

El secretario no pudo menos que mostrarse de acuerdo con la sensatez del patrón y lo miró de hito en hito con admiración mal disimulada.

Hacía tres años que trabajaba para él, y le avergonzaba reconocer incluso tan solo para sí que en un inicio había sentido un poco de desconfianza frente a esa asignación. Cuando lord Falmouth le había informado que colocaría a su hijo mayor a la cabeza de los negocios en Londres, no había podido menos que mostrarse un poco suspicaz. Por lo había escuchado hasta entonces, lord Benedict tenía apenas veinticinco años y había pasado casi toda su juventud ocupado en viajar de un lado a otro del mundo desde que había salido de Oxford. Fuera de eso, no tenía mayor experiencia frente a un negocio.

Los Cahill eran dueños de todo tipo de empresas en el país, desde bancos hasta ferrocarriles, además de pequeñas compañías que apenas empezaban a surgir y a ganarse un lugar importante en la zona, eso sin mencionar que el conde era además aficionado a los nuevos avances, de modo que siempre estaba diversificando sus inversiones. La noticia de que ese joven caballero, por buena que fuera la cuna de la que provenía, se haría cargo de buena parte de semejante conglomerado lo había preocupado en un inicio, pero pronto había descubierto que tal desconfianza no tenía asidero.

Benedict Cahill tenía instinto para los negocios junto con, había descubierto al poco de conocerlo, una inteligencia y astucia muy desarrolladas que hasta entonces Morse había visto en pocos hombres. “Brillante” e “implacable” serían dos de los adjetivos que utilizaría para describirlo sin duda. En el tiempo que llevaba frente a los negocios en Londres, sin mencionar que, con el correr de los años, había empezado a asumir el mando también en el resto del país con la venia de su padre, la familia Cahill se había convertido en una de las más poderosas de Inglaterra. Y eso a él parecía encantarle.

Cuando reparó en la observación de la que era objeto, Benedict dirigió al empleado una sonrisa sardónica. El señor carraspeó, abochornado por haber sido descubierto. Había que mencionar entre las características del joven patrón que no se le pasaba nada, se recordó. Tras aclararse la garganta, dejó el papel sobre el escritorio y asintió como si hubiera llegado a algún tipo de conclusión importante.

—Si todo resulta como esperamos, es posible que deba viajar para reunirse con los estadounidenses —comentó él.

Benedict no se mostró muy satisfecho con la sugerencia.

—He pensado que lo mejor será hacer que sean ellos quienes vengan aquí —propuso en tono seguro—. No veo por qué debemos ser siempre nosotros quienes realicemos esos viajes tan largos. Además, me gustaría que conozcan nuestras instalaciones y que sepan que no tenemos nada que envidiarles.

El señor Morse caviló un momento ante esas palabras y asintió, en apariencia complacido. Sería un cambio agradable que fueran los estadounidenses quienes debieran acudir a ellos, en vez de lo contrario.

—Estoy seguro de que tomará una decisión apropiada en cuanto sea necesario —afirmó él.

Benedict se encogió de hombros y, tras dar una mirada alrededor para asegurarse de que no había nada más que debiera atender de inmediato, se puso de pie con un movimiento elegante que el secretario intentó imitar, tentativa en la que fracasó, lo que le arrancó al patrón una breve sonrisa.

El sol empezaba a ocultarse; sus últimos rayos teñían la estancia con una luz mortecina. Benedict llegaba a la oficina cada mañana muy temprano y, por lo general, no se marchaba hasta que se había encargado de todos los asuntos pendientes. Exigía absoluta entrega a sus empleados; creía con fervor que la mejor manera de obtener ese compromiso era al predicar con el ejemplo. Ese era otro rasgo que el señor Morse admiraba y que acostumbraba siempre mencionar en su casa cuando su esposa hacía referencia a lo tarde que llegaba cada noche a cenar.

—¿Se marcha, milord? —preguntó él entonces, aunque conocía la respuesta.

Benedict asintió.

—Y usted también —señaló—. Ha sido un día largo.

Sin esperar respuesta, tomó el abrigo y el sombrero del perchero en la salita adjunta al despacho y regresó sobre sus pasos para detenerse un momento a colocarse los guantes.

El señor Morse exhaló un suspiro que delató un gran cansancio y asintió agradecido.

—Supongo que iré a festejar el reciente logro —comentó el trabajador.

Benedict le dirigió una mirada de reojo.

—No veo por qué debería. Fue mi tío quien comandó las negociaciones —mencionó en tono desenfadado.

—Cierto. Pero ha sido toda idea suya: fue usted quien entabló los contactos, quien redactó los contratos. Los estadounidenses jamás habrían aceptado esos términos si usted no se hubiera ocupado de no dejarles otra alternativa...

Benedict no pudo evitar reír ante la leal y apasionada defensa del secretario y sacudió la cabeza al tiempo que le dirigía una mirada de aprecio. Había aprendido a estimar a ese hombre con el paso de los años y no imaginaba lo que haría sin él.

—Ya que usted lo dice, supongo que sí tengo derecho a una pequeña celebración —comentó sin dejar de sonreír.

El señor Morse asintió, como si esa fuera una verdad absoluta.

—Ya lo creo que sí —insistió él tras dirigirle una mirada de entendimiento—. E imagino cómo le gustaría hacerlo.

Benedict alzó una ceja, y buena parte de la expresión sonriente que antes exhibía desapareció.

—¿Sí?

La palabra surgió un tanto fría, pero el asistente no lo notó de inmediato, sumido como estaba en lo que consideraba una broma bien recibida.

—Sí, claro —siguió él, sin abandonar el tono confidencial que había adoptado—. Con esa señorita... ¿Cómo era que se llamaba? Elsie, Gladys...

—¿Maud?

—¡Esa misma!

El tono exaltado del señor Morse se apagó al reparar en la expresión sombría del jefe y carraspeó, avergonzado de haberse dejado llevar por el entusiasmo. Tampoco era un secreto que a su superior no le hacía ninguna gracia que se inmiscuyeran en su vida privada ni que odiaba ser blanco de habladurías, se recordó con deseos de darse un buen golpe a sí mismo.

Benedict mantenía sus aventuras amorosas con la misma discreción con que manejaba los negocios y, la mención de esa última conquista lo había incomodado lo suficiente para disolver parte del buen humor que lo había dominado hasta entonces. Sin embargo, sabía que el señor Morse no lo había hecho con mala intención y, después de todo, era verdad que pensaba visitar a Maud, de modo que relajó el ceño y dirigió a su empleado una contenida sonrisa.

—Vaya a casa, señor Morse, mándele mis saludos a su esposa; sé que odia que llegue tarde por mi culpa —comentó él en un tono formal pero amable.

El secretario asintió, aliviado de que aquella indiscreción no hubiera sido tan mal recibida después de todo y, tras efectuar una breve reverencia en señal de despedida, como acostumbraba hacer siempre, se marchó con paso apurado y un poco patoso.

Benedict lo siguió poco después y no se detuvo hasta que estuvo fuera del edificio. Entonces frenó el paso durante un momento para respirar el aire de la noche. Luego de sentir sus pulmones expandirse después de todas esas horas sumergido en el ambiente un poco viciado de la oficina, se dirigió al coche que lo esperaba en la acera y ocupó el asiento trasero con un suspiro satisfecho. No tuvo que dar ninguna indicación al conductor, que sabía a la perfección adónde iba aquella noche: pronto se pusieron en camino a Covent Garden.

*

Benedict ordenó que el conductor rodeara la plaza adyacente al teatro y se internara en la calle posterior de modo que pudiera evitar el ingreso principal, donde se amontonaba un grupo de personas a la espera de que abrieran las puertas.

Los encargados lo conocían de vista y se habían percatado del motivo principal de esa visita, pero estaban lo bastante acostumbrados a la presencia de aquel caballero para conducirse con discreción. A lo sumo se tocaban las gorras en señal de respeto mientras le franqueaban el paso sin hacer preguntas para luego regresar a sus labores. Aún faltaba casi una hora para el inicio de la función, y según había notado, ese era el momento justo en que los empleados del teatro se veían inmersos en mayor actividad. Le había pedido al chofer que se marchara porque no sabía cuánto iba a tardar. Después de todo, podría encontrar un coche de alquiler sin problemas en esa zona de la ciudad a cualquier hora.

Una vez que dejó atrás el área donde los obreros ponían a punto el entramado mientras mascullaban y maldecían al batallar con las piezas hidráulicas necesarias para montar los exuberantes espectáculos que se habían vuelto tan populares, recorrió un largo pasillo en dirección adonde se encontraban los camerinos. Uno habría podido pensar que los administradores del teatro se habrían molestado en dotar a las estrellas de la gala de un recinto apropiado para que se prepararan antes de la representación o descansaran una vez que hubiera terminado. Nunca dejaría de sorprenderle que hubieran dispuesto tan solo pequeños habitáculos con lo estrictamente necesario para apenas poder moverse en su interior.

Cuando llegó al más alejado del corredor, alzó una mano para tocar la delgada puerta de madera y no entró hasta que oyó una voz familiar que lo invitaba a pasar.

Maud D'Auban apenas miró sobre el hombro para dirigirle una amplia sonrisa y un guiño coqueto antes de volver la atención al espejo frente al que estaba sentada. Su asistente, una chiquilla que apenas superaba los quince años, se ocupaba de fijarle el cabello con unas pinzas para simular una cascada de rizos que le caían sobre la frente y la blanca piel del cuello. Llevaba una bata de seda rosada que apenas ocultaba sus formas, cubiertas por el vestido ceñido con el que pensaba subir al escenario. Los ojos negros de Maud relampaguearon al verlo dejarse caer sin ceremonias sobre el diván que ella había conseguido que el administrador consintiera en colocar. En realidad, como una de las favoritas del público, se le permitían ciertos lujos que le estaban vedados al resto del elenco.

—Me alegra que hayas llegado a tiempo para la función. Hemos ensayado una nueva canción para esta noche, te encantará. —La mujer usó los dedos para ubicar de manera estratégica un rizo castaño cerca de la mejilla y dirigió

a su asistente una mirada enfadada—. Betsy, sirve a lord Cahill una copa de champaña. No debería tener que decirte estas cosas...

Benedict alzó una mano para detener a la muchacha, que ya había corrido al pequeño mueble junto al diván donde se exhibían un par de botellas y un gran ramo de flores colocado con descuido en un jarrón astillado.

—Está bien —dijo él sin mirarla. Toda su atención estaba enfocada en el reflejo de la mujer que alcanzaba a ver en el espejo—. Beberé después de la función.

—¿La verás, entonces?

Benedict ignoró el tono anhelante en la voz de Maud y asintió. Casi nunca se quedaba a ver la obra. Ya la había visto un par de veces y, si era sincero, debía reconocer que no era uno de sus entretenimientos favoritos. Ni siquiera estaba muy seguro de cómo había terminado en un lugar como aquel en primer lugar. Cuando uno de sus conocidos del club lo había invitado, hacía un par de meses, había aceptado tan solo para que lo dejara en paz. Había sido entonces cuando, entre un número musical y otro, su interés se había visto atraído por una de las bailarinas y coristas que destacaban por su voz y, ¿para qué negarlo?, también por su figura poco cubierta. Maud se movía por el escenario como un pavo real en tanto daba brincos coquetos sin dejar de sonreír y sugerir todo tipo de aventuras con esa mirada de ojos negros, siempre brillantes. Ella también había reparado en él casi de inmediato. Benedict recordaba que había lanzado miradas al palco en que él y su amigo se encontraban durante casi toda la función, y había sido Maud, de hecho, quien había enviado a uno de los acomodadores con una nota en que lo invitaba al camerino. Esa era otra de las cosas que le había atraído de inmediato de esa mujer: si deseaba algo, iba a buscarlo; lo mismo que hacía él cada día. Se habían vuelto amantes casi de inmediato. Benedict debía reconocer que había resultado una experiencia más que agradable.

De eso habían pasado casi un par de meses ya. Procuraba ir un par de veces por semana, aunque casi siempre cuando la función estaba por terminar, para ahorrarse tener que verla de nuevo. Aquella vez, sin embargo, quizá debido a la sugerencia del señor Morse, se había visto impulsado a llegar un poco más temprano para asegurarse una noche completa. Su plan era ver parte del espectáculo y regresar poco después al camerino para pasar unas horas con Maud.

La vista de Benedict se vio atraída con rapidez por las cortinas apenas disimuladas en un rincón de la habitación, donde se encontraba una pequeña cama que Maud le había mostrado en la segunda visita. Benedict hizo un leve gesto de desagrado mientras se preguntaba, no por primera vez, por qué no se decidía a hacer los arreglos para disponer de un lugar más apropiado para esos encuentros. La respuesta, no obstante, continuaba siendo la misma. Había notado que Maud se mostraba más entusiasmada de lo habitual las últimas veces y temía que un gesto tan importante pudiera ser malinterpretado. Hasta entonces le había hecho todo tipo de obsequios que ella había recibido con una alegría desbordante, pero un lugar propio... Tal vez lo hiciera cuando todo terminara, como un modo de agradecerle los agradables momentos que habían compartido. Había decidido, desde que había dado inicio a esos encuentros, que algún día le compraría un espacio, pero hacerlo cuando aún se veían podría ser tomado como algo que no era, y odiaría verse envuelto en un drama de ese tipo. Le había ocurrido solo una vez, cuando era algo más joven e inexperto, y se había prometido entonces que nunca más se involucraría en algo como aquello.

Maud, ajena a esos pensamientos, terminó con su arreglo y se puso de pie con un gesto estudiado al tiempo que llamaba a su asistente para que le ayudara a despojarse de la bata. Cuando quedó tan solo con el vestido de raso rojo que usaba durante las actuaciones, que apenas le llegaba a media pantorrilla, cubierta por una medias de seda que se perdían en lo alto de los muslos, hizo un ademán exagerado para que él pudiera apreciar el profundo escote.

—¿Cómo me veo? —preguntó con voz insinuante.

Benedict sonrió. Se encogió de hombros mientras admiraba la figura y el rostro de aquella mujer, que estaba cubierto por una capa de maquillaje que habría hecho levantar unas cuantas cejas en los salones de las mansiones a las él que acostumbraba acudir. Allí, sin embargo, y aún más en el escenario, bajo el amparo de las potentes luces, en medio de la magia del teatro, se veía del todo apropiado.

—Creo que conoces a la perfección la respuesta a esa pregunta, querida Maud —contestó él con una cabezada apreciativa.

Ella se mostró encantada por el halago y se llevó las manos a la cintura. Vaciló, pero debió de llegar a la misma conclusión, porque, luego de oír un par de golpes en la puerta en señal de que debía dirigirse al escenario, dio un

par de saltitos para llegar hasta él, se inclinó para apoyarle una mano en el hombro y le posó los labios sobre los de él. Benedict correspondió la caricia y le envolvió la cintura en un abrazo para profundizar el beso e inhalar el profundo olor a gardenias que Maud despedía. La asistente se había marchado con discreción, pero otra serie de golpes los forzó a separarse. Ella hizo un gesto de fastidio al distanciarse y correr al espejo para retocar el maquillaje. Lo miró entonces a través del reflejo, sabía que tenía los labios hinchados, que un brillo febril se le veía en las pupilas, por entre el maquillaje.

Antes de marcharse, le dirigió una última sonrisa y abrió la puerta para apoyar la cadera contra la madera en un ademán insinuante.

—¿Me esperarás hasta que termine la función? —consultó.

Benedict asintió.

—Claro.

Maud sonrió y le lanzó un beso volado.

—Entonces terminaremos esto luego.

No respondió, sino que esperó a que se marchara para exhalar un hondo suspiro al tiempo que la sonrisa le desaparecía del rostro. No había sentido lo que esperaba. Había sido un beso magnífico y muy estimulante, como todos los que compartía con Maud, la rigidez en su miembro daba fe de ello, pero eso había sido todo. Una parte de él le dijo que debía de sentirse satisfecho con eso; sin embargo, otra, una más bien pequeña y que procuraba siempre acallar, le susurró que no había nada de malo en desear algo más.

Al final acalló a esa voz otra vez, tal y como hacía siempre, y se puso de pie para dirigirse al palco que tenía reservado cada noche en caso de que le surgieran ganas de pasar por allí. Lo aguardaba una velada estupenda, por lo que habría sido estúpido de su parte permitir que unos pensamientos confusos le hicieran desaprovecharla. Por suerte, a Maud se le daba muy bien distraerlo: eso era más que suficiente.

*

—¿Por qué la tía Penelope dijo que necesita el salón de la mansión para mañana? ¿Qué es lo que está planeando?

Anna contuvo una sonrisa y levantó el rostro para mirar a su hermano por debajo de las pestañas, un gesto que estaba segura de que él debía de reconocer con facilidad; lo usaba desde que tenía memoria cuando deseaba ocultarle algo. Aunque esa no fuera de hecho su intención, pues habría sido imposible esconderle por siempre lo que su tía Penelope tenía entre manos. Ya iba a descubrirlo pronto, pero era divertido burlarse de él. Algunas cosas no cambiaban nunca.

Acababan de llegar a la mansión de los Amulson. William la había ayudado a bajar del vehículo luego de hacer otro tanto con Rose y la tía, que había consentido en asistir a esa velada porque había sido buena amiga de lady Amulson y estaba ansiosa por saludarla y reclutarla para su causa. Pero eso tampoco lo mencionó Anna a William, sino que se concentró en sostenerse del brazo de él para subir la escalinata que los conduciría al salón principal.

—No sé por qué me haces esa pregunta, deberías hablar con ella. Estoy segura de que estará encantada de contártelo —respondió Anna al tiempo que le daba unas palmaditas en el brazo con expresión inmutable.

Quienes los veían decían que el parecido entre ambos era más evidente de adultos, en especial desde que Anna había dado muestras de adquirir una madurez muy sólida desde el regreso a Londres. Cuando ella era más joven, se mostraba más abierta a la sonrisa y a las conversaciones intrascendentes; era sencillo adivinar lo que sentía a partir de los gestos y miradas que dedicaba. En ese momento, sin embargo, ella y William tenían en común el semblante más bien grave y las palabras medidas. Tan solo se permitían mostrarse algo más abiertos en compañía de las personas en quienes confiaban, como su familia y amigos.

—Sabes que ella no me dirá nada; no hasta que lo estime conveniente. — William apretó los labios y echó una mirada a la multitud que se agolpaba en el vestíbulo hasta ubicar a Rose. Solo entonces volvió la atención a su hermana—. Diría que, dado que se trata de mi casa, merezco un poco más de respeto.

—Bueno, siempre dices que debemos considerarla también nuestra, así que no es extraño que la tía Penelope haya decidido tomarte la palabra. Pero si te molesta, siempre podemos usar la mía. En realidad, me harías un favor porque sería la excusa perfecta para que mamá me deje en paz.

William emitió un bufido sardónico y le dirigió una mirada grave con esos ojos azules tan parecidos a los de ella que simulaban en ese momento un mar embravecido, lo que desmintió su propio semblante calmado al responder.

—Como si fuera a ponértelo tan sencillo —comentó él entre dientes—. Solo espero que no se metan en ningún tipo de problema.

Anna sonrió.

—¿Con la tía Penelope de por medio? —inquirió ella—. ¿Cuánto te volviste tan ingenuo?

William no tuvo tiempo de responder porque llegaron por fin adonde se encontraban sus anfitriones, y él se apresuró a ir en busca de Rose para acercarse a saludar a lord y lady Amulson. Anna, en tanto, se retrajo unos pasos y echó una mirada alrededor sin disimular el interés. Hacía mucho que no estaba en esa casa. Años, si sus cálculos eran correctos. La última vez que había asistido a una reunión allí tenía apenas unos meses de casada; creía que las cosas entre ella y Richard irían bien, que todo aquello que empezaba a asustarla y confundirla tan solo desaparecería pronto, que si era buena todo mejoraría. Desde luego, estaba muy equivocada, se recordó con cierta burla dirigida a esa joven que había sido alguna vez.

Luego de saludar a los Amulson, que se mostraron muy amables con ella y halagaron su apariencia pese a que Anna sabía que distaba mucho de verse tan magnífica como ellos se esforzaron por asegurar, decidió dar un paseo por el salón y evitar los grupos de personas que hablaban en susurros.

Pese a la insistencia de su madre, quien había anunciado que no iría si ella no consentía en dejar el luto, Anna había elegido un vestido de noche de muselina negra con una túnica bordada en gris que, a su parecer, no se veía nada mal. Pero estaba segura de que su madre no se sentiría satisfecha hasta que la viera usar algo más apropiado para atraer a las personas correctas, como decía a cada momento. Anna tenía muy claro a qué clase de personas se refería ella; la idea le provocaba un desagradable nudo en el estómago: solteros acaudalados y, de ser posible, con un título tan antiguo como el de su propia familia.

Bueno, allí había varios, de eso no había duda, pero precisamente a ellos no quería acercarse. Su madre estaba convencida de que ya era hora de que volviera a casarse, dado que una mujer sola con los medios de Anna necesitaba de un hombre con desesperación para administrar los bienes, además de servirle de compañía y apoyo, como sostenía con frecuencia. El

problema era que su madre no conseguía comprender que el ser una mujer sola, con medios y sin la necesidad de un hombre para obtener lo que deseaba era la idea que Anna tenía del paraíso.

Con un suspiro, aceptó una bebida de uno de los lacayos que circulaban por el salón y se obligó a acercarse a saludar a un trío de damas que eran buenas amigas de su madre. Ellas, resultaba evidente, se encontraban allí en el papel de carabinas de un grupo de chicas que reían a pocos metros de donde se habían sentado, en espera de que se iniciara el baile. Fue fácil reconocerlas por sus bonitos pero no demasiado atrevidos vestidos, todos en tonos claros y virginales, con los rizos ordenados con cuidado y las mejillas sonrosadas, expectantes. Anna había sido una de ellas hacía no mucho, y una sonrisa cargada de nostalgia se le dibujó en los labios al reparar en una muchacha que no dejaba de parlotear al tiempo que se empinaba con poca discreción para rastrear los grupos de caballeros que les lanzaban algunas miradas.

Cuando empezó la música, sin embargo, Anna se despidió del grupo de damas con su mejor y más fingida sonrisa y se las arregló para evadir a un par de hombres que se dirigían hacia ella. No sentía ningún deseo de bailar, pero tampoco podía quedarse allí de pie como un ciervo dispuesto al sacrificio, se dijo al comprender que debía encontrar un lugar al cual escapar sin llamar la atención.

Buscó a su familia entre la multitud. Sonrió al ver que William y Rose danzaban en medio del salón, pese a que su cuñada parecía tener algunos problemas para seguir el paso de su marido, quien siempre había sido un bailarín estupendo. Todo lo que no era Anna, se recordó ella con una risita, divertida de pronto al pensar en todas las clases que había tenido que tomar cuando estaba a punto de ser presentada en sociedad para evitar accidentes bochornosos con las parejas de baile.

Su tía parecía muy entretenida en un diálogo con lady Amulson y apenas reparó en la presencia de la sobrina cuando pasó cerca de ella de camino al jardín.

De ser una tímida debutante, jamás se habría atrevido a tomar esa dirección, pues estaba enterada de todos los problemas en los que habría podido meterse de ser vista. Pero, ya que se trataba de una respetable viuda, supuso que nadie la señalaría con un dedo por desear un poco de intimidad. Y si lo hacían, la verdad era que le importaba más bien poco; no pensaba hacer

nada reprochable. Tan solo, por patético que pudiera resultar, deseaba encontrar un lugar en el que no tuviera que hablar con nadie y en el que pudiera esperar a que su familia decidiera volver a casa para irse con ellos.

Lord Amulson, según recordaba, era un aficionado al paisajismo, de modo que no le sorprendió encontrarse con un lugar que le recordó a un oasis luego de ese ambiente cerrado del salón. Franqueó una pequeña portezuela que habría sido más adecuada de tratarse de un jardín en medio del campo y rodeó unos cuantos arbustos hasta llegar a un sendero que conducía a una rotonda que, en ese momento, se encontraba sumida en penumbras, pero que debía de verse magnífica iluminada por la luz de la luna. Entrecerró los ojos en la oscuridad y exhaló un suspiro de alivio al vislumbrar un par de bancos cuyas patas semejaban las extremidades de un león; un detalle un poco dramático por parte de lord Amulson, se dijo con una sonrisa. Pero le venía estupendo para lo que necesitaba. Sin vacilar, se dejó caer sobre una de ellos, encantada por su buena fortuna.

Al elevar el rostro, la brisa nocturna le acarició la piel. Inhaló con profundidad y extendió una mano para rozar el capullo de una rosa que crecía en un rosal al lado del asiento en el que había decidido apoyarse. Podía imaginar muchos otros modos de pasar la noche, pero ninguno le pareció tan seductor como aquel.

Poco rato después, sin embargo, al oír unos pasos que se acercaban adonde se encontraba, se dijo que esa sería precisamente una de las maneras en las que había pensado antes. Una desagradable, desde luego, porque lo último que deseaba era ser interrumpida cuando se sentía alegre por primera vez en mucho tiempo.

Estuvo tentada a ponerse de pie y marcharse, pero se reprendió de inmediato. ¿Por qué tenía que ser ella quien lo hiciera? Si se trataba de una pareja que había acordado un encuentro secreto, bien podían buscarse otro lugar. Seguro que habría muchos otros rincones en el jardín de lord Amulson para que hicieran lo que fuera que tuvieran en mente.

Cuando los pasos se acercaron, sin embargo, comprendió que no podían pertenecer a dos personas, sino tan solo a una. Se trataba de alguien que caminaba como si lo persiguiera el demonio o algún diablillo en particular molesto, supuso por la fuerza de las pisadas y la prisa con que la persona se alejaba de la casa.

De haberse detenido a intentar adivinar de quién se trataba, nunca habría dado con la respuesta. Lo supo tan pronto como Benedict Cahill irrumpió en su santuario. Jamás habría imaginado que era la clase de hombre que huía. Desde luego, eso no hizo que lo recibiera con mayor entusiasmo, y por la expresión del caballero, fue obvio que a él tampoco le hizo mucha gracia encontrarse con ella en esa tesitura.

—Lady Schellin.

Él se repuso del desconcierto con rapidez y esbozó una mueca que pretendió ser una sonrisa al tiempo que inclinaba la cabeza en señal de saludo.

—Lord Cahill. Qué inesperada sorpresa. —Anna mantuvo el semblante imperturbable y se felicitó por la naturalidad con que le brotó la voz.

—Lo mismo digo, milady. No esperaba encontrarla aquí.

—Eso es bastante evidente.

Benedict apretó los labios y pareció tentado a contestarle con una réplica tan mordaz como aquella o más incluso, pero se contuvo a tiempo e hizo un gesto en dirección a la nada, como si de pronto no supiera qué decir. Anna, en tanto, lo observó de reojo con cuidado de que él no advirtiera tal interés y no pudo menos que reconocer lo atractivo que se veía pese a que la oscuridad no permitía apreciarlo del todo. Se preguntó, en un raptó de vanidad, qué opinaría él de ella, si la encontraría tan atractiva como le ocurría a ella con él, pero descartó el pensamiento con un gesto de desagrado. No podía importarle menos; estaba ya muy por encima de esas cosas y se odió un poco por haber caído en semejante tontería. En realidad, a quien odió fue a él por ser quien había inspirado esas ideas.

—¿Qué hace aquí, milady?

La pregunta de Benedict la sacó de aquellos pensamientos y tuvo que parpadear para comprenderla.

—Tomo un poco de aire, milord. El ambiente del salón empezaba a sofocarme. Hay demasiadas personas. —La mentira surgió con facilidad; mantuvo la barbilla firme al mirarlo—. ¿Y usted?

Si Benedict le creyó o no, evitó mostrarlo. Tan solo asintió e hizo un gesto con el que pedía permiso para ocupar la banca junto a la de ella. Antes de que Anna pudiera negarse o aceptar, sin embargo, él se dejó caer allí sin mayores ceremonias.

—Huyo, milady. Tan sencillo como eso —respondió él al cabo de un momento con simpleza.

Anna estuvo a punto de esbozar una sonrisa por la sinceridad de la contestación, pero se contuvo a tiempo.

—Ya veo —dijo—. Supongo que encuentra un poco agobiante el acoso de las jóvenes casaderas.

—Y el de las madres, milady. No olvide a las madres.

Ella no pudo resistirse a sonreír entonces, pero fue solo un instante. No recordaba que Benedict tuviera un buen sentido del humor; en realidad, no recordaba que lo tuviera en absoluto. Él notó el gesto y la miró de pies a cabeza con poca discreción. Definitivamente esa no era la cauta y pudorosa mirada que debía dirigirle un caballero a una dama. Anna sintió cómo las mejillas se le teñían de rubor, por lo que carraspeó para hacer evidente su incomodidad, pero él hizo como si no lo hubiera notado. “Tonto atrevido.”

—Me sorprende que se vea acosado, milord. No lo esperaba de usted.

Fue el turno de Benedict para toser, aunque no se vio incómodo en absoluto, sino sinceramente divertido.

—¿Se refiere a que no comprende por qué me encuentran lo bastante interesante como para ir tras de mí? —preguntó él.

Anna frunció el ceño, insegura acerca de si estaría bromeando o hablaba en serio, pero le bastó con ver el brillo en los ojos de él para saber que sin duda era lo primero. Era un tonto, sin duda. ¿Pensaba acaso que no podía seguirle el juego? Si algo le habían dado los años y la experiencia, eso había sido la habilidad para tratar con atrevidos como él. Había estado casada con el peor de todos.

—No, milord, jamás lo pondría en duda. Estoy segura de que lo consideran el mejor partido de la temporada —comentó ella, y su tono más que halagüeño resultó insultante, como si se cuestionara cómo era eso posible—. Supongo que lo sabe.

Benedict acusó el golpe con las cejas elevadas y se arrellanó mejor en la banca, como si de pronto no pudiera pensar en un mejor lugar en el cual estar. Se encontraban a solo un metro de distancia, pero Anna sintió de pronto como si en realidad solo los separaran un par de centímetros; tan intensa le pareció la mirada de él.

—Soy consciente de ello, milady —reconoció él sin falsa modestia, lo que en otras circunstancias ella habría apreciado—. Pero eso no lo hace menos desagradable. A nadie le gusta ser considerado una presa apetecible, ¿cierto? Usted debe de estar familiarizada con la sensación.

Anna jadeó como si acabaran de pegarle un golpe en el estómago y se envaró en el asiento con tanta rigidez que habría jurado que la espalda le crujía. Benedict debió de notar esa reacción, porque abandonó parte de la expresión satisfecha que había mostrado hasta entonces y echó el cuerpo hacia adelante para mirarla con gesto grave a través de la oscuridad que los envolvía.

—No pretendí ofenderla...

Anna cortó las excusas con un gesto de la mano y le devolvió una mirada ceñuda.

—Y sin embargo, lo ha hecho de manera magnífica, milord —lo acusó ella sin vacilar—. Felicidades.

Benedict suspiró y se puso de pie para ocupar el pequeño espacio libre en el asiento que lady Schellin ocupaba. Ella, llevada por la sorpresa y aún dolida por las palabras del caballero, no atinó más que a encogerse en el lugar como si con eso pudiera de algún modo ignorar el calor que él desprendía o la propia sacudida que la asaltó por esa cercanía.

—Sé que le costará creerme, pero le aseguro que no lo dije con mala intención —aseguró él, tras lo cual exhaló un hondo suspiro—. Ya me lo había dicho Beatrice.

Ante la mención de su hermana, Anna ladeó apenas el rostro para mirarlo de reojo.

—¿Qué dijo ella? —inquirió sin poder contener la curiosidad.

—Que a veces puedo ser un soberbio insoportable.

La dama apretó los dientes antes de responder, y aún entonces no pudo reprimir la pequeña elevación de las comisuras de los labios.

—Beatrice siempre ha sido una joven muy sincera —observó ella.

Benedict le dirigió una mirada burlona pero exenta de malicia.

—¿Y acertada? —agregó él.

Anna se encogió de hombros.

—Con frecuencia. Sí.

Él no se ofendió por ese raptó de honestidad; en lugar de ello, apoyó un brazo para rodear el respaldo del banco y cruzó las largas piernas en ademán descuidado antes de volver a mirarla.

—Mi hermana me acusó de haber sido siempre poco amable con usted —comentó en tono bajo.

—Beatrice no tenía por qué haber dicho algo así...

—En realidad, eso lo dijo Catherine —la interrumpió con una sonrisa—; pero Beatrice estuvo de acuerdo, y creo que ninguna de ellas se equivoca.

Anna fue abandonando la actitud defensiva casi sin notarlo; pero, cuando reparó en ello, se sorprendió al caer en la cuenta de que había adelantado el cuerpo de manera inconsciente y de que en ese momento su rodilla casi tocaba el muslo de Benedict. Al mismo tiempo, la mano de la joven, que descansaba sobre la madera del banco, estaba muy cerca del borde de la chaqueta de él, que se había abierto y dejaba al descubierto la delgada seda de la camisa.

—No comprendo por qué me dice esto —musitó.

Benedict buscó la mirada de ella y se encogió de hombros en un ademán descuidado.

—No lo sé —confesó él en un tono similar—. Tal vez porque lamento haber sido grosero con usted, y este es un momento tan bueno como cualquier otro para disculparme. A decir verdad, es posible que sea el mejor, porque dudo de que tengamos otra oportunidad de hablar a solas.

—Lo que de por sí es bastante escandaloso —señaló ella.

—Y reprensible, seguro. —Benedict sonrió—. Pero me alegra que hayamos coincidido.

Anna asintió con lentitud en tanto pensaba en que, a pesar de que lo habían mencionado en tono bromista, la verdad era que sí que se encontraban en una posición un tanto riesgosa. Había estado tan inmersa en un inicio en el malestar por haberse visto interrumpida, y luego demasiado fascinada por la conversación, que no se había detenido a pensar en el problema en que podría meterse si alguien los descubría reunidos en aquel lugar. En el caso de ella, era un error garrafal, ya que había pasado semanas intentando dejar en claro que no estaba interesada en relacionarse con ningún hombre. Sin embargo,

allí estaba, con el más deseado de todos, al amparo de la noche y en peligro de que el encuentro pudiera ser malinterpretado. El miedo que la atenazó al reparar en ello bastó para que se pusiera de pie como si la hubieran pinchado. Benedict, desconcertado, hizo otro tanto.

—Acepto sus disculpas, milord —dijo ella con una tensa sonrisa—, pero creo que debería marcharme ahora.

—¿Y enfrentar a las fieras? —preguntó él una vez que se repuso de la sorpresa.

Anna cabeceó y elevó las cejas.

—No sé por qué piensa que tendrán algún interés en mí —respondió ella, sin fingir que no sabía a qué se refería.

Benedict esbozó una sonrisa que le quitó el aliento y que desató el nudo que había tenido hasta entonces a la altura del pecho, como si sin tocarla siquiera fuera capaz de obrar maravillas en ella.

—¿Cómo podrían no tenerlo? —murmuró él sin dejar de observarla.

Anna se llevó una mano al pecho en un acto reflejo.

—Veo que está decidido a ir contra la opinión de sus hermanas —observó ella, y sonrió al notar que él no la entendía de inmediato—. Me refiero a que ahora está siendo amable conmigo.

Benedict hizo un gesto curioso al oírla. Se inclinó hacia ella y fijó la mirada en sus labios, pero Anna combatió el deseo de bajar los ojos, asaltada de pronto por una idea que se le antojó ridícula. Sin embargo, no pudo resistirse a decir lo que pensaba tan solo por el placer de ponerlo en evidencia. Tal vez Benedict se hubiera disculpado por lo que consideraba una conducta injusta, pero estaba lejos de imaginar cuánto la había afectado esa actitud para con ella durante tantos años. El recuerdo de cierta conversación oída hacía lo que le parecía una eternidad aún le provocaba el insano deseo de darle un pisotón y echarse a llorar. Una reacción infantil, quizás, pero muy real.

De modo que lo miró sin parpadear y esbozó una sonrisita burlona.

—Lo lamento si sueño demasiado directa, pero necesito preguntarlo. ¿Está flirteando conmigo? —soltó ella de golpe.

Benedict hizo justo lo que pensó que haría: dio un paso hacia atrás y la miró como si estuviera loca o le hubiera salido una segunda cabeza.

—Claro que no —respondió él de inmediato.

—Porque parece como si lo hiciera.

—Está equivocada.

Anna frunció el ceño y fingió un aire de duda que esperaba que él encontrara ofensivo.

—¿Está seguro? —insistió.

Benedict se irguió cuan alto era, lo que dejó en evidencia la diferencia de estatura entre ambos, y le lanzó una mirada cargada de superioridad. Poco le había durado el aire humilde, se dijo Anna con una mueca de burla.

—¿Sabe cuán impropio es que me haga esa clase de pregunta? —inquirió él entonces.

—No mucho más que verme del modo en que usted lo hace.

—¿Cómo sería eso?

Anna contuvo el deseo de describírselo en detalle, porque eso solo habría conseguido abochornarla, y dudaba de que él fuera capaz de sonrojarse, así que ella sería la única perjudicada. En lugar de eso, entonces, lo retó con la mirada. Cruzó las manos frente al pecho en un ademán de falsa modestia que no creía que fuera a engañarlo.

—Lo sabe a la perfección —se limitó a afirmar.

Benedict esbozó una sonrisa cargada de mofa que ella habría odiado de no estar pasándola tan bien.

—No, la verdad es que no —disintió él con voz tirante—. Estaba seguro de que la veía como a todo el mundo, como a mis hermanas o a mis compañeros del club. O a mi mayordomo.

—¿Acaba de compararme con su mayordomo? —Anna elevó las cejas en tanto reprimía el deseo de reír a carcajadas.

Benedict contuvo una maldición y la miró con desconfianza.

—¡Claro que no! ¿Cómo llegamos a esta conversación? —se preguntó él, disgustado—. ¿Se burla de mí, lady Schellin?

Anna sacudió la cabeza de un lado a otro y forzó una expresión contrita.

—Desde luego que no, milord, sería incapaz.

Benedict apretó los labios hasta que formaron una fina línea y le dirigió una nueva mirada de reproche. Tal vez debería haber aprovechado ese momento de silencio para disculparse, pero Anna estaba demasiado satisfecha de sí misma por haber logrado desconcertarlo como para hacerlo. Él ya tenía una pésima opinión de ella, ¿qué más daba qué nuevo defecto pudiera achacarle? Hacía mucho que Anna no se divertía tanto; durante un momento se sintió de nuevo joven y despreocupada.

La sensación no le duró mucho, sin embargo, porque Benedict dio un paso hacia ella y la sonrisa se le fue borrando del rostro a medida que la cercanía se iba haciendo más palpable. De pronto se vio con el rostro casi pegado a la altura del cuello de él. Pudo notar el movimiento de la nuez de Adán en la garganta del caballero al tragar como si así fuera capaz de recobrar la calma que ella se había encargado de desbaratar. La brisa nocturna le llevó un profundo olor a sal y cuero que solo podía provenir de él, y se dijo que se había arriesgado demasiado. Tal vez Benedict Cahill fuera considerado un caballero modelo, pero era también un hombre. Uno mucho más grande que ella, más fuerte y, por lo que pudo ver en aquellos ojos cuando elevó el rostro en un raptó de valentía, también un poco enfadado.

—Pensé que la había perdido.

El susurro provino de labios de Benedict con tal suavidad que durante un momento Anna pensó que tal vez lo había imaginado.

—¿Qué cosa? —interrogó ella en un tono similar.

Para sorpresa de la dama, Benedict abandonó el semblante enojado y esbozó una suave sonrisa al tiempo que elevaba el dedo índice para señalarla en un gesto que la abarcó del rostro a la altura del pecho. Estaba tan cerca que pasó tan solo a un par de centímetros de la piel de ella, y Anna sintió como si la hubiera tocado.

—Esto. Esta alegría, este atrevimiento —musitó él—. Creí que ya no estaba, pero puedo ver que solo la tenía escondida. ¿Por qué hacer algo como eso, lady Schellin? Su alegría era una de las cosas más notables de su carácter.

Anna no intentó negarlo; no habría tenido sentido hacerlo. Sabía a qué se refería porque era algo que le decían con frecuencia y estaba harta de fingir que no era verdad.

—Tal vez no he tenido muchas razones para ser feliz los últimos tiempos —respondió ella sin sonar triste por ello, solo sincera.

Benedict dio un paso más, tan solo uno pequeño, pero fue suficiente para que su rostro quedara a un palmo de distancia del de ella, que fue capaz de sentir sobre la frente el aliento que brotaba de aquellos labios.

—Eso es una pena. Lo digo en serio —aseguró él—. Alguien como usted debería ser siempre feliz.

—Es posible que la mayor parte del mundo no esté de acuerdo con usted.

—La mayor parte del mundo es tonta. Tenga eso en cuenta.

Anna sonrió; un dejo de tristeza se reflejó en sus ojos. Había mencionado a la mayor parte del mundo, cierto, pero en su corazón ella se refería al único hombre que había conseguido sepultar su alegría. Y sí, había sido un tonto.

Al comprender, sin embargo, que no podía soñar siquiera en dar esa explicación, dio un paso hacia atrás para romper el hechizo en que parecía haber caído y se llevó una mano a la frente como si así pudiera despejar los malos recuerdos.

—Gracias por sus palabras, milord, pero le aseguro que me encuentro más satisfecha con mi vida de lo que parezco —aseveró ella.

—Me cuesta creerlo.

—Eso es una pena, pero no intentaré convencerlo de lo contrario.

Benedict sonrió, si bien no intentó volver a acercarse.

—¿Porque no es de mi incumbencia? —aventuró él en tono burlón.

—No he dicho tal cosa.

—Pero lo estaba pensando.

Anna sacudió la cabeza.

—¿Ahora lee la mente también?

Él se encogió de hombros.

—No, pero soy observador; además, es lo que habría dicho de estar en su lugar.

Anna no respondió. Tan solo ladeó el rostro y aspiró con suavidad para templar los nervios afectados. Forzó una tensa sonrisa e hizo una pequeña reverencia sin mirar al hombre que continuaba de pie ante ella y que parecía decidido a no perderse ni uno solo de aquellos gestos.

—Tengo que volver ahora, milord. Mi familia se debe de estar preguntando dónde estoy —se excusó ella, y se alegró por lo natural que sonó su voz—. Ha sido un placer verlo de nuevo.

Él asintió, pero, si Anna esperaba que hiciera también un comentario protocolar igual de vacío, comprendió enseguida que no era eso lo que obtendría de él. Ya debería de saberlo, claro, Benedict Cahill nunca haría nada como eso. Ante la falta de respuesta, ella dio media vuelta y se alejó unos pasos, pero entonces oyó la voz de él, como surgida de un sueño.

—Procure no ocultarla —dijo él.

Las palabras la sorprendieron, y miró sobre el hombro con gesto interrogante. Lo vio allí, de pie, justo donde lo había dejado, pero en ese momento sonreía. Era una mueca apenas visible en medio de toda aquella oscuridad, aunque lo bastante evidente para que le acelerara un poco el corazón.

—¿Que no oculte qué? —interrogó ella.

—A usted. No esconda a la persona que es en verdad.

Anna entreabrió los labios con una respuesta en la punta de la lengua. Iba a decir algo respecto a cuán atrevido era un comentario como aquel, que no tenía derecho a hacer semejante pedido, pero no atinó a hilvanar una sola palabra. En vez de ello, desvió la mirada y reinició el camino de regreso al salón.

Mientras intentaba no parecer demasiado distraída y se esforzaba por responder los saludos de las personas que iban saliendo a su paso, incluso luego de aceptar la petición de bailar de un insistente caballero, se dijo que al final esa noche había resultado muy distinta a lo que había esperado. Si eso era bueno o malo, no estaba segura, y no se sentía preparada para considerarlo.

CAPÍTULO 3

La señora Penelope Relish había crecido con la fer-viente creencia de que todas las personas son criaturas de Dios y de que las diferencias impuestas por la sociedad muchas veces resultan injustas e incluso antinaturales. Entre ellas se contaba una por la que sentía una particular inquina: la imposibilidad de que las mujeres tuvieran el mismo derecho que los hombres a elegir a sus gobernantes. En su opinión, era sencillamente absurdo que, en los tiempos que corrían, el voto femenino continuara siendo una utopía. ¿Cómo era posible que ella, una señora acostumbrada a tomar sus propias decisiones y que se había ocupado de sí misma durante buena parte de su vida, fuera incapaz de ejercer un derecho tan elemental? No lo entendía y tal vez jamás lo haría, pero estaba decidida a luchar para cambiar lo que consideraba una injusticia. Si tenía que dedicar lo que le quedaba de vida y la de los suyos para conseguirlo, estaba resuelta a eso. Sin duda valdría la pena.

Por desgracia, su cuñada no estaba de acuerdo con ella.

—¡De ninguna manera! ¡Me niego de manera rotunda! No puedo creer que William esté dispuesto a permitir esto.

Era justo decir a favor de lady Sinclair que, pese a ser una mujer muy propia de su tiempo, con todos los prejuicios y defectos que tal cosa acarreaba, procuraba siempre imponer el afecto que sentía por los suyos a aquellas manías y obsesiones. Su difunto esposo, a quien había amado por sobre todas las cosas, había sido un hombre tan generoso como justo; si bien siempre estaban de acuerdo, en ella habían primado siempre los deseos de apoyarlo y no contradecirlo. Sus hijos eran además un ejemplo de cómo la manzana muchas veces cae lejos del árbol: no podían ser más distintos a la madre. Pese a ello y a que ella con frecuencia se preguntaba de dónde habría salido un par de individuos con ideas tan adelantadas a su época y siempre inconformes con lo que la mayoría habría encontrado perfecto, los amaba de manera profunda. Respecto a su cuñada... Ella y Penelope siempre habían tenido una excelente relación pese a las diferencias. En el fondo, incluso, podía reconocer que admiraba el fuerte carácter y la independencia de la que había hecho gala lady Relish desde que había enviudado. Pero lo último... lo último era sencillamente demasiado.

—Para ser te sincera, Amelia, no he tenido oportunidad de hablar al respecto con tu hijo, pero estoy segura de que estará encantado cuando lo escuche.

—Permite que lo dude, Penelope. Conozco a William: estará muy disgustado al saber que has organizado algo como esto a sus espaldas.

Anna, quien observaba la tensa discusión, tuvo que reconocer para sí que, por poco que le gustara la idea, era posible que fuera lady Sinclair quien tuviera razón.

Los empleados de servicio iban de un lado a otro en una danza ordenada y con el suficiente tino para hacer como si no escucharan nada de lo que decían esas dos mujeres formidables que se medían la una a la otra con astutas miradas. Ambas estaban de pie en medio del vestíbulo de la mansión Sinclair en tanto Anna y Rose, que apenas conseguían ocultar su diversión, permanecían sentadas en un diván bajo la escalinata que conducía al segundo piso. Su madre y la tía Penelope sabían que se encontraban allí, pues acababan de saludarlas, pero estaban tan inmersas en aquel intercambio de opiniones que habría dado igual que fueran invisibles.

Como si Rose hubiera sido capaz de adivinar lo que lady Schellin estaba pensando, se inclinó con pesadez hacia ella y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Creo que tu madre no está muy lejos de la verdad. A William esto no le hará ninguna gracia —comentó.

Anna hizo un mohín y se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

—Lo sé. Nunca le ha gustado que le oculten las cosas —reconoció ella—. Pero, en cuanto se le pase el disgusto, no le quedará otra alternativa que reconocer que está de acuerdo con la tía Penelope.

—Supongo que es verdad. Además, él la aprecia demasiado para permanecer disgustado con ella durante mucho tiempo.

Anna recibió las palabras de Rose con una sonrisa de entendimiento. Le faltarían dedos en las manos para enumerar todas las ocasiones en que su tía había dejado en evidencia que William era su sobrino favorito. Él, desde luego, lo sabía a la perfección y correspondía ese afecto con entusiasmo. Sí, Rose estaba en lo cierto. En cuanto William se enterase de las estratagemas de

lady Relish, haría todo un drama, sin duda, pero el enojo se disiparía con rapidez. Por otra parte, la tía Penelope había tenido razón al asegurar que él estaría de acuerdo con aquellas gestiones en cuanto las conociera.

—¿Crees que dejen de discutir antes de que empiecen a llegar las invitadas?

Anna hizo a un lado lo que pensaba apenas oyó la pregunta de Rose, pronunciada también en un tono susurrante, y estiró la cabeza para consultar la hora en el reloj sobre una mesilla a la derecha.

—Eso espero. La tía Penelope las citó a las tres; faltan solo cinco minutos —agregó con el ceño fruncido—. La señora Livingston es la más puntual de todas, por lo que no me extrañaría que toque la puerta en cualquier momento.

Tan solo unos minutos después, como si la hubiera conjurado, Anna y Rose oyeron un llamado a la puerta principal por encima de la discusión algo más sosegada que aún sostenían las dos damas mayores. Mientras veía al mayordomo, Danby, ir a atender, Anna dirigió a su cuñada una mirada interrogante.

—Rose, ¿por qué tan solo no les pides que se detengan? Eres la señora de la casa —le recordó ella en un tono de leve exasperación.

Rose se encogió de hombros y se llevó una mano al vientre abultado sin parecer en absoluto perturbada por aquella invocación.

—¿Qué sentido tendría? Ninguna de ellas apreciará que intervenga, y yo no tengo ningún deseo de hacerlo —respondió ella con la sensatez que la caracterizaba—. Las damas como tu madre y tu tía necesitan discutir sin ser interrumpidas. Ambas se aprecian y respetan demasiado como para decir algo que hiera a la otra, pero se sentirían frustradas si no pudieran dejar en claro lo que piensan. Pronto lo habrán olvidado, y no me extrañaría que tu madre se una también a las reuniones.

Anna sacudió la cabeza de un lado a otro, no del todo convencida de los argumentos de su cuñada, en especial cuando vio a su madre pasar muy cerca de donde ella se encontraba en dirección a la escalinata. Mientras la mujer se perdía en lo alto sin dirigirles una sola mirada, Anna se dijo que tal vez Rose estaba siendo demasiado optimista.

La tía Penelope, quien no se veía en absoluto alterada por la reciente reyerta, sacudió las manos y se dirigió a ellas con una sonrisa en el rostro, pero se detuvo al ver que Danby estaba de regreso y le hacía unos gestos para

llamarle la atención. Luego de atender al mayordomo y darle unas cuantas indicaciones, la señora miró a sus sobrinas con una expresión de profunda satisfacción pintada en el rostro.

—¿Empezamos, señoras?

Rose asintió sin responder, al igual que Anna, que ayudó a su cuñada a ponerse de pie para luego dirigirse al salón, donde al parecer su tía había ordenado que fueran conducidas las visitantes. Mientras lady Schellin observaba la espalda de la tía Penelope, quien abría el camino y se veía simplemente exultante, se dijo que, al decidir responder a los pedidos de su familia y dejar su hogar para dirigirse a Londres en busca de sucesos más emocionantes, jamás había pensado que terminaría involucrada en algo como lo que su tía tenía en mente.

*

—¿Y qué es lo que opina usted, lady Schellin? Reconozco que, cuando la señora Relish nos dijo que contaríamos con su presencia, sentí mucha curiosidad. Ha estado tan alejada de la escena londinense que la considerábamos ya una ermitaña, pero nos alegra saber que contamos con su apoyo para nuestra causa.

Anna dio un sorbo a su té con el fin de ganar un poco de tiempo antes de responder y miró a la interlocutora con ojo crítico, sin que su semblante revelara nada de lo que pensaba.

La señora Martha Livingston siempre le había resultado un poco intimidante, en especial cuando ella era una jovencita impresionable, pero varios años mayor y luego de haber conocido a la clase de personas que en verdad merecían ese recelo, comprendía que se trataba de una dama de lo más interesante y para nada amenazadora. En realidad, y eso jamás lo diría ante ella porque estaba segura de que semejante comentario no sería muy bien recibido, le recordaba a las ilustraciones de uno de sus libros de cuentos favoritos cuando niña: el que tenía por protagonista a una bruja anciana de mirada sabia y bondadosa. Esa ternura, sin embargo, no le impedía al personaje infantil mostrar un temperamento implacable y una fuerza extraordinaria, rasgos que también veía en la señora Livingston.

Al comprender que se había quedado mirando a la dama sin responder, carraspeó con suavidad y esbozó una sonrisa cautelosa.

—Creo que es una causa justa, señora, pero no será sencillo conseguir lo que buscan...

—Buscamos.

Anna parpadeó al oír la brusca interrupción.

—¿Perdón?

La señora Livingston le dirigió una mirada amable, pero mantuvo el tono firme que había usado hasta entonces.

—Lo que buscamos, milady; no será fácil conseguir lo que buscamos — corrigió la señora tras esbozar una pequeña sonrisa—. Aún así todas las que nos encontramos aquí hoy estamos dispuestas a hacer lo que haga falta para alcanzar nuestro objetivo, ¿cierto?

Anna vaciló y fingió pensar en eso mientras daba una rápida mirada alrededor. Había otras seis mujeres en el salón, sin contar ni a su tía ni a Rose, quienes oían la conversación con interés. Nunca habría imaginado que la tía Penelope poseyera semejante capacidad de convocatoria. Con un pequeño suspiro, devolvió la mirada a la señora Livingston antes de contestar. En realidad, no había tenido que pensarlo, porque siempre había sostenido una postura muy clara sobre ese tema.

—Las mujeres merecemos el derecho al voto, señora. Estoy por completo convencida, pero insisto en que no será fácil lograr que el Gobierno abandone su postura.

La señora Livingston pareció satisfecha con la respuesta, pese a lo poco alentadora que había sido. Una de las damas a su derecha incluso había levantado un poco la nariz al oírla, como si le molestara la honestidad con la que se había expresado.

—Me gusta su sensatez, milady. Reconozco que muchas veces nos dejamos llevar por el entusiasmo y resulta reconfortante saber que contamos con personas que nos recuerden lo titánica que es en realidad nuestra labor. — La señora rio entre dientes y dirigió la atención a uno de los entremeses en la bandeja que una empleada acababa de dejar sobre la mesilla frente a ella—. Nos vendrá muy bien su ayuda.

Anna elevó las cejas y dirigió una rápida mirada a su tía, que en ese momento pareció en particular interesada en el diseño del diván sobre el que se encontraba sentada. Al comprender que había caído en una especie de emboscada, que no obtendría apoyo de ella, fijó la vista en la señora Livingston.

—¿Cómo piensa usted que podría ayudar? —preguntó ella entonces.

La dama se llevó una mano al mentón, con lo que le recordó más que nunca a la bruja de su infancia.

—De muchas formas, milady. Para empezar, está aquí esta tarde, y esa es una gran muestra de apoyo —asintió ella, satisfecha—. Estoy segura de que pronto podrá asumir un papel más activo en nuestra causa.

A Anna no le hizo ninguna gracia una respuesta tan vaga, y volvió a buscar la mirada de su tía, pero obtuvo los mismos resultados. Ella susurraba algo al oído de Rose, quien cabeceaba con semblante pensativo. A Anna no le molestaba en absoluto la idea de encontrarse allí, inmersa en una reunión como aquella, sino que lo percibía como un soplo de viento fresco en los días sofocados por la rutina impuesta por su madre, pero habría preferido ser consciente de qué era con exactitud en lo que se estaba metiendo, porque aún no lo tenía del todo claro. Sin embargo, no era momento para recriminarle a Penelope esa pequeña jugarreta, ya que estaban rodeadas por un grupo de mujeres que, aunque todas amables y entusiastas, no dejaban de ser ajenas a la familia, de modo que prefirió guardarse las preguntas y reservas para un momento en que pudiera hablar en privado con la organizadora de esa charada.

—Mi tía mencionó algo respecto a un discurso que dio hace poco frente al Parlamento, señora Livingston. Lamento no haber podido oírlo, y me preguntaba si sería tan amable de hablarnos acerca de él. Sé que fue motivo de muchas conversaciones y que incluso lo reseñaron en las noticias. —Anna se dirigió a la señora en un tono de voz que revelaba interés. En verdad sentía mucha curiosidad al respecto.

La dama aspiró una gran bocanada de aire y se llevó una mano al pecho como si se sintiera halagada en gran medida por esa mención. Lady Schellin comprendió entonces que el compromiso que aquella mujer había asumido con esa causa no la apartaba de sentir orgullo por el descollante papel que empezaba a ocupar. La señora Livingston era dueña de una vanidad tan desarrollada como el que más.

—Bueno, me gusta pensar que tengo un don que me permite expresar mis ideas con claridad, aunque jamás soñaría siquiera con igualarme con personas que están muy por encima de mí en esta labor, como la señora Pankhurst. — Anna alzó una ceja ante la mención de la líder feminista, pero no la interrumpió y esperó atenta a que continuara—. El discurso que menciona, sin embargo, no es tal. Me refiero a que tan solo expresé mi opinión, no fue algo estudiado. En cuanto pueda acompañarnos a nuestras manifestaciones, verá que es en extremo complicado organizar algo cuando una debe preocuparse por evitar que los policías abusen de su autoridad.

Otra de las mujeres que las acompañaban y que había permanecido en silencio hasta entonces sacudió la cabeza de un lado a otro en ademán pesaroso, pero Anna se sorprendió al ver que los labios de la dama se estiraban en una sonrisa. Parecía estar inmersa en algún recuerdo divertido, y cuando la atrapó en tal gesto, la joven le hizo un guiño travieso que le recordó a un pequeño duende. Debía de tener solo un par de años más que ella, aunque el peinado que llevaba, un poco infantil, le restaba algo de madurez al rostro alargado. Si no recordaba mal, su nombre era Evangeline Russell, y se había mostrado muy amable al ser presentadas.

Al advertir la actitud de su acompañante, la señora Livingston observó a la muchacha sobre el hombro y le dirigió una mirada ceñuda que tenía poco de reprobación; parecía solo un poco fastidiada por haber perdido la atención del público. La señorita Russell hizo entonces un gesto de arrepentimiento, pero no dijo nada, sino que desvió la vista y la fijó en sus propias manos, cruzadas sobre la falda. Anna advirtió entonces que el traje de la joven era más bien modesto, bastante distinto al que llevaban sus acompañantes, todas cubiertas por vestidos bien cortados y abrigos de seda. Se preguntó quién era en realidad esa chica y cómo había terminado siendo una más en el grupo liderado por la señora Livingston. La dama, que parecía haber superado ya la incomodidad, carraspeó suavemente para recuperar la atención de Anna, que se esforzó por disipar la curiosidad y oírla con interés.

—La señorita Russell se ríe ahora, pero le aseguro que no es en absoluto divertido verse perseguida por unos brutos que no tienen un ápice de sentido común. —La señora frunció un poco la nariz, como si el recuerdo le desagradara sobremanera—. Pero ya lo verá por usted misma.

Anna estuvo tentada de decir que lo dudaba mucho porque aún no tenía claro qué era lo que esperaban de ella y que, si pensaban que iba a arriesgar su integridad así como así, estaban muy equivocadas, pero consiguió morderse la

lengua a tiempo. La tía Penelope, que había seguido el intercambio con la atención dividida entre ellas y Rose, chasqueó la lengua con un sonido que las obligó a mirarla y les dirigió una recatada sonrisa.

—¿Por qué no le cuentas a Anna acerca de ese discurso tan inspirador, Martha? —propuso ella al dirigirse a la dama de más edad con un gesto de la mano para alentarla a responder—. Tampoco tuve oportunidad de oírlo en persona, solo sé de él por lo que leí en los periódicos, y coincidirás en que no es lo mismo. Todas estamos ansiosas por escucharte.

La señora Livingston asintió, al parecer satisfecha de ser otra vez el centro de atención, y se arrellanó en el asiento para retomar la palabra.

—Muy bien —aceptó tras carraspear, mientras miraba de una a otra con las pupilas dilatadas por la expectación—. Les hablaré de eso si así lo desean.

Anna se encontró adelantando el cuerpo de manera inconsciente con las manos a cada lado de las caderas sobre el diván, como si pretendiera así beber cada una de las palabras que la señora había empezado a hilvanar. Una tras otra, parecían brotar de un manantial, y según pasaban los minutos y esa fuente se negaba a menguar, comprendió por qué esa mujer se había ganado una reputación tan mentada. El modo en que conseguía expresar sus ideas, la claridad con que sostenía los argumentos y ese aire de hechicera que lograba mantener embobado a un auditorio grande o pequeño le resultaron cautivadores. Al dar una rápida mirada alrededor, no le sorprendió comprobar que no era la única que había caído bajo ese embrujo. Incluso Rose, que hasta entonces se había mostrado un poco ausente, la oía con un notorio interés.

La señora Livingston habló hasta que la garganta se le secó y tuvo que dar un sorbo a su té, pero luego continuó con total tranquilidad. Anna dio un pequeño brinco al oír las campanadas que llegaron hasta ellas desde el reloj en el vestíbulo. No se le ocurrió interrumpirla, sin embargo, pues habría sido imposible cuando estaba más interesada en oírla. Lo que sí hizo fue llevarse una mano al cuello, al punto donde su pulso latía con rapidez, y se sorprendió al notar que una gran sonrisa se le había dibujado en los labios. De pronto, cayó en la cuenta de que tal vez su propia llegada a Londres tenía una razón de ser mucho más poderosa que cumplir con una obligación familiar, por importante que fuera. Tal vez su tía tuviera razón después de todo: quizás había llegado el momento de que hiciera algo más importante con su vida. Frente a ella tenía una causa estupenda que abrazar. ¿Estaría dispuesta a arriesgarse?

*

A Benedict siempre le había llamado la atención la capacidad de la especie humana para adaptarse a todo tipo de cambios, pero debía reconocer que la habilidad mostrada por sus hermanas estaba muy por encima de la media.

Cuando su madre le había arrancado la promesa de que se encargaría de ellas durante los meses que permanecerían en Londres, había supuesto que iba a resultar más complicado de lo que cabría esperar. No obstante, le bastó con verlas descender del carruaje al llegar a Falmouth House para saber que, aun cuando no se encontraran en compañía de la condesa, con quien habían compartido aquellos viajes hasta entonces, eso no representaría ningún problema. Tal vez tuviera algo que ver con la madurez de Beatrice, que asumía el papel de la figura materna con facilidad, o con que a Catherine se le daba estupendo obedecer cuando le convenía, pero hasta entonces las cosas se habían desarrollado con una facilidad que empezaba a desconcertarlo.

La mañana en que se encontró con ellas, listas para salir poco antes de que él mismo se dirigiera a su oficina, sin embargo, le bastó con ver sus rostros para saber que esa tranquilidad estaba a punto de desaparecer.

Beatrice jamás le había esquivado la mirada hasta entonces, Catherine era una de esas personas a quienes el disimulo les era ajeno la mayor parte del tiempo, así que no tuvo problema en adivinar que algo había ocurrido. El hecho de que obviaran el desayuno y pretendieran escabullirse antes de encontrarse con él no ayudó a disolver la inquietud de Benedict, sino todo lo contrario.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó él de golpe, tras detenerlas en el vestíbulo.

—Buenos días también para ti, Ben.

Él ignoró el sarcasmo en la voz de su hermana y se dirigió a Catherine sin vacilar.

—¿Cat?

La joven fijó la mirada en el suelo, cubierto por una de las alfombras que era el orgullo de su madre, tosió con suavidad, sin atinar a responder, pero Beatrice tomó la palabra y miró a su hermano con una sonrisa angelical.

—Te has levantado muy temprano esta mañana —comentó ella.

—Siempre lo hago.

—Pero hoy te has esforzado un poquito más. ¿Tienes planes importantes para el día?

Benedict advirtió que su hermana sostenía la sombrilla contra el pecho con demasiada fuerza.

—Nada fuera de lo ordinario. ¿Y ustedes?

—¿Nosotras? —Beatrice se señaló a sí misma con la punta del quitasol e hizo un gesto de dolor cuando se le enterró en el delicado encaje del vestido —. Nada en especial. Bueno, teníamos planeado hacer algunas visitas...

—Creí que las visitas se hacían por la tarde.

—Claro, pero esas son las formales. Nosotras solo vamos a visitar a una amiga, no tenemos que ponernos muy ceremoniosas con eso.

—¿Anna Sinclair?

Beatrice y Catherine abrieron mucho los ojos al oír la brusca pregunta.

—¿Cómo has dicho? —dudó Beatrice.

—Preguntaba si la amiga a quien piensan visitar es Anna Sinclair.

—Supongo que te refieres a lady Schellin.

Benedict arqueó una ceja, y su hermana dio un casi imperceptible paso hacia atrás al notar la expresión irritada de él.

—Sabes a la perfección a quién me refiero. No te desvíes.

—No veo la necesidad de usar ese tono.

—Creo que es el apropiado cuando mi hermana intenta tomarme por tonto.

Beatrice abrió la boca para responder a esa última acusación, pero Catherine se adelantó al emitir un resoplido y colocarse entre ellos con las manos en las caderas.

—Nadie intenta hacer eso, Ben, no hace falta que seas tan dramático —acusó la joven tras dirigir a su hermana mayor una mirada de advertencia—. Solo haremos una visita a Anna. Se lo prometimos hace semanas.

—¿Solo eso?

—Bueno, tal vez demos un pequeño paseo luego.

Benedict entrecerró los ojos al advertir la sombra de vacilación en el rostro de la menor.

—¿Un paseo adónde? —interrogó él entonces, atento a la reacción de Catherine.

—No estoy segura. Por el parque, supongo. Quizá vayamos al museo, no lo hemos decidido aún. Te lo contaremos esta tarde, a nuestro regreso. ¿Cenarás con nosotras? Hace mucho que no lo haces.

Benedict ahogó un suspiro al recordar que, pese a parecer distraída y un poco frívola, la verdad era que Catherine podía ser brillante cuando lo deseaba. Había conseguido distraerlo con mayor aplomo que Beatrice e incluso había logrado hacerlo sentir un poco culpable al mencionar la ausencia de las pasadas noches. Y todo en una sola frase.

—Haré lo posible —respondió él entonces sin comprometerse, aunque quería cenar con ellas.

—Perfecto.

Benedict ignoró la respuesta de Catherine y buscó la mirada de Beatrice, pero ella parecía decidida a evitarlo, lo que le confirmó que hacía bien en desconfiar. Sin embargo, conocía lo suficiente a sus hermanas para saber que no conseguiría sonsacarles nada al insistir, pues podían ser tan testarudas como él. Por eso prefirió dejarlo pasar en aquella ocasión y mantenerse atento en el futuro. Si le ocultaban algo, lo descubriría pronto.

—¿Les gustaría que las llevara a casa de los Sinclair? —ofreció él solícito.

—No hará falta, ya tenemos un carruaje que nos está esperando, pero gracias. —Beatrice recuperó al fin la voz, pero continuaba evitando verlo de frente—. Nos veremos esta tarde.

Antes de que pudieran marcharse, él las detuvo con un ademán.

—¿No las acompaña una doncella?

Las muchachas hicieron idénticos gestos de desconcierto al oír aquella pregunta, y pareció como si fueran a responder al mismo tiempo, pero Catherine se adelantó una vez más.

—La joven que viene a veces con nosotras está resfriada, pero no es necesario llevar a nadie. La casa de los Sinclair está muy cerca, y Jon es compañía suficiente.

Benedict se sintió algo más tranquilo ante la mención del cochero, por quien sentía confianza de sobra para permitir que llevara a sus hermanas de un lado a otro de la ciudad.

—Muy bien —asintió él, dispuesto a no perder más el tiempo—. Nos veremos esta noche.

Solo Catherine correspondió la despedida. Beatrice se apresuró a cruzar la puerta, que un empleado mantenía abierta para ambas, y su hermana aceleró el paso para seguirla. Benedict, en tanto, se mantuvo en el vestíbulo hasta que oyó las ruedas del carruaje perderse por el sendero en dirección a la calle principal.

De manera casi inconsciente, se pasó una mano por la frente y exhaló un suspiro. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que le ocultaban algo. Sintió un acceso de inquietud mezclado con indignación al caer en la cuenta de que debía de ser la primera vez desde que habían llegado a Londres que se mostraban tan misteriosas ante él. Y todo era culpa de Anna Sinclair, desde luego. ¿De quién más podía ser?

Iba a tener que ser más astuto de lo habitual si deseaba descubrir lo que fuera que estuvieran tramando, porque dudaba de que tanto secretismo augurara algo bueno. Si sus hermanas se metían en alguna clase de problema, lord Falmouth lo haría estrangular por no haber estado a la altura de la confianza que había depositado en él.

Con un gruñido, dio un par de órdenes a Harrison, el mayordomo que se mantenía siempre atento a cualquier pedido, y dejó la mansión para esperar el coche. De ser un hombre materialista, habría dicho que ese vehículo se había convertido en su mayor tesoro; estaba muy orgulloso de ser uno de los primeros en poseer semejante adelanto mecánico. En un día normal, habría sido él quien condujera hasta las oficinas, pero en ese momento prefirió dejar la labor en manos de Hanson. Tenía mucho en lo que pensar y no deseaba que nada lo distrajera.

Al ocupar el asiento trasero, en tanto oía al chofer batallar con las palancas y dar aviso de que se ponían en marcha, cerró los ojos e intentó conjurar la imagen de Anna Sinclair tal y como la había visto la última vez en el jardín de los Amulson: hermosa y fría como la luna; tan inalcanzable como ese astro. Esa había sido la primera impresión que había tenido de ella al encontrarla en ese lugar.

No era extraño que se hubiera visto atraído de inmediato por ella. Le había parecido tan frágil, tan perdida allí sentada que se había visto obligado a acudir a su encuentro en lugar de dar media vuelta y regresar por donde había llegado. Antes lo habría hecho sin vacilar. Habría corrido encantado a enfrentarse a todas las jóvenes casaderas y sus madres con gusto para así evitar hablar con una mujer por quien nunca había sentido mayor interés. Pero ella había cambiado, y él también. De pronto Anna le parecía la mujer más interesante que había conocido en mucho tiempo, y solo deseaba tener la oportunidad de hacer a un lado esa muralla que había construido entre ella y el resto del mundo.

Había sido sincero al disculparse por cualquier agravio que pudiera haberle hecho en el pasado; era algo que lo avergonzaba y que habría preferido olvidar. La idea de haber infringido cualquier daño a una criatura como ella le había removido algo en el interior, y se había visto de pronto asaltado por el deseo de tomarle las manos y sostenerlas contra su pecho. Era un arrebató romántico del que se habría reído sin piedad en otras circunstancias, pero al parecer su conducta para con Anna Sinclair estaba lejos de cualquier sensatez. Luego ella lo había acusado de estar coqueteando, y él lo había negado en redondo aun consciente de que estaba mintiendo.

Benedict esbozó una suave sonrisa al recordar el modo en que Anna lo había mirado, esa mezcla de curiosidad y recelo que había mostrado al buscar en el rostro de él algún indicio que le dijera si estaba en lo cierto o si aquellas conjeturas eran solo producto de su imaginación. Le habría encantado decirle que en realidad tenía razón, pero no se había atrevido. Habría sido demasiado peligroso. ¿Qué podía resultar de esa confesión? Pero la idea en sí parecía tan tentadora...

El ruido del motor se coló en sus pensamientos y lo obligó a regresar al presente. Al dar un vistazo a su alrededor, descubrió que se encontraban cerca del Parlamento e hizo un gesto de exasperación al advertir el tumulto que se

congregaba frente a la Cámara de los Comunes. Podía hacerse una idea de qué se trataba, por lo que le gritó un par de indicaciones al chofer para que diera un rodeo y evitar así la congestión, o permanecerían allí durante horas.

Con una rápida maniobra, Hanson enfiló por una calle más despejada. Benedict exhaló un suspiro de alivio al tiempo que miraba sobre el hombro una última vez. De haber prestado más atención, habría reconocido ciertas figuras familiares entre todo ese tumulto. Una de ellas, en particular, con su rubio cabello al viento y los brazos en alto, habría merecido una segunda mirada, pero, de manera irónica, él tenía la mente puesta en algo más. Cómo se arrepentiría cuando lo supiera.

*

—Ha sido lo más divertido que he hecho en mucho tiempo.

—Dudo que todo esto haya sido concebido para tu diversión, querida Catherine, pero no quiero arruinar tus ilusiones.

La interpelada se ajustó un mechón del largo cabello que se había movido debido a la carrera que acababa de dar y miró a su hermana con el ceño fruncido, pero aquella apenas le prestó atención. Todo su interés estaba puesto en la mujer a su derecha, quien sostenía frente a sí lo que quedaba de un sombrero que debía haber sido hermoso antes de haberse visto pisoteado por la multitud.

—Era uno de mis favoritos.

El sentido lamento de Anna arrancó unas risas de las hermanas Cahill que ayudaron a disolver cualquier rastro de enojo entre ellas.

Las tres se encontraban en un pequeño callejón cercano al Parlamento; en tanto Anna batallaba para recuperar los alfileres que había perdido y domar su cabellera, que en ese momento le caía sobre la espalda, Beatrice procuró ayudarla a buscar en el suelo con los ojos entrecerrados. Catherine se les unió de inmediato; entre las tres consiguieron encontrar al menos la mitad, con lo que Anna pudo hacerse un moño en lo alto de la cabeza y volver a ajustarse el maltrecho sombrero.

—Espero que mi madre no me vea al llegar —deseó lady Schellin con un suspiro mientras se sacudía el frente de la falda con la palma de la mano.

—Podría ser peor, te lo aseguro. Sin duda lady Sinclair no puede ser más temible que nuestro hermano.

Anna frunció el ceño al oír la mención de Benedict y miró a Catherine con el ceño fruncido.

—Más te vale estar equivocada. Odiaría que se metieran en problemas por mi culpa —dijo ella con el remordimiento impreso en cada palabra—. No debí permitir que vinieran conmigo... Ni siquiera estoy segura de por qué he venido yo.

—Porque tenías tanta curiosidad como nosotras, claro. —Fue Beatrice quien habló, con un tono de voz tan flemático y sensato que le recordó a su hermano mayor—. Habría sido una lástima que nos perdiéramos algo como esto. Estamos muy agradecidas de que nos lo mencionaras.

Anna asintió, pero distaba de parecer convencida. No hablaba a la ligera al asegurar que se arrepentía de haber invitado a las chicas a que fueran con ella al Parlamento para asistir a la manifestación de la que le había hablado la señora Livingston. Tampoco bromeaba al aseverar que no estaba segura de por qué había asistido ella en primer lugar. Era cierto que sentía simpatía por la causa; habría tenido que estar loca para que no fuera así, pero de allí a involucrarse en aquel grado...

Las cosas se habían salido pronto de control, y aún le costaba comprender qué era con exactitud lo que había ocurrido. Tal y como había acordado con Beatrice, ella y su hermana se le habían unido cerca al Parlamento porque no creían que fuera buena idea encontrarse en la casa de Anna. Lady Sinclair no tenía idea de que su hija había consentido en asistir a la manifestación de las sufragistas, y aun cuando contaba con el apoyo de la tía Penelope, prefería no tentar a la suerte. Ella y su madre ya habían tenido varios desencuentros por el tema de las reuniones, por lo que odiaba la idea de verse inmersa en otra discusión con ella. De modo que había abandonado la casa en un carruaje y se había dirigido al lugar acordado con las hermanas Cahill. Una vez que todas se habían encontrado allí, habían iniciado una lenta caminata rumbo al sitio de la concentración.

Desde su llegada a Londres, gracias a las reuniones organizadas por la tía Penelope, Anna había podido averiguar un poco más acerca de los métodos de las sufragistas para hacerse escuchar, además de haber podido conocer la importancia de aquel movimiento, que había empezado con pocos miembros. Entonces se sorprendía al ver que eran decenas de mujeres y simpatizantes las

que se habían presentado frente al Parlamento para iniciar la movilización, sin contar al grupo de damas que se encontraban allí desde hacía horas. Las referentes repartían volantes e incluso se habían encadenado a las rejas del edificio con el fin de llamar la atención de los transeúntes y los miembros del Parlamento que se habían congregado al oír el bullicio.

Anna y las Cahill habían procurado mantener cierta distancia. Lady Schellin, en particular, se había asegurado de que las hermanas no estuvieran en ningún momento en primera línea porque se sentía responsable por su seguridad. Sin embargo, cuando la señora Pankhurst, la líder del movimiento, había aparecido, todo se había salido de control. La pobre mujer ni siquiera había alcanzado a abrir la boca para iniciar su discurso antes de que la muchedumbre empezara a empujar y a gritar, amén de la llegada de un nuevo contingente policial que se había unido a los agentes que ya se encontraban allí y que habían asistido sin dilación para arrestar a tantas sufragistas como les fuera posible. La señora Pankhurst había conseguido escabullirse gracias a las buenas artes de sus compañeras, pero Anna había visto cómo varias mujeres habían sido obligadas por los agentes a subir a los carruajes con cubículos, que le habían recordado a aquellos en los que se transportaba a los caballos en el campo. Le provocaba escalofríos pensar en cuál sería el destino de esas muchachas.

De pronto, sin saber cómo, se había visto impulsada hacia adelante por la muchedumbre. Su mayor preocupación entonces había sido buscar, entre las cabezas que veía a un lado y a otro, un par de cabellos oscuros pertenecientes a dos muchachas que debían de estar tan asustadas como ella. Con el ajetreo, había perdido el sombrero y buena parte de los alfileres que le sujetaban el cabello, pero había logrado recogerlo y apretarlo contra el pecho en un raptó de desesperación. Había sentido entonces un empujón en los bajos de la falda; al mirar en esa dirección, se había encontrado con los ojos aterrados de Beatrice, que había empezado a tirar de ella para alejarse del tumulto. Al dejar atrás la zona más atestada, había visto que su amiga llevaba también a Catherine de la otra mano. Luego de unos cuantos minutos, tras resistir unos cuantos empujones, habían conseguido dejar atrás todo el disturbio. El alivio les había durado poco, sin embargo, porque entonces habían empezado a escucharse los pitidos de los silbatos que usaban los policías, y Beatrice, por temor a que fueran tras ellas, las había urgido a correr como almas que lleva el diablo. Se habían apresurado a internarse en un callejón cercano y solo habían disminuido el paso cuando los gritos se habían visto amortiguados por los edificios que las protegían.

En ese momento, Anna se sorprendió al ver que Beatrice sonreía y que Catherine lucía una inconfundible expresión de complacencia.

—No entiendo cómo puedes estar preocupada por lo que diría Benedict de saberlo. ¡Piensa en lo que diría papá! —Beatrice miró a su hermana con las cejas elevadas y se llevó una mano al estómago para controlar las carcajadas—. ¡Nos mataría!

Anna dudó seriamente de que eso fuera cierto. Conocía de la devoción del conde de Falmouth por sus hijas, pero, al considerar su famoso temperamento, resolvió que en verdad no le haría ninguna gracia enterarse de que se habían visto envueltas en semejante enredo. De cualquier manera, ella en particular sentía muchas mayores reservas al pensar en la reacción de Benedict. Tal vez se debiera a que el conde, mal que bien, se encontraba demasiado lejos para que pudieran sentir los efectos de su furia. El hijo, en cambio...

Controló un estremecimiento y se dijo que se estaba comportando como una tonta. ¿Qué más daba lo que pensara Benedict Cahill? Lo único por lo que debía preocuparse en ese momento era conseguir salir de allí y dejar a sus amigas en la puerta de su casa sanas y salvas.

—¿Alguna de ustedes sabe dónde estamos con exactitud? —consultó ella con la confusión pintada en el rostro.

Catherine hizo un mohín al oír la pregunta; sacudió la cabeza de un lado al otro. Beatrice, en cambio, dio unos pasos hacia adelante y empezó a otear en la semioscuridad en que estaba sumido el callejón.

—No estoy segura, pero puedo ver luz a lo lejos y también oigo el ruido de carruajes. Es posible que estemos cerca de la plaza —sugirió ella, e hizo un gesto indeciso—. Siempre podríamos regresar, pero...

Anna negó de inmediato. Dudaba mucho de que las cosas se hubiesen calmado ya en los alrededores del Parlamento: no pensaba volver a arriesgarse.

—Avancemos. Si estás en lo cierto, no debemos de estar muy lejos. Prefiero descubrir qué hay del otro lado que regresar y encontrarnos de nuevo con todo ese caos.

Las hermanas asintieron de inmediato. A Anna la alivió saber que estaban todas de acuerdo. Sin vacilar, tras dar una rápida mirada a su ropa y a las de sus amigas, las apresuró con un gesto para que iniciaran la marcha. Se

prometió que, en cuanto estuviera de regreso en su hogar, iría directo hacia donde estaba su tía Penelope para decirle que, la siguiente vez que se le ocurriera intentar reclutarla para algunas de sus locuras, le explicara primero en detalle en qué consistía. En cuanto a ella, se prometió que lo pensaría dos veces antes de dejarse llevar por la curiosidad.

*

—Deberías haberlo visto, fue un espectáculo impresionante. Todos esos gritos y proclamas, la multitud... Si mi editor lo permite, dará para un artículo estupendo.

Benedict bebió un sorbo de alcohol y miró a su entusiasta interlocutor por encima de la copa.

Harry Boyle era el tercer hijo del vizconde de Shannon, además de uno de sus amigos más cercanos, si no el mejor. Se conocían desde la escuela y, pese a que no habían empezado con el mejor pie entonces, ya que ambos se esforzaban siempre por asumir el liderazgo de su curso, con el tiempo habían aprendido a respetarse y habían llegado a construir una sólida amistad. Mientras que Benedict siempre había tenido claro que tomaría la posta de su padre y aguardaba con ansiedad cada oportunidad de ser puesto a prueba, Harry, mucho más relajado, había preferido seguir sus intereses sin complicarse demasiado.

Aunque, al igual que Benedict, provenía de una familia afectuosa, sabía que, como el tercer hijo de un vizconde no demasiado acaudalado, tendría que encontrar pronto una manera de mantenerse a sí mismo si no quería depender de las magras dádivas que pudiera darle las sobras de un título nobiliario. Como era un hombre curioso y arrojado por naturaleza, como se le daba bastante bien comunicarse por escrito, se había decantado por el periodismo, una actividad que siempre había encontrado de lo más interesante. Con el tiempo, a base de buenos contactos y con la seguridad que da la experiencia, había conseguido granjearse un puesto en uno de los diarios de mayor circulación del país. No tenía ningún reparo en reconocer que vivía para esos momentos en que recorría las calles en busca de nuevas historias que luego plasmaba en las páginas del noticiero.

Aquella tarde, luego de cumplir con su asignación, agotado y aún con la adrenalina que le corría por las venas, se había reunido con lord Cahill en los salones del club que ambos acostumbraban visitar. Harry no podía abonar la mensualidad de ese establecimiento ni contaba con los suficientes pergaminos para tentarlos a considerarlo como socio, pero eso jamás le había preocupado. Benedict lo invitaba con frecuencia; le bastaba con decir su nombre al encargado de admisión para que las puertas se abrieran de inmediato. Por fortuna, no era orgulloso ni se preocupaba por las habladurías. En su opinión, eso le evitaba muchas amarguras.

—¿Conseguiste fotografías?

Harry parpadeó al oír la pregunta, pero no respondió hasta que el camarero dejó frente a él un platillo con emparedados que empezó a devorar. Solo cuando hubo terminado el primero y tenía ya el segundo entre las manos, lo miró con una sonrisa ladeada.

—De haber estado allí, no harías esa pregunta —afirmó él—. Me gustaría saber cómo se podría meter semejante armatoste con toda esa gente que no deja de dar golpes y gritos. Pero llevé conmigo a Rogers, que, en este momento, debe de estar trabajando en los dibujos. Estoy seguro de que te encantarán, tiene un sentido del humor tan retorcido como el tuyo.

Benedict se encogió de hombros y asintió, satisfecho por la respuesta. El señor Rogers era un reconocido dibujante recién llegado de Estados Unidos que había sido contratado por el editor del diario en que trabajaba Harry para que se encargara de ilustrar las páginas de la sección política. Sus caricaturas se habían hecho célebres con rapidez porque tenía un estilo desenfadado y bastante ácido que daba siempre en el clavo para acentuar los puntos más importantes de los artículos que ilustraba.

—Me gustará verlas.

—Estarán en la edición de mañana. —Harry tragó el último trozo de emparedado y le dirigió una mirada velada—. Lo tengo casi terminado, solo necesito saber lo que opina sir Galahad.

Benedict sonrió al oír el apelativo con el que se conocía a sir Thomas O’Keefe, el editor del diario en que trabajaba Harry. Ya que O’Keefe era uno de los hombres más decentes y leales que había conocido en la vida, además de ser un buen amigo de su padre, supuso que el mote no dejaba de ser

apropiado. Pese a que Harry acostumbraba hacer bromas a costa de su jefe, sabía que sentía una absoluta devoción por él y que, si bien no lo reconocería ni aunque lo torturaran, valoraba su opinión por sobre todas las cosas.

—Estoy seguro de que te apoyará, siempre lo hace. —Benedict se encogió de hombros—. ¿Dices que esta manifestación fue más violenta de lo habitual?

Harry hizo un gesto indeciso.

—Bueno, tanto como violenta... Diría más bien que los ánimos se caldearon demasiado pronto. Pankhurst ni siquiera llegó a decir una palabra, y eso era por lo que estaba esa gente allí después de todo, ya lo sabes. El Gobierno parece decidido a arrancar esto de raíz; temo que las cosas se les están yendo de las manos.

—No seas duro con ellos. No es que tengan muchas alternativas...

Harry elevó las cejas y miró a su amigo con expresión de sorpresa. El cabello castaño rojizo, aunque corto, se le ensortijaba en la frente, y tuvo que resoplar con un gesto de fastidio para echarlo hacia atrás.

—Creí que simpatizabas con las sufragistas —mencionó él, extrañado.

—Pero no con los métodos de algunas.

—De acuerdo. Supongo que a veces pueden ser demasiado radicales...

—Rompen ventanas, se encadenan a las rejas del Parlamento y más de una vez han amenazado con destrozar obras de arte invaluable. Todo con el fin de llamar la atención —le recordó Benedict con gesto serio—. En mi opinión, actitudes como esas deslegitiman las demandas válidas que tienen.

Harry suspiró y elevó las manos por encima de la cabeza. Era un hombre delgado como un junco y poseía la capacidad de adoptar una actitud elegante sin esforzarse, incluso cuando comía como un mendigo que no hubiera visto un plato caliente en semanas, se dijo Benedict al verlo tragar el almuerzo.

—Están desesperadas. No hay otro modo —recordó Harry sin alterarse—. Si fueras a las calles conmigo, si oyeras las cosas que dice la gente... Las tachan de delincuentes cuando lo único que buscan es que les otorguen un derecho elemental.

—Uno por el que ni siquiera deberían luchar, lo sé. —Benedict asintió y exhaló un suspiro—. Conoces mi opinión al respecto. Es ridículo que, en la época en que vivimos, debamos perder el tiempo con semejantes discusiones como si no tuviéramos mayores problemas de los que ocuparnos. Si estuviera

en mis manos o en las de cualquier otro hombre pensante, el voto para las mujeres no sería una utopía, pero esta es la realidad, y esos... grupos están convirtiendo esto en una guerra sin sentido. Hay muchos miembros en el Parlamento que han adherido a la causa, solo tendrían que esperar.

—Tal vez se han cansado de hacerlo.

Benedict descartó el argumento de su amigo con un gesto de fastidio.

—Y lo comprendo. Pero los cambios llevan tiempo para hacerse de la forma adecuada. Nada forzado puede tener un buen final. Acabas de decirlo: esta manifestación fue más violenta que las últimas. ¿Imaginas lo que ocurriría si la policía perdiera los estribos? ¿La cantidad de mujeres que podrían resultar lastimadas?

—Muchas lo han sido, puedo dar fe de ello. Eso sin contar las que fueron arrestadas y ahora deben de encontrarse en prisión —comentó Harry con un ademán que revelaba su frustración.

El rostro de Benedict adquirió un gesto que recordó mucho a su padre. Se veía tan enfadado que cualquier persona que no lo conociera a profundidad habría salido corriendo en dirección contraria al verlo.

—Es a eso a lo que me refiero —enfaticó él tras dar un golpe sobre la mesa—. ¿En qué piensan al exponerse de ese modo? ¿Cuántas familias resultarán perjudicadas por su obcecación? ¡Padres, hermanos! Si una de mis hermanas tuviera la soberana idea de asomarse siquiera a una de esas manifestaciones y ponerse en peligro, la devolvería a nuestra casa de campo para que se alejen de aquí.

—Eso suena un tanto contradictorio, si me permites decirlo. —Harry rio sin poder evitarlo e hizo un gesto para tranquilizarlo—. Tus hermanas son demasiado sensatas para hacer algo como eso, no te preocupes.

—Yo no estaría tan seguro. Los últimos tiempos me fio poco de esa sensatez que mencionas, pero espero que estés en lo cierto.

—Lo estoy —insistió su amigo—. Beatrice, en particular, es una joven muy juiciosa.

Benedict no pareció del todo convencido, pero no le quedó otra alternativa que asentir. Guardó silencio durante unos minutos y, pasado ese tiempo, hizo una seña al camarero para que retirara los platos y copas vacías. Harry, que lo

conocía bien, lo observó sin decir nada, a la espera de que se decidiera a compartir lo que le pasaba por la mente. Por la expresión seria de Benedict, supuso que debía de ser importante.

—Temo que su amistad con lady Schellin pueda resultar... inconveniente.

Cuando al fin habló, la voz surgió medida; la entonación, estudiada; un signo inequívoco de que en realidad no era eso justo lo que habría deseado decir, pero se le acercaba bastante.

—¿La viuda de Richard Schellin? —inquirió Harry confundido—. ¿Qué puede haber de malo con ella? Según tengo entendido, es tan fría y apegada a las convenciones que sería un milagro que pudiera hacer algo remotamente reprensible.

Benedict frunció el ceño y le dirigió una mirada de mal disimulado enojo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—Lo dice todo el mundo. —Harry se encogió de hombros—. Desde que regresó a Londres, se aparece en los salones vestida de luto y con el mismo entusiasmo con el que se presentaría un reo al cadalso. Mi madre comentó la otra noche que fue a cenar con ella que resultaba evidente que preferiría estar en el campo, pero que, al parecer, ha decidido aceptar los requerimientos de su familia de permanecer aquí. ¡Incluso espanta a los hombres! Estoy seguro de que esas no fueron las intenciones de su madre al pedirle que viniera.

—¿Crees que lady Sinclair desea que vuelva a casarse?

Harry recibió la pregunta con un rictus burlón en los labios.

—No es una suposición arriesgada. ¿No es eso lo que quieren todas las madres? —interrogó en un tono cargado de cinismo—. De cualquier modo, lady Schellin no parece muy emocionada con la idea, y nadie podría culparla. Después de estar casada con un hombre como Richard Schellin, imagino que preferirá pasar el resto de su vida sola.

Benedict sacudió la cabeza de un lado a otro sin variar la expresión de disgusto.

—No, nadie podría culparla —reconoció sin ahondar en el tema, y miró a su amigo con renovado interés—. ¿Qué más dicen de ella?

Harry le devolvió la mirada, pero en la de él había mucho de burla.

—¿Por qué te interesa? —inquirió a su vez.

—Acabo de decirlo: me preocupa su influencia sobre mis hermanas.

El periodista no pareció muy satisfecho con la explicación, pero tuvo la gentileza de no insistir con el asunto.

—Claro —asintió sonriente—. Bueno, además de lo que he mencionado y del hecho de que, al parecer, su belleza solo se ha acentuado con los años, es poco lo que puedo decir de ella, pero estoy seguro de que de eso último ya te habrás dado cuenta.

Benedict dirigió a su amigo una mirada de advertencia, pero Harry ni siquiera parpadeó al notarlo. Estaba tan acostumbrado a tomarle el pelo que lo había convertido en una de sus actividades favoritas. En su opinión, Benedict necesitaba estar rodeado de personas como él, que lo obligaran a no tomarse a sí mismo tan en serio.

Convencido de que, como siguiera con esas pesquisas, tan solo alimentaría las bromas de su amigo, Benedict se encogió de hombros en un gesto forzado, como si así pretendiera disminuir el interés que había mostrado hasta hacía un momento.

—Solo la he visto un par de veces, y aunque es verdad que su aspecto no deja de llamar la atención, sabes que nunca la he encontrado en particular atractiva —opinó él tras carraspear y con la mirada puesta en un punto sobre el hombro de su compañero—. Pero no tengo tiempo para enzarzarme en una discusión acerca de eso. Puedes pensar lo que quieras.

Harry sonrió y se cruzó de brazos en un gesto de infinita complacencia que a Benedict le provocó el profundo deseo de darle un puñetazo en la nariz.

—Siempre lo hago, es una de las prerrogativas de mi oficio —comentó él, encantado de haber conseguido hacerle perder los estribos.

—Muy bien. Espero verlo aplicado en tu artículo de mañana.

Tal y como esperaba, la sonrisa de Harry flaqueó ante la mención de su trabajo, un tema al que Benedict siempre podía apelar cuando quería reducirle las ínfulas.

—Desde luego que lo verás —replicó él una vez que acusó el golpe—. Siempre y cuando sir Galahad lo permita y Rogers no lo arruine con sus ilustraciones.

—Estoy seguro que no ocurrirá nada de eso.

Benedict se puso de pie al tiempo que se llevaba una mano al rostro en señal de cansancio. Había pasado toda la mañana enfrascado en una tensa reunión con el señor Morse y unos caballeros llegados de Leeds que estaban interesados en asociarse en uno de los nuevos proyectos emprendidos por el conde. El problema era que no estaban dispuestos a transigir en algunas cláusulas del contrato que él en persona se había encargado de redactar, y Benedict no quería ni oír hablar de cambiarle una sola coma. Cuando se había marchado, el señor Morse aún refunfuñaba acerca de su obstinación, pero no había llegado hasta donde estaba dejándose convencer sin buenos argumentos. De haber sido por él, se habría quedado intentando hacer que lo entendiera, pero estaba harto de permanecer encerrado en la oficina y solo había sido capaz de pensar en que necesitaba cambiar de aire. Había sido por eso que se había dirigido al club para comer algo, y no había podido ser más afortunado al encontrarse allí con Harry. Tal vez tuvieran puntos de vista un tanto opuestos la mayor parte del tiempo, pero era un amigo leal y divertido que siempre encontraba el modo de hacerlo reír.

En ese momento, sin embargo, tenía que regresar a su despacho antes de que Morse empezara a trepar por las paredes.

—Tengo que irme —explicó Benedict al ver el gesto de curiosidad en el rostro de su acompañante—. He dejado un asunto pendiente y necesito resolverlo si quiero llegar a cenar con mis hermanas. Se lo prometí esta mañana.

Harry asintió.

—Por supuesto.

—¿Quieres unirme a nosotros?

Harry recibió la invitación con una sonrisa, pero negó con suavidad tras dudar un instante.

—No, pero gracias —respondió—. No estoy seguro de cuánto me llevará terminar el artículo y quiero asegurarme de que los encargados de la imprenta no cometan ningún error. Además, Rogers se pone un poco perezoso si no hay alguien que lo despabile.

Benedict sonrió.

—Y luego dices que yo quiero controlarlo todo.

Se encogió de hombros.

—Supongo que en eso estamos a mano.

—Eso creo.

Benedict hizo un gesto para que el encargado del salón le acercara el abrigo y el sombrero; el empleado se apresuró a cumplir con el pedido. Harry, en tanto, lo veía con los ojos entrecerrados, señal de que deseaba preguntar algo, lo que hizo antes de que el camarero regresara.

—¿No verás a la señorita D'Auban esta noche? —inquirió.

Benedict recibió la pregunta con un semblante imperturbable, aunque un observador aguzado habría notado que su mano, que descansaba sobre la mesa, se retrajo de manera sutil. Y Harry era un espectador de lo más agudo.

—No, no lo creo.

La respuesta, que surgió más bien forzada y poco entusiasta, provocó que el periodista esbozara una pequeña sonrisa.

—Ya veo.

—Me pregunto qué es lo que ves. —Fue la ácida réplica de Benedict.

Harry se encogió de hombros en ademán despreocupado y observó a Cahill en tanto se enfundaba el abrigo y tomaba el sombrero que el camarero acababa de traerle.

—No sabría decirlo con certeza, pero es todo de lo más interesante.

Benedict ignoró el tono burlón usado por Harry y le dirigió una mirada feroz.

—No te metas en lo que no te concierne —advirtió.

—No puedes pedirle eso a un periodista; va contra mis instintos.

—En ese caso, te aconsejo que aprendas a controlar tus instintos o te meterás en problemas.

—Ahora hablas como sir Galahad.

Benedict no pudo evitar sonreír. Era imposible permanecer enfadado con Harry, no importaba qué tan entrometido fuera. Sabía, porque él se lo había dicho un par de veces con esa aplastante sinceridad que lo caracterizaba, que Maud D'Auban no era santa de devoción. De hecho, la consideraba una

arribista y descarada con unas pretensiones que incluso un hombre tan poco presto a la crítica como él encontraba insultantes. Sin embargo, era consciente también de que Benedict odiaba que se involucraran en su vida privada.

En ese momento, no obstante, se dijo que no le habría molestado sincerarse con Harry. Su amigo era un observador avisado y debía de haber notado ya que, los últimos tiempos, su interés por Maud empezaba a decaer, lo que era un absoluto fastidio. Hasta hacía unas semanas, estaba convencido de que eso sería imposible, pero allí estaba la sensación de hastío otra vez.

Pero, al igual que le ocurría al pelirrojo, a Benedict se le daba muy mal ir contra sus propios instintos, que le gritaban que se guardara de decir lo que pensaba o se vería inmerso en una conversación sin sentido. De modo que forzó un gesto despreocupado para despistarlo.

—Buena suerte con tu artículo. Estoy ansioso por leerlo. Ven mañana a esta misma hora y lo discutiremos.

Harry acusó el cambio de tema como lo hacía con casi todo en su vida: con una gracia desbordante. Le sonrió sin emitir comentarios respecto a ello y asintió entusiasmado. Benedict, satisfecho de haber podido escurrirse de esa conversación, hizo un gesto de despedida y se marchó con paso apurado. Si se daba prisa, podría cumplir la promesa hecha a sus hermanas. Esperaba, además, arreglárselas para sonsacarles lo que fuera en que estaban involucradas y que sabía que le ocultaban. A pesar de lo dicho por Harry, estaba convencido de que, fuera lo que fuera, estaba relacionado con Anna Schellin; algo en su interior lo urgía a descubrirlo. Eso, desde luego, sin importar lo que Harry o nadie más pensara, no tenía nada que ver con el interés que él pudiera tener por ella.

CAPÍTULO 4

Anna mordió la punta de la tostada con suavidad y parpadeó al oír el crujido, que en ese momento le pareció estrepitoso. Así de silencioso se encontraba todo a su alrededor, y tuvo que hacer un esfuerzo para que su incomodidad no se le trasluciera en el semblante, que permanecía imperturbable.

Había llegado al comedor familiar hacía solo unos minutos, y no le había sorprendido encontrar solo a William allí. Lady Sinclair acostumbraba desayunar en la habitación, y Rose se había mostrado muy agotada en los anteriores días, así que había abandonado la costumbre de acompañar a su esposo por las mañanas. La tía Penelope, en tanto, aunque más madrugadora que la media, tardaría aún un rato en bajar. En ese instante, mientras ocupaba el asiento a la izquierda de su hermano, luego de saludarlo, se dijo que ese era el peor momento para compartir un rato a solas.

William leía los periódicos que el mayordomo acababa de dejar sobre la mesa, y ella se entretuvo en admirar el exquisito bordado del mantel. Lo que fuera para no enfrentarse a la mirada ceñuda de su hermano.

La noche anterior, él había mencionado las reuniones organizadas en la mansión. Cómo se había enterado de ello era un misterio, aunque Anna sospechaba seriamente de su madre. Como fuera, William lo había tomado tan mal como había esperado, y ni siquiera la mediación de la tía Penelope había conseguido apaciguarlo. Rose había tenido razón al comentar que, más que sentirse disgustado por el objetivo de las reuniones en sí, lo que le molestaba era que no le hubieran hablado del tema con claridad desde un inicio. Él nunca había llevado bien que le ocultaran las cosas que consideraba importantes. La mentira y la omisión, para él, eran justo lo mismo. Anna lo entendía y se sentía un tanto culpable, como había supuesto ya que sería cuando pensaba en la reacción de su hermano al enterarse. Lo que jamás habría podido imaginar era que él la consideraría la principal responsable de todo ese enredo.

Él había dicho la noche anterior que esperaba más sensatez de parte de ella y que jamás habría imaginado que se uniría a la tía Penelope para engañarlo. Desde luego, había sido muy injusto al culparla de esa manera, en especial porque nada de eso había sido idea de Anna en primer lugar. Pero, como William se había apresurado a señalar, su tía era la clase de persona que urdiría algo como aquello, por lo que no le había sorprendido del todo el papel que había ocupado como organizadora. Creía a Anna, sin embargo, mucho más juiciosa que lady Relish en lo que a esa clase de cosas se refería y lamentaba haber descubierto que había madurado mucho menos de lo que pensaba.

Anna sintió esa acusación como la más grave de las ofensas porque siempre había tenido en muy alta estima la opinión de su hermano. El hecho de saber que él tenía parte de razón al sentirse traicionado solo la hacía sentir peor. ¿Acaso estaba en lo cierto? ¿Se había comportado como la chiquilla irreflexiva que había sido alguna vez? Entonces no había aprendido nada... Tal vez Benedict Cahill tuviera razón después de todo.

Al pensar en la última persona a quien habría deseado conjurar en semejante situación, hizo a un lado el recuerdo de lo que él le había dicho y se concentró en estudiar el rostro de su hermano.

William podía ser considerado un hombre en extremo atractivo. No había una sola dama entre los trece y los noventa años que no suspirara al verlo, y Anna siempre se había burlado de ello, en especial cuando lo veía agobiado por los indiscretos esfuerzos de su madre por emparejarlo con alguna de las jovencitas que consideraba apropiadas para él. El matrimonio con Rose había sido sorpresivo para la mayoría –lady Sinclair la primera–, pero Anna lo había tomado como algo del todo natural. Había sido testigo del acercamiento entre ellos y del amor que ambos se profesaban, así que solo había esperado que lo hicieran oficial. Nunca lo había mencionado, ni siquiera a Rose, pese a la gran confianza que había entre ambas, pero sabía que la pareja había desarrollado una relación de lo más escandalosa durante el tiempo que Rose había vivido en la mansión. En ese entonces, ella se había presentado como una joven llevada allí con el fin de que le sirviera de compañía a Anna y de que se beneficiara de un mejor entorno de aquel al que estaba acostumbrada. Lo que había sucedido en esa época había sido considerado indecoroso para quienes se horrorizaban con algo como aquello, se dijo Anna con una mueca burlona. Conocía ya lo suficiente de la vida para entender que la pasión podía orillar a las personas a cometer todo tipo de locuras. Los resultados, sin embargo, no

eran siempre los mismos. En su caso, ese ímpetu la había llevado al desastre, mientras que, en el de William y Rose, les había asegurado una vida feliz y plena.

El hombre debió de sentir el peso de la mirada de su hermana sobre el rostro, porque dejó el periódico a un lado y fijó los ojos en Anna.

—Aún estoy disgustado —aseveró él para adelantarse a la pregunta—. Y sí, sé que no soy del todo justo, pero creo que tengo derecho a ello.

Ella tragó lo que le quedaba de tostada e hizo un gesto de desagrado. La sintió sosa y seca al bajarle por la garganta. Antes de responder, sin embargo, lo pensó con tranquilidad y dio un sorbo al té.

—Desde luego que tienes derecho —asintió ella—, así como lo tengo también yo a sentirme ofendida porque me culpes sin motivo.

El enojo de la dama pareció avivar el de William. Anna se encontró con los ojos chispeantes de él; unos ojos muy parecidos a los suyos, con la única diferencia de que esos, en ese momento, se veían mucho más vivos.

—¿Sin motivo? —repitió él, incrédulo—. Anna, has sido partícipe de una... conspiración para mantenerme engañado.

—“Conspiración”. —La palabra surgió cargada de escepticismo—. Exageras. Han sido solo unas reuniones inofensivas. Aunque lamente no haberte informado al respecto, no creo que eso sea motivo para provocar todo este problema. Rose también se siente culpable, y la tía Penelope piensa que quieres que se vaya.

William alzó una ceja en uno de esos gestos que a Anna le recordaban mucho a su padre.

—No metas a Rose en esto —advirtió él—. En cuanto a nuestra tía, ya me encargaré yo de hablar con ella. Sobra decir, sin embargo, que jamás le pediría que se fuera. Cometió un error, pero eso no disminuye el cariño que siento por ella.

—¿Y el que sientes por mí? —lo provocó su hermana sin poder contenerse.

—No tientes a la suerte, Anna.

La joven contuvo el deseo de poner los ojos en blanco y resoplar, como había hecho muchas veces antes cuando se encontraba enfrascada en una discusión con William. Suponía que les ocurría a todos los hermanos, aunque

era un magro consuelo.

—Lo que no entiendo es por qué has volcado toda la responsabilidad en mí como si fuera culpable de un terrible crimen. No hice nada malo, William. Sé que estás de acuerdo con las demandas de las sufragistas. Entonces, ¿por qué pareces tan enojado conmigo?

Su hermano exhaló un hondo suspiro y se llevó una mano al puente de la nariz.

—No se trata del fondo, Anna, sino de las formas. De estar en mi lugar, también encontrarías ofensivo que usen tu casa para organizar reuniones secretas sin consultarte, más allá de cuál sea el tema que se trate en ellas — explicó él, no por primera vez, armado de paciencia—. En cuanto a por qué parezco tan enojado contigo...

—¿Sí?

Anna lo alentó al reparar en que se mostraba renuente a especificar eso último. Al cabo de un momento, sin embargo, William hizo un gesto de asentimiento y la miró, ya sin rastro de enojo, sino con una profunda preocupación que la hizo sentir aún peor.

—La verdad es que había supuesto que estabas ya por encima de estas cosas —expuso él por fin—. Sé que Rose se involucró porque es incapaz de negarse a apoyar a alguien si se lo piden; en cuanto a nuestra tía, bueno, no sería ella si no hiciera esta clase de cosas. Tú, en cambio.... Creí que habías madurado lo suficiente para pensar dos veces antes de embarcarte en este tipo de enredos, pero veo que estaba equivocado.

Anna retorció la servilleta que había sostenido con descuido hasta entonces y devolvió a su hermano una mirada iracunda.

—Estás siendo injusto —lo acusó ella entre dientes.

—Quizás —aceptó él—; pero es lo que pienso. Anna, sé que las cosas no han sido sencillas para ti en los últimos años. Odio, además, el papel que jugué en todo eso, pero pensé que, si algo bueno habías adquirido de toda esa experiencia, era el entendimiento de que debes ser más reflexiva en el futuro.

La mención de la circunstancia pasada, así como el recordatorio de lo que había hecho o dejado de hacer su hermano entonces, solo acrecentaron el enojo de lady Schellin.

—Te lo he dicho miles de veces: tú no tuviste nada que ver en eso. Deja de pensar que eres tan importante que hasta tu más pequeña acción tiene consecuencias en la vida de los demás —espetó ella sin pensar: decidió ignorar el gesto de dolor que cruzó el rostro de su hermano—. Por otra parte, mi madurez o esa reflexión de la que hablas no tiene nada que ver con que haya decidido participar de esas reuniones. Lo hice porque creo que es lo correcto, y me alegra haber podido conocer esta causa más a fondo.

William sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No pretendía atacarte, no tienes que actuar de esa manera —dijo él sin exaltarse, algo que ella odió—. Y sé que intentas hacer lo correcto, como la tía Penelope y Rose, pero a veces la vida es un poco más complicada, no se limita a decidir entre obrar con nuestra conciencia o no. Con frecuencia también debemos sopesar otras cosas, como el modo en que afectarán nuestras decisiones a nuestros semejantes y los riesgos que estamos dispuestos a correr.

Algo más apaciguada por la sabiduría en las palabras de su hermano, Anna fue soltando la servilleta, como si su propio enfado fuera proporcional a la fuerza con la que la aferraba.

—Entiendo y te ofrezco disculpas por haberte ocultado algo tan importante —expresó ella con claridad. Ya lo había dicho la noche anterior, pero entonces no lo había sentido con tanta sinceridad—. Sigo pensando, sin embargo, y esto no tiene relación en absoluto con mi madurez o la falta de ella, que tenemos la obligación de arriesgarnos si es necesario con tal de hacer lo que es correcto.

William asintió con gravedad. Durante un momento, Anna pensó que la contradecía una vez más, de modo que se sorprendió al verlo esbozar una suave sonrisa que no pudo evitar corresponder. Sus diferencias nunca duraban mucho tiempo; se querían demasiado para permitirlo. Pero a veces Anna pensaba que, tal y como mencionaban quienes los conocían, se parecían demasiado como para no tener esa clase de choques con frecuencia.

—Supongo que ahora eres demasiado mayor como para que intente disuadirte de hacer lo que desees —reconoció él sin mucho entusiasmo.

Anna ensanchó la sonrisa y procuró no parecer demasiado complacida de sí misma.

—Supongo que es así —concordó ella—. Sin embargo, nunca seré lo bastante mayor como para no oír tus consejos.

Ese juicioso entendimiento pareció bastar para ambos, por lo que Anna pensó que no tendrían que tocar de nuevo el tema, pero William la sorprendió blandir frente a ella uno de los diarios que acababa de dejar sobre la mesa para llamarle la atención.

—Es un asunto complicado, Anna, debes tener cuidado —advirtió él.

Ella frunció el ceño sin comprenderlo del todo, pero su hermano abrió las páginas para buscar alguna noticia en particular y, cuando la halló, tendió el noticiero hacia ella.

—Las sufragistas —explicó William—. Sus protestas empiezan a tornarse extremas, y el Gobierno no lo está llevando de la mejor manera. Había leído de varios enfrentamientos, pero es la primera vez que me encuentro con un artículo tan detallado. Es de una manifestación que se dio ayer. Puedes ver en las ilustraciones cuán violentas se tornaron las cosas. La mayoría tuvo que escapar para evitar ser arrestadas.

Anna no respondió de inmediato y enterró el rostro en las páginas del diario. No lo hizo tan solo para enterarse de lo que allí estaba escrito, sino porque buscaba ocultar el rostro ruborizado. Si su hermano se enteraba de que había estado allí, sin duda tendría un par de cosas que decir al respecto, y aun cuando había señalado hacía un momento que no tenía derecho a reprocharle sus actos, no dudaba de que iba a estar encantado de dejarle en claro lo que pensaba del riesgo que había corrido. Eso sin considerar lo que diría si se enteraba de que había involucrado a las hijas del conde de Falmouth en todo ese asunto.

No, era algo que prefería mantener oculto.

Una vez que terminó de leer el artículo, cuya claridad aplastante debió reconocer, y de dar una mirada a las estupendas ilustraciones, levantó la vista y se encontró con el gesto inquieto de William.

—Es peligroso, Anna, más de lo que la gente piensa —insistió él mientras señalaba la publicación con una cabezada—. ¿Viste los dibujos? Esas mujeres están expuestas a toda clase de cosas. Por justas que sean sus demandas, tiemblo al imaginar a alguien a quien quiero en medio de todo ese caos. Podría ser cualquiera. ¡Podrías ser tú!

Anna carraspeó al oírlo y volvió a desviar la mirada. Se sentía un poco avergonzada por no ser capaz de confesarle que había estado allí. Al volver a mirar las imágenes, le sorprendió la destreza del artista para plasmar con tanto detalle las figuras de las asistentes a la manifestación, así como las de los agentes de policía que habían procurado reprimirlas.

—De cualquier modo, es terrible que se haya llegado a este punto — formuló ella al cabo de un momento, tras dejar el periódico a un lado—. Pensé que tú y los otros miembros del Parlamento que comparten tu opinión conseguirían forzar un cambio en la postura del Gobierno.

William hizo un gesto de desaliento y extendió una mano que dejó caer luego sobre la mesa con un golpe sordo.

—También yo lo pensaba, pero está resultando muy difícil —indicó él, con una frustración evidente—. No somos muchos los que pensamos de esta manera, Anna. La mayoría de los escaños están ocupados por un montón de viejos cascarrabias con ideas obsoletas que permanecerían con gusto en la edad de piedra con tal de no ver una sola modificación que perturbe sus aburridas vidas.

Anna se compadeció de él al oírlo. Sabía que lo que decía era verdad y que, durante los pasados años, tras asumir su lugar en el Parlamento, había luchado por conciliar con tantos miembros como le era posible. Era una de las razones por las que lo admiraba y respetaba tanto. Al pensar en ello, se sintió un poco tonta por haber discutido con él y por haber puesto en tela de juicio lo mucho que la amaba él también.

—Lo conseguirás, estoy segura de ello —afirmó ella con una sonrisa, y procuró imprimir un tono confiado a su voz—. Pero, mientras tanto, tal vez ustedes podrían intentar llegar a un acuerdo con la señora Pankhurst y su grupo.

William hizo un ademán indeciso, como si lo encontrara poco probable, pero al final asintió.

—Veremos —dijo él, sin sonar muy seguro, pero no profundizó en ello, sino que continuó con un semblante más animado—. ¿Qué planes tienes para hoy?

Anna agradeció el cambio de tema, pues empezaba a sentirse agotada de ese intercambio de ideas y, aunque quería volver a leer el artículo que había aparecido en el diario, prefería hacerlo en privado.

—Nada especial —respondió ella—. Quizás acompañe a mamá a hacer unas visitas.

—Lo que no te entusiasma mucho.

Anna sonrió ante la aguda observación de su hermano.

—No. Pero, si lo hago, tal vez se quede satisfecha y pueda ir al museo. Deseo verlo hace semanas —indicó ella.

—Ese es un buen plan.

—Por supuesto. —Anna miró el té y permaneció un momento en silencio antes de continuar—. Necesito hacer algo que me entusiasme o voy a languidecer de aburrimiento.

William rio y bebió lo que le quedaba de café antes de ponerse de pie.

—Lo dudo. No eres la clase de persona que se aburre. Estoy seguro de que encontrarás algo en qué entretenerte —opinó él—. Es posible que, el próximo fin de semana, vayamos a la casa de campo de lord Graham, ¿recuerdas?

—Sí, claro, mamá no ha dejado de mencionarlo. Pero creo que no será un sacrificio para mí. Siempre me ha gustado el campo.

—Lo sé.

Su hermano le sonrió con ternura e hizo el intento de tomar el diario, pero Anna lo detuvo con un ademán.

—¿Te importa si lo llevo conmigo? Me gustaría mostrárselo a la tía Penelope —pidió ella.

—Claro. —William asintió tras dirigirle una enigmática mirada—. Tal vez sea bueno que lo estudien en detalle.

Anna esbozó una sonrisa beatífica que habría resultado graciosa en otras circunstancias.

—Te aseguro que lo haremos.

William vaciló, como si encontrara eso más preocupante que tranquilizador, pero al final se encogió de hombros y la dejó a solas. Anna, en tanto, se volcó a devorar de nuevo el artículo y, una vez que lo hubo leído otra vez, exhaló un hondo suspiro.

—Sí, sin duda vamos a estudiar esto —afirmó sonriente.

*

La librería Hatchards era una de las favoritas de Anna en Londres. Su padre acostumbraba llevarlos a ella y William en sus visitas. Jamás dejaba pasar la ocasión de hablarles acerca de la historia de ese lugar. Estaba en particular orgulloso de mencionar que se trataba de la librería más antigua de la ciudad. Anna debía reconocer, sin embargo, que en aquellos tiempos no era una lectora muy entusiasta. Mientras su padre y William se internaban en ese edificio imponente de estilo victoriano, ella solía dar unas cuantas vueltas en el primer nivel con la cabeza en las nubes mientras se preguntaba si lograría regresar a tiempo a casa para recibir a alguna de sus amistades o salir de nuevo con su madre para visitar a la modista. No era algo acerca de lo que enorgullecerse, pero, visto desde el lugar de sabiduría que da la experiencia, el recuerdo no dejaba de inspirarle ternura.

Había sido durante los años de casada que el amor por la lectura, que tanto había luchado su padre por inculcar en ella, había empezado a despertar de una manera natural. Pasaba mucho tiempo a solas, y la gran biblioteca de la casa en Leicestershire, que los antepasados de su marido se habían encargado de incrementar, se había convertido en un refugio. Podía permanecer allí durante horas, tanto como le fuera posible. Cada vez que Richard se ausentaba, lo que ocurría con bastante frecuencia, iba a ese lugar y se sumergía en los libros que le llamaban la atención hasta convertirse en una lectora voraz. Y en los momentos de mayor desesperación, cuando Richard era más desagradable de lo usual, huía hacia allí con la certeza de que, aun cuando no encontrara a nadie que pudiera consolarla, siempre tendría a su alcance el escape que le proporcionaba la lectura.

Su aprecio por ese ambiente de la casa no había variado luego de la muerte de su esposo. De hecho, se había incrementado al comprender que, a partir de entonces, era todo suyo. Había podido aumentar la colección gracias al consejo de su hermano, que había estado encantado de ayudarla con ese proyecto, y había pasado unos momentos encantadores enfrascada en nuevas lecturas. Era una de las cosas que más echaba de menos allí. Aunque la biblioteca de la mansión Sinclair era incluso más antigua y estaba mejor provista que aquella, no le pertenecía. Alguna vez lo había hecho, cuando ella

era una niña y luego una jovencita que la veía con cierta aversión, pero en ese momento era propiedad de William, y no dejaba de sentirse un poco extraña al husmear entre aquellas estanterías.

Por eso procuraba visitar algunas de las bibliotecas que le traían buenos recuerdos de tiempos más sencillos. Además, había hecho algunas adquisiciones que esperaba llevar con ella cuando regresara a Leicester. Estaba segura de que el administrador de la propiedad, quien era también un apasionado de los libros y se había hecho cargo de organizar un exhaustivo catálogo, estaría encantado cuando lo supiera.

El edificio de Hatchards estaba ubicado en Piccadilly, y Anna había conseguido que William le permitiera llevar el carruaje con ella para no tener que buscar un coche de alquiler. Sin embargo, desde hacía unos días, evaluaba la posibilidad de hacer llamar al cochero que servía en la que había sido la casa de su esposo en Londres y que entonces trabajaba para ella. El hombre debía de encontrarse ocioso y aburrido, y ya que era Anna quien se encargaba de solventar sus honorarios, así como los de toda la servidumbre, bien podría usar sus servicios. Eso resultaría mucho más cómodo para todos y a ella en particular la ayudaría a no sentirse una carga.

Tras llegar a esa conclusión, cruzó las puertas dobles que conducían al interior de la librería y esbozó una pequeña sonrisa al oír el tintineo de la campanilla, que le traía tan buenos recuerdos. Un dependiente se acercó de inmediato a atenderla, pero ella declinó la ayuda; prefería merodear por el interior sin verse acosada con sugerencias. Si encontraba algo que le interesara, lo llamaría, le aseguró, y el diligente hombre le cedió el paso sin chistar.

Hatchards siempre le había parecido un lugar precioso. Incluso en el tiempo en que no apreciaba del todo su contenido, reconocía que era una delicia pasear entre los estantes y ojear los títulos que le iban llamando la atención. Sin embargo, si algo le había enseñado su padre, era que muchas veces lo más interesante en un lugar, y eso también aplicaba para las personas, se encontraba oculto a una primera mirada. El antiguo lord Sinclair había sido un buen amigo de John Hatchard, el hijo del fundador de la librería, y aquel no había dudado en recibirlo en persona para guiarlo por ese reino. Con el pasar de los años, el hombre había extendido esa consideración a los hijos de su amigo: había sido así como ella y William, siendo apenas unos niños, habían podido disfrutar de algunos secretos que los otros visitantes de la librería no eran capaces siquiera empezar a imaginar.

En el segundo nivel del establecimiento, semioculto entre las hileras de estantes que se sucedían una tras otra a todo lo largo de la estancia de mayor tamaño del edificio, se podía ver un pequeño pasaje inadvertido para un ojo poco entrenado. Anna sabía de su existencia, de modo que se dirigió allí sin vacilar y no pudo contener una mueca divertida al mirar sobre el hombro antes de cruzar la abertura que tenía apenas el espacio suficiente para que una persona menuda como ella pudiera atravesarla con comodidad. Su padre siempre había tenido que encorvarse para guiarlos cuando eran pequeños.

El pasadizo tenía tan solo un par de metros, pero estaba tan oscuro en su interior que era un alivio dejarlo atrás. La luz de la estancia a la que conducía, además, obligaba al visitante a parpadear para que los ojos se acostumbraran al cambio, pero todo ello valía la pena al dar con el tesoro que se encontraba allí.

El señor Hatchard les había explicado que, durante mucho tiempo, había pensado en usar aquel espacio como una sala de lectura, pero en un inicio había sido destinada como una suerte de almacén, y nadie se había resuelto a hacer el cambio. A Anna le alegraba, porque esa indecisión había permitido que la estancia conservara la esencia que a ella tanto le gustaba.

Quienes se encargaban entonces de la librería mantenían el lugar tal y como lo había dispuesto el señor Hatchard. Se trataba de una sala de tamaño regular con anaqueles a todo lo largo de la pared que daba al norte y un espacio vacío en el sentido opuesto, atestado de cajas apiladas una sobre otra. Allí se almacenaban todos esos títulos que aguardaban a ser ubicados en alguna de las estanterías de los pisos abiertos al público y también aquellos que no tenían muy claro dónde situar, fuera porque eran poco populares o porque su distribución estuviera limitada por alguna razón. Todo lo medianamente interesante que uno pudiera soñar con encontrar en una librería se hallaba allí, acostumbraba decir su padre, y Anna no podía menos que darle la razón en tanto deslizaba una mano por las hileras de ejemplares en los anaqueles. A las cajas ni siquiera se acercó. Nunca lo hacía, porque lo consideraba una intromisión.

Pese a ese ambiente de secretismo y a que pocos conocían la existencia de aquel lugar, la verdad era que la entrada estaba lejos de estar prohibida: quien supiera de él podía sentirse libre de visitarlo, como una especie de acuerdo tácito. Desde luego, se daba por sentado que las personas que lo conocían

eran de confianza, de modo que los dependientes asumían que nunca tendrían problemas, y según tenía entendido Anna, en todo el tiempo que el lugar llevaba abierto al público, así había sido.

De modo que dio un paseo entre aquellas obras y pronto se encontró del todo abstraída por la magia que desprendía ese rincón. El tiempo pasó, pero ella ni siquiera lo advirtió. En varias ocasiones se detuvo frente a un título en particular, lo retiró del estante y lo ojeó con fruición, para luego apartar uno o dos que le parecieron demasiado interesantes como para no llevarlos con ella. Había una mesilla y un sillón con apoyabrazos en forma de orejas caídas que recordaba haber visto desde que era niña, y colocó sus descubrimientos sobre el mueble antes de continuar con el recorrido. Estaba tan enfrascada en lo suyo que apenas notó un leve ruido proveniente del pasillo y no se molestó en levantar la mirada de la lectura. Supuso que se trataría de algún dependiente o de otro visitante que se marcharía en cuanto advirtiera que ella se encontraba allí. La estancia no era muy espaciosa, y había reparado ya en varias ocasiones en que por lo general era extraño que alguna persona deseara visitarla mientras alguien más estaba allí. Ella jamás lo hacía; prefería continuar con su paseo por la zona pública de la librería y regresar cuando pudiera disfrutar de ese espacio a solas.

En ese momento, sin embargo, reparó en que quien fuera que acababa de llegar no pensaba marcharse y contuvo un resoplido de malestar, decidida a no levantar la vista. Le pareció una desconsideración enorme de parte de aquel sujeto: cualquiera notaría que una dama a solas en esa tesitura preferiría continuar así, pero estaba claro que algunas personas no tenían una pizca de tacto.

Oyó pisadas que rodeaban la estancia, pero ella continuó con la mirada puesta en el libro que en ese momento sostenía entre las manos. Un aroma que se le antojó levemente familiar le llegó a la nariz, una mezcla de sándalo y cuero que le agitó las fosas nasales, pero no se molestó en hurgar en la memoria. Sin embargo, cuando los pasos fueron acercándose adonde ella se encontraba, por alguna razón que en ese momento no alcanzó a comprender, sus manos parecieron cobrar vida propia y asieron el libro con una fuerza innecesaria; la piel de los brazos le empezó a arder. Era una reacción de lo más curiosa, tanto como lo fue que la respiración se le agitara de golpe y que los labios empezaran a temblarle.

Demasiado consternada por una reacción tan extraña, no pudo menos que rendirse y levantar la mirada para identificar a quien había sido capaz de hacerle experimentar algo como aquello. Casi le había parecido obra de alguna clase de hechizo.

Al reconocer al hombre situado a pocos pasos de donde ella se encontraba, no obstante, se dijo que había poco de magia en ello y sí mucho de enojosa imprudencia.

Benedict Cahill la contemplaba a su vez, como si no pudiera pensar en una coincidencia más afortunada que encontrarla en un lugar como ese. Anna masculló una palabra malsonante que habría escandalizado a lady Sinclair. Desde su último encuentro en el jardín de los Amulson, había decidido que no tenía sentido mostrarse más recelosa de lo necesario ante él. Las disculpas que Benedict había expresado aquella noche le habían parecido sinceras y, salvo por algunas palabras que la habían afectado más de lo que estaba dispuesta a reconocer, era justo aceptar que se había comportado como un caballero de lo más gentil. Sin embargo, en ese momento, al encontrarse con una mirada divertida en los ojos oscuros de él y advertir que parecía un poco extrañado de verla allí, sintió que todo el resentimiento que albergaba en su corazón dirigido a ese hombre tan solo renacía con una fuerza inusitada. ¿Qué era lo que le llamaba la atención de que ella estuviera en ese lugar? ¿Acaso pensaba que no sabía leer? El gesto pacífico en el rostro de Anna que la había acompañado hasta entonces desapareció y fue reemplazado por un rictus severo que se hizo más pronunciado al advertir que Benedict dirigía la mirada hacia los volúmenes que reposaban sobre la mesilla antes de volver a prestarle atención.

—Lady Schellin.

Ella recibió el saludo con una breve inclinación de cabeza y retiró la mirada de los ojos de él para enfocarse en el traje que llevaba, ajustado a la perfección, como dictaba la moda, aunque tenía el cabello demasiado alborotado como para considerarlo parte de un estilo estudiado. Era algo que ya había advertido en ese hombre, una particularidad que habría encontrado interesante de no hallarse tan fastidiada por la intromisión. Aunque parecía la clase de caballero que se la pasa pendiente de las normas y de lo que se espera de él, había siempre algún detalle que se mostraba como un acto de rebeldía, como la huida del salón de baile de los Amulson hacía unas noches o esas mechas que le caían sobre la frente y que él no se molestaba en apartar.

—Lord Cahill —dijo ella al fin, cuando comprendió que debía responder al saludo con algo más que un gesto desdeñoso—. Buenos días.

—Parece que nos encontramos siempre en los lugares más extraños.

Anna alzó una ceja y lo contempló con los ojos velados por las pestañas en tanto medía sus propias palabras.

—No sé qué tiene de insólito que coincidamos en una librería, milord.

Benedict acusó la ácida respuesta con una sonrisa.

—¿En una librería? Nada en absoluto —coincidió él—. Pero sí en este lugar. No tenía idea de que supiera de él.

—Lo conozco desde que era niña. Mi padre nos traía a mi hermano y a mí con frecuencia.

Benedict asintió al comprender y pareció fascinado por el casi imperceptible cambio en la expresión de ella al nombrar a su padre.

—Claro, lord Sinclair. —Él sonrió. Por su gesto, no pareció que lamentara haber caído en ese error—. Aun así, me cuesta imaginarla como una niña sumergida entre libros.

—¿Y eso por qué? —Anna levantó la barbilla en un ademán desafiante.

—No estoy seguro, pero es así.

La dama acalló a la vocecilla que le susurraba en la cabeza que él había llegado a una conclusión bastante acertada. Ella jamás había disfrutado del todo esas visitas; con seguridad su mayor aspiración estaba lejos de ser el pasar los días con la nariz metida en un libro. Eso lo había aprendido luego. Pero como no estaba en absoluto dispuesta a darle la razón, mantuvo la expresión retadora y sostuvo el libro que había estado hojeando contra su pecho agitado.

—Esa es una suposición muy atrevida, lord Cahill, pero no intentaré disuadirlo de ella —expuso, como si hiciera una gran concesión.

Benedict sonrió sin responder e hizo amago de acercarse a la mesilla para estudiar los tomos que ella había dejado apartados. Tras leer los títulos impresos en las portadas de cuero, la miró de nuevo con el ceño un tanto fruncido y una expresión indescifrable.

—*Vindicación de los derechos de la mujer* —recitó en tono intrigado—. No me diga que está interesada en la obra de la señora Wollstonecraft.

Anna se encogió de hombros y contuvo el deseo de decirle que desde luego que lo estaba, que conocía bien su trabajo y que no era en absoluto extraño que uno de los libros de aquella autora le hubiera llamado la atención porque al fin y al cabo no era para nada ajena a esa clase de títulos. Sin embargo, la honestidad ganó la partida, y no le quedó más opción que reconocer la verdad.

—Para ser sincera, jamás he leído nada suyo, pero una conocida la mencionó en una de nuestras... —Carraspeó cuando cayó en la cuenta de que estaba a punto de decir “reuniones” y se llevó una mano al rostro en un gesto que revelaba incomodidad—. La mencionó la otra tarde mientras tomábamos el té y despertó mi curiosidad. Encontrar ese libro aquí ha sido toda una casualidad y un triunfo. Por más que he buscado en otras librerías, no había hallado nada de su obra.

Fue el turno de Benedict de encogerse de hombros, y dio un golpecito al lomo con el índice en un gesto que ella no supo identificar si fue de molestia o interés.

—No es de extrañar —expresó él al fin—. La obra de la señora Wollstonecraft no es fácil de encontrar, aunque he notado que empieza a volverse popular. Que no le sorprenda que empecemos a verla pronto en todas partes.

—Fue eso lo que dijo esta persona, y no dudo de que tanto ella como usted estén en lo cierto.

Benedict asintió.

—Tiene unas amigas de lo más interesantes, lady Schellin. No deja de asombrarme. Es usted una caja de sorpresas.

Anna se irguió aún más en un acto reflejo, pero no supo si sentirse halagada u ofendida por esa declaración.

—Lo tomaré como un cumplido —resolvió ella al fin.

—Por favor, hágalo, esa era mi intención.

La joven sacudió la cabeza de un lado a otro y se encontró esbozando una sonrisa que se apresuró a esconder. Como él no dijo nada más y pareció interesado en el contenido de uno de los estantes a su izquierda, volvió entonces la atención al libro que tenía entre manos, pero parte del encanto había desaparecido. Ya no consiguió concentrarse en lo que leía, por lo que no

le quedó más remedio que dejarlo en su lugar y contentarse con pasear en tanto lanzaba miradas de reojo al hombre que no parecía en absoluto perturbado por su presencia. Otra injusticia, desde luego.

Al cabo de un cuarto de hora, cuando comprendió que no tenía sentido permanecer allí sin hacer nada, exhaló un suspiro y se dirigió a la mesilla para tomar los ejemplares que había apartado, dispuesta a hilvanar una rápida despedida y marcharse, pero Benedict la sorprendió al hablarle sin mirarla siquiera, como si hubiera sido capaz de advertir las intenciones de ella tan solo por sus movimientos.

—Espero que no piense marcharse solo porque estoy aquí. No ha sido mi intención incomodarla. Me sentiría muy culpable de ahuyentarla por una segunda vez en tan poco tiempo.

Anna reaccionó como si la hubiera insultado y se llevó las manos a las caderas de manera casi inconsciente.

—Usted nunca me ha ahuyentado —le increpó en tono ultrajado—. No permito que nadie lo haga.

Él hizo entonces algo que solo ayudó a incrementar la furia de la muchacha: rompió a reír. Dejó escapar una risa clara y al mismo tiempo áspera que le provocó un escalofrío a Anna; parecía tan sincera que, en otras circunstancias, no habría podido contener el deseo de acompañarlo.

—No pretendía ofenderla, milady, y mucho menos poner en tela de juicio su coraje —explicó él una vez que superó el acceso, aunque la expresión sonriente no lo abandonó de inmediato—. Estoy seguro de que es por completo capaz de enfrentar a un ogro si hiciera falta. Fue solo una manera de hablar, pero es evidente que debería cuidar mis palabras en su presencia.

Anna le dirigió una mirada ceñuda y cargada de recelo.

—Ahora me acusa de ser demasiado susceptible.

Benedict recibió el reproche con un gesto contrariado, pero pronto volvió a reír y se llevó una mano al corazón en un ademán cargado de dramatismo.

—Es usted temible, milady, no puedo ganarle —reconoció él con falsa pena.

—¿Acaso pretendía vencerme de algún modo, milord?

El caballero alzó las manos como si quisiera defenderse de un enemigo invisible, y a Anna no le quedó otra alternativa que echarse a reír al darse cuenta de lo ridículo de la situación. Había actuado como un puercoespín asustado, lista para atacar a quien osara decir cualquier cosa que pudiera ofenderla aun cuando la intención de Benedict no hubiera sido esa. Tal vez fuera en extremo honesto y el tacto no fuera una de sus cualidades, pero sabía que no había malicia en las palabras de él. Era ella quien se mostraba quisquillosa e incapaz de aceptar un comentario hecho con ligereza y con el deseo de bromear. ¿Por qué Benedict Cahill pretendía divertirse con ella? Bueno, eso era otra cosa, y no estaba segura de entender las motivaciones que tenía, ni pensaba preguntárselo. Ya bastante mal lo había pasado al acusarlo de coquetear con ella. No creía poder resistir otra humillación como aquella.

Él pareció sorprendido al verla reír. Anna se preguntó si no empezaría a cuestionar su cordura. Ella misma estaba tentada a hacerlo.

—Lamento esto, estoy siendo ridícula. —Dejó de reír y le dirigió una mirada afectada—. No me ahuyenta, se lo aseguro, pero debo marcharme de cualquier modo. Tengo mucho por hacer.

Benedict asintió con suavidad sin dejar de observarla.

—¿Irá a la casa de campo de lord Graham este fin de semana?

Ella vaciló un instante antes de responder.

—Es posible —contestó, sin deseos de comprometerse—. ¿Irá usted?

—Sí. Se lo he prometido a mis hermanas, que ansían tomarse un respiro de la ciudad.

Anna asintió en tanto se preguntaba en qué momento hablar con ese hombre se había vuelto tan incómodo, lo cual contradecía un poco el deseo de permanecer allí y continuar oyéndolo. Sí, no había duda: su cordura empezaba a estar en riesgo.

—Espero que, si decide asistir a casa de sir Graham, podamos retomar este diálogo —sugirió Benedict entonces.

Anna se dijo que, si él se mostrara tímido o al menos un tanto reservado, como hacían la mayoría de los hombres que se dirigían a ella, le habría resultado más sencillo manejar esos mensajes discordantes que no dejaba de enviarle. Con él volvía a ser la chiquilla torpe que se dejaba deslumbrar por una mirada atrevida y una voz segura. Odiaba a esa tonta.

—¿Para continuar hablando de mis hábitos de lectura? —comentó ella, y quiso dotar a su voz de un tono despreocupado que surgió artificial.

Benedict sonrió y se encogió de hombros.

—Entre otras cosas.

Anna apretó los labios y contuvo el impulso de dar una réplica apropiada, pero no estaba segura de qué sería lo correcto decir en un caso como aquel, así que tal vez fue una suerte que consiguiera mantener la boca cerrada. Dio una cabezada y esbozó la sombra de una sonrisa antes de dar media vuelta e internarse en el oscuro corredor. Tardó solo un minuto en atravesarlo, pero de pronto, allí en la penumbra y el silencio, su corazón latió con fuerza, y las manos que sujetaban los libros que llevaba con ella empezaron a sudar. Benedict no había dicho ni una palabra más al verla marchar, pero sentía la mirada de él clavada en la espalda y no consiguió volver a respirar con normalidad hasta que se encontró al otro lado del pasillo. Una vez allí, aspiró con fuerza y tuvo que apoyarse un momento contra una columna para recuperar el equilibrio.

Mientras regresaba a la casa de su familia, con el rostro apoyado contra el respaldo de satén con que estaba tapizado el interior del carruaje, se dijo que iba a tener que controlar esa reacción que parecía atacarla cuando se hallaba en presencia de Benedict Cahill. Después de todo, si él se enteraba de ello alguna vez, se burlaría sin piedad.

*

Lord Edmund Graham tenía por costumbre comentar a quien quisiera oírlo que no había una sola propiedad en la campiña inglesa que pudiera compararse a la suya. Anna no estaba tan segura de que estuviera en lo cierto, pero debía reconocer, cuando menos, que era magnífica.

El título de lord Graham era uno de los más antiguos de Inglaterra, y su propiedad estaba a la altura de semejante abolengo. Construida en un estilo isabelino, era preciso atravesar parte del bosque circundante a la finca y luego una larga arboleda para poder apreciarla en todo su esplendor.

Los cristales de las ventanas dispuestas en una larga hilera por todo el frente de la casa brillaban por el reflejo del sol, que aquella mañana resplandecía con fuerza. La construcción en sí se veía tan sólida y señorial que a Anna no le sorprendió oír el suspiro que escapó de labios de su tía en cuanto el carruaje se apeó tras otros dos que habían llegado antes.

Al final, solo ella y la tía Penelope habían podido responder a la invitación de lord Graham. El doctor que atendía a Rose opinaba que, en consideración a lo avanzado del embarazo, tal vez fuera mejor que permaneciera en Londres y, desde luego, William no había querido oír una sola palabra respecto a marcharse sin ella. Para sorpresa de todos, además, lady Sinclair se había ofrecido a permanecer para hacerle compañía a su nuera en tanto el hombre de la casa debiera ausentarse para cumplir con sus deberes.

Anna había sugerido entonces que ella tampoco tendría ningún problema en quedarse, aunque debía reconocer ante sí misma que parte de ella esperaba la oportunidad de cambiar de aire durante unos días. Eso, claro está, sin profundizar demasiado en que la idea de ver de nuevo a Benedict era también un estímulo demasiado atractivo para el gusto de la joven. Por suerte –o no–, su madre había insistido en que ella y su tía debían asistir, y ya que Rose y William se habían unido al pedido, a ella no le había quedado otra alternativa que aceptar. De modo que allí estaban, Anna y la tía Penelope, mientras esperaban para descender del carruaje frente a la entrada principal, donde lord Graham y su esposa recibían a los invitados.

Una vez que llegó su turno, Anna esperó a que uno de los empleados de la propiedad se encargara de abrir la portezuela para ellas y bajó luego de su tía, con cuidado de sostener la sombrilla al frente para protegerse de los rayos del sol, que la cegaron durante un instante. En consideración a su madre, también porque no estaba en absoluto deseosa de sumergirse en una nueva tanda de recriminaciones por parte de ella, había transigido en usar un vestuario algo menos severo durante esa visita al campo. Para satisfacción de lady Sinclair, no había incluido más que unos pocos atuendos de noche negros en el baúl que Burton se encargaría de deshacer en cuanto estuvieran en la habitación que le hubieran asignado.

Aquella mañana, había optado por un traje de paseo de dos piezas en terciopelo borgoña con flores bordadas en el frente y un tocado sencillo que le sujetaba el cabello en lo alto de la cabeza. Tal vez no fuera el conjunto más alegre, pero, de acuerdo a su madre, era mucho mejor que el luto, y a Anna no le quedó otra alternativa que darle la razón.

Había un corto sendero entre el lugar en que esperaban los Graham y la entrada a la casa. Una vez que agradecieron la invitación, una doncella las guio al interior, pero, antes de cruzar la puerta, Anna levantó la cabeza como si alguien le hubiera dado un leve toque para llamarle la atención. Al mirar hacia arriba, en dirección a las ventanas del frente de la casa, se sorprendió al toparse con un par de ojos oscuros que la contemplaban a su vez con expresión sonriente. Ruborizada, desvió la vista e hizo como si ese instante no hubiera ocurrido. Entonces siguió a la doncella y tocó durante un instante el brazo de su tía para apoyarse en él porque sintió una vez más esa caprichosa reacción que empezaba a avergonzarla. ¡Estúpido hombre!

*

Lord y lady Graham habían ideado todo tipo de entretenimientos para distraer a sus invitados durante la estadía. La idea era que permanecieran desde la mañana del viernes hasta la del lunes, de modo que pudieran estar de regreso en Londres antes de que culminara el día y así no tuvieran que realizar el trayecto de noche. A Anna el plan le venía más que bien, e incluso consideraba la posibilidad de marcharse el domingo si, tal y como temía, no conseguía sentirse del todo cómoda durante la estancia. Hasta el momento, sin embargo, nada hacía presagiar que fuera a tener que tomar una decisión tan radical.

Los Graham habían sido encantadores con ella y su tía desde que habían colocado un pie en la propiedad, y pronto debió reconocer que lo estaba pasando mucho mejor de lo que esperaba. Conocía a la mayor parte de los otros invitados, ya que eran buenos amigos de sus padres, y sus hijos, asiduos participantes de la temporada social. Salvo por algunos de ellos, sin embargo, no habría podido afirmar que los consideraba buenos amigos. Estaban Beatrice y Catherine, desde luego, y se alegró mucho de verlas, aunque ninguna hizo mención del último encuentro que habían tenido. No se sentían listas aún para hablar de aquella aventura en la manifestación frente al Parlamento. A Catherine aún le entraba una risa tonta cada vez que lo recordaba, y a Anna la aterraba la posibilidad de que se le escapara una palabra al respecto en presencia del joven lord Cahill.

Benedict parecía estar en todas partes, aunque era evidente que se mantenía un poco apartado del resto de los visitantes. Como siempre, sus modales eran impecables y participaba sin chistar cuando se lo requería para alguna actividad, pero había en él un aire taciturno y poco presto a la discusión que mantenía a los demás a cierta distancia. Él y Anna apenas habían intercambiado un breve saludo el día de su llegada, cuando ambos se dirigían al comedor para el almuerzo, pero, como Anna se encontraba en compañía de su tía y él escoltaba a sus hermanas, habría sido imposible que entablaran cualquier conversación que no fuera del todo convencional. Lady Schellin, aunque no había reconocido el motivo, lo había lamentado en profundidad. Tal vez fuera un poco masoquista de parte de ella, pero empezaba a anhelar esas conversaciones, por inapropiadas e inquietantes que pudieran ser.

Había varias jóvenes entre las invitadas, por lo que Anna no pudo dejar de advertir, con una buena cuota de cinismo, que tal presencia había sido planeada con cuidado con el fin de asegurar algunos posibles compromisos durante la jornada. En realidad no tenía por qué extrañarle, era una práctica de lo más común. Muchas matronas decían que, de vez en cuando, era necesario abandonar los salones londinenses para ultimar ese tipo de acuerdo. Que se refirieran al matrimonio como un mero intercambio comercial tampoco era poco habitual, pero Anna no dejaba de encontrarlo ofensivo y molesto.

No se le escapaba que varias de ellas parecían cifrar buena parte de sus esperanzas en Benedict. Al considerar que, aquella vez en que se habían encontrado en los jardines de lord Amulson, él había declarado sin asomo de rubor que en realidad huía de ese tipo de acoso, cabía pensar que la idea no debía de hacerle ninguna gracia. Anna sabía, sin embargo, que, más allá de las burlas y de lo que él en el fondo pudiera desear, estaba en la obligación de contraer matrimonio porque era lo que se esperaba de un hombre de su edad y posición. Pese a que no podía imaginar una sola fuerza en la tierra capaz de obligar a Benedict Cahill a efectuar algo que no deseara, sabía también que era la clase de caballero que hacía siempre lo que consideraba correcto.

De modo que no se podía desterrar del todo la posibilidad de que él fuera uno de los convencidos durante aquella estadía para concretar algún compromiso que enorgulleciera a sus padres. Anna no supo por qué, pero la idea no dejó de resultarle deprimente.

La cena de aquella noche no resultó en particular memorable. Tal vez fuera porque la mayoría había hecho un largo viaje y apenas empezaban a reconocerse entre todos, pero Anna y su tía, lo mismo que otras damas, se retiraron a sus habitaciones tan pronto como los caballeros se unieron a ellas poco después de la cena.

Quienes optaron por quedarse, sin embargo, se apresuraron a organizar unas partidas de cartas. Mientras Anna se dirigía a la salida, advirtió que Benedict se encontraba entre ellos. Una jovencita, a quien reconoció como una de las hijas más jóvenes de los Wyndham, Louise, se apresuró a ocupar una silla al lado de él, y lo último que Anna oyó fue la voz grave de Benedict al responder a lo que fuera que la chica le estuviera diciendo.

Burton la esperaba al llegar a la habitación. Mientras la ayudaba a desvestirse y deshacer el peinado, lady Schellin vio su imagen en el espejo del tocador y le sorprendió advertir que tenía el ceño fruncido y los ojos brillantes. No intentó, no obstante, buscar una explicación para eso, sino que se preparó para dormir tras reconocer que le quedaban aún dos días muy largos y que más le valía mentalizarse para enfrentarlos. Benedict Cahill podía hacer lo que deseara con su vida. ¿Acaso ella no planeaba hacer justo lo mismo?

*

Cuando Anna era una jovencita, siempre se le habían dado bien las actividades al aire libre, en especial el tenis, un entretenimiento que le arrancaba varias sonrisas y que le daba la oportunidad de hacer gala de su buen estado físico. Además, le encantaban los vestidos que debían usarse para ese deporte. Sin embargo, cuando los Graham les informaron que habían dispuesto el campo de tenis para organizar unos cuantos encuentros, sintió que la asaltaba una oleada de timidez y angustia. Hacía tanto tiempo que no participaba en un juego que le pareció que no estaría a la altura, pero la tía Penelope la convenció de que era una tontería de su parte y de que, si permitía que esos reparos la privaran de la diversión, se arrepentiría durante semanas. Por eso se dejó convencer y agradeció los esfuerzos de la siempre precavida Burton, que había incluido un traje apropiado en el baúl. Era un poco anticuado, ya que lo había usado antes de casarse, pero le complació ver que le quedaba perfecto, y se reunió con el resto de los asistentes en el campo.

Beatrice, Catherine y otros participantes se encontraban allí cuando ella llegó, pero no había rastros de Benedict. Anna se sorprendió por el agujón que se clavó en su pecho, producto de la decepción. No tuvo tiempo para lamentarse por ello porque se vio de pronto abordada por unos cuantos jóvenes que le solicitaron el favor de ser su pareja y Anna optó por escoger a lord Alfred Collington, un viejo amigo de su hermano. Lord Alfred era un caballero de lo más agradable, aunque sin duda Penelope, quien se había ubicado en una silla junto a lady Graham y las otras damas que preferían ser espectadoras del juego, lo habría considerado un tanto aburrido. A Anna, sin embargo, le resultaba simpático y sobre todo inofensivo, justo lo que deseaba en una pareja para una actividad como aquella.

Hicieron un sorteo, y sus nombres fueron los cuartos en ser elegidos, por lo que podrían ver al menos un partido antes de que fuera su turno. Anna se alejó un poco de lord Alfred para marcar una prudente distancia al advertir que de pronto se veía de lo más satisfecho por haber sido elegido por ella para ser su pareja y que irradiaba un aire posesivo que le resultó de lo más molesto. Tal vez no hubiera sido buena idea decantarse por él después de todo, pero no tenía sentido lamentarse a esa altura. De cualquier manera, aquello duraría tan solo un par de horas, y luego se encargaría de dejarle en claro que no estaba interesada en nada más relacionado con él que no tuviera una raqueta de tenis de por medio.

Louise Wyndham y su pareja, el robusto sobrino de un barón, cuyo nombre no recordaba, se enfrentaron a los hijos de los Graham, un par de muchachos bastante jóvenes y algo desgarbados que, sin embargo, mostraron unas aptitudes impresionantes que mantuvieron a la audiencia de lo más interesada durante el partido. Cuando iban más o menos por la mitad, sin embargo, Anna oyó un chasquido tras ella y frunció el ceño al tiempo que miraba hacia atrás para descubrir el origen de ese ruido que se le antojó familiar.

Al ver de qué se trataba, parpadeó varias veces, incrédula.

Estaba familiarizada con las fotografías como el que más, aunque, a diferencia de lo que pensaba cuando era algo más joven, entonces no las encontraba tan interesantes como antes. Había posado para varias en el transcurso de su vida, desde luego, porque su madre era admiradora de ese arte y le encantaba ufanarse de la colección que mantenía en un salón de la mansión Sinclair. A Richard también le gustaban mucho, se recordó con un ramalazo de enojo al recordar todas esas ocasiones en que la había

obligado a usar los mejores vestidos para que participara en esas sesiones que organizaba para sus invitados durante sus visitas en Leicester. Anna no había disfrutado ni un segundo de ellas, y cuando Richard había muerto, una de las primeras cosas que había hecho había sido arrojarlas al fuego, como si así pudiera destruir los malos recuerdos y borrar de su mente a esa mujer apagada y sumisa que exhibía una sonrisa artificial en cada una de las imágenes.

En ese instante, sin embargo, se esforzó por hacer a un lado los malos recuerdos y fijó la atención con curiosidad en el artefacto ubicado frente a ella. No era distinto de los que había visto antes, aunque, por lo que pudo advertir, le pareció algo más ligero y con una apariencia un tanto más moderna, aunque, ya que no era en absoluto una experta en el tema, no dudaba de que podía estar equivocada. Lo segundo que la asombró fue el hombre que manipulaba el aparato con movimientos seguros y un profundo rictus de concentración en el rostro. Era la primera vez que lo veía, y tanto el que no lo hubiera hecho antes como su aspecto en sí le extrañó, porque estaba por completo segura de que no era la clase de hombre que pasaba desapercibido.

Tenía las facciones más hermosas que había visto en un caballero en su vida, pero con una belleza en absoluto afeminada. Por el contrario, los rasgos de aquel sujeto eran duros y bien cincelados, como si un artista en estado de gracia se hubiera encargado de esculpirlos sobre piedra. Las cejas delineadas a la perfección y la nariz aguileña destacaban sobre los labios más bien carnosos y los pómulos afilados. Llevaba el cabello sujeto en una coleta, por lo que Anna se preguntó cómo era posible que un caballero fuera capaz de usarlo tan largo en aquellos tiempos; pero, cuando el hombre notó su mirada y le sonrió, comprendió que tal vez no fuera un caballero después de todo. Ella al menos no conocía a ninguno capaz de un gesto así. Para su sorpresa, sin embargo, no encontró la mueca atrevida o perturbadora, sino que se vio a sí misma correspondiéndole con un leve asentimiento y volvió la atención al juego porque notó que lord Alfred le hacía señas para que se preparara pues ellos eran los siguientes.

Los jóvenes Graham ganaron el primer encuentro. Anna se vio de pronto en medio de la cancha con la raqueta en una mano y la otra ocupada en mantener la larga falda bien sujeta porque había empezado a correr un fuerte viento que le jugó en contra un par de veces. Lord Alfred, sin embargo, era un compañero estupendo, debía de concederle eso. Pronto le sacaron a la otra pareja una importante ventaja. Sin saber cómo, Anna empezó a disfrutar del

juego y oyó una risa que nacía de su propio pecho y brotaba de sus labios en una oleada de entusiasmo que no recordaba haber sentido en mucho tiempo. Se estaba divirtiendo sin asomo de angustia: solo ella en una mañana soleada mientras correteaba de un lado a otro del campo como una chiquilla, sin mayor preocupación que golpear un balón y sortear una red. Perdió el sombrero un par de veces, pero no le importó. Se preguntó, no por primera vez, a quién se le habría ocurrido que era posible jugar al tenis con ese accesorio, por bonito que fuera.

Al terminar, fueron declarados ganadores, de modo que se acercó a felicitar a sus oponentes, un matrimonio joven y simpático que parecía encantado tan solo de haber podido pasar un rato tan agradable. Agradeció a lord Alfred por su compañía y se apresuró a alejarse de él en cuanto sugirió que podrían ser también compañeros durante los juegos de cartas después de la cena. No estaba dispuesta a darle más alas y empezaba a sentir el agotamiento propio de una actividad a la que no estaba acostumbrada, por lo que se mantuvo a cierta distancia del campo para ver los otros encuentros.

El hombre de la cámara seguía allí, ella había escuchado varios de los chasquidos que indicaban que estaba tomando fotografías, pero en ese momento había dejado el armatoste asentado en el césped. Entonces se acercó a ella con un paso que a Anna se le antojó demasiado estudiado para ser considerado peligroso.

—¿Señora?

Él no llevaba sombrero; los rayos del sol se reflejaban sobre su cabello dorado. Algunos mechones se le escaparon de la coleta y le taparon los ojos, por lo que los hizo a un lado con un gesto de malestar. Sin embargo, tal sensación desapareció tan pronto como él llegó junto a Anna y fue reemplazada por una amplia sonrisa.

—Disculpe que la moleste, señora, pero hace horas que la observo y no he podido resistirme a acercarme.

La joven advirtió un marcado acento en su voz y frunció apenas el ceño al intentar identificarlo. Definitivamente no era inglés; tampoco escocés o irlandés. ¿Estadounidense tal vez? Él, ante la falta de respuesta, como si no fuera consciente del desconcierto de ella, elevó el mentón para observarla con curiosidad.

—Supongo que debería aguardar a que un conocido nos presente, pero no veo a ninguno por aquí, y la paciencia no es una de mis virtudes —explicó él tras encogerse de hombros—. Espero no incomodarla.

Anna comprendió que estaba actuando con demasiado recelo e hizo a un lado esa desconfianza. Se había acostumbrado a mostrarse suspicaz ante cualquier hombre que se le acercara, en especial cuando se trataba de desconocidos, pero no vio nada en ese sujeto en particular que le provocara rechazo. Tal vez fuera un poco atrevido, pero ese no era un crimen.

—No me ha incomodado, en absoluto. —Ella esbozó una sonrisa amable y le devolvió la mirada sin vacilar—. También lo he visto hace un momento. Encontré de lo más curioso ese artilugio suyo y pensaba preguntarle a lord Graham por qué ha organizado una sesión fotográfica sin informar a sus invitados.

Sus palabras surgieron en un tono divertido que despejó cualquier asomo de acusación en ellas, pero advirtió que al desconocido no se le escapó la mención de que había sido el artefacto que lo acompañaba lo que había llamado la atención de la dama, no él.

—No culpe a lord Graham. Ni siquiera debería estar aquí. En realidad, la idea era que no montara la cámara en el jardín, sino en el salón esta noche luego de la cena. Pero estaba aburrido y, al ver toda esta agitación, no pude resistirme a intentar tomar algunas placas.

Él se explicó con sencillez, sin rastros de arrepentimiento, lo que a Anna le pareció admirable porque lord Graham no era la clase de hombre al que le gustara ser desobedecido. Fue por ello que se mostró incluso más amable con él.

—Comprendo —asintió ella—. Entiendo entonces que nuestro anfitrión ha solicitado sus servicios para inmortalizar este fin de semana.

El extraño rio al oír el tono de leve pompa en que se expresaba la joven, y Anna tuvo la satisfacción de ver que comprendía que lo había dicho con el fin de animarlo.

—Podría decirlo así —expresó él—. Aunque en realidad estoy aquí para hacerle un favor a un amigo.

—Y ese amigo no es lord Graham, supongo.

—Sería más correcto decir que atendí el llamado del amigo de un amigo, quien, a su vez, sí podría considerarse amigo de lord Graham.

Anna sonrió y elevó las cejas con fingido desconcierto.

—Es un poco complicado, pero creo haberlo entendido.

—No dudo que así sea. Se nota que es usted una mujer lista.

La dama se encogió de hombros.

—Tengo mis momentos, señor... —Ella lo miró con interés—. Temo que no recuerdo su nombre.

El extraño rio y se llevó una mano a la cabeza para hacer a un lado un mechón de cabello que había estado cerca de metérsele en el ojo.

—No lo recuerda porque no me he presentado —la corrigió con amabilidad—; lo que, desde luego, es una falta de cortesía de mi parte, y usted es toda una dama al no señalarlo. Christian Rogers a su servicio.

Anna asintió al tiempo que pensaba que el nombre le quedaba bastante bien y que, sin duda, había estado en lo cierto al suponer que era estadounidense. Tanto desenfado, además, solo podía ser obra de esa sociedad algo más liberal que la inglesa y de la que recibían tantos visitantes en los últimos tiempos.

—Soy lady Schellin —se presentó ella, y dudó un instante antes de usar el título por temor a sonar presumida, pero darle su nombre de pila habría resultado mucho peor—. Espero que esté disfrutando de su estadía en el campo.

El señor Rogers no hizo ningún comentario respecto a la identidad de ella ni se vio intimidado. Anna suponía que haría falta mucho más que un título poco importante para lograrlo.

—Encantado, lady Schellin. La verdad es que lo estoy disfrutando más de lo que esperaba; es un lugar magnífico. Me recuerda a casa. —Él se explicó al ver la confusión de la joven—. Soy de Montana, señora; es un lugar de Estados Unidos en el que tenemos también muchos bosques, aunque no es usual ver casas como estas.

El hombre hizo un gesto para abarcar la gran mansión tras ellos. Anna asintió.

—Sin duda es un sitio que me gustaría visitar. Tengo algunos conocidos que decidieron mudarse a Estados Unidos; ellos dicen que es un lugar maravilloso para vivir.

—Eso dependerá de en qué zona se encuentren, señora. Le aseguro que mi patria, lo mismo que todas, está lejos de ser un paraíso.

Anna ladeó el rostro al captar un leve toque de amargura en la voz del extranjero, pero nada en la expresión de él develó lo que pensaba en realidad. Parecía como si llevara tatuada la media sonrisa que en ese momento le mostraba.

—Estoy de acuerdo con usted —respondió Anna, segura de que él preferiría que no profundizara en esas palabras y sin el menor deseo de hacerlo en lo que a ella se refería—. De modo que es fotógrafo.

El señor Rogers pareció agradecer el cambio de tema, porque ensanchó la sonrisa y se encogió de hombros en un ademán divertido.

—Podría decirse así, aunque le confieso que no es una de mis actividades favoritas. —Señaló el aparato con un gesto de cierta impotencia—. Ir de un lado a otro con un artefacto como ese puede ser un martirio, pero reconozco que el resultado es excelente.

—Me encantará verlo cuando haya revelado las fotografías de esta tarde.

—Planeo entregarlas a lord Graham junto con las que tome esta noche, pero puedo hacer un juego para usted si así lo desea.

Anna empezó a negar con la cabeza.

—No, por favor, no tiene que molestarse. Estoy segura de que lord Graham nos las mostrará a todos una vez que estén en su poder.

—Pero no sería una molestia en absoluto —insistió él—. Además, he tomado un par hace un momento que estoy seguro de que le gustarán. Son suyas.

Anna abrió mucho los ojos y lo miró con desconcierto.

—¿Mías? —repitió.

—Sí, no pude evitarlo. —Para sorpresa de la muchacha, el señor Rogers se vio un poco avergonzado al continuar—. Estaba usted allí de pie y se veía tan hermosa que me dije que sería un sacrilegio no inmortalizar ese momento.

Anna sintió que un fuerte sonrojo le afloraba a las mejillas pese a que aquel hombre no había dicho nada que pudiera considerarse ofensivo. Sin embargo, estaba ya tan poco acostumbrada a ese tipo de halagos que no pudo evitar avergonzarse un poco. Ella, que había desarrollado una fuerte aversión a hacerse notar, de repente se veía como el objeto de interés de un hombre como aquel, que la había fotografiado sin su permiso. No sabía si sentirse complacida o enojada; suponía que debía optar por un poco de ambas.

Al notar que el señor Rogers esperaba una respuesta, carraspeó y procuró hablar con naturalidad. No deseaba parecer una jovencita fácil de impresionar con halagos.

—En ese caso, le agradeceré que reserve esas fotografías solo para mí, si no le molesta. Preferiría que no hiciera copias de ellas, ni siquiera para lord Graham. Él no tendrá ningún interés en ellas —expresó en tono gentil pero firme—. Tal vez pueda darme la dirección de su estudio para que pase a retirarlas cuando me lo indique. Estaré encantada de cubrir sus honorarios, desde luego. He oído cuán costosos son los materiales que debe usar para esta clase de labor...

El señor Rogers rio y sacudió la cabeza de un lado a otro como si la encontrara de lo más divertida.

—No le cobraré, señora, ¿cómo podría? Tomé las fotografías porque así lo quise. Pero creo que es justo que las tenga usted y nadie más, si así lo prefiere —aceptó él sin vacilar—. Sin embargo, no tengo un estudio, no uno propiamente dicho. Verá, no me dedico de manera profesional a tomar fotografías, sino que trabajo en un diario como ilustrador. Venir aquí ha sido solo un favor. No había nadie más disponible y, como le dije, se lo prometí a un amigo.

Anna se mostró sorprendida ante esa información, y un recuerdo empezó a hacerse lugar en su mente. Un ilustrador... C. Rogers...

Al comprender de quién se trataba, se llevó una mano al pecho de modo casi inconsciente y abrió mucho los ojos para ver al hombre frente a ella con renovado interés.

—¿Fue usted quien realizó las ilustraciones del artículo que escribió un tal H. Boyle de la última manifestación frente al Parlamento? —preguntó.

Él asintió y le dirigió una mirada apreciativa, como si encontrara de lo más satisfactorio que ella estuviera familiarizada con su trabajo.

—Sí, señora. Y el nombre del tal Boyle es Harry, por cierto —explicó él, sonriente—. En realidad, él es el amigo que me pidió que viniera en primer lugar. Harry es buen amigo de un conocido de lord Graham y, cuando escuchó que necesitaba un fotógrafo con urgencia, no dudó en avisarme. Sabe que hago este tipo de cosas de vez en cuando, aunque lo mío son más bien los dibujos.

—No me extraña que así sea, porque debo decir que su trabajo es extraordinario —indicó Anna encantada—. Mi hermano acostumbra leer el diario en que usted trabaja; disfruta mucho de los artículos del señor Boyle y de sus ilustraciones.

—Debe agradecer a su hermano de mi parte. Personas como él hacen que mi trabajo tenga sentido, además de que aseguran mi medio de vida, claro —rio él—. Ahora con mayor razón debe permitir que le haga llegar las fotografías. Estaré encantado de llevarlas a su casa en cuanto las tenga listas.

Anna no se permitió dudar más, sino que se dijo que, si él insistía y estaba siendo tan amable además, no tenía sentido continuar negándose. No quería que nadie que no fuera ella tuviera en su poder esas imágenes y, por otra parte, no sería humana si no sintiera curiosidad por ver el resultado. De modo que asintió y le obsequió una amplia sonrisa.

—Aceptaré su amable oferta, señor Rogers —concluyó ella—. Me hospedo con mi hermano, lord Sinclair.

—Muy bien. Tendrá las fotografías tan pronto como las haya revelado. Le prometo que no permitiré que nadie más coloque una mano sobre ellas —aseguró él con un guiño travieso al continuar—. Aunque debo decir, señora, que podría usted ser una sensación como modelo.

Si bien la idea le provocó un escalofrío, y no uno en absoluto agradable, Anna forzó una sonrisa.

—Es muy gentil de su parte, señor Rogers, pero no es una posibilidad que me tienta.

—¿Y posar para un dibujo? ¿La tentaría eso? —interrogó él en un tono más serio.

—No lo creo...

—Porque podría hacerlo. Me encantaría dibujarla. Puedo asegurarle que el resultado será mucho más interesante que cualquier fotografía que pueda imaginar.

Anna frunció el ceño, incómoda de pronto por la manera en que la veía. Parecía haber abandonado la actitud despreocupada y entonces la examinaba como si pretendiera imprimir en la memoria cada uno de los rasgos de ella. Quiso creer que se debía a su naturaleza de artista, pero la sensación en sí no fue agradable, y se vio obligada a esquivar la mirada del estadounidense y buscar algo que le sirviera de refugio. Lo encontró casi de inmediato y del modo más inesperado.

Benedict Cahill venía en su dirección con ese andar pausado y seguro que había empezado a relacionar con él y que no había apreciado del todo hasta ese momento. Era curioso que un caballero se viera tan cómodo consigo mismo; incluso cuando estaba en medio de un grupo de personas vestidas con trajes de tenis que no dejaban de reír y dar de grititos, en tanto que él iba ataviado como si se encontrara a punto de asistir a alguna reunión importante en Grosvenor Square. Sin mencionar que parecía bastante enojado. Eso fue quizá lo que más le llamó la atención a lady Schellin y lo que le ayudó a hacer a un lado la incomodidad que había sentido hacía un momento debido a la insinuación del señor Rogers. Lord Cahill estaba enfadado. Mucho, por lo que pudo ver una vez que estuvo cerca de ellos y los contempló con el ceño fruncido además de con esos casi siempre impasibles ojos azules que irradiaban un brillo de furia.

—Buen día, Benedict. ¿No hace una mañana espléndida?

Fue el señor Rogers quien lo saludó en primer lugar. Se dirigió a él con una familiaridad y un tono de voz de ligero sarcasmo que le reveló a Anna que debían de ser viejos conocidos.

—Encantadora —replicó con una entonación similar, pero se mostró algo menos mordaz al dirigirse a Anna con una cabezada—. Lady Schellin.

—Lord Cahill. —Ella hizo una breve reverencia y sonrió—. Me extrañó no verlo participar en los juegos.

Sabía que parecía casi aliviada de haberlo encontrado y demasiado entusiasta para lo que acostumbraba mostrar, pero no le importó. De pronto comprendió que se alegraba de verlo, pero no quiso darle mayor importancia.

Después de todo, era natural que le diera gusto descubrir una cara familiar cuando había pasado la última media hora hablando con un total extraño que empezaba a tomarse algunas confianzas que no le hacían mucha gracia.

Como si Benedict comprendiera de alguna manera lo que ella pensaba, dio un paso hacia Anna y se situó a su lado en un gesto, si no protector, que pareció enviar una señal que el otro hombre recibió con una mueca de burla.

—Estuve reunido con lord Graham y su cuñado, el señor Aston — Benedict respondió a su comentario con una sonrisa—. Nada importante, pero nos llevó casi toda la mañana, y me perdí los partidos.

—¿Reunido con lord Graham y Astor y no trataron nada importante? Si Harry estuviera aquí, diría que eso es imposible e intentaría sonsacarte qué fue lo que discutieron para publicarlo —el señor Rogers intervino con una expresión suspicaz que Anna habría encontrado graciosa de no sentirse algo fastidiada.

Benedict, sin embargo, no pareció incomodarse por esa muestra de indiscreción, sino que le sonrió de un modo que le dejó en claro cuán poco dispuesto estaba a satisfacer su curiosidad.

—Soy muy afortunado de que Harry no se encuentre aquí hoy entonces, ¿cierto? —replicó él sin alterarse—. Lord Graham comentó que han planeado una sesión para esta noche.

El señor Rogers asintió, al parecer resignado a no obtener nada de él sin importar cuánto insistiera.

—Sí. Justo hablaba de eso con lady Schellin —agregó él con una rápida mirada en dirección a Anna, quien se mantuvo en silencio—. Tomaré unas fotografías antes de la cena.

—Veo, sin embargo, que ya has empezado...

El señor Rogers esbozó una sonrisa perezosa, pero Anna advirtió que sus ojos se mostraban muy alertas al devolver a Benedict una mirada estudiada.

—Sí, bueno, ya me conoces; nunca he podido resistirme a un buen escenario. —El hombre señaló el campo frente a ellos con un gesto despreocupado.

Anna apretó los labios al oír la respuesta en tanto se preguntaba si Benedict habría captado la soterrada burla en la voz del fotógrafo, pero él no dio señales de que así hubiera sido, lo que la sorprendió un poco. Había

advertido ya que era en extremo perceptivo, pero supuso que tan solo había preferido ignorar la pulla de su amigo.

—No, por supuesto que no, nunca has podido —respondió Benedict al fin con una voz que sonó un poco aburrída, y miró luego a Anna con mayor interés—. Lady Schellin, si no le molesta, ¿le importaría concederme unos minutos?

Ella parpadeó antes de encontrar las palabras con las que contestar.

—Por supuesto —accedió en tono firme para luego dar una mirada de reojo al señor Rogers, que los observaba en silencio—. Señor Rogers, ha sido un placer.

—Lo mismo digo, señora.

Benedict le ofreció el brazo. Ella dudó solo un instante antes de aceptar y apoyar los dedos con cuidado de tan solo rozarlo. La tela de la chaqueta desprendía el calor del cuerpo masculino, y Anna se obligó a contener el sonrojo que le afloró en las mejillas al notarlo. Era una tontería sentirse tan perturbada por algo como aquello, pero era también la primera vez que estaba tan cerca de él en mucho tiempo. La última había sido cuando habían bailado en la fiesta organizada por lady Falmouth, y de eso habían pasado varios años.

Él, por su parte, no pareció en absoluto afectado por esa cercanía e hizo un gesto de despedida al señor Rogers, quien se quedó mirándolos alejarse antes de regresar con su cámara.

—¿Le importa si retornamos a la casa? Hace demasiado calor.

Anna recibió el pedido con un leve asentimiento y sortearon a los grupos que continuaban en el campo, que hablaban a gritos y reían. Algunas cabezas se dieron vuelta hacia ellos al verlos pasar, pero hizo como si no lo notara. No le agradaba la idea de que empezaran a murmurar acerca de ellos, pero, en un entorno como aquel, eso se volvía inevitable. Harían comentarios sin duda, pero eso la tenía sin cuidado; supuso que él opinaría lo mismo. En todo caso, una de las ventajas de ser viuda era que su reputación resistía mucho más que la de una joven debutante, se dijo con cinismo al considerar las implicancias de lo que hacía.

Benedict no se detuvo hasta que atravesaron el vestíbulo y se encontraron frente al gran salón de los Graham. Al lado de aquel había dos arcos que, según recordaba, conducían a la sala de lectura de lady Graham, un espacio que era solo usado por la familia. Anna se preguntó qué tendría Benedict en

mente, qué era lo que deseaba decirle y por qué no lo hacía allí. En lo que a ella se refería, estaba aliviada de haber dejado atrás al atrevido señor Rogers, pero entonces se cuestionaba si no habría caído de la sartén al fuego. Para su sorpresa, Benedict no vaciló al guiarla al salón de lady Graham. Anna estuvo a punto de protestar por considerarlo una intromisión. Sin embargo, luego cayó en la cuenta de que él no lo haría de no estar seguro de que no se metería en problemas, de modo que supuso que la amistad que lo unía a los Graham le permitía tomarse esas libertades.

Ella dejó caer la mano que apoyaba sobre el brazo del caballero tan pronto como entraron a la estancia y se alejó unos pasos para echar una mirada alrededor con expresión de interés mal disimulada. Benedict había dejado la puerta entornada, y ello le confirió cierta tranquilidad. No estaba segura del motivo, pero de pronto había empezado a sentirse nerviosa en su presencia; mas no se trataba de la inquietud e incomodidad que había experimentado hacía un rato en el campo, al lado del señor Rogers. Era una nueva sensación que le hizo imaginar que un montón de avispas le revoloteaban en el estómago. Nada en su rostro la había puesto en evidencia, sin embargo, de modo que se felicitó por ser capaz de fingir con tanta sangre fría. Si algo le habían enseñado los años de matrimonio, era la conveniencia de esconder los sentimientos, pero jamás había pensado que aplicaría semejante habilidad con un hombre como Benedict Cahill con tanta frecuencia.

—¿Y bien, milord? ¿Qué es lo que tiene para decirme? —preguntó ella.

Había sonado un poco más imperativa de lo que había deseado, pero no había podido evitarlo; la curiosidad se entremezclaba con esa inquietud que no la abandonaba, y no supo de qué otra manera dirigirse a él. Benedict no pareció encontrar ofensivo el tono, lo que la alivió, aunque la calma duró bastante poco porque entonces advirtió que él la observaba con el rostro ceñudo y una expresión de enojo que Anna no supo a qué achacar. ¿Por qué de pronto parecía como si estuviera molesto con ella?

Apenas había abierto la boca para preguntar cuando él la sorprendió al dar unos pasos hacia ella y extender una mano para posarla sobre su brazo en un gesto suave pero firme que la hizo boquear como un pez fuera del agua.

—¿Qué cree...? —intentó decir cuando consiguió recuperar la voz.

Benedict la silenció al inclinar el torso hacia ella, con lo que el regaño murió en la garganta de la joven. Él estaba demasiado cerca; ella podía aspirar el aroma de su colonia y sentir el calor que desprendía su aliento con tal

claridad que estuvo a punto de echarse a temblar, no sabía si debido al temor o a la expectación. Cualquiera fuera el caso, no tuvo tiempo para pensar siquiera en ello antes de que él hablara.

—¿En qué estaba pensando? ¿Sabe qué clase de individuo es Rogers? Si ha creído que podría ser divertido involucrarse con algún hombre mientras se queda en Londres, le aseguro que él sería la peor opción.

Solo una parte de esas palabras se abrieron paso por entre la bruma causada por el desconcierto, pero Anna captó la idea esencial: eso fue suficiente para que diera un paso hacia atrás con el objetivo deshacerse del tacto de él. Furiosa, elevó el mentón y le dirigió una mirada de enojo que igualaba con facilidad a la de aquel hombre.

—¿Qué está diciendo? —inquirió Anna a su vez, tentada a señalarlo con un dedo para remarcar el enfado que sentía—. Y le aconsejo que piense con seriedad su respuesta, milord.

Para deleite de la joven, Benedict se vio un poco sorprendido por esa reacción, pero se recuperó con rapidez y mantuvo el gesto obstinado.

—Intento ponerla sobre aviso...

—No, lo que hace es acusarme de algo —Anna lo interrumpió—. No tiene ningún derecho a hacerlo. ¿Cómo se atreve a suponer...? Ni siquiera me molestaré en ponerlo en palabras.

—No pretendía ofenderla.

Una risa falta de humor brotó de labios de Anna, que veía al hombre frente a ella con un gesto escéptico.

—Creo que ya hemos tenido esta conversación antes, milord, y repetiré lo que le dije entonces. Para ofenderme, lo desee o no, hace un trabajo estupendo.

Benedict echó el torso hacia atrás como si lo hubiera golpeado y entrecerró los ojos hasta taladrarla con la mirada, como si así pretendiera ver en el interior de ella y descifrar lo que pensaba. Al final, exhaló un profundo suspiro, y los rasgos se le suavizaron hasta que Anna no fue capaz de ver ni un solo rastro de esa expresión encolerizada que había mostrado hasta hacía un momento. Ella, sin embargo, sentía su propia furia en todo su esplendor.

Manténíala las manos sujetas con fuerza a los lados, y su cuerpo parecía poseído por un grado de tensión tal que sentía como si la columna corriera el riesgo de quebrársele.

—Tiene razón, no tengo ningún derecho a inmiscuirme en su vida privada y aún menos a ofenderla con agravios que no merece —dijo él entonces en un tono que le pareció demasiado humilde para relacionarlo con ese hombre tan soberbio—. Pensé...

—Pensó lo peor. Siempre lo hace. En especial cuando se trata de mí — Anna lo interrumpió de nuevo sin importarle si era adecuado o no—. Pero no me importa, puede creer lo que desee en lo que a mí respecta. Lo que no toleraré es que se atreva a cuestionar mis actos del modo en que acaba de hacerlo. No puede arrastrarme por la casa de nuestros anfitriones y urdir esta... emboscada solo con el fin de dejar en claro la clase de mujer que piensa que soy. Estoy harta de oír estas cosas...

—¡No lo entiende!

La exclamación de Benedict surgió apasionada, en un tono demasiado alto y tajante como para que ella pudiera continuar hablando. Anna solo pudo verlo con los labios apretados mientras se preguntaba qué nuevo insulto le enrostraría.

—No pienso nada malo de usted, nada de lo que pretende implicar, pero está en lo cierto al desconfiar de mí. Me he comportado de una manera abominable. No se trata solo de que no tengo derecho a cuestionar sus actos, sino que he sido además demasiado arrogante al suponer que podría incluso imaginar lo que usted piensa o siente. —Él se atropellaba con las palabras, e hizo un gesto para que le permitiera continuar—. Lo siento mucho, lady Schellin, no sé en qué estaba pensando. Es solo que, cuando la vi con Rogers...

Anna no dijo nada. Permaneció de pie con el mentón elevado y los brazos caídos a los lados. Sus ojos brillaban, sin ocultar el recelo que sentía, y Benedict debió de verlo también, porque sacudió la cabeza de un lado a otro y se pasó una mano por la nuca como si de pronto se viera atacado por un profundo cansancio.

—Christian no es un mal hombre —declaró él como si le costara reconocerlo pero se sintiera en la obligación de hacerlo—. A decir verdad, lo considero un amigo leal, pero su conducta para con las damas puede resultar un poco...

—¿Atrevida? ¿Poco decorosa? —sugirió ella.

Anna se sintió encantada de verlo enrojecer y se sorprendió de la facilidad con que la ira podía dar paso a la satisfacción.

—Puede llamarlo así, supongo —reconoció Benedict de mala gana—. Sería incapaz de aprovecharse de alguien, claro, pero eso no implica que no pueda lastimarlas aun cuando no sea su intención. No quería que usted se viera involucrada con un hombre como él.

—¿Porque piensa que no soy lo bastante fuerte para hacerle frente? —preguntó ella, incrédula.

—No. Porque ya ha sufrido bastante.

Anna sintió como si el aire abandonara sus pulmones, y le resultó muy difícil mantener una expresión imperturbable. ¿Por qué decía algo como aquello? Él no podía saber... Habría dado cualquier cosa por que él no lo supiera. De golpe, toda esa mascarada de orgullo e independencia que había erigido con tanto esfuerzo le pareció ridícula cuando era evidente que Benedict conocía a la perfección lo que escondía tras ella.

—¿Qué sabe usted de mi sufrimiento? —Anna no pudo contener la pregunta que escapó de sus labios.

Él le devolvió una mirada cargada de compasión. Ella se sintió tentada a cruzarle el rostro con una bofetada. Lástima; que le tuviera lástima. Era más de lo que podía soportar.

—Nada en realidad. Solo puedo imaginarlo —respondió él sin dar señal de que pudiera adivinar lo que ella pensaba en ese momento, lo que tal vez fuera una suerte para ambos—. Conocí a Schellin. Nunca fuimos amigos, pero no hacía falta un trato cercano para darse cuenta de la clase de hombre que era. Cuando me enteré de su matrimonio, me pregunté con frecuencia por el tipo de vida que llevaría y siempre he lamentado que se haya visto arrojada a una existencia tan penosa como la que estoy seguro de que debió de vivir a su lado.

—No tiene idea...

—Sé que era egoísta. Cruel. Que jamás mostró consideración o respeto por los sentimientos de las personas de su entorno. No veo por qué iba a ser distinto con usted. —Benedict apretó los labios antes de continuar. Anna se asombró al advertir que tenía las manos sujetas con vigor a la espalda, como

si pretendiera así controlar las emociones que lo inundaban—. A pesar de ello, guardaba la esperanza de que fuera capaz de amarla y de tratarla como usted lo merecía, pero entonces la vi poco después de su matrimonio, cuando nos topamos en ese baile en Londres, ¿recuerda?

Anna se vio a sí misma asentir sin saber lo que hacía. Claro que se acordaba.

—Se veía tan distinta de como la recordaba —continuó él con un suspiro—. Igual de bella, incluso más; pero sus ojos, su rostro... Nunca antes había visto a nadie que pareciera tan triste y desamparada. Quise acercarme, decirle algo, lo que fuera que me ayudara a descubrir si quedaba algo de esa joven que había conocido alguna vez.

—A usted nunca le gustó ella.

En esa sencilla pero rotunda afirmación, Anna dejó aflorar años de resentimiento y de dolor provocados por lo que había tomado siempre como una muestra de desprecio de parte de aquel hombre. Un desprecio que le dolía más de lo que se atrevía a reconocer incluso para sí misma.

Benedict frunció el ceño al escucharla y la miró como si no pudiera creer lo que decía.

—¿Lo dice por lo que le confesé la otra noche? ¿Los regaños de mis hermanas? —Él esbozó una suave sonrisa y se encogió de hombros antes de responder—. Me disculpé entonces por cualquier ofensa que hubiera podido hacerle, milady; lo haré con gusto de nuevo si así lo desea, pero le aseguro que está equivocada al pensar que no me agradaba.

“No, tan solo me consideraba tonta y frívola”, se dijo Anna al tiempo que sentía que la abrumaba una oleada de dolor.

El recuerdo de esas palabras permanecía grabado a fuego en su mente, dudaba de que fuera capaz de olvidarlas alguna vez, pero no se atrevió a decirlo porque eso habría sido reconocer que había oído una conversación privada a hurtadillas. Aún más, significaba que había guardado ese recuerdo durante años uno que odiaba y atesoraba al mismo tiempo en una muestra de masoquismo vergonzoso.

¿Qué debía pensar? ¿Que ese hombre podía sentir simpatía por alguien y al mismo tiempo despreciarlo? ¿Era eso lo que pensaba en aquella época de la frívola amiga de su hermana? Nunca se había permitido analizar esas palabras

en profundidad; estaba demasiado decidida a odiarlo para molestarse en hacerlo. Pero al final nada cambiaba lo que le había hecho sentir o cuánta aversión había albergado hacia él desde entonces.

Benedict la observaba en silencio, como si pretendiera leer en el rostro de ella cualquier señal que lo ayudara a adivinar lo que pensaba, pero Anna estaba segura de que solo lograría encontrar una máscara inmutable que le devolvía la mirada sin parpadear.

—¿Qué importancia tiene eso ahora, milord? Que le haya agradado o no entonces no hace mayor diferencia. Que fuera amiga de sus hermanas no lo obligaba a sentir simpatía por mí; tenía todo el derecho a albergar sus propias ideas respecto a la persona que creyó que era. —Anna conseguía al fin hilvanar unas cuantas frases que le ayudaran a reunir los rastros de dignidad que le quedaban—. En cuanto a mi matrimonio, le diré que no fue el infierno que parece pensar; aun cuando así hubiera sido, no tiene usted ninguna responsabilidad o motivos para lamentarse por ello. Me dijo aquella noche que oculto a la persona que soy en verdad, pero está equivocado. Jamás he sido más yo misma que en este momento. Que le guste o no, o que añore a alguien que fui alguna vez... Mucho me temo que no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Pero no es feliz.

Las palabras de Benedict restallaron en sus oídos como una acusación. Anna cerró los ojos solo un instante, como si así pretendiera acusar el golpe e insuflarse de fuerzas para responder. Pero, sobre todo, necesitaba permanecer lo bastante serena para marcharse lo antes posible o iba a caer hecha pedazos frente a él.

—La felicidad está compuesta de instantes que se desvanecen antes de que seamos siquiera conscientes de lo que está ocurriendo. Luego miramos atrás y nos preguntamos cómo fue posible que no lo viéramos, pero eso es parte de la vida, y no tiene sentido lamentarse por lo que hemos perdido porque entonces nos sumiríamos en una existencia miserable. La felicidad se esfuma todo el tiempo, y no hay nada de malo en ello. En realidad, es lo más natural. Al final, mientras sientas que todo está bien, no hay nada más que valga la pena anhelar.

Anna parpadeó al notar las lágrimas que se le agolpaban en los ojos y se sujetó las manos tensionadas a la altura del pecho, furiosa consigo misma por no ser capaz de resistir un poco más. Su voz tembló un poco al continuar,

pero agradeció que Benedict mostrara la suficiente consideración de no decir nada, puesto que no habría podido tolerar otra muestra de compasión proveniente de él; ni en ese momento ni nunca.

—Todo está bien ahora para mí, milord —agregó ella, en un esfuerzo por esbozar una pequeña sonrisa—. Soy más libre de lo que he sido nunca y le aseguro que haré lo que esté en mi mano para que las cosas continúen así. Le agradezco su advertencia respecto al señor Rogers, pero no hacía falta. He aprendido un par de cosas acerca de los hombres de su tipo; créame que no tengo interés en él o en nadie más.

Anna acentuó la última frase como si se tratara de algún tipo de declaración, y Benedict recibió las palabras con un leve asentimiento. Cuando ella hizo amago de pasar por su lado para dirigirse a la puerta, sin embargo, él le rozó la mano en un gesto casi imperceptible, un leve toque que Anna se preguntó si no habría imaginado. Incluso se detuvo durante un instante, con los labios entreabiertos debido a la sorpresa, pero se apresuró a moverse y a reanudar el camino como si temiera lo que podría descubrir de haber tenido el suficiente valor para mirarlo a los ojos. Lo único que tuvo del todo claro, en tanto cruzaba la puerta y se perdía por el pasillo en dirección a las escaleras para ir a su habitación, fue que sin duda no podía haber imaginado el calor que sentía abrasarle la piel en el punto en que Benedict la había tocado.

CAPÍTULO 5

No por primera vez, Benedict se dijo que envidiaba la facilidad con que las personas como sus hermanas parecían tener en claro lo que sentían. Él había pasado buena parte de su vida enfrascado en una lucha contra la incertidumbre de preguntarse una y otra vez si sus sentimientos estaban regidos por el corazón o por esa mente que los demás consideraban demasiado racional.

En ese momento le habría venido muy bien ser capaz de saber qué era lo que le inspiraba Anna Schellin sin que su mente interfiriera todo el tiempo para advertirle que ni siquiera se le ocurriera dedicar un minuto a algo como aquello porque tal vez la respuesta no le gustara.

Acababa de dejar a sus hermanas en sus habitaciones luego de la cena y no podía quitarse de la cabeza la imagen de Anna, que sonreía junto a los otros invitados de los Graham para las fotografías que se habían tomado en el salón. Ella se veía magnífica con un vestido negro de raso y encaje, pero a Benedict no se le había escapado que volvía a usar el luto luego de dar muestras de estar dispuesta a relajarlo un poco. En su opinión, le daba igual con qué color se vistiera; era el mensaje que buscaba transmitir lo que lo inquietaba. Parecía tratarse de una suerte de declaración, tanto o más contundente que aquella que había hecho al hablar con ella esa mañana a solas: no estaba interesada en entablar una relación con ningún hombre. Si consideraba lo amarga que había sido su experiencia, no podía culparla, pero buena parte de él se decía que se trataba de una verdadera lástima porque resultaba obvio que Anna Sinclair era la clase de mujer que podría hacer muy feliz a un hombre. Y él no se consideraba el único que lo hubiera notado.

Al menos cuatro caballeros, tres de ellos solteros y un viudo, habían pasado buena parte de la noche revoloteando alrededor de la joven como polillas atraídas por la luz. Daba igual que Anna no mostrara mayor interés más allá de las buenas maneras que la obligaban a ser atenta con ellos. En realidad, parecía verlos como si se trataran de espejismos molestos que salían a su paso de la nada y que habría preferido ignorar. Todos ellos se habían

rendido pronto frente a esas muestras de desinterés, excepto uno, a quien Benedict reconoció de inmediato como el marqués de Collington, que acababa de perder a su esposa hacía unos cinco o seis meses. No estaba seguro de los detalles, pero recordaba que su madre había mencionado que no habían tenido un matrimonio muy feliz y que lady Collington siempre le había parecido una mujer apagada y poco atractiva que se mostraba en particular desagradable con su esposo, incluso en público.

A Benedict le había extrañado que Collington fuera capaz de mantenerse expectante pese al poco entusiasmo que Anna mostraba ante él. El joven lord Cahill habría encontrado insultante que apenas lo mirara y que respondiera a sus entusiastas comentarios con monosílabos junto con esa expresión inmutable. Se dijo entonces que, dada la manera en que aquel viudo había sido tratado por su primera esposa, quizás eso no fuera algo del todo extraño para él, pero se reprendió de inmediato al darse cuenta de que estaba siendo cruel y mezquino. Tal vez Collington fuera aburrido y, en ese momento en particular, mientras lo veía mirar a Anna como un cachorrillo hechizado, le molestara más que nunca, pero sabía que no era un mal tipo, y esas burlas eran por completo infundadas.

La incomodidad de lord Cahill tenía un par de razones más. Por una parte, la señorita Wyndham parecía decidida a no despegarse de su lado; en un espacio tan cerrado, a Benedict se le había hecho difícil eludirla sin ser descortés, por mucho que le tentara hacerlo. Tendría que pedirle a Catherine que mencionara con mucha discreción entre sus amigas que no estaba interesado en debutantes y que ello no iba a cambiar sin importar cuánto se afanaran en batir las pestañas y realizar comentarios sugerentes que sin duda no tenían idea de qué significaban. Para cuando había conseguido perderla de vista, lady Graham estaba a punto de dar por terminada la velada, y algunas de las visitantes, las de mayor edad, habían empezado a despedirse para retirarse a sus respectivas habitaciones.

Al buscar a sus hermanas con la mirada para hacer otro tanto, deseoso de dejar atrás ese ambiente viciado, se había dado de bruces con la otra razón que había hecho de esa noche un absoluto martirio.

Christian.

No le había mentado a Anna al decirle que lo consideraba un buen hombre y, hasta hacía unas horas, se sentía orgulloso de decir que lo tenía en alta estima, al grado de contarle entre sus amigos. Pero eso había sido antes de

que empezara a comportarse como un idiota.

Aunque no había visto que volviera a acercarse a Anna, haría falta ser en extremo distraído para no advertir que no le quitaba la vista de encima, incluso cuando se suponía que toda su atención debería estar puesta en la labor para la cual lo habían contratado. Por desgracia, Christian no solo era un buen tipo, sino que también era en extremo hábil, así que se las había arreglado para tomar las fotografías encargadas por lord Graham sin que ello le impidiera registrar cada uno de los movimientos de Anna durante la noche. Benedict habría podido decir que actuaba como un trastornado de no ser porque sabía que él estaba haciendo justo lo mismo.

No se había acercado a ella en toda la velada, apenas la había saludado con una leve inclinación de cabeza cuando se habían encontrado en el salón, antes de pasar al comedor para la cena. Anna no había sonreído al verlo ni había dado muestras de desear hablar con él, y Benedict se había visto obligado a marcar la misma distancia que ella porque no tenía idea de qué decirle luego de la conversación que habían sostenido hacía unas horas. Cualquier diálogo intrascendente se le antojaba ridículo cuando lo que deseaba era llevarla lejos de allí a un lugar apartado en que estuvieran a solas para insistir respecto a los motivos que la llevaban a ocultar su verdadera naturaleza de la manera en que lo hacía. Quería verla sonreír sin que la tirantez con que lo hacía en público delatara que no era más que un gesto cortés y poco sincero. Se moría de ganas por oír su risa o ver sus ojos brillar. Deseaba echar abajo con sus propias manos esa muralla que había empezado a tomar como una afrenta personal. No soportaba que se ocultara de él del modo en que hacía con los demás. Había atisbado a la verdadera mujer que se escondía bajo esas capas de oscuridad. Quería... Quería tocarla, hacerla suspirar, reír, gritar de placer. Quería tantas cosas de ella que la necesidad lo ahogaba y apenas conseguía superar el desconcierto que lo asaltaba por sentirse de esa manera.

¿Cómo demonios había sucedido eso?

Incluso mientras se desvestía para meterse a la cama, daba vueltas en su mente una y otra vez para intentar descubrir en qué momento había empezado a ver a Anna con otros ojos. ¿Cuándo había empezado a desearla y a anhelar su compañía a pesar de que era evidente que lo único que ella ansiaba era evitarlo y correr en la dirección contraria cada vez que lo veía? Le habría gustado pensar que se trataba solo de la atracción natural que cualquier hombre podía sentir por una mujer hermosa como ella, pero conocía

suficiente de la vida para saber que las cosas eran un poco más complicadas que eso. Anna no era la clase de mujer a quien podría seducir para llevársela a la cama y vivir una aventura. Tal vez no fuera una chiquilla inocente; de hecho, en su condición de viuda, ocupaba una posición mucho más flexible en la sociedad, pero no se trataba solo de lo que él deseara y de lo que ella estuviera dispuesta a permitir. Había mil y una razones que le gritaban que no era buena idea verla de ese modo porque corría un enorme peligro.

Pasó horas dando vueltas en la cama, pero solo consiguió conciliar el sueño cuando empezaba a amanecer e inclusive entonces tuvo una pesadilla de lo más inquietante en la que se veía a sí mismo perseguir una mariposa en un campo soleado. La criatura se alejaba cada vez más sin importar cuánto se esforzara por atraparla entre las manos, y cuando al fin lo conseguía y la sostenía en alto en un ademán triunfante, veía horrorizado cómo se deshacía ante sus ojos y sus restos se desperdigaban en el viento.

*

—Tengo la más extraordinaria selección, lady Schellin, se lo aseguro, se sentirá muy complacida de verlos si acepta mi invitación. Puede ser tan pronto como usted lo desee, tan solo dígalos y haré los arreglos.

Anna contuvo un suspiro y el impulso de poner los ojos en blanco antes de armarse de paciencia y dirigir a lord Collington una tensa sonrisa. Tal vez fuera demasiado amable con él. Lo más sensato habría sido dejar en claro que no tenía ningún interés por él, pero, de cierta manera, lo estaba utilizando, y la asaltó la vergüenza al llegar a esa conclusión.

Cuando él se había ofrecido aquella mañana a acompañarla en un paseo a caballo, no había dudado un instante en aceptar. Ansiaba recorrer el bosque circundante a la propiedad de los Graham y no montaba a placer desde que había dejado Leicester, de modo que había tomado la oportunidad de hacerlo sin pensarlo dos veces. Habría podido salir sola, desde luego, a lo sumo sus anfitriones habrían insistido en que llevara a un palafrenero con ella por precaución, pero había considerado que lord Collington sería una figura perfecta para mantener alejados a los otros hombres que no habían dejado de asediarse desde que había llegado. No que fueran ofensivos, pero le molestaban sus miradas y todos esos halagos vacíos que le dirigían. En Londres no había tenido problemas para mantenerse apartada de esa

compañía, pero allí formaba parte de un grupo reducido, y no se le escapó que se trataba de una de las pocas mujeres que podían considerarse disponibles. Con seguridad, eso había sido idea de su madre. Podía imaginarla sugerirle a lady Graham que se esmerara por que así fuera y que se asegurara también de contar con suficientes caballeros elegibles para tentarla.

Con una nueva mirada pesarosa a lord Collington, Anna se dijo que lady Sinclair era demasiado optimista para su bien.

Collington podía ser un hombre encantador, tan dulce como un cachorro y ansioso hasta la extenuación por agradar, pero ella no se sentía del todo a gusto a su lado. Ni siquiera conseguía entablar una conversación interesante con él. Tan solo llevaban un cuarto de hora de paseo, y él ya había agotado todos los intentos de diálogo al ponerse a sus pies en cada oportunidad que ella se lo permitía. Hacía solo un momento, Anna había procurado llevar la conversación hacia un punto que había juzgado inofensivo: el interés de ambos por los caballos. Pero, mientras ella se había esmerado por hablar de los animales en sí, de lo mucho que le gustaban y de cuán satisfecha se sentía por los que había conseguido adquirir para su propiedad en Leicester, lord Collington había preferido explayarse tan solo sobre sus propias adquisiciones y sobre cómo su cuadra de carreras se consideraba entre las mejores de Inglaterra. Incluso la había invitado a visitar su propiedad en Devon para que pudiera admirarla. En otras circunstancias, una propuesta como aquella la habría entusiasmado, pero, tan solo de pensar en pasar horas y horas en compañía de ese hombre sin posibilidad de huir, se le pusieron los pelos de punta. No. Podría vivir sin aceptar esa invitación.

Para su inmenso alivio, el camino empezó a volverse cada vez más agreste, y eso le dio la oportunidad de adelantarse un poco para avanzar mientras sorteaba las dificultades que fueron apareciendo. Hizo como si no oyera los llamados de lord Collington y se permitió al fin disfrutar del paseo. Inhaló con fuerza para llenar los pulmones de aire puro y entrecerró los ojos para recibir los rayos de sol sobre el rostro, encantada por la sensación. Sin embargo, cuando llevaba cierta ventaja a su compañero y creía que después de todo la salida no sería un absoluto fracaso, su caballo disminuyó el paso, de modo que ella se vio forzada a prestar atención para descubrir qué era lo que lo había obligado a detenerse.

Acababa de llegar al linde del bosque y vio que, poco más allá, había un puentecillo que no podría cruzar con el equino, pero, cuando se preparaba para rodearlo, decidida a no regresar pues empezaba a disfrutar del paseo, el

sonido de unos cascos llegó hacia ella. Entonces miró sobre el hombro en tanto lamentaba la descortesía que había mostrado con lord Collington al dejarlo atrás, asaltada al mismo tiempo por la frustración de no encontrarse a solas, como le habría gustado. Pero lord Collington no venía solo. Lo advirtió de inmediato, así como el vuelco que le dio el corazón al ver quién era la persona que se había unido a él mientras ella avanzaba sin prestar atención a nada que no fuera lo que tenía por delante.

Benedict tenía la cabeza ladeada como si prestara atención a lo que fuera que el viudo le decía, pero Anna vio que tenía la mirada puesta en ella y atisbó una pequeña sonrisa en los labios de él cuando sus ojos se encontraron.

Los hombres llegaron a su altura. Anna apretó las riendas con fuerza, sin que nada en su expresión delatara lo que sentía al ver a Benedict frente a ella, como si jamás hubiesen sostenido esa última conversación que aún resonaba en sus oídos. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había permitido ser por completo sincera con alguien, pero, cuando él había mencionado aquello que la torturaba acerca de su vida con Richard, no había podido evitar poner en palabras lo que pensaba. En ese instante, sin embargo, le avergonzaba haber sido tan honesta. Era casi como si se hubiera desnudado frente a él y entonces fuera incapaz de volver a cubrirse para mantener su dignidad a salvo.

Lord Collington, que no pareció darse cuenta de la corriente que se había establecido entre ambos, le sonrió e hizo un gesto de resignación tan falto de malicia que no le quedó más alternativa que sonreírle a su vez, aun cuando deseara forzar al caballo a dar media vuelta y cabalgar de regreso a la casa.

—Vea a quién encontré en el camino, milady —dijo él al señalar a Benedict con una cabezada—. Lord Cahill ha insistido en unírseos.

—De haber sabido que saldrían tan temprano, lo habría hecho antes. — Benedict no se vio afectado por el lamento del otro caballero y se llevó una mano al sombrero en señal de saludo—. No la imaginaba madrugadora, lady Schellin.

—Está claro que tiene una imagen de lo más curiosa de mí, milord — replicó ella sin vacilar y con tono frío—. Se debe a que no me conoce en absoluto, supongo.

—Yo no lo diría así, pero, de ser el caso, tiene muy fácil solución.

—¿Y qué solución sería esa?

—Hablar, desde luego. Así podré conocerla mejor, y usted no podrá acusarme de ignorante.

Lord Collington seguía el diálogo con las cejas elevadas y expresión de desconcierto. Alternaba la mirada de uno a otro sin atinar a intervenir, fascinado a su pesar por un intercambio tan descarado.

—No recuerdo haber...

—Pero no deberíamos arruinar un paseo tan agradable en un día como este con una discusión por nimiedades.

Benedict la interrumpió con un gesto de burla que le provocó el imperioso deseo de pegarle un pisotón, pero, ya que ambos iban a lomos de sus respectivas monturas, tal vez eso resultara un poco complicado. De cualquier modo, tampoco se creía capaz de hacer algo como eso en tierra firme, por mucho que la tentara. Así que se contentó con dedicarle una álgida mirada; en cambio, sonrió a lord Collington para invitarlo a situarse a su lado y reanudar el camino, lo que él hizo sin rechistar.

En lugar de sortear el puente, optaron al final por vadear el río que corría debajo, ya que el caudal estaba lejos de impresionar a los caballos. Así pudieron cruzar al otro lado y continuar el recorrido por los campos de lord Graham. El anfitrión era un terrateniente orgulloso, y le encantaba alardear de lo extensos que eran y de en cuán buen estado se encontraban si se consideraba, además, que la mayor parte de sus conocidos tenían serias dificultades para mantener sus propiedades en funcionamiento. Buena parte de esa bonanza se debía a que tenía una estupenda relación con los arrendatarios. Casi todos vivían allí desde los tiempos de sus antepasados, y habían llegado a entablar una relación de mutuo beneficio envidiable.

Mientras veía de un lado a otro y admiraba toda esa riqueza, con el parloteo proveniente de lord Collington a su derecha, Anna se dijo que eso era lo que deseaba conseguir en sus tierras. Richard había sido un latifundista que se contentaba con seguir los pasos que su padre marcaba para él, los mismos que él y cada uno de los antepasados varones de la familia habían dado antes, pero nada más. Lord Schellin se habría dejado cortar un brazo antes de transigir en usar los adelantos que lord Graham empezaba a implementar en aquella propiedad. Desde que había heredado las tierras tras la muerte de Richard, luego de conseguir que su suegro aceptara no interferir con las decisiones que ella tomaba, Anna se había volcado a mejorar todo lo que podía. Había contratado a más trabajadores y había ampliado las cuadras con

el fin de criar caballos de carrera, una actividad que podía darle grandes ganancias a futuro. Sin embargo, quería más. Deseaba tener la certeza de que la propiedad marcharía como era debido durante muchos años más, sin importar quién la heredara, cuando ella ya no estuviera. Sin hijos, era posible que pasara a manos de alguno de los primos de Richard, pero consideraba a casi todos hombres correctos, y lo que más le importaba de cualquier manera era ponerse a prueba a sí misma. Como nunca antes, tenía el poder de hacer lo que creía adecuado y de contemplar los resultados de su labor sin tener que esperar la aprobación de nadie. ¡Y su madre quería que cambiara eso por un marido!

Lord Collington no pareció ser consciente de la avidez con que Anna contemplaba los caminos que recorrían, pero Benedict sí que lo era y, antes de que ella lo advirtiera, él se había colocado a su izquierda, lo bastante cerca para no tener que alzar la voz para hacerse oír.

—Impresionante, ¿cierto? —preguntó él en tono amable.

Anna lo miró de reojo e intentó buscar en aquel rostro cualquier asomo de mofa, pero no vio nada de ello, sino tan solo una expresión plácida, como si no pudiera imaginar nada más agradable que dar un paseo por el campo en una mañana soleada.

—Es justo lo que pensaba —convino ella—. Lord Graham hace un trabajo admirable.

Benedict asintió con la vista al frente, y Anna se permitió observarlo con rapidez. Tenía un hermoso perfil. Fuerte, arrogante, seguro. Incluso la postura en que se mantenía sobre la silla, con las manos sobre las riendas, en un gesto lánguido pero alerta, y el modo en que sus piernas se ceñían a los flancos del animal le hablaron de un hombre que acostumbraba tener siempre el control. Él ladeó el rostro hacia ella como si hubiera advertido que lo observaba y le dirigió una sonrisa que le provocó un sonrojo. No supo qué hacer, salvo desviar la mirada y apretar los labios con fuerza en un gesto de enojo dirigido a sí misma.

Ninguno habló durante unos minutos, e incluso lord Collington pareció encontrarse de lo más ensimismado mientras veía un grupo de ovejas pastar a algunos metros de distancia.

—Todo esto me recuerda a Falmouth Manor.

El silencio se vio interrumpido por el comentario de Benedict. Anna se preguntó durante un instante si no lo habría oído mal. Había hablado en un tono tan bajo que pensó que así podría haber sido, pero, al mirarlo de nuevo, reparó en su expresión melancólica y supo que no lo había imaginado.

—Ahora que lo menciona, sí, es verdad —coincidió ella tras aclararse con suavidad la garganta—. Pero me atrevería a decir que la propiedad de su familia es aún más impresionante.

Benedict sonrió y le dirigió una mirada agradecida.

—Se lo diré a mi padre, estará encantado —comentó él—. No es un secreto cuán orgulloso se encuentra de su gran obra.

No había rastro de celos o burla en la voz de Benedict al referirse al conde, pero a Anna no le extrañó. A diferencia de muchos otros hombres de su generación, que se mostraban más bien resentidos con sus progenitores debido a una infancia mezquina y a la falta de afecto, no era un secreto que el conde de Falmouth y su esposa formaban un matrimonio modelo y que adoraban a sus hijos.

—Hágalo —replicó ella en tanto le devolvía una cauta sonrisa—. Lord Falmouth es un extraordinario administrador.

No era un halago vacío. Había visitado Falmouth Manor con frecuencia desde que era una niña gracias a la amistad de su hermano y lord Cahill, el tío de Benedict. Habría podido recorrer sus muchas habitaciones con los ojos cerrados y había perdido la cuenta de la cantidad de veces en que ella y Beatrice, con frecuencia acompañadas por Catherine, se habían perdido entre esos campos. Solían aparecer luego, cansadas de corretear, para la desesperación de lady Sinclair y el beneplácito de lady Falmouth, que había mostrado siempre una actitud más flexible que otras mujeres de su posición.

Benedict casi nunca las acompañaba entonces. Era varios años mayor, además de mucho más serio que sus hermanas: prefería pasar el tiempo con su padre. Anna sonrió al recordar cómo ese muchacho taciturno y de pocas palabras acostumbraba seguir la imponente figura de lord Falmouth allí donde fuera.

Habían sido buenos tiempos. Mucho más sencillos.

Como si él fuera capaz de adivinar los pensamientos de la dama, ensanchó la sonrisa y exhaló un hondo suspiro luego de echar una mirada a lord Collington, quien apenas los veía cada tanto. Daba la impresión de que el

viudo se sentía un poco apartado.

—La verdad es que él y lord Graham se parecen un poco. Los considero visionarios. ¿Ha notado todos los adelantos que ha instaurado en la finca? Mi padre los tiene también y está siempre al pendiente de cualquier cosa que lo ayude con la propiedad.

—Lo sé, William lo menciona con frecuencia. Él y Rose estuvieron en Falmouth Manor hace unos meses y quedaron fascinados con lo que vieron.

Benedict asintió, tan complacido por ese halago como si hubiese sido dirigido a él.

—Sí, yo no estuve presente en esa ocasión, pero lo comenté con su hermano luego.

—William dijo que era una pena que él siempre hubiera preferido la vida en Londres porque, si no fuera así y optara por vivir en el campo, no podría pensar en nada que lo entusiasmara más que seguir los pasos de su padre — continuó ella.

Benedict le dirigió una mirada de apreciación. Anna no podía saberlo, pero el semblante le había cambiado desde que había empezado a hablar acerca de un tema que era obvio que la entusiasmaba, como era aquel recuerdo de la familia de Benedict y el evidente placer que sentía por todo lo relacionado con la vida en el campo. Él, sin embargo, no dijo una palabra al respecto porque temió que, de hacerlo, solo conseguiría que ella se retrajera otra vez. En lugar de ello, sonrió y se encogió de hombros en un gesto de pesar que, tal y como esperaba, pareció intrigarla lo suficiente para que inclinara un poco el cuerpo hacia él.

—Veo que tengo mucho en común con su hermano. No puedo imaginarme una vida en un lugar que no sea Londres y, aunque encuentre el campo muy agradable, no dejo de verlo solo como un refugio —comentó él en tono quedo, en absoluto interesado en que lord Collington oyera esa confesión.

Anna lo observó con curiosidad.

—¿Qué opina lord Falmouth de eso? —cuestionó ella.

Benedict alzó las cejas e hizo una mueca graciosa que le arrancó una sonrisa.

—Está resignado —indicó él—. Desde luego, el que prefiera otra clase de actividades no significa que no esté dispuesto a asumir cualquier responsabilidad que se presente. Además, aunque mi padre adora la vida en el campo, tiene muchos otros intereses, y yo prefiero apoyarlo en eso.

—Como en sus inversiones en el ferrocarril y los tratos con los estadounidenses.

—¿Cómo se enteró de eso?

Fue el turno de Anna para encogerse de hombros en un gesto desenfadado.

—Le sorprendería todo lo que una puede escuchar en los bailes cuando presta atención —comentó ella.

Benedict asintió.

—Ya veo —dijo él—. ¿Qué más ha oído?

—De todo un poco, pero no sería inteligente de mi parte creer todo, claro.

—No, por supuesto que no.

—Por otra parte, le confieso que pregunté a William acerca de lo que oí; él dijo que ha decidido hacer algunas inversiones con ustedes y que estaba muy impresionado por el trato que habían conseguido cerrar con los estadounidenses —explicó ella—. Como ve, me llamó la atención lo que escuché y decidí investigar al respecto.

—Mi amigo Harry llamaría a eso “contrastar fuentes” —indicó él.

—Una definición estupenda.

Benedict golpeó con suavidad los flancos del caballo para disminuir el paso. Anna hizo otro tanto en un gesto reflejo. Lord Collington, sin embargo, no advirtió el cambio en el trote y continuó hasta situarse un par de metros por delante de ellos.

—¿A qué se debió ese interés, lady Schellin?

La pregunta de Benedict, en un tono de voz bajo y profundo, provocó que Anna desviara la vista y la fijara en el camino frente a ella, sin saber qué responder de inmediato. ¿Qué podía decir? Sin duda no podía confesarle que había sentido tanta curiosidad respecto a él que no había podido contenerse a hacer esas preguntas a su hermano en tanto fingía que se trataba tan solo de un aburrido interés provocado por unos chismes oídos en un baile.

Cuando se sintió lo bastante segura para hablar, lo observó de reojo y rogó que su propia expresión no revelara cuán avergonzada se sentía por haber cometido esa indiscreción.

—Creo... —Ella carraspeó y apretó los dientes un instante antes de continuar—. Siempre he sentido interés por esa clase de cosas. Me refiero a los adelantos tecnológicos y, en particular, al trabajo de su padre en su propiedad de Gloucestershire. Tal vez sepa que tengo a mi cargo las tierras que heredé de mi esposo, por lo que procuro aprender tanto como puedo al respecto para hacer una buena labor.

Una vez que terminó con la explicación, que había surgido más bien apurada pero firme, Anna apretó las riendas con fuerza y mantuvo la mirada apartada del rostro de Benedict porque no deseaba descubrir lo que pensaba de todo ese balbuceo. No había mentido, pero solo había develado parte de la verdad y eso tendría que bastar.

Para su inmenso alivio, él no hizo ningún comentario que la llevara a pensar que no le había creído. En lugar de ello, lo sintió acercar la montura a la de ella y tuvo que hacer un movimiento para mantener a su caballo a la par. Al parecer, el pobre empezaba a sentirse tan intimidado como ella por la cercanía.

—He oído que hace un gran trabajo en Leicester —comentó él.

Anna parpadeó, sorprendida por ese reconocimiento que le provocó un sonrojo, pero cuando respondió usó una entonación burlona.

—¿En verdad? —replicó ella—. ¿Y lo creyó? Me sorprende, milord. Pensé que estaba predispuesto a pensar solo lo peor de mí.

—Es usted cruel, milady; me acusa sin razón. ¿Qué puedo haberle hecho para que me tenga en tan poca estima?

“¿Además de pensar que soy una tonta?”, se preguntó Anna con los labios apretados. Pero no podía decir eso, desde luego; además, ¿acaso había estado él equivocado cuando había emitido esa acusación? Con un suspiro, sacudió la cabeza de un lado a otro y decidió que ya había tenido suficientes juegos. Pese a que solo llevaba una hora fuera, sentía como si hubieran pasado toda la mañana enfrascados en esa tensa discusión en que cada uno pretendía mostrar solo las cartas que le convenían y ocultar las que no. Había bajado la guardia

al hablar acerca de sus familias, pero, tan pronto como la conversación se dirigía a un terreno más personal, el recelo hacía aparición y se veía obligada a levantar de nuevo ese muro con el fin de protegerse. Era agotador.

—Eso no es cierto —replicó ella al comprender que lo había estado observando sin dar una respuesta.

Benedict sonrió y elevó las cejas.

—¿Entonces sí me estima? —insistió él.

—Desde luego que sí. No. Me refiero a que no creo... —Anna resopló y le dirigió una mirada de advertencia—. Pretende confundirme, ¿cierto?

Él no se molestó en negarlo.

—No en realidad, pero reconozco que siempre me funciona cuando quiero que los hombres con los que trato me digan la verdad.

Anna sonrió y ladeó el cuerpo sobre el caballo para echarle un vistazo con un brillo travieso en la mirada.

—Hace poco me comparó con su mayordomo y ahora lo hace con sus socios —recordó ella, tentada a reír—. Sin duda sabe cómo hacer sentir especial a una dama, milord.

Benedict tomó sus palabras con buen humor, pero Anna advirtió que acomodaba la montura para obligarla a detenerse, y la risa murió en su garganta al toparse con su mirada. Él la contemplaba con un gesto relajado, pero sus ojos relampaguearon al recorrer la figura de ella desde las manos, que sujetaban las riendas en un ademán tenso, hasta el rostro, que en ese momento exhibía una expresión recelosa.

—Le aseguro que estaría encantado de hacerla sentir especial, milady. Aunque, dado que ya lo es, y espero que lo sepa, dudo de que lo necesite. Si me deja intentarlo, sin embargo, le estaré por siempre agradecido.

Anna abrió los labios en tanto buscaba en su mente alguna réplica apropiada a semejante declaración; cualquier cosa: una respuesta ofendida, una risa burlona, algo. Pero no se le ocurrió nada. Lo único que pudo hacer fue sostenerle la mirada y rogar por que hubiera un Dios en el cielo que la librara de la situación en la que se había metido por no saber contener su propia lengua. Por fortuna, tal vez alguien se había apiadado de ella, porque

en ese momento oyó la voz de lord Collington, que los llamaba desde unos metros más allá, de modo que exhaló un suspiro de alivio al retirar la mirada del rostro de Benedict y buscar al otro acompañante a lo lejos.

A él no le quedó más opción que imitarla y, tras echarle un último vistazo, situó a su caballo en posición para retomar el paso. Antes de que llegaran hasta el sitio desde donde lord Collington les hacía señas, sin embargo, Benedict se dirigió a ella una vez más. Aunque Anna no podía verlo porque estaba decidida con firmeza a evitar su mirada, no tuvo problemas para captar la entonación provocativa en la voz de él cuando le habló.

—Retomaremos nuestra conversación luego, milady —aseguró él.

No debería de haber contestado, tal vez eso fuera lo que Benedict esperaba, pero no pudo contenerse y se oyó a sí misma responder antes de que pudiera detener las palabras que se le escapaban.

—Quizá yo no esté interesada en hacerlo.

Benedict no replicó nada porque ya se encontraban junto a lord Collington, a quien se dirigió con amabilidad y mucho interés por lo que fuera que al otro hombre le provocaba tanta fascinación. Anna, no obstante, habría podido jurar que por dentro se estaba riendo de ella.

*

Le había asegurado que no tenía interés en coquetear con ella.

Benedict mantuvo una expresión inmutable mientras oía a Louise Wyndham parlotear sin pausa. De no encontrarse tan ensimismado en pensamientos más importantes para él, le habría impresionado que alguien fuera capaz de hablar durante tanto tiempo sin apenas detenerse para tomar aire. Para ser justo con la señorita Wyndham, sin embargo, debía reconocer que lo hacía con un encanto considerable y que era una pena que malgastara sus cualidades con él. Se trataba de una joven muy atractiva, con un lustroso cabello oscuro y unos chispeantes ojos verdes, pero él solo podía pensar en que ella lo estaba imposibilitando hacer algo más interesante que oírla hablar. Como retomar esa conversación prometida con Anna Schellin, por ejemplo.

Con un suspiro inaudible y luego de asentir como si hubiera entendido una palabra de lo que la muchacha decía, echó una mirada alrededor del salón hasta que encontró al objeto de su interés enfrascado en una conversación que parecía mucho más satisfactoria que la de él. Estaba sentada entre su tía, la señora Relish, y Beatrice. Las tres cabezas estaban un tanto inclinadas, como si se hallaran en algún tipo de cónclave secreto que no debía ser oído por nadie más. Benedict sintió un aguijonazo en el estómago al pensar en lo que podrían estar conspirando tres mujeres como aquellas.

La señora Relish tenía una bien ganada fama de mujer brillante que jamás ocultaba sus ideas, por revolucionarias que pudieran ser, mientras que Beatrice, aunque joven y más discreta, era dueña de un temperamento temible. Anna, en tanto... Ah, lady Schellin le parecía aún todo un enigma: ardía en deseos por descifrarlo.

Sí, había sido un absoluto embustero al decir que no tenía ningún interés en ella.

Con un nuevo suspiro, dirigió otra mirada a la señorita Wyndham y se las arregló para parecer atento a lo que le contaba, pero al mismo tiempo fue variando de postura y llamó a un camarero para que recibiera su copa vacía.

—Lamento interrumpirla, señorita, pero necesito comentar algo con mi hermana.

Lord Graham había sugerido que sus invitados hicieran lo que más desearan antes de que se retiraran a sus habitaciones para prepararse para la cena. La mayoría había optado por permanecer en la casa y reunirse en pequeños grupos entre conocidos. Tras dos días repletos de actividades de todo tipo, la idea de una última tarde tranquila parecía demasiado tentadora para evitarla. Benedict se habría mostrado contrario en otras circunstancias porque esa indolencia lo irritaba, pero entonces había decidido que, por primera vez en mucho tiempo, iba a unirse a los deseos de la mayoría.

Lady Schellin lo había estado evitando durante todo el día desde que habían regresado del paseo e incluso se las había arreglado para sentarse lejos de él durante el almuerzo. No obstante, él estaba decidido a hablar con ella al menos una última vez antes de que regresaran a Londres a la mañana siguiente.

La señorita Wyndham parpadeó con evidente decepción durante un segundo al oír esa excusa, pero era una joven lista y se recompuso con rapidez para exhibir una sonrisa comprensiva.

—Desde luego, milord —aceptó ella—. Tal vez podamos continuar hablando durante la cena.

Benedict asintió en un gesto galante, pero no prometió nada y se alejó una vez que la vio unirse a un grupo cerca de ellos.

Fue su hermana la primera en reparar en la presencia de él cuando llegó hasta donde ella y sus acompañantes cuchicheaban. El diálogo murió de golpe luego de que Beatrice hiciera un gesto de advertencia.

Sin duda hacía bien en sentirse inquieto, se dijo Benedict al advertir el ademán, aunque no comentó una palabra al respecto. En lugar de ello, saludó a la señora Relish e intercambió algunas palabras con ella en respuesta a sus amables preguntas acerca de sus padres. Inquirió a su vez durante cuánto tiempo permanecería en Londres y le arrancó además la promesa de que iría a tomar el té pronto a su casa para hacer compañía a sus hermanas.

Se demoró un poco a propósito con la intención de alargar la expectación de lady Schellin, lo que no fue en absoluto un acto de soberbia. Ella se sentía tan interesada como le ocurría a él, de eso estaba seguro. No había llegado a la edad que tenía ni había acumulado tanta experiencia para no darse cuenta de que una mujer se sentía atraída por él. Cuando al fin le prestó atención, no le sorprendió encontrarse con una mirada ceñuda.

—Lady Schellin.

Ella dio una cabezada sin sonreír.

—Lord Cahill.

Benedict sí que sonrió, pero, al notar que ella recibía el gesto como si fuera una afrenta, se puso serio y dirigió la atención a la señora Relish, que había empezado a murmurar algo al oído de Beatrice. En verdad tenía que descubrir pronto qué era lo que se traían entre manos.

—Señora Relish —la llamó con un chispazo de satisfacción al verla sobresaltarse—, me alegra ver que ha congeniado tan bien con mis hermanas. Beatrice y Catherine hablan de usted con mucho afecto, ¿no es cierto, Bea?

La muchacha asintió de inmediato y esbozó una sonrisa cargada de simpatía.

—Por supuesto —dijo ella mientras miraba sobre el hombro para revisar entre el grupo de gente en el salón—. Si Catherine estuviera aquí, diría exactamente lo mismo.

La señora Relish le dio una palmadita en la mano y cabeceó, agradecida.

—Eso es muy amable de tu parte, querida. También las estimo mucho.

—No sé dónde se ha metido Catherine...

—La vi hablar hace un minuto con lady Graham. Tal vez le está mostrando algún rincón de la casa, ya sabes cuánto le gusta merodear.

Benedict contrajo el ceño, no muy convencido con las palabras de la señora, pero supuso que bien podía estar en lo cierto y dirigió la atención de nuevo hacia el trío de damas frente a él.

—He oído que organiza las tertulias más visitadas de la temporada, señora. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi a mis hermanas tan interesadas en socializar —comentó él.

Penelope Relish elevó las cejas y acusó el comentario con una tensa sonrisa tan poco sincera como la que esbozó su hermana. Lady Schellin, en tanto, pareció de pronto fascinada por el brazalete que llevaba sobre el guante de seda.

—Me gusta pensar que soy capaz de despertar el interés de jóvenes tan encantadoras como sus hermanas en temas que pueden resultar más atractivos para ellas que los que están acostumbradas a tratar.

Anna ladeó el rostro en dirección a su tía; fue evidente que habría preferido que se mostrara un poco más discreta, pero no dijo nada.

—¿Qué tipo de temas son esos? —preguntó Benedict con la sonrisa fija en el rostro de la mujer mayor.

La señora elevó las manos al frente al tiempo que se encogía de hombros como si no hubiera captado el tono de leve tensión en la voz del hombre.

—Todo aquello por lo que las jóvenes deberían preocuparse en verdad. Asuntos que les conciernen, pero que están poco habituadas a explorar porque la mayoría de la gente parece pensar que no son lo bastante fuertes ni siquiera para conocerlos. Concordará conmigo en que es ridículo, claro.

Benedict sacudió la cabeza de un lado a otro y alternó la mirada entre la señora y su hermana con los ojos entrecerrados.

—Eso dependería de los tópicos en cuestión, desde luego. Si fuera tan amable de aclararlo un poco más para mí...

Penelope abrió la boca como si estuviera a punto de responder, pero Anna se puso de pie antes de que pudiera hacerlo. Había notado que Beatrice se veía muy inquieta y que continuaba en la búsqueda de su hermana, como si necesitara contar con ella a su lado para enfrentar lo que se había convertido en una situación que se le iba de las manos.

—Necesito un poco de aire —declaró Anna mientras se abanicaba con una mano y componía un gesto de ahogo—. Lord Cahill, ¿sería tan amable de acompañarme?

Durante un momento pensó que él se negaría, dado que lo sabía demasiado astuto para no adivinar cuáles eran sus verdaderas intenciones, pero también lo creía incapaz de negarse al pedido de una dama. Anna se aferró a esa certeza y sonrió cuando lo vio asentir y extender el brazo para que ella se apoyara en él. Antes de marcharse, dirigió una mirada ceñuda a su tía y una rápida sonrisa a Beatrice con la esperanza de que la primera aprendiera a pensar antes de hablar y la segunda dejara de preocuparse.

Benedict no dijo nada hasta que estuvieron fuera del salón y la guio en dirección a las puertas que daban al mirador situado en el ala norte de la casa. Desde allí, tenían una vista estupenda de los jardines y parte del lago en el que lord Graham y sus invitados acostumbraban pescar. Ella dejó caer la mano que estaba apoyada en el brazo de Benedict y se acercó a la balaustrada con el rostro elevado para recibir los rayos del sol. No había mentido del todo al afirmar que necesitaba tomar un poco de aire fresco. El ambiente en el salón empezaba a agobiarla, a eso solo se había sumado a la inquietud por las indiscreciones de la tía Penelope. En ese momento, sin embargo, al aspirar el viento fragante que llegaba a ellos desde el jardín y sentir la respiración acompasada de Benedict tras ella, la embargó una sensación de paz que no sentía desde que había llegado a Londres.

Pasaron varios minutos en esa callada contemplación, pero, cuando Anna creyó que el silencio se prolongaría por siempre, Benedict se acercó hasta situarse a su lado, ella pudo ver la manera en que se aferraba con ambas manos a la baranda. Advirtió la tirantez de sus nudillos y sintió, más que vio, el modo en que contraía el gesto al dirigirle una mirada de reojo.

—No imaginaba que fuera tan buena actriz, milady.

Anna entreabrió los labios, lista para refutar esas palabras, pero comprendió que habría sido una tontería. Desde luego que él sabía que todo había sido una excusa para abandonar el salón y evitar que continuara

interrogando a su tía. Fingir lo contrario o hacerse la ofendida sería un insulto a la inteligencia de él y, con seguridad, un hombre como Benedict no apreciaría esa falta de consideración.

—Mi tía se entusiasma con facilidad, de modo que a veces no mide sus palabras —justificó ella tras encogerse de hombros—. Solo quise evitar una situación desagradable.

—Me juzga con demasiada dureza si cree que puedo ser descortés con una dama que podría ser mi madre.

—Diría que más bien su abuela, pero el fondo es el mismo —comentó Anna con una sonrisa irónica—. No, no lo creo en absoluto capaz de hacer algo como eso.

Benedict le dirigió una mirada pensativa y se ubicó de lado, con la cadera apoyada contra la balaustrada, para buscar los ojos de ella.

—¿Entonces? —insistió él.

—Beatrice se veía inquieta y ella es demasiado joven para involucrarse en duelos de ingenio cuando es evidente que habría preferido estar en cualquier otro lugar antes que allí.

—Si no me equivoco, usted y mi hermana tienen la misma edad.

Anna frunció el ceño y le devolvió una mirada exasperada.

—En realidad soy un año mayor, pero no me refería a la edad, sino a que ella es demasiado inocente aún.

—Pero usted no lo es.

—Por supuesto que no.

Benedict asintió y se mantuvo un momento en silencio como si sopesara esa afirmación, pero fue obvio que no lo convenció del todo, porque sacudió la cabeza de un lado a otro y chasqueó la lengua en un gesto de duda.

—Me cuesta creerlo, pero supongo que preferirá que no ahonde en esa cuestión —comentó él con una sonrisa traviesa.

Anna apretó los labios mientras rogaba por que el calor que sentía treparle por el pecho no se le reflejara en el rostro.

—Se lo agradeceré mucho —replicó ella, sarcástica—. Desde luego, no pretendo menospreciar la inteligencia de su hermana. Ella es del todo capaz de tratar cualquier tema que crea interesante. El problema es que creo que este no es el momento o lugar apropiado para ello. Mi tía debería haberlo sabido, y usted también.

Benedict se echó hacia atrás como si ella hubiera pretendido golpearlo, pero la expresión divertida en el rostro del lord despejó cualquier posibilidad de que no fuera una burla.

—Ahora me acusa —expuso él sin dejar de sonreír—. ¿Cómo ocurrió esto?

Anna elevó el mentón en un gesto desafiante y lo miró de reojo.

—¿No fue acaso usted quien se acercó a nosotras con el propósito de sonsacarle a mi tía la naturaleza de sus reuniones? —preguntó ella a su vez.

Benedict fingió pensarlo un momento antes de responder. Cuando lo hizo, su voz surgió provista de una profundidad que le provocó a la joven un estremecimiento de placer.

—Está equivocada. Era usted con quien quería hablar, y le aseguro que no tenía mayor interés en averiguar qué es lo que su tía trama, aunque reconozco que es algo que me inquieta, pero confío en descubrirlo pronto —aseguró. Anna habría deseado enojarse con él por sonar tan seguro, pero no pudo hacerlo; no cuando la veía de la manera en que lo hacía—. Esta tarde, sin embargo, lo único que ansiaba era compartir un momento con usted.

Anna contuvo el deseo de sonreír muy a su pesar. Apenas consiguió evitarlo al sentir que se le elevaban las comisuras de los labios sin poder controlarlo. ¿Por qué decía cosas como esa? ¿Qué era lo que pretendía? Debía de encontrarse de lo más aburrido para dedicarle palabras de ese tipo cuando ella sabía que no podían ser verdad.

De ser más joven y conservar la inocencia que acababa de proclamar haber perdido, se habría sentido más que complacida tan solo porque un hombre como Benedict le dedicara unos minutos y la hiciera objeto de esos halagos, por falsos que pudieran ser. Pero ya no tenía dieciocho años y había visto lo suficiente para saber que esa clase de juegos solo podían conducir a situaciones peligrosas en las que no deseaba involucrarse, ni siquiera con él.

De modo que hizo acopio de toda su fortaleza para pensar con claridad e intentó ignorar el latido acelerado de su corazón y el sudor de sus manos cuando ladeó el rostro para mirarlo.

—Creí que había asegurado que no tenía interés en coquetear conmigo, milord —recordó ella con un tono cargado de mofa—. Comentó incluso que me veía con el mismo interés que despierta en usted su mayordomo. Dígame, lord Cahill, ¿le dice cosas como estas al buen Harrison? Porque me cuesta creerlo.

Benedict rio como si no pudiera contenerse y elevó una mano para posarla sobre la mejilla de ella en una caricia tan suave que Anna apenas pudo sentir las yemas de esos dedos rozarle la piel, casi como el aleteo de una mariposa. Pero bien habría podido rodearle el rostro con la mano y enterrarle los dedos en el cabello, el efecto habría sido el mismo. La respiración de la muchacha se aceleró, los labios se le entreabrieron como si tuvieran vida propia y se vio de pronto con el cuerpo inclinado hacia adelante para acercarse a él en un gesto inconsciente.

Benedict, por su parte, pareció fascinado por esa reacción y dio un paso hacia ella hasta que los separaron tan solo unos cuantos centímetros que a Anna le parecieron una distancia insalvable y odiosa.

—Debo confesar que no —dijo él en un susurro que llegó a los oídos de la dama con claridad—. Debería confiarle también que mentí cuando se lo dije. Desde luego que pretendía coquetear con usted. Lo deseaba entonces; lo deseo mucho más ahora. Pero no me pregunte el motivo porque no sabría darle una respuesta y no quiero mentirle.

Anna se humedeció los labios con la lengua y se estremeció al advertir que él seguía el movimiento con la mirada fija en la boca de ella. De pronto el aire no le pareció tan puro, y la sensación de ahogo que había sentido dentro del salón se convirtió en nada comparada con lo que experimentaba en ese momento. Nunca antes había sentido algo que se asemejara ni de manera remota a lo que le provocaba Benedict tan solo con una mirada. Ni siquiera en esos pequeños lapsos de tiempo en que se había engañado a sí misma al repetirse que las cosas entre ella y Richard iban bien, que lo amaba lo suficiente para asegurar a ambos una vida feliz y que quizá, si se esforzaba bastante, aprendería a disfrutar de su trato para con ella.

El recuerdo de Richard y de su propio fracaso la ayudó a recuperar el buen sentido, por lo que dio un par de pasos hacia atrás con las manos apretadas contra el pecho como si pretendiera defenderse de un enemigo imaginario, tal vez de sí misma.

—No me gustan las mentiras, así que agradezco su sinceridad, milord, pero seré yo quien haga una confesión ahora. Quizá, más que una confesión, sea un pedido, y le ruego que me preste atención.

Las palabras de Anna surgieron tan sentidas y la expresión en su rostro tan atormentada que eso pareció ser suficiente para que Benedict abandonara la sonrisa y le dirigiera una mirada de inquietud.

—¿Qué es lo que quiere decir? —inquirió él.

Anna tomó aire y desvió la vista para fijarla en un punto en el horizonte porque no se creyó capaz de mirarlo a los ojos.

—¿Recuerda nuestra conversación acerca de la felicidad? ¿Lo que dije respecto a que está compuesta por momentos y que, a la larga, lo único importante es la paz que encontramos en nuestras vidas? —rememoró ella.

Benedict no respondió, tan solo se contentó con asentir; ella lo vio por el rabillo del ojo, lo que le dio ánimos para continuar.

—Le conté también cuánto valoraba la paz que he conseguido al fin y que no quiero perderla porque un hombre como usted se siente de pronto lo bastante interesado o aburrido para pretender jugar conmigo.

—Lady Schellin...

Anna hizo un gesto para evitar que la interrumpiera y, con un leve suspiro cargado de pena, volvió el rostro para verlo a los ojos.

—Ha reconocido que no sabe por qué de repente me encuentra tan interesante como para dedicarme parte de su tiempo, ¿cierto? Lo lamento, pero no me hace ninguna gracia ser el divertimento de nadie —aseguró ella en tono firme—. Aun cuando no fuera así, aunque sus intenciones fueran sinceras, le ruego entonces que lo olvide porque no obtendrá lo que busca en mí.

—¿Qué ocurre si no sé qué es lo que busco de cualquier modo? ¿Qué sucede si lo único que puedo asegurarle es que no puedo verla sin desear estar cerca de usted u oír su voz? ¿Qué hago con eso?

Las preguntas de Benedict se le clavaron en el pecho como un puñal. Anna sintió que las lágrimas le afloraban a los ojos.

—Podría hacer lo mismo que hago yo —musitó ella al fin, con la voz quebrada y la sombra de una sonrisa cargada de dolor—. Solo ignórelo.

—¿Tan simple como eso? —replicó él con amargura.

Anna sacudió la cabeza de un lado a otro y suspiró.

—¿Quién dijo que fuera simple?

El viento se llevó las palabras. Ella comprendió que no podía seguir allí. Necesitaba irse, pensar o quizás olvidar. Lo que fuera, tendría que descubrirlo en soledad. Solo eso le dio las fuerzas para enderezarse y abandonar la posición que había adoptado, con el cuerpo inclinado hacia adelante como si experimentara un gran dolor.

Tras asentir con suavidad, armada con una mirada de súplica para evitar que él insistiera o hiciera cualquier cosa que le evitara marcharse, dio media vuelta y se alejó en dirección a la casa sin echar una sola mirada atrás.

CAPÍTULO 6

Él la hacía sentir.

Después de años en los que sus sentimientos habían permanecido adormilados en lo profundo del corazón, Anna veía cómo de pronto parecían retornar a la vida, como si despertaran de un letargo. No era tonta, conocía a la perfección el motivo del cambio. Todo se debía a Benedict Cahill y a esa asombrosa capacidad de perturbarla e inspirar en ella todo tipo de emociones. Podía sentir tanto el enorme deseo de propinarle un pisotón como de lanzarse a sus brazos y permitir que hiciera con ella todo lo que sus miradas prometían.

Era mortificante comprobar que era aún capaz de consentir que un hombre tuviera ese poder sobre ella, por lo que se prometió que se dejaría arrancar las uñas antes de permitir que él lo supiera.

¿De dónde había salido todo eso? Conocía a Benedict casi desde que tenía memoria. Aunque no era tan hipócrita como para negar, al menos ante sí misma, que siempre se había sentido un poco atraída hacia él por los mismos motivos que muchas otras mujeres, el hecho de conocerlo, precisamente, un poco mejor que la mayoría la había ayudado en aquella época a mantener a raya esa atracción. Siempre había tenido la seguridad de que no podría acarrear nada bueno para ella. Pero entonces, tras todo lo que había aprendido del matrimonio, con la experiencia adquirida junto a un hombre que le había hecho tanto daño y que le había enseñado que jamás debía soñar siquiera con volver a entregar su corazón, había bastado con verlo unas cuantas veces para que bajara la guardia y mandara esas resoluciones al olvido.

Y todo era culpa de Benedict, desde luego.

Él nunca había mostrado el más mínimo interés en ella, tal y como le había dicho a su hermana en aquella ocasión en que Anna había tenido la mala suerte de oírlo. La consideraba tonta, frívola, en absoluto atractiva. En ese momento, sin embargo, de pronto parecía haber nacido en él la necesidad de hacer la vida de ella miserable al buscarla y despertar todo ese anhelo que iba a volverla loca.

Había sido sincera con él más de una vez al declarar que no tenía ningún interés en involucrarse con un hombre, que se sentía satisfecha con su vida tal y como estaba, pero dudaba de que Benedict le creyera. Lo justo era reconocer que tal vez estuviera en lo cierto al desconfiar de esas palabras; ella tampoco las creía del todo. Pero eso no significaba que estuviera tan loca como para mandar todas sus resoluciones al garete y permitir que Benedict jugara con ella, tal y como seguro tenía en mente. Anna estaba convencida de que eso era lo que él deseaba, ¿por qué otra razón mostraría ese repentino interés? Había visto volver después de mucho tiempo a esa mujer a quien en el fondo siempre había despreciado y, al notar lo mucho que había cambiado, sentía la suficiente curiosidad para acercarse a ella e intentar descifrarla. En suma, la trataba como si fuera un rompecabezas en lugar de un ser humano que sentía y a quien podría hacer mucho más daño del que él podía imaginar.

Que fuera una viuda y no una tímida debutante hacía las cosas mucho más fáciles para él. Podía seducirla con discreción sin preocuparse por las consecuencias y así satisfacer la curiosidad que lo embargaba sin detenerse a pensar en que, de acceder a sus deseos, ella terminaría destrozada una vez más. Anna no iba a permitir que algo como eso sucediera, sin importar cuán tentada se sintiera a ceder y conocer todos esos placeres que sabía que un hombre como Benedict podía proporcionarle.

Al contraer matrimonio con Richard, había pensado que compartirían una vida tan apasionada como la que tenían William y Rose, además de muchas otras parejas que conocía. A pesar de su juventud e inexperiencia, algo en su interior le decía que, una vez que estuvieran casados y Richard ya no debiera contener sus deseos por temor a asustarla u ofenderla, obtendría todo con lo que había soñado. Pero se había llevado una decepción tras otra. Aún odiaba recordar cada momento de intimidad compartido.

Richard había sido un marido cruel y un amante egoísta. Anna nunca olvidaría el dolor y el miedo que había sentido durante la primera noche, cuando él se había abalanzado sobre ella tras abandonar al fin esa máscara de caballero considerado que acostumbraba mostrar, con la que la había engañado para que confiara en él y se entregara sin reservas. Ella apenas había tenido tiempo de darse cuenta de lo que sucedía, ignorante como era entonces, para preguntarse luego, a lo largo de esa noche que se le había antojado eterna, cómo era posible que un hombre que había jurado amarla y protegerla fuera capaz de hacerle daño. Mientras lloraba durante horas una vez que él se había alejado, adolorida y asustada, se había jurado que nunca

más permitiría que esos sueños de niña tonta la llevaran a una situación como aquella. No iba a entregar su corazón de nuevo jamás porque parte de él había muerto aquella noche y continuaría haciéndolo cada día compartido al lado de Richard. Lo único que había aprendido de él durante los años de matrimonio había sido que no tenía sentido compadecerse de sí misma, que lo único que le permitiría sobrevivir a esa vida era mantenerse tan fuerte como fuera posible y esperar. Esperar a que de alguna manera, por alguna especie de milagro, pudiera recuperar la libertad y aplicar en su vida lo que había aprendido de un modo tan cruel.

Así había sido. Había obtenido su milagro. Se había visto libre de un día para otro y, aun cuando todavía le avergonzaba pensar en ello, jamás en la vida había sentido tanto alivio como cuando le habían anunciado que Richard había muerto. Había llorado a mares, encerrada en su habitación durante horas; mientras todos creían que esa era la reacción natural en una joven viuda destrozada, ella sollozaba de alivio.

No había llevado una mala vida desde entonces. Era más independiente de lo que había sido nunca y creía que pasaría el resto de sus días en esa cómoda existencia, sin sobresaltos ni pesares, por vacías que fueran las jornadas a veces. Pero entonces Benedict había regresado a su vida y lo había cambiado todo.

Se había preguntado un par de veces qué tan malo sería ceder a sus avances. Nadie tendría por qué saberlo, solo ambos. Había montones de mujeres viudas como ella e incluso casadas que no lo habrían pensado dos veces antes de entregarse a esa pasión y conocer lo que él estaba dispuesto a ofrecerles. Porque había visto antes el deseo en los ojos de un hombre y tenía claro que era eso lo que despertaba ella en Benedict. Quería poseerla y nada más. Lo curioso era que, pese a su mala experiencia previa, algo le decía que las cosas con él serían muy diferentes. Se le aparecía como una certeza inexplicable. Su marido había sido el único hombre de su vida y, pese a ello, estaba convencida de que Benedict se conduciría de manera muy distinta con ella. Tal vez fuera porque había experimentado, con una sola mirada de él y un roce en la piel, mil y una emociones que Richard no había logrado despertar en ella en años.

Deseo. Ella también era capaz de sentirlo, pero quería pensar que lograría contenerlo, porque ya sabía adónde podría conducirla el dejarse llevar por esa emoción.

Fue ese el motivo que la llevó a abandonar la casa de los Graham a primera hora del lunes y emprender el camino de regreso a Londres cuando apenas empezaba a amanecer. Luego de la conversación con Benedict de la tarde anterior, había asistido a una tensa cena en la que se las había arreglado para evitarlo, pero el esfuerzo solo le había provocado una jaqueca tremenda ante la constante frustración que la acompañaba cuando de él se trataba.

Tan pronto como colocó un pie en la casa familiar, enfrentó a su madre para hacerle prometer que nunca más volvería a tenderle una celada como la que había organizado con lady Graham para obligarla a desfilarse como una yegua en venta frente a todos esos hombres que la habían asediado durante el fin de semana. Aunque sabía que era probable que esas palabras cayeran en saco roto y que su madre ya estuviera urdiendo una nueva jugada, le quedó la satisfacción de no callar lo que sentía. Al menos en algo como eso podía mostrar el suficiente coraje. En lo que a Benedict se refería... No, con él no se veía lo bastante valiente para hacer nada de lo que habría deseado.

El enfrentamiento con su madre, sin embargo, le dio un pequeño respiro. Lady Sinclair se mostró tan ofendida por esa explosión que no le habló durante una semana, con lo que Anna se libró de sus pedidos de concurrir a algunos de los eventos a los que eran invitadas cada día.

De modo que, en lugar de asistir a fiestas aburridas y ponerse en riesgo de toparse con Benedict en alguna de ellas, la joven decidió volcarse a tareas más gratificantes y, a su parecer, un tanto menos peligrosas. Aunque estaba segura de que su madre y su hermano no estarían de acuerdo con ella si descubrían de qué se trataban.

La tía Penelope continuaba con las reuniones en casa de William luego de que a él se le había pasado el disgusto por el secreto. Tal y como Rose había anunciado entonces, su marido era incapaz de permanecer enojado con alguien a quien amara. Además, estaba de acuerdo con lo que se trataba en esos mítines. Por eso no les extrañó que diera su beneplácito para que continuaran con los encuentros siempre y cuando no se involucraran más allá de lo que él consideraba sensato. Para su desgracia, sin embargo, Anna y su hermano no tenían el mismo concepto de sensatez.

Ella consideraba cada vez más interesantes las conversaciones de la señora Livingston y, aunque no se había atrevido a asistir a otra de las manifestaciones frente al Parlamento, había trabado amistad con la joven a la que había conocido en la primera reunión.

Evangeline Russell tenía tres años más que ella y era una de las personas más encantadoras que había conocido. Aunque hablaba poco y se mostraba más bien tímida durante las reuniones, pronto lady Schellin había descubierto que eso se debía a que se sentía un poco cohibida porque se consideraba de una clase inferior a la de las otras damas que asistían a ellas, porque Evangeline era una de las muchas mujeres que tenían que trabajar para vivir. Según le había contado en cuanto habían entablado confianza, tenía dos hermanos menores, una de ellos una niña de apenas seis años, y debía ayudar a su madre para asegurarse de que no les faltara un plato de comida cada día. Aunque lo había mencionado solo de pasada y con expresión avergonzada, Anna había podido adivinar que la joven nunca había conocido a su padre y que los antecedentes que tenía de él no eran de hecho los mejores, así que hacía como si no hubiera existido.

Por lo demás, pese a sus reservas, Evie, como prefería que le llamaran, era una joven alegre, enérgica y con un sentido del humor de lo más divertido. Anna la consideraba un soplo de aire fresco porque incluso las damas que asistían a las reuniones organizadas por su tía se mostraban demasiado ceremoniosas para su gusto. Eso, en realidad, era un tanto desconcertante, ya que se suponía que iban en busca de una mayor igualdad y, en su opinión, cierta flexibilidad en los modos. Por eso, en su actitud frente a quienes las rodeaban, la sencillez habría sido mucho más lógica y un síntoma de la búsqueda de un verdadero cambio.

La afinidad entre Evie y Anna se hizo cada vez más evidente, y no era extraño que compartieran asiento durante las conversaciones de la señora Livingston o se quedaran unos minutos más una vez que los encuentros concluían para conversar acerca de ellos y de muchos otros temas.

Evie trabajaba como dependienta en uno de los grandes almacenes que acababan de abrirse en la ciudad en la sección de vestuario para damas. Por eso ponía mucho esmero en su apariencia, aunque, en opinión de Anna, era tan atractiva a la vista que no hacía falta que se esforzara demasiado. Pequeña de estatura, con una figura voluptuosa que procuraba ocultar con vestidos más bien holgados que hacían poco por disimular sus formas y un rostro angelical coronado por una maraña de rizos rojizos, parecía una ninfa extraída de una pintura de Botticelli. Anna había descubierto que no le agradaba recibir halagos por su apariencia y suponía que tal vez se debía a que debía de

haber tenido que soportar los avances de todo tipo de hombres que, sin duda, encontrarían de lo más atrayente a esa joven de aspecto desvalido y con pocos medios para defenderse.

Fue Evie quien, una vez que entablaron confianza, le habló del señor Rogers y la fama que tenía gracias a sus retratos. Cuando Anna le contó acerca del fin de semana en la casa de los Graham y de las fotografías que ese hombre había tomado de ella tras prometerle que se las entregaría en cuanto las tuviera, Evie sugirió que tal vez debería ir a buscarlas en lugar de esperar a que el fotógrafo cumpliera con su palabra.

Según su nueva amiga, Christian Rogers no solo se dedicaba a ilustrar los artículos para el periódico en que trabajaba el amigo de Benedict, sino que también, pese a lo que le había dicho durante su breve diálogo, mantenía un estudio en una calle bastante transitada del East End, la zona más decadente de Londres. Aunque había sido sincero al afirmar que la fotografía no era su actividad favorita, al parecer no tenía problemas en explotarla según conviniera.

Evie le contó que muchas jóvenes a quienes conocía, y también varias damas de las familias de más rancio abolengo, acostumbraban posar para él por una bonificación económica. En un principio, Anna se sintió muy sorprendida por esa información, porque le costaba imaginar que una mujer aceptara que se la retratara y se le pagara por ello. Desde luego, era de lo más usual que todo tipo de muchachas posaran para los artistas y muchas veces a cambio de dinero, pero, según Evie, en ese caso la transacción iba un poco más allá. El resultado de esas sesiones no se exhibía en museos o en la propiedad de algún mecenas bien adinerado, sino que se vendía por unas cuantas monedas a quien pudiera pagarlo. Las fotografías de bellas damas se habían convertido en una sensación. Se negociaba habitualmente con ellas como si se tratara de estampillas.

Aunque Anna no era la clase de persona que juzgara a nadie y procuraba respetar las decisiones de cada quien, la idea de que una fotografía suya pudiera circular por la ciudad con fines monetarios le provocó un absoluto terror. Si bien el señor Rogers le había prometido que se las entregaría y que nadie más que ella las vería, no lo conocía en absoluto como para fiarse de él. Según lo que sabía, las fotografías que había tomado de ella sin su consentimiento eran del todo inocentes: una joven mujer que reía en medio del campo, rodeada por muchas otras personas. Pero aun así...

No tuvo problema para sonsacarle a Evie la dirección del estudio del señor Rogers y, pese a las reconvenciones de su nueva amiga respecto a que anduviera con cuidado y a que de ningún modo se le ocurriera presentarse sin compañía, no dudó en dirigirse al lugar señalado tan pronto como tuvo oportunidad. Lo hizo sola.

A Anna no le gustaba pensar que fuera la clase de mujer que se dejaba intimidar con facilidad, pero, mientras el cochero se internaba en las callejuelas del East End, camino a la dirección que le había señalado, se dijo que tal vez estuviera pecando de imprudente al ceder a ese impulso. Había estado tentada a hablar del tema con su tía, pero Penelope era demasiado mayor. Estaba muy ajetreada con las reuniones además de con acompañar a Rose, que parecía cada vez más cerca del parto, como para incomodarla con un asunto tan poco importante. Su madre, desde luego, estaba del todo descartada; ni siquiera soñó con pedir ayuda a Beatrice o Catherine. Evie le había dicho que habría estado encantada de acompañarla, pero no podía faltar al trabajo sin exponerse a que la despidieran; ya bastante se arriesgaba al usar sus pocos momentos libres para asistir a las reuniones de las sufragistas.

El estudio del señor Rogers se encontraba al final de una callecita algo más cuidada que la mayoría. Cuando Anna consiguió superar la impresión de verse en ese barrio que le era tan ajeno, comprendió que tal vez había exagerado con sus temores. Aunque distaba mucho de ser Berkeley Square, la verdad era que el ambiente no era tan desagradable como había temido, y se encontró con todo tipo de personas una vez que descendió del carruaje y ordenó al cochero que la esperara. Había hombres que acarreaban bultos y se descubrieron al verla pasar, señoras con niños tomados de la mano y varias tiendas en apariencia honorables, como una pastelería de la que brotaba un aroma de lo más agradable.

Más tranquila, buscó el papel en el que Evie le había anotado las señas del señor Rogers y se detuvo frente a una pesada puerta al lado de la cual había un pequeño escaparate con varios retratos en exhibición. El comercio, si podía llamársele así, carecía de nombre. De no haber sido por la exposición en sí, habría podido pasar por una humilde casa más en una calle atestada de ellas.

Anna pegó la nariz al cristal que protegía los retratos y contó unos seis o siete dispuestos de manera atractiva sobre fondos negros que permitían apreciar mejor la obra. Contrario a lo que esperaba, notó que las damas fotografiadas estaban vestidas de modo impecable y, aunque sus posturas sugerentes invitaban a la admiración, no vio nada reprobable en ellas. Sin

duda su madre no habría estado de acuerdo y las habría considerado vulgares y vergonzosas, pero tenía un código moral casi obsoleto y en absoluto apropiado para la época en que vivían.

Entonces a Anna solo le quedaba descubrir si el señor Rogers, además de fotógrafo con buen gusto y un estupendo olfato mercantil, era también un hombre de palabra. Aunque las imágenes le parecieron de lo más agradables, no estaba dispuesta a permitir que su rostro apareciera en ninguna vidriera para que cualquiera pudiera verlo.

No tenía idea de si encontraría al señor Rogers en el establecimiento a aquella hora, pero Evie le había dicho que acostumbraba estar allí la mayor parte del tiempo, a excepción de cuando iba al diario a recibir sus asignaciones, de modo que cruzó los dedos enguantados con la esperanza de tener suerte.

Había elegido su atuendo para aquella visita con esmero, no tanto para impresionar sino para acentuar que estaba allí para tratar un asunto formal. Había optado por uno de sus vestidos más discretos, uno de lana café con encaje de lino y sin mayores adornos. Solo el sombrero, amplio y con un aplique de rosas en el ruedo, le confería un toque algo más alegre.

Tocó dos veces antes de oír un grito proveniente del interior; esperó con las manos apoyadas sobre la sombrilla y el aliento contenido. Odiaría verse enfrascada en una situación desagradable, de modo que rogó por que el señor Rogers no le diera problemas para así poder marcharse con las fotografías según lo acordado.

Al parecer, sin embargo, no llegaba en el mejor momento, porque, cuando el fotógrafo le abrió la puerta, exhibió un gesto de enojo que le pronunciaba los rasgos angulosos y el brillo de los ojos. Al mirarlo, Anna se dijo que en verdad era impresionante lo atractivo que resultaba a la vista, aunque, en lo que a ella concernía, ese rostro tan guapo no le despertaba un interés que fuera más allá de la admiración. Otras damas se echarían a sus brazos sin vacilar, de eso estaba segura, pero ella no sería una de ellas. Al ver la manera en que el rostro fastidiado de aquel hombre cambió por uno de deleite al reconocerla, se dijo que más valía que se lo dejara en claro lo antes posible o se vería involucrada en una situación de lo más incómoda.

De modo que dio una cabezada ante su silencio y le dirigió una tensa sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Buenas días, señor Rogers. Lamento haber venido sin avisar, pero esperaba poder recoger las fotografías de las que hablamos.

Anna estuvo tentada a tomar la mano que él le extendió para invitarla a pasar, pero decidió hacer como si no la hubiera visto y lo siguió al interior de la casa tras vacilar un instante. Habría preferido que se las diera allí, pero supuso que eso habría sido demasiado pedir. Ya que él no había dicho una sola palabra al verla, no le quedó más remedio que aceptar el mudo ofrecimiento.

El interior estaba en penumbras. Anna supuso que se debía a que los postigos de las ventanas se encontraban corridos y la estancia a la que el señor Rogers la había conducido era más bien pequeña. Con un par de sillones, una silla y un aparador en el fondo, sobre el que se ubicaban todo tipo de retratos, el ambiente en el recinto era casi opresivo.

El ilustrador parecía haber tenido una mala noche: su atractivo rostro se veía surcado por profundas ojeras. Llevaba el largo cabello suelto hasta los hombros. Aunque estaba vestido de manera correcta, había dejado de lado la chaqueta del traje y tenía las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos.

—Me gustaría decir que me encuentro feliz de verla, señora, pero aún estoy muy sorprendido para eso.

Fue la primera frase que pronunciaba desde que ella había llegado. A Anna no le sorprendió que la voz sonara ronca y un poco afectada en la estancia; hacía juego con su desaliñada apariencia. Lo que el señor Rogers hubiera hecho durante la noche, sin embargo, no era asunto de ella, de modo que asintió y declinó con un ademán ocupar el sillón que él le señaló.

—Descuide. Fue un gesto impulsivo. De nuevo, siento no haberle hecho llegar una nota para evitar tomarlo por sorpresa, pero quise aprovechar que pasaba por aquí para recoger las fotografías. Confío en no ser inoportuna.

Por la expresión en el rostro del hombre, fue evidente que no le creía nada de lo que había dicho, ni que pasaba por casualidad por el barrio ni que le importaba en absoluto importarlo. No obstante, tuvo la gentileza de no decir nada al respecto y asintió con suavidad antes de dirigirse al aparador. Una vez allí, abrió una puertecilla inferior con una llave que llevaba colgada del chaleco y retiró un pequeño sobre que le tendió con una sonrisa burlona.

—Sus fotografías, señora —indicó él mientras inclinaba la cabeza en dirección al sobre—. Por favor, véalas. Me encantará conocer su opinión.

Anna vaciló ante el pedido. Su idea había sido tomar las fotografías y marcharse de inmediato, pero le ganó la curiosidad y, ya que el señor Rogers se estaba mostrando mucho más razonable de lo que había esperado, supuso que no habría nada de malo en concederle lo que le pedía.

Eran solo tres; las fue admirando una por una. Se sorprendió por lo que vio en ellas. En un primer momento, no supo bien qué pensar respecto a lo que reflejaban esos retratos, pero no le quedó asomo de duda de que el hombre frente a ella era un artista consumado. Las ilustraciones que había observado en el periódico la habían impresionado mucho, pero no tanto como esa capacidad que parecía poseer para captar la expresión de un rostro o una postura aun cuando hubiera una cámara de por medio entre él y la modelo. A ello debía sumar la dificultad de que ella ni siquiera sabía que había sido objeto de estudio.

Salvo por las fotografías que Richard había insistido en que le tomaran, en las que posaba de manera artificial y estudiada. en las que se veía el disgusto que le provocaba formar parte de esa farsa, Anna no había permitido que la retrataran de nuevo después de enviudar. Además, apenas se contemplaba en el espejo y prefería que fuera Burton quien se encargara de su apariencia. Ella solo echaba una mirada a su reflejo cuando la doncella terminaba de arreglarla y asentía para agradecer el trabajo, pero eso era todo.

En ese instante, sin embargo, al observar su rostro con detenimiento, se dijo que se veía mucho mayor de lo que suponía. Aunque sonreía, divertida por el juego que contemplaba cuando había sido fotografiada, su perfil lucía rígido, y sus ojos se veían como dos pozos vacíos carentes de alegría. Era lo bastante realista para entender lo que había atraído al señor Rogers en primer lugar: una triste y distante figura con un rostro hermoso aunque carente de vida. ¿En verdad era eso lo que veían todos en ella? ¿Incluso Benedict? Al pensar en él, comprendió por qué se había mostrado tan interesado en ella, por qué había insistido en los cambios que se habían producido en el aspecto de Anna. Eso explicaba su intriga. Supuso que cualquiera en el lugar de él sentiría lo mismo. De allí el interés en analizarla como si fuera un animal extraño que mereciera ser investigado. La posibilidad de que esa atracción estuviera inspirada en algo más profundo no pasó por la mente de ella.

Una vez que superó la impresión, Anna se esforzó por mantener un semblante imperturbable y guardó las fotografías en el sobre para luego dirigir al señor Rogers una sonrisa afable. Él la veía a su vez, con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco y el rostro ladeado en actitud curiosa. Debía de morirse por conocer qué era lo que pensaba de su trabajo, pero Anna se dijo que no estaba de humor para mostrarse demasiado emocionada o agradecida. Habría preferido que nunca tomara esas fotografías, pues le dolía ver la prueba de su propia infelicidad retratada para la posteridad.

—Son estupendas, señor Rogers —dijo en tanto mantenía el sobre sujeto con firmeza contra el pecho—. No soy una experta, pero estoy segura de que es dueño de una técnica admirable. Ahora, respecto a sus honorarios...

Él elevó una mano para detener esa perorata y negó con la cabeza.

—Le dije que no hacía falta que pagara ni un penique, señora, y siempre mantengo mis promesas —replicó él—. Pensaba llevarlas a casa de su hermano, como le aseguré, pero no he tenido tiempo para hacerlo. Ahora usted se me ha adelantado.

—No soy una persona paciente. Lo lamento. —Anna se encogió de hombros, pero se mostró un poco avergonzada al continuar—. De cualquier modo, siento que debería retribuirle de alguna manera. Usted vive de su arte, he visto los retratos en exhibición y no me gustaría perjudicarlo.

El fotógrafo dio un paso hacia ella y le dirigió una profunda mirada que la puso sobre alerta.

—¿Esos? —preguntó él al señalar con una cabezada las fotografías que reposaban en la parte interior del escaparate, a solo unos metros—. Eso es solo un negocio, señora. Me permite vivir con honradez y genera un ingreso a mujeres a las que no les viene mal. Además, a la gente le encantan. Pero ni soñaría en vender un retrato suyo, señora, menos sin su permiso.

Anna boqueó como un pez, sorprendida a su pesar y un poco avergonzada por haber puesto en evidencia su desconfianza. Cuando se recuperó, esbozó una sonrisa más cálida que la que había mostrado hasta entonces y asintió en señal de agradecimiento.

—Eso es muy amable de su parte, señor Rogers.

—Sin embargo...

—¿Sí?

El hombre sonreía. Anna comprendió que tal vez hubiera pecado de ingenua al suponer que no tendría problemas. Con un suspiro, se llevó la mano libre a la sien porque empezaba a sentir una desagradable punzada y se preparó para lo que vendría.

—Me preguntaba si ha pensado en mi oferta —consultó él en un tono seductor que habría encontrado atractivo en otro momento.

Anna no fingió no saber de qué hablaba, puesto que no deseaba alargar esa conversación de manera innecesaria.

—Si se refiere a su invitación a posar para usted, debo decir que no, no lo hecho porque no es necesario. Mi respuesta es la misma.

Él no pareció ofendido por la ácida contestación. En lugar de ello, sonrió y se cruzó de brazos al tiempo que la recorría con la mirada.

—Pero no tuve tiempo para intentar convencerla —insistió el hombre—. Si no recuerdo mal, fuimos interrumpidos antes de que pudiera hacerlo.

Desde luego. Anna lo recordaba a la perfección. Pero estaba convencida de que, de no ser por la llegada de Benedict, tan solo se habría visto envuelta en una situación desagradable, como la que parecía amenazarla en ese momento, y su respuesta no habría variado ni un ápice. En ese instante, sin embargo, Benedict no estaba allí para ayudarla, pero se dijo que no lo necesitaba. Se sabía por completo capaz de salir bien librada de allí sin auxilio.

—Es verdad. —Anna asintió y ahogó un suspiro—. Pero preferiría que no lo intentara ahora.

—¿Por qué no?

En lugar de mostrarse enojada, ella decidió ser sincera y procurar que su molestia no afectara la buena impresión que tenía de ese hombre. Pese a sus avances y ese intento de seducción, en realidad no le había dado motivo para desconfiar de él. Bien podía darle el beneficio de la duda antes de intentar golpearlo con la sombrilla, aunque, si era necesario, estaba dispuesta a hacerlo.

—Porque odiaría descubrir que no es usted el caballero que creo que es.

Las palabras de la joven parecieron dar en el blanco, porque el señor Rogers abrió mucho los ojos al oírla y, para sorpresa de ella, empezó a reír como si hubiera escuchado algo de lo más gracioso. Cuando al fin se detuvo,

contempló el rostro atónito de la dama e hizo amago de tocarla, pero dejó caer la mano con brusquedad.

—Mis disculpas, señora, le aseguro que no me río de usted —se explicó él mientras se enjugaba una lágrima del rabillo del ojo—. Es la primera vez que alguien me acusa de ser un caballero, pero descuide, he entendido a la perfección su punto.

—¿Está seguro? —insistió ella sin poder evitar sonar recelosa.

El fotógrafo asintió, y su sonrisa se esfumó para esbozar una mueca burlona.

—Muy seguro, señora. Tal vez no sea un caballero, pero mi madre me enseñó a respetar a las damas —comentó él—. Por otro lado, sospecho que a Benedict no le haría ninguna gracia que insistiera, ¿cierto?

—Lord Cahill no tiene nada que ver conmigo en absoluto —aseguró ella, sorprendida por semejante declaración.

El señor Rogers elevó una ceja sin variar la expresión.

—¿Lo sabe él? Porque, por el modo en que la veía, creo que él no lo tiene tan claro.

—Señor...

El hombre alzó una mano como si se protegiera de un enemigo invisible y abandonó la pose de seductor para mostrarse como un chiquillo travieso atrapado en falta.

—Lo siento, ahora estoy siendo indiscreto. Pero ya se lo he dicho: no puede esperar de mí la conducta propia de un caballero; la decepcionaré una y otra vez —declaró él.

Anna suspiró tras vacilar. No le veía sentido a insistir respecto al error de él al imaginar que ella y Benedict mantenían un tipo de relación más íntima de la que aparentaban, pero se preguntó si sería tan solo el señor Rogers quien había llegado a esa conclusión o si alguien más compartía esas sospechas. Cualquiera fuera el caso, era eso justo lo que temía: ser la comidilla de chismes no le importaba demasiado, pero sí lo que pudiera decir su familia al respecto.

—A pesar de lo que afirma, señor Rogers, estoy convencida de que sí es un caballero, y mucho me temo que no cambiaré de opinión con facilidad —añadió ella para llevar la conversación a un terreno más seguro.

El fotógrafo se encogió de hombros en un exagerado ademán resignado y sonrió.

—Dado que se trata de usted, señora, creo que podré soportarlo —comentó él—. Pero me gustaría que sepa que mi propuesta estará siempre en pie.

Anna asintió y le devolvió la sonrisa, sin responder. La parecía obvio que se trataba de un hombre que no se daba por vencido con facilidad, pero, ya que lo hacía con tanto encanto, bien podía ella dejarlo pasar. A pesar de su exterior desenfadado, algo le decía que Christian Rogers era alguien en quien podía confiar. Benedict había dicho que lo consideraba un buen hombre y amigo; aunque ambos pudieran tener sus diferencias, ella se fiaba mucho de su opinión.

—Debería irme —anunció la joven pasados unos segundos.

El hombre asintió y la escoltó a la puerta. Anna advirtió que ponía una distancia prudente entre ambos: agradeció para sí que actuara de esa forma.

—No habrá venido hasta aquí sin compañía, espero.

Al oír sus palabras, Anna desvió la atención del escaparate ante el que se habían detenido al salir y ladeó el rostro para dirigirle una tenue sonrisa.

—Me acompaña el cochero de la familia, le pedí que esperara en la siguiente calle. —Señaló el vehículo aparcado bajo una farola, que se encontraba rodeado por unos cuantos chiquillos que lo veían con curiosidad—. No hace falta que me acompañe.

—Seguro que no, pero insisto. —Él le ofreció el brazo, a ella no le quedó más alternativa que tomarlo tras titubear un instante, con lo que se ganó una sonrisa de mofa—. No olvide que para usted soy un caballero; no querrá que falle en mi papel.

—Creí que había dicho que me decepcionaría si confiaba en usted.

Christian no respondió de inmediato. Habían llegado al carruaje, y se dedicó a ahuyentar a los muchachos con algunos falsos gestos de enojo, pero Anna notó que le daba al mayor de ellos unas monedas que el chiquillo se apresuró a guardar en el bolsillo antes de alejarse junto a sus compañeros como una bandada de aves.

—Haré lo posible por estar a la altura de sus expectativas, señora, pero no prometo nada.

Anna subió al carruaje ayudada por el hombre, que se aseguró de que se encontrara cómoda antes de cerrar la portezuela. Pero, en lugar de alejarse, Rogers apoyó los codos sobre la madera en una postura indolente al tiempo que le dedicaba una profunda mirada sin decir una sola palabra. Cuando le pareció que pasaba ya demasiado tiempo en esa extraña actitud, Anna se revolvió incómoda en el asiento y le devolvió una expresión de desconcierto.

—¿Ocurre algo, señor Rogers? —inquirió ella, inquieta.

Él negó con la cabeza y retrocedió hasta quedar en la acera con las manos dentro de los bolsillos, además de con un gesto de profundo pesar en el rostro.

—Nada, señora, nada importante, al menos. Solo pensaba en que es una verdadera lástima —comentó él con sencillez.

—¿Qué cosa?

El hombre sonrió, al parecer divertido por su confusión, pero no respondió. En lugar de ello, dio un golpe al techo del carruaje para avisar al cochero que podía ponerse en marcha e hizo un gesto de despedida que Anna correspondió al agitar una mano con suavidad.

Mientras el vehículo dejaba atrás los vericuetos del East End, se dijo que todo había resultado mucho mejor de lo que esperaba y aprovechó la soledad del carruaje para ver las fotografías una vez más. Pasados unos minutos, luego de comprobar que su primera impresión había sido la correcta, las guardó de nuevo con movimientos cargados de frustración y contuvo el deseo de lanzarlas por la ventanilla para que desaparecieran de su vida para siempre, como le habría gustado hacer. Pero comprendió que no podía ceder a ese impulso porque, después de todo, eso habría sido como renegar de la mujer en que se había convertido. ¿Acaso no había declarado más de una vez cuán orgullosa se encontraba de ella? Desde luego, en el fondo sabía que eso era una falsedad, pero ese era uno de esos casos en que no le quedaba más alternativa que aferrarse a la mentira que había construido con tanto esmero.

Para cuando el carruaje se apeó a la entrada de la mansión Sinclair, se sentía ya otra vez dueña de sus actos y, mientras descendía, ayudada por un empleado, para reunirse con su familia, forzó una sonrisa desenfadada y caminó con ese paso majestuoso que había estudiado desde que tenía memoria. La máscara estaba de nuevo en su lugar.

—Oí que recibiste una visita muy especial ayer, Christian. ¿Hay algo que quieras compartir con tus buenos amigos?

—No me digas que continúas pagándole a mi casera para que te mantenga informado de mis andanzas, Boyle. ¿Qué clase de hombre eres?

Benedict alzó la mirada del diario que intentaba leer y exhaló un suspiro al ver a Christian y Harry discutir al otro extremo de la mesa que compartían en el comedor del club. Había sido idea de él invitarlos para beber algo y ponerse al día con las últimas novedades, pero empezaba a arrepentirse.

Tenía a ambos por excelentes amigos, sin duda los contaba entre los mejores, pero a veces actuaban como niños. O quizás él empezaba a hacerse viejo. Si se consideraba, sin embargo, que Harry tenía solo dos años menos que él y que Christian en realidad le sacaba al menos cinco, tal vez no fuera él el problema.

Habían llegado juntos luego de dejar el edificio en que se encontraba ubicado el diario en el que trabajaban. Luego, tan pronto como habían ocupado sus asientos, habían empezado a hablar a voces y a dar largos tragos a las bebidas que uno de los camareros había dejado frente a ellos luego de dirigirles una mirada de reprobación. Benedict sabía que toda esa agitación tenía mucho que ver con la influencia de Christian porque, cuando él no se encontraba presente, Harry era bastante más sosegado; tampoco, sin embargo, sería justo culparlo. Aunque escandaloso y poco presto a dejarse guiar por los convencionalismos sociales, el estadounidense era un tipo de lo más divertido.

Excepto cuando estaba revoloteando donde no debía, se recordó con un gruñido al pensar en cuán poco simpático le había parecido al verlo cerca de Anna durante el fin de semana en la residencia de los Graham.

—¿Acabas de gruñir, Benedict?

Tenía también un oído excelente, reconoció de mala gana al dejar el diario sobre la silla libre a su derecha y mirarlo con el ceño fruncido. Según le había confiado alguna vez cuando se encontraba un poco bebido, Christian venía de una familia de cazadores, lo que tal vez explicara sus sentidos más desarrollados que los de la media.

—Desde luego que no —negó él con descaro, y continuó en un tono algo más ligero—. Aunque tal vez debería hacerlo, ya que parece ser la única manera en que me puedo hacer oír entre todo este alboroto. ¿Qué necesidad hay de hacer tanto ruido?

—¿Qué alboroto? —Harry lo miró sin comprender y se encogió de hombros con un nuevo vistazo en dirección a Christian—. No has respondido.

Fue el turno del extranjero para emitir un sonido que recordó al gruñido de un oso, uno en particular aburrido y de mal humor.

—Deberías estar agradecido de que no te golpee por sobornar a mi casera para que sea tu espía —insistió con enojo.

Harry se encogió de hombros.

—Soborno a todo el mundo —comentó él sin ruborizarse—. Bueno, a todos los que puedo, ya sabes que no tengo mucho dinero, y el diario no acepta correr con esa clase de gastos. Es la forma en que me mantengo enterado de lo que ocurre en la ciudad. Tu casera es una gran fuente de información, por cierto, pero casi nunca me habla de ti. Ayer, sin embargo, entre otras cosas, mencionó que habías recibido la visita de una dama muy elegante. Dime, Christian, ¿has conseguido una nueva musa?

Benedict elevó las cejas. Tuvo que reconocer que Harry acababa de despertar su interés. No tanto por la novedad en sí, dado que Christian tenía un rosario de conquistas y la mayor parte de ellas habían empezado por asistir a su estudio atraídas por su fama de experto en retratar a las damas y obtener estupendos resultados. Lo que le extrañó fue lo poco presto que se veía el ilustrador a hablar de ello. No porque acostumbrara ufanarse de sus conquistas, en ese sentido se comportaba como un hombre honorable, pero, cuando hablaban del tema, no podía disimular cierto orgullo. En ese momento, en cambio, se lo notaba incómodo mientras desviaba la vista a su copa para evitar la mirada inquisitiva de Harry.

—Sí, Christian, cuéntanos. ¿De quién se trata?

Fue Benedict quien hizo la pregunta. Christian se sorprendió por ello. Si bien Harry nunca conseguía contener su curiosidad y acostumbraba acometer con todo tipo de indagatorias en lo que llamaba “una muestra de deformación profesional”, por lo general Benedict era mucho más discreto y quien mantenía a raya a su amigo para que no exagerara.

Christian se recuperó con rapidez, sin embargo, y puso la mejor cara de inocencia, pero Benedict advirtió que un músculo en su barbilla temblaba debido al enfado.

—No tengo nada que decir al respecto —indicó él—. Soy un caballero.

—¿Desde cuándo?

La pregunta de Harry provocó una sonrisa a su amigo; pasado un momento, Christian carraspeó y se encogió de hombros otra vez en un ademán descuidado.

—Lo soy cuando me conviene —señaló él—. La dama en cuestión no es una modelo ni tengo ningún tipo de relación con ella. Eso es todo lo que pienso decir acerca de ese tema. Si alguno de ustedes insiste, tendré que retarlo a duelo, supongo, pero preferiría que no lo hicieran. No me tienta la idea de matar a nadie cuando puedo estar aquí bebiendo.

Harry pareció encontrar aquellas palabras lo bastante sinceras para no presionar, o tal vez tan solo no tuviera mayor interés en el asunto, pero ese no era el caso de Benedict. Él, con la mirada fija en el rostro de Christian y las manos sobre la mesa, cabeceó con suavidad.

—¿La dama de la que hablas no será lady Schellin? —preguntó sin rodeos.

Christian le sostuvo la mirada y esbozó una media sonrisa en tanto Harry veía de uno a otro con el ceño fruncido.

—¿Por qué iría a visitar lady Schellin a Christian? —inquirió él, confundido.

Benedict lo ignoró y centró la atención en el hombre que lo veía a su vez sin parecer alterado por la expresión amenazante de él.

—Christian...

—Acabo de decir que no hablaré más acerca de eso; no estaba bromeando con lo del duelo —señaló él.

—No tengo problema con eso —anunció Benedict sin alterarse, en un tono gélido que les dejó en claro que hablaba en serio—. Ahora responde a mi pregunta.

La sonrisa abandonó el rostro de su amigo, que adoptó una postura muy similar a la del caballero, con los antebrazos en tensión a ambos lados del cuerpo y las manos hechas puños. El cuerpo inclinado hacia adelante revelaba que empezaba a enfadarse casi tanto como él.

Por suerte, Harry no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, lo que le permitió mantener la compostura e intentar mediar entre ellos.

—Caballeros, por favor, ¿qué es esto? —Él forzó una risa carente de humor y colocó una mano sobre el hombro de Christian—. Tal vez has bebido demasiado.

—Acabo de empezar —respondió sin mirarlo.

Frustrado, Harry se dirigió a Benedict con expresión suplicante.

—¿Benedict? —inquirió con una ceja arqueada en señal de advertencia—. No veo la necesidad de sostener esta discusión. Estoy seguro de que, si estás en lo correcto, no querrás que el nombre de lady Schellin sea mencionado aquí, ¿cierto? El salón de un club de caballeros no es el mejor lugar para poner en entredicho la reputación de una dama.

Las palabras del reportero parecieron surtir un efecto inmediato en Benedict, que abandonó parte de su expresión belicosa pero dirigió una última mirada ceñuda a Christian.

—No cometas ninguna tontería, Rogers. Si la perjudicas de cualquier manera, tendrás que responder ante mí.

—Es curioso que te preocupes tanto por ella cuando fuiste tú quien la nombró en primer lugar.

Harry emitió un resoplido y se llevó una mano a la nuca en un gesto de cansancio.

—Esto es absurdo —concluyó con un suspiro—. ¿Podemos cambiar de tema?

Benedict zanjó la discusión al ponerse de pie con gesto resuelto. Tanto Harry como Christian lo miraron con curiosidad, en especial el segundo, que se veía también un tanto arrepentido por haber llevado el diálogo a un punto tan álgido.

—Será mejor que me vaya. Tengo una reunión con mi padre esta tarde —anunció él.

Semejante información pareció terminar por despejar buena parte del ambiente enrarecido que se había instaurado entre él y Christian, o al menos lo suficiente para que dejaran de mirarse el uno al otro como si fueran enemigos.

—¿Lord Falmouth está en Londres? —preguntó el periodista, sorprendido.

Benedict asintió.

—Llegó esta mañana —respondió: fue evidente que la novedad no lo complacía del todo.

Harry frunció el ceño de modo casi imperceptible y adelantó el cuerpo sin dejar de mirar a su amigo, como si no pudiera creer en su buena suerte.

—¿Por qué no me lo habías contado? —consultó.

Benedict suspiró al tiempo que le dirigía una mirada de advertencia. Podía imaginar el motivo de todo ese interés.

—Porque no lo supe hasta hace un par de días —indicó—. Su visita está relacionada con el funcionamiento del albergue, por lo que no creo que permanezca en Londres más de un par de días.

—¿Crees que aceptaría hablar conmigo? —insistió su amigo.

—No lo sé.

—Puedes preguntárselo. O tal vez puedas arreglar un encuentro entre ambos. Una cena sería una oportunidad excelente.

Benedict tomó el diario que había dejado sobre la silla y lo sostuvo frente al rostro de Harry.

—Deja a mi padre en paz.

—No pensaba molestarlo —aseguró el otro en tanto elevaba las manos como si hiciera un juramento—. Solo querría hablar con él. Sabes que siempre me ha parecido un personaje de lo más interesante; me gustaría hacerle unas preguntas acerca de lo que opina de algunas cosas... El juicio de uno de los hombres de negocios más poderosos de Inglaterra es muy valioso. Por favor, Benedict, tu padre es por completo capaz de negarse por sí mismo si así lo desea, solo deja que se lo pida.

Benedict asintió de mala gana.

—Está bien. Le preguntaré y, si está de acuerdo, te haré llegar una invitación —aceptó.

Harry esbozó una brillante sonrisa.

—Gracias. Eres un buen amigo.

Benedict respondió con un nuevo gruñido y se marchó luego de dar una cabezada en señal de despedida. No parecía estar de humor para otras muestras de afecto: incluso sus impecables modales se veían afectados por lo que fuera que tuviera en la cabeza.

Christian y Harry lo observaron desaparecer en dirección al vestíbulo acompañado por uno de los empleados del club, que casi trotaba para seguirle el paso.

—Se toma la vida demasiado en serio.

Las palabras de Christian surgieron en un tono lúgubre que obligó a Harry a elevar una ceja y mirarlo con expresión fastidiada.

—Alguien tiene que hacerlo —señaló él—. Por lo general son las personas como él quienes mantienen el mundo en funcionamiento.

—Siempre lo has admirado.

El reportero asintió sin dejar de sonreír.

—También tú. Y está bien, él lo merece —expresó tras encogerse de hombros, pero entonces el semblante se le ensombreció—. No permitas que lo que sea que ocurra entre ustedes arruine eso.

—No hay nada...

Harry colocó una mano frente a sus ojos para interrumpirlo.

—Acerca de eso —dijo él sin disimular el interés—, ¿puedes decirme qué diablos tienes que ver con lady Schellin y por qué Benedict parece tan deseoso por asesinarte debido a ello?

Christian emitió un bufido y se llevó una mano a la cabeza mientras le lanzaba una mirada recelosa. Parecía como si se encontrara ansioso por responder con la verdad pero, al mismo tiempo, desconfiara de la discreción de aquel hombre. Al final, hizo un gesto resuelto y lo señaló con un dedo tras beber lo último que quedaba de su copa y hacer una señal al camarero para que le llevara otra.

—Si una sola palabra de lo que te digo sale de aquí, serás tú quien termine asesinado, ¿está claro? —amenazó sin pizca de delicadeza.

Harry no se mostró impresionado por aquel intento de intimidación, sino que tan solo asintió y se arrellanó mejor en el asiento como si estuviera a punto de asistir a un espectáculo de lo más interesante. Christian exhaló un hondo suspiro y empezó a hablar.

CAPÍTULO 7

Anna acababa de romper una de las reglas no escritas de la relación con su madre: si iba a meterse en problemas, lo mínimo que debía hacer era esforzarse para que nadie supiera que se trataba de ella. Si bien por lo general, en las escasas ocasiones en que ello ocurría, procuraba ser lo bastante considerada como para mantener su identidad en secreto, resultaba de lo más complicado hacerlo cuando sentía que su vida estaba en peligro.

Todo había empezado de la manera más inocente, mientras se veía sacudida de un lado a otro por esas manos que la lastimaban e intentaba hacerse oír sin éxito, se dijo que nunca habría podido imaginar que terminaría involucrada en semejante problema. Jamás se había arrepentido tanto de actuar sin pensar en las consecuencias, y la certeza de que su madre estaría encantada de saberlo solo aumentó su desazón.

Muy temprano aquella mañana, horas antes de verse envuelta en toda esa locura, había recibido una nota de Evangeline Russell, en la que la invitaba a reunirse con ella en las afueras del Parlamento para asistir a una nueva manifestación organizada por las sufragistas. Había estado tentada a negarse en redondo, aún inquieta por el recuerdo de la última vez y del peligro que ella y las hermanas Cahill habían corrido, pero Evie había mencionado en la misiva que sería una concentración del todo pacífica, además de que señalaba que la señora Livingston sería una de las oradoras principales, lo que había terminado de convencer a Anna que aún no había escuchado a la dama en público. Dado que tenía muchas ganas de hacerlo, tras pasar un par de horas sin dejar de dar vueltas por la mansión, inquieta y aburrida, había decidido que bien valía la pena correr el riesgo.

No le había comentado nada a nadie, sin embargo, ni siquiera a la tía Penelope. Ella se habría ofrecido a acompañarla, pero entonces habrían tenido que explicar a su madre la razón de tal ausencia y de por qué Rose se quedaría sin acompañantes. Su cuñada pasaba cada vez más tiempo en su habitación, y

la casa iba sumiéndose en la expectativa por el nacimiento del bebé. Anna estaba convencida de que sus andanzas no eran de importancia y de que no tenía sentido perturbar a nadie con ellas.

De modo que le había ordenado al cochero que tuviera el carruaje listo para ella, pero, igual que la última vez que había hecho algo parecido, le había pedido que la dejara un par de calles más allá del lugar en que había arreglado encontrarse con Evie.

Ella la esperaba bajo el arco de una iglesia cercana al Parlamento. Iba vestida con el traje gris que Anna sabía que era parte del uniforme que usaba en el almacén en que trabajaba y la había recibido con una sonrisa nerviosa que le había hecho ponerse alerta.

—Ha habido un pequeño cambio de planes —anunció ella luego de saludarla—. La señora Livingston no podrá asistir, le ha surgido un imprevisto.

—Oh, es una verdadera lástima.

Anna cabeceó insegura al tiempo que sentía un ramalazo de decepción. En verdad había esperado ser testigo por fin de uno de esos ardorosos discursos de los que tanto había oído hablar. Evie se veía tan contrariada como ella, pero su expresión mutó pronto en otra algo más animada al continuar.

—No se preocupe. En su lugar, oiremos a otras expositoras, y es posible que la señorita Christabel Pankhurst asista también en representación de su madre.

Al recordar lo ocurrido la última vez que había estado presente en un acto con un miembro de aquella familia, Anna sintió que la recorría un escalofrío por lo que empezó a negar con la cabeza.

—No lo sé... Si la señora Livingston no vendrá, no le veo sentido a quedarme —dudó ella, indecisa—. Temo que las cosas podrían tornarse un poco peligrosas.

Evie sonrió con el fin de tranquilizarla y la tomó del brazo, que enlazó con el suyo al tiempo que la urgía a caminar en dirección a la plaza. Pequeños grupos se aglomeraban en todos los alrededores del Parlamento. Anna se vio de pronto rodeada por la multitud, por lo que no le quedó más alternativa que dejarse llevar por el gentío. En el momento en que vio la hilera de mujeres aferradas a los barrotes que circundaban el edificio, musitó una pequeña

oración de agradecimiento por haber tenido el buen sentido de no decir una palabra de todo eso a Beatrice y Catherine. La posibilidad de que estuvieran allí la aterrorizaba.

Un grupo de agentes de policía merodeaba de un lado para el otro con las gorras caladas hasta los ojos y unas varillas que oscilaban en cada mano, lo que les daba una apariencia amenazante. Anna no dudó ni un segundo de que esa era su intención. Varios de ellos se acercaron a las mujeres que habían empezado a vociferar al lado de aquellas que permanecían bien sujetas a las verjas, y lady Schellin habría podido jurar que en realidad estaban encadenadas a ellas, pero no pudo estar del todo segura porque se encontraba aún un poco lejos del centro del tumulto.

Evie seguía aferrada a su brazo, lo que le dio una cierta tranquilidad para mantener los pies fijos al pavimento en vez de dar media vuelta en la dirección contraria. Un carruaje tirado por dos caballos se detuvo a unos metros de donde ellas se encontraban: el griterío aumentó. Las mujeres empezaron a sacudir unas panderetas adornadas con cintas de los colores que caracterizaban al movimiento, y el tintineo resonó en sus oídos tanto como las palabras que conseguía descifrar en medio de todo ese ajeteo.

Una dama con un gran sombrero adornado con plumas de avestruz descendió del carruaje, pero Anna no pudo verle el rostro hasta que la desconocida dio unos pasos para subir a un pequeño banco que otras muchachas se apresuraron a colocar para ella. Al verla con mayor claridad, le sorprendió lo joven y hermosa que era, así como la elegancia con la que vestía. El abrigo que llevaba no tenía nada que envidiar a las prendas que se vestían en las veladas más elegantes de la ciudad.

—Esa es Christabel.

Anna asintió levemente al oír el pequeño grito que había dado Evie a la altura de su oído e hizo un gesto para remarcar que la había escuchado.

Cuando la mujer abrió la boca, sin embargo, el rumor pareció menguar casi como por obra de magia. Todas las asistentes prestaron atención a sus palabras. Las mujeres miembros del movimiento bebían de ese discurso como sedientos en un desierto, mientras que los curiosos, que los había en abundancia, le lanzaban miradas que exhibían una mezcla de interés y escepticismo. Los agentes de policía, sin embargo, mantenían el ceño fruncido. Anna advirtió que tensaban las manos que sujetaban las varillas.

No era difícil comprender por qué las Pankhurst se habían convertido en líderes de las protestas. Su capacidad para atraer a las masas y mantener cautiva la atención era impresionante. Anna dudaba de que la señora Livingston fuera capaz de algo parecido y lamentó que ella no se encontrara también presente porque sin duda habría sido un acontecimiento memorable.

La señorita Pankhurst elevaba las manos y vociferaba con una entonación perfecta para sonar firme y disuasiva al mismo tiempo. Parecía como si, en lugar de encontrarse en medio de una multitud bulliciosa en plena calle, estuviera en el salón de una distinguida aristócrata londinense. Anna oyó muchos de los mismos argumentos que había escuchado antes, en la anterior manifestación a la que había asistido, así como en las reuniones en casa de su hermano. La mayor diferencia estribaba en que la señorita Pankhurst hacía hincapié en el papel de los parlamentarios para hacer la diferencia. Anna echó una mirada alrededor, en absoluto sorprendida al advertir que algunos de ellos habían dejado el edificio y en ese momento observaban la escena más allá de los barrotes que resguardaban la construcción, donde las mujeres sujetas con cadenas elevaban las manos que tenían libres para mostrar su conformidad con el discurso de aquella líder.

Ella rogó que William no se encontrara allí. Lo dudaba mucho, porque su hermano le había dicho con frecuencia que prefería no asistir a las manifestaciones porque consideraba que la mayoría de sus colegas en el Parlamento lo hacían solo con el fin de burlarse, como si presenciaran un espectáculo divertido. En su opinión, su labor estaba dentro del edificio, donde procuraba emprender las reformas que consideraba tan necesarias. Para él, esa era la única y más sensata manera de apoyar la causa. Anna no podía menos que estar de acuerdo con ese proceder.

Al no ver ningún rostro que le recordara a su hermano, la joven exhaló un suspiro de alivio y volvió la atención a la señorita Pankhurst. En el breve período de tiempo en que había desviado la vista, parecían haber ocurrido algunas cosas que la inquietaron. Las palabras de la dama se habían hecho cada vez más demandantes, las mujeres que la custodiaban blandían las manos con mayor ímpetu, y la policía, que hasta entonces se había mantenido casi inmóvil en el perímetro, empezó a acercarse a los grupos como si pretendiera cercar a las manifestantes.

Anna sintió un apretón en la mano y, al bajar la vista, se topó con la mirada angustiada de Evie. Ella también había advertido lo que ocurría.

—Van a arrestarlas —anunció ella al alzar la voz.

Anna asintió sin responder; no habría tenido sentido hacerlo, estaba muy claro, y el resto de la multitud parecía haberlo entendido también. La mayoría de las mujeres corrían hacia adelante como si pretendieran así salir en defensa de sus cabecillas, y muchos hombres que asistían al acto para burlarse de ellas empezaron a aplaudir para alentar a los oficiales. Anna sentía como si tiraran de ella tanto de atrás como de las líneas delanteras. En un momento experimentó un aguijonazo proveniente de su pierna, como si alguien le hubiera dado una fuerte patada, que le provocó un quejido.

Las acompañantes de la señorita Pankhurst empezaron a moverse para formar un círculo alrededor de la líder y tironeaban de ella para obligarla a retornar al carruaje, pero Anna notó, en medio del dolor, que la mujer se resistía y negaba con la cabeza. Para cuando parecían haber conseguido convencerla, sin embargo, fue ya demasiado tarde, porque tenía frente a ella a tres agentes que la sujetaban por los hombros mientras otros tantos mantenían a raya a las chicas que intentaban ir contra ellos para liberarla.

Anna no lo había notado hasta entonces, pero vio que se habían ido acercando tres o cuatro de esos coches tirados por caballos que simulaban prisiones móviles para trasladar a los detenidos y que intentaban obligar a la señorita Pankhurst a subir a uno de ellos, aunque la dama se resistía. Al final, sin embargo, ni ella ni sus acompañantes pudieron hacer nada, y no le quedó más alternativa que obedecer lo que le ordenaban.

Fue entonces que terminó por desatarse el caos.

Las mujeres gritaban, los policías iban entonces tras las que se mantenían aferradas a los barrotes del Parlamento. Si Anna había tenido la esperanza de que las cosas se calmaran en cuanto el discurso terminara, comprendió de inmediato que había sido una ingenuidad de su parte. La multitud estaba enardecida, y la pierna no dejaba de punzarle. Evie no se encontraba en un estado mejor: Anna advirtió que parecía al borde del desmayo y que el bajo de la falda se le había desgarrado debido al tironeo al que eran sometidas.

Con un gesto desesperado, lady Schellin la sujetó por la mano e hizo un ademán para que la siguiera. Mientras se abría camino con los hombros y pisaba todo lo que le salía a su paso sin importarle de qué o de quién se trataba, tiró de su amiga en dirección contraria al tumulto, pero había tanta gente que avanzaban con una lentitud desesperante.

Al mirar atrás, advirtió que un par de oficiales, ya con las manos libres luego de haber subido a la señorita Pankhurst y a otras más a los vehículos, tenían toda la atención puesta en las mujeres que iban alejándose del centro de la manifestación, como ellas.

Con un resoplido, Anna tiró de Evie con más fuerza y contuvo un gesto de dolor cuando la rodilla de un hombre que avanzaba también contra el tumulto golpeó contra su pierna lastimada. Tras mascullar una maldición que habría ruborizado a su madre, se prometió que, si conseguía dejar atrás toda esa locura, iba a encerrarse en su hogar durante una semana.

Al fin lograron llegar hasta el otro extremo de la plaza, y sintió —más que vio— cómo el ambiente se hacía menos opresivo, los gritos iban quedando detrás y, para su inmenso alivio, los policías parecían abandonar el interés en ellas. Los agentes del orden estaban demasiado ocupados en mantener a raya a la gente que continuaba luchando frente al edificio que debían custodiar, pero no se dio por segura hasta que llegaron al mismo callejón en que ella y las hermanas Cahill se habían refugiado la última vez que había tenido la brillante idea de meterse en semejante lío. Incluso allí, no obstante, comprendió que estaban lejos de encontrarse del todo a salvo, en especial al notar que el otro extremo del callejón, adonde se habían dirigido la vez anterior, había sido clausurado con cercas de acero que impedían el paso.

Evie resollaba con una mano pegada al pecho, sus hombros temblaban, había perdido el sombrero, y Anna advirtió que balbuceaba palabras que no alcanzaba a comprender. Solo entonces cayó en la cuenta de que ella no se encontraba en mucho mejor estado.

Al sostener sus manos frente a sí, vio que largos arañazos le habían lastimado la piel del dorso y las muñecas; supuso que se los había hecho al empujar al gentío para avanzar. Sentía un desagradable sabor en la lengua, y su pierna no dejaba de punzar, pero no se permitió inspeccionarla entonces porque temía lo que fuera a encontrar y aún no estaban a salvo. En realidad, visto lo que tenían enfrente, podría decirse que estaban atrapadas, pero no lo mencionó en voz alta porque no deseaba poner más nerviosa a Evie.

Su amiga había empezado a buscar entre sus ropas el relojito que llevaba prendido a la altura del hombro y, cuando consiguió ver la hora, emitió un quejido que le provocó un sobresalto.

—¡Dios! Debería haber regresado al almacén hace media hora —se lamentó con los ojos muy abiertos.

—Estoy segura de que no tendrás problemas.

Anna habló casi sin pensar, dado que su mente estaba enfocada en cómo saldrían de aquel atolladero, pero, cuando Evie la oyó, comenzó a boquear como un pez fuera del agua sin ocultar su miedo.

—¡Claro que los tendré! La señora Cushbert no tolera los retrasos y, si llego así, además, amenazará con despedirme. —La joven tembló al mencionar a la dama responsable del área en la que trabajaba en el almacén—. ¡Todo esto es mi culpa!

Anna aspiró una y otra vez para calmarse antes de responder: cuando lo hizo, procuró que su voz sonara firme y tranquila para infundirle ánimos.

—Nada de esto es tu culpa, Evie, ni tampoco la mía. Mucho menos lo es de todas esas mujeres que lo único que hacen es luchar por conseguir lo que es justo. Nosotras deberíamos estar allí también —agregó al señalar con una cabezada los vehículos de la policía, que habían empezado a ponerse en movimiento—. Pero supongo que soy demasiado cobarde para hacerlo...

Pronunció la última frase en un tono de voz tan bajo que dudaba de que su amiga la hubiera oído, y tal vez fuera lo mejor. Tenían ya bastantes problemas como para sentirse además pesarasas.

Con un chasquido de la lengua y un fingido entusiasmo que no sentía en absoluto, se puso de pie frente a Evie y empezó a ayudarle a restablecer su aspecto tanto como pudo. Le sacudió el frente de la blusa y la falda, le sujetó los broches al cabello para asegurar el peinado que llevaba en lo alto de la cabeza, usó un pañuelo para limpiarle las huellas de lágrimas del rostro y se quitó el sombrero para ajustárselo con movimientos seguros. Al final, dio un paso hacia atrás para examinarla hasta que asintió satisfecha.

—Perfecto. Nadie podría imaginar en dónde has pasado la última hora —aseguró—. Ahora tenemos que hacer que regreses de inmediato; puedes decir a esa señora Cushbert que estuviste en casa del barón Sinclair ocupada en ayudar a su hermana y a su esposa a elegir algunas cosas que necesitan encargar en el almacén. Si te pone alguna objeción, dile que estaré encantada de corroborar esa información.

Evie la veía con las cejas elevadas, un tanto escéptica ante esa perorata, pero al final asintió con ligereza, como si la idea empezara a cobrar sentido en su mente.

—Está bien —aceptó más tranquila—. Gracias.

Anna asintió e hizo un gesto para descartar ese agradecimiento que no creía merecer. Era tan responsable como ella por haberse involucrado en ese enredo, pero sabía que Evie corría un riesgo mucho mayor al suyo.

—Ahora necesitamos un carruaje para que puedas retornar a tu trabajo. Si al menos tuviéramos a Jon... —Calló al pensar en lo que decía. De haber ordenado al cochero que la esperara, todos en casa habrían terminado enterándose de lo ocurrido—. No importa, encontraremos una solución. ¿Qué tan lejos se encuentra el almacén? Es terrible de mi parte, pero reconozco que nunca lo he visitado. Beatrice y Catherine dicen con frecuencia que es un lugar encantador. Intentaré convencer a mi tía de que vayamos a conocerlo pronto.

Anna suspiró y calló una vez más mientras se llevaba una mano a la frente sudorosa al comprender que hablaba incoherencias. El impacto de lo ocurrido empezaba a afectarla, pero sabía que perder los nervios era un lujo que no podía permitirse, no mientras continuara allí.

Evie, que, según pasaban los minutos, iba retomando el control de sí misma, le dirigió una sonrisa amable y le dio una palmadita en el brazo.

—Puedo ir caminando, el almacén no se encuentra muy lejos de aquí, y será la mejor manera de llegar si no quiero llamar la atención —anunció decidida—. Es usted quien me preocupa. ¿Cómo regresará a su casa? Se encuentra en un estado lamentable.

Parecía que Evie acababa de caer en la cuenta de que Anna había resultado mucho más lastimada que ella en la huida, por lo que la preocupación le ensombreció el semblante al recorrerla con la mirada, pero lady Schellin intentó esbozar una sonrisa confiada al negar con la cabeza y encogerse de hombros.

—No tienes por qué preocuparte, estaré bien. Puedo hacer lo mismo que tú: regresaré a casa a pie.

Evie no pareció convencida con eso último. Frunció el ceño; empezó a hacer un gesto de rechazo.

—No creo que sea lo mejor. Tal vez necesite ayuda. Podría ir con usted...

—No, no puedes perder más tiempo —Anna habló con firmeza—. Las cosas deben de haberse calmado ya. Vamos a dar un vistazo y podrás ponerte en camino.

Evie vaciló un instante, pero entonces volvió a consultar la hora en su reloj y terminó por asentir, rendida.

—¿Está segura? —preguntó por última vez, vacilante.

Anna la tomó de la mano y tiró de ella para atisbar por el callejón con cuidado de no ser vistas desde la calle. Tal y como esperaba, gran parte del tumulto se había dispersado; solo consiguió distinguir a dos agentes de policía que merodeaban a lo lejos con paso agotado. No había rastro de las mujeres encadenadas a los barrotes ni de las otras manifestantes, de modo que Anna solo pudo rogar por que las cosas no resultaran demasiado difíciles para ellas.

Con un hondo suspiro para despejar esos malos pensamientos, sonrió a Evie y señaló la calle medio desierta.

—Esto es lo que haremos —anunció—: Saldremos caminando juntas con normalidad y, una vez que hayamos llegado al final de la plaza, nos separaremos. No mires atrás y no te detengas suceda lo que suceda.

No tardaron en ponerse en camino. Ni siquiera Evie fue capaz de enarbolar objeción alguna al plan. Pasados unos minutos, se encontraban atravesando la calle. Anna iba con la cabeza muy alta y apretaba los dientes para controlar el dolor en la pierna. Había conseguido arreglar un poco su aspecto con la ayuda de Evie, pero era consciente de que, tal y como ella había señalado, debía de presentar una apariencia lamentable. Sin embargo, quizá debido a lo ocurrido hacía unos momentos, la calle se veía poco transitada, y nadie les dirigió una segunda mirada.

Llegaron pronto al punto prometido y, con una última sonrisa para darse aliento, se separaron para tomar caminos opuestos. Mientras Anna se alejaba, vaciló un instante al reparar en que no le había pedido a Evie que enviara una nota para avisarle que había llegado sin mayores contratiempos al almacén, pero se dijo que no le quedaba más alternativa que esperar lo mejor y confiar en la sensatez de su amiga. En ese momento debía preocuparse por sí misma.

La mansión de su familia se encontraba algo lejos aún, de modo que decidió caminar un breve trecho y tomar un carruaje de alquiler porque no se veía capaz de continuar avanzando en las condiciones en que se hallaba: sentía como si fuera a caer sobre el pavimento en cualquier instante. Había entregado su sombrero a Evie, pero conservaba la sombrilla, que le sirvió de apoyo para andar con cierta naturalidad, sin levantar la vista cuando se topaba con alguien que le dirigía algún vistazo inquisitivo.

Acababa de llegar a las cercanías de Hyde Park tras caminar durante más de veinte minutos sin ver un solo carruaje de alquiler; estaba a punto de echarse a llorar por el dolor y la frustración. ¿Qué más iba a ocurrirle? Aún debía avanzar al menos media milla para llegar a su hogar y no se creía capaz de continuar. Se detuvo un instante, sin permitir que la desesperación se le trasluciera en el semblante, y aspiró pequeñas bocanadas de aire para recuperar el aliento. Se había apresurado demasiado al caminar en su apuro por alejarse de todo lo sucedido. En ese momento, sin embargo, se permitió levantar la vista y echar una mirada alrededor sin dejar de aparentar una absoluta calma. Mantenía la espalda muy derecha y apoyaba parte del peso en la sombrilla en un ademán que esperaba que pareciera elegante.

Buena parte de esa aparente confianza se esfumó, sin embargo, al distinguir una figura que se dirigía hacia ella con paso firme desde el otro lado de la calle. Dios debía de odiarla al situarla en semejante posición, se dijo, al borde del llanto, tan pronto como reconoció a Benedict.

En medio de la calle en pleno día, sin acompañante y en un estado desastroso.

Rogó que él entendiera sus intenciones al hacer como si no lo hubiera visto y siguiera de largo, pero se dijo que esperar aquello era como albergar la esperanza de que empezara a nevar en julio.

Con un suspiro, decidida a mantener su dignidad a salvo tanto como pudiera, elevó el mentón cuando el caballero llegó a su lado y le devolvió una mirada aburrida como si encontrarse en aquellas condiciones fuera de lo más habitual.

—Lord Cahill —saludó ella con una breve cabezada—. ¡Qué sorpresa! ¿Disfruta también de un paseo?

El comentario no obtuvo una respuesta inmediata. Benedict pareció demasiado sorprendido al registrar el aspecto de ella como para molestarse en formular un saludo apropiado.

—¡Qué demonios...! —Él carraspeó y continuó en un tono de voz menos elevado—. ¿Qué le ha ocurrido?

Anna enderezó aún más la barbilla en tanto se preguntaba si no correría el riesgo de romperse el cuello por el esfuerzo y forzó una expresión imperturbable.

—No sé a qué se refiere —contestó ella con fingido desinterés.

Él la recorrió con una lenta mirada de pies a cabeza que le provocó el impulso de dar media vuelta y correr en la dirección contraria. La piel de ella empezó a arder, una reacción a la que por desgracia no era en absoluto ajena cuando se encontraba en compañía de ese hombre. Tragó con fuerza para controlar el temblor que le agitaba las manos, apoyadas con fuerza sobre el mango de la sombrilla para no perder el equilibrio.

—Creo que sabe a la perfección a qué me refiero, milady. —Sus palabras surgieron cargadas de ironía, pero cambió el tono por uno preocupado al continuar—. Parece como si acabara de sobrevivir a algún tipo de ataque.

—Insisto en que está equivocado.

Benedict masculló algo entre dientes, pero, como Anna sospechaba que se trataba de una terrible blasfemia, prefirió hacer como si no lo hubiera notado.

—Si me disculpa, milord, me esperan en casa, y no quisiera llegar tarde.

Él la miró entonces como si dudara en verdad de su buen juicio, pero cerró la boca tan pronto como la abrió, y a ella le dio la impresión de que contaba en silencio para controlar el deseo de empezar a gritarle.

—Venga conmigo —ordenó Benedict.

Fue el turno de Anna para verlo como si pensara que estaba loco; dio un ligero brinco cuando él la tomó con suavidad del brazo para obligarla a avanzar. Sin embargo, no dio un solo paso y mantuvo el paraguas apoyado con solidez sobre la acera como si se tratara de un ancla. Miró de un lado a otro, pero nadie pareció prestarles demasiada atención.

—No iré a ningún lugar con usted.

—Comprendo. —Benedict esbozó una sonrisa confiada que la puso sobre aviso—. En ese caso, dado que parece tener problemas para caminar, tal vez prefiera que envíe un mensaje a lady Sinclair para que haga venir al cochero con un carruaje. O quizá sería mejor que haga llegar un mensaje a su hermano; el Parlamento no está lejos.

“Claro que está lejos, quiso vociferar Anna. Acabo de recorrer esa distancia a pie y ha sido una tortura.” Desde luego, no dijo nada, sino que lo miró con mal disimulado resentimiento.

—Eso no será necesario. Soy por completo capaz de...

—No dudo de que esté dispuesta a recorrer el camino que le resta para llegar a casa, aunque deba arrastrarse sobre las rodillas, antes que aceptar mi ayuda, milady, pero me permito intentar convencerla de lo contrario.

—Se permite —repitió Anna entre dientes antes de elevar la cabeza para mirarlo a los ojos—. Lo que intenta es chantajearme.

Benedict se encogió de hombros. Anna odió el brillo en esos ojos oscuros al sentirse ganador.

—Pretendo ayudarla, pero, si para eso debo recurrir a medidas extremas, bueno, digamos que nunca he tenido muchos escrúpulos para ciertas cosas.

—Desde luego que no los tiene —espetó Anna, tan digna como pudo—. Muy bien, terminemos con esto. ¿Dónde está su carruaje?

Benedict hizo entonces un gesto indeciso y sacudió la cabeza de un lado a otro con una sonrisa que ella no habría dudado en corresponder de no encontrarse tan enojada. Cuando la miraba así, le hacía pensar en toda clase de travesuras, y la idea era tan extraña, dado lo poco presto a los juegos que parecía él, que sentía como si le confiara un secreto que estuviera dispuesto a compartir solo con ella. Un sentimiento ridículo, desde luego, pero la hacía sentir especial.

—No traje un carruaje conmigo, pero tengo algo mejor.

Anna arqueó las cejas, dispuesta a decirle que no entendía entonces cuál había sido el motivo de toda esa tonta charada, pero calló al ver que extendía un brazo para ayudarla a moverse. Estuvo tentada a rechazarlo, pero, entonces que se había detenido durante tanto tiempo, el dolor en la pierna se había tornado insoportable y dudaba de que fuera a ser capaz de dar un solo paso sin ayuda. Tras ahogar un suspiro, al tiempo que se preguntaba en qué nuevo problema estaba a punto de meterse, apoyó una mano sobre el brazo de él y agradeció que no hiciera comentarios respecto al modo en que cojeaba al seguirlo cuando cruzó la calle. Advirtió, sin embargo, que los labios de Benedict habían formado una fina línea en señal de disgusto al notarlo.

Recorrieron una pequeña distancia, lo que Anna apreció porque los restos de su dignidad estaban a punto de desaparecer y quería echarse a llorar debido al dolor. Sin embargo, buena parte de ese sufrimiento desapareció cuando se detuvieron frente al vehículo que Benedict señaló como suyo con un gesto de la mano. Aunque jamás lo habría creído posible, le pareció un muchacho orgulloso que mostraba su más grande tesoro, y no pudo menos que sonreír.

—No esperaré que suba a eso.

No lo dijo en serio, claro, solo quería molestarlo al mostrarse horrorizada frente a esa máquina que era aún una novedad en Londres. Había oído hablar de los automóviles e incluso había visto alguno al llegar a la ciudad, pero solo desde lejos, y aunque los encontraba fascinantes, no dejaban de ser tan extraños para ella que le inspiraban también cierto reparo.

—¿Por qué no? Le aseguro que soy un conductor excelente. —Benedict abrió una puerta y la ayudó a subir con cuidado de que no se lastimara—. Disfrute el paseo.

Mientras él daba la vuelta para ocupar el otro asiento y ponía el vehículo en marcha, Anna se permitió cerrar los ojos y exhalar un hondo suspiro de alivio. Los asientos de cuero eran mullidos, y el traquetear del aparato le pareció un arrullo al avanzar, por lo que empezó a adormecerse sin poder evitarlo. El coche se movía con lentitud en medio de las atestadas calles. Cuando Benedict dobló en una curva pronunciada, Anna apenas entreabrió los párpados y los volvió a cerrar, fastidiada por el brillo del sol.

Sabía que el recorrido hasta la residencia Sinclair debía de ser breve y que más le valía estar atenta para recomponer su apariencia lo mejor posible antes de entrar si quería evitar un enfrentamiento con su madre. No obstante, se sentía tan a gusto que no atinaba a mirar por la ventanilla para comprobar cuánto faltaba para llegar. Ni siquiera lo hizo cuando el vehículo fue disminuyendo la marcha. Solo cuando se detuvo del todo y sintió un leve toque en su hombro, abrió los ojos al tiempo que emitía un murmullo de enojo.

Al mirar alrededor, sin embargo, todo rastro de adormecimiento se evaporó como por encanto. Esa no era su casa. Aún más, ni siquiera parecía el frente de ninguna vivienda que conociera, lo que era del todo lógico porque, al mirar con mayor atención, comprendió que se encontraban en la parte trasera de una residencia y, al inspeccionar la forma del edificio, lo identificó sin dificultad.

Miró el perfil de Benedict, que en ese momento batallaba con las palancas del vehículo.

—Lord Cahill, esta no es la casa de mi familia, sino de la suya. ¿Se puede saber por qué me ha traído aquí?

Él no respondió. Hizo como si no la hubiera oído, bajó del coche y dio la vuelta para abrirle la portezuela. Anna estaba decidida a no dar un paso, pero, de todos modos, Benedict no intentó ayudarla a bajar, sino que la tomó en brazos sin mayor esfuerzo y la colocó sobre el camino de grava sin ningún tipo de ceremonias. Demasiado sorprendida para atinar a decir nada, se contentó con mirarlo con los ojos muy abiertos y una expresión tan horrorizada que hizo que él estuviera a punto de echarse a reír.

—Muy bien, milady. —Benedict señaló la pequeña puerta tras ellos con la cabeza—. Es evidente que se encuentra herida, y preferiría atenderla antes de acompañarla a su casa.

—Lo que usted prefiere, milord, es controlarlo todo —lo acusó ella una vez que recuperó la voz—. ¿Cómo se atreve a intentar decidir por mí? ¿No me cree capaz de velar por mí misma?

Él no se molestó en considerar las palabras de ella, sino que respondió de inmediato y sin asomo de duda.

—Acabo de encontrarla en medio de la calle, es evidente que está lastimada, y ha sido lo bastante testaruda para rehusarse a recibir ayuda solo por orgullo —le recordó él en tono gélido—. No, milady, no la creo capaz en este momento de hacer lo mejor para usted porque es demasiado obcecada para ello. Ahora bien, he dejado el coche aquí porque entiendo que preferirá que no la vean ingresar por la puerta delantera, pero, si no entramos de inmediato, atraerá la atención de cualquier manera, así que le sugiero que deje de protestar por una vez en su vida y use su sentido común.

Anna se preguntó entonces qué tan doloroso resultaría para él que ella le pegara con la sombrilla, pero, ya que muy en el fondo sabía que Benedict pretendía ayudarla, apretó los dientes y asintió de mala gana. Sin embargo, no tomó el brazo que él le extendió, sino que caminó con pasos medidos en dirección a la entrada.

Un muchacho acababa de salir, alertado por el ruido del vehículo, y abrió mucho los ojos al verlos acercarse, pero no emitió una sola palabra; apenas se limitó a agachar la cabeza en señal de saludo y se hizo a un lado para que pudieran entrar.

Anna no acostumbraba visitar el área destinada a las cocinas y las otras dependencias de los sirvientes en la casa de su familia, pero era evidente que ese no era el caso de Benedict, que se desplazaba con movimientos seguros y le abrió el camino para indicarle por dónde debía ir en tanto asentía a un lado

y a otro para saludar a los sirvientes que iban dejando sus labores para mirarlos, un poco asombrados por la presencia de aquellos dos, aunque Anna supuso que no tanto como se habrían mostrado otros en un caso similar. Al parecer, lord Cahill era un visitante bastante asiduo. ¿Acostumbraría también introducir mujeres en las cocinas?, se preguntó con cierta malicia, pero decidió descartar el pensamiento porque eso no era en absoluto de su incumbencia.

Con un gesto de enojo dirigido a sí misma, bajó unos peldaños tras ignorar una vez más el brazo que Benedict le tendió para ayudarla y se detuvo al lado de una puerta que acababa de abrirse para dar paso a una mujercita pequeña y regordeta que los contempló con las cejas elevadas. Fuera de eso, no dio una sola señal de sorpresa por la presencia de la pareja.

—Señora Meadows —Benedict la saludó con una sonrisa y señaló a Anna—. Lady Schellin ha tenido un contratiempo y necesita nuestra ayuda.

El ama de llaves, a quien Anna había visto varias veces, asintió sin parpadear y señaló el interior de la estancia para que entraran.

Esa debía de ser la salita destinada al personal de servicio, comprendió Anna al ver el par de sillones y las sillas apiladas contra una pared, así como la pequeña mesa con unas labores de punto dispuestas sobre ella, como si las criadas acabaran de dejarlas con descuido para dedicarse a otro trabajo.

—Siéntese, milady, en tanto le damos un vistazo.

Anna no dudó en hacer lo que la señora Meadows le indicaba y ocultó un gesto de enojo cuando vio la expresión divertida en el rostro de Benedict al notar que obedecía sin chistar. Bueno, el ama de llaves le recordaba mucho a una niñera particularmente mandona que ella y su hermano habían compartido en la infancia, de modo que actuó de manera inconsciente. Pero, tan pronto como se sentó y extendió las piernas al frente, supo que había hecho lo más inteligente.

La señora Meadows no emitió un solo comentario respecto a por qué el señor había llevado a Anna a la sección de los empleados en lugar de a la que le correspondía a la familia, como habría sido lo más lógico. En lugar de ello, le dirigió una amable sonrisa y se ausentó un momento para regresar rápido con una jofaina con agua tibia y unos lienzos, seguida por una joven doncella que debía de estar muy bien entrenada, porque tampoco dio ninguna muestra de sorpresa al verlos.

Benedict había retrocedido para no estorbar. Cuando Anna lo miró, notó que la estancia parecía muy pequeña para él. De algún modo, era como si todo a su alrededor disminuyera en tamaño e incluso las personas cerca de él se desdibujaran debido al aura de poder y seguridad que irradiaba. Era eso o el dolor empezaba a atontarla, se dijo Anna al caer en la cuenta de la senda que seguían sus pensamientos.

La señora Meadows la tocó con delicadeza y emitió pequeños bufidos según iba descartando problemas. Era evidente que estaba acostumbrada a tratar con esa clase de accidentes. Solo entonces Anna creyó recordar que Beatrice le había comentado alguna vez que aquella mujer había recibido entrenamiento como enfermera antes de empezar a servir en casa de lord Falmouth.

La señora se mostró satisfecha con lo que iba encontrando hasta que llegó a la rodilla de Lady Schellin y levantó el ruedo de la falda para inspeccionar las piernas. Solo entonces miró por encima del hombro en dirección a Benedict y elevó una ceja con intención evidente.

—Tal vez quiera esperar afuera, milord. No tardaremos mucho.

Él pareció estar a punto de protestar, pero Anna tuvo la satisfacción de ver que, al igual que ella, parecía incapaz de discutirle algo al ama de llaves. Con un asentimiento brusco y una pequeña sonrisa burlona hacia la dama, que le provocó a ella un sonrojo, dejó la sala, y Anna exhaló un suspiro aliviado.

Le pareció que la señora Meadows esbozaba una casi imperceptible sonrisa al reparar en la reacción, pero bien pudo haberlo imaginado, porque la señora tornó serio el semblante de inmediato y continuó con la revisión.

Al bajar la mirada, Anna pudo ver por fin el estado en que se encontraba su pierna y emitió un gemido, mezcla de dolor y desesperación, al darse cuenta de que estaba peor de lo que había imaginado. Un rastro de sangre le bajaba por la rodilla y se perdía en los bajos de las medias hasta el borde del botín.

La señora Meadows, sin embargo, no pareció impresionada y la descalzó con mucho cuidado, ayudada por la doncella. Le quitó la media de seda, que desde luego se encontraba arruinada por completo, y usó los lienzos para limpiarle la piel y así examinar mejor la herida que, Anna pudo verla entonces, era algo más pequeña de lo que había esperado, aunque eso no ayudaba a disminuir el dolor. Parecía como si alguien la hubiera golpeado con un bastón hasta levantar varias capas de piel y dejar una llaga en carne viva

que escocía, pero la empleada no hizo mucho caso de los gestos de molestia de la joven. En cambio, la obligó a girar la rodilla y mover la pierna de un lado a otro para descartar otro tipo de daño. Satisfecha al comprobar que no había nada más por lo que preocuparse, esparció una pomada con un leve aroma a espliego sobre el corte y vendó la zona con movimientos expertos. Luego hizo una señal a la doncella para que las dejara a solas y, pasados unos minutos, Benedict regresó al salón.

—No es nada severo, pero milady ha sufrido un feo golpe —la señora Meadows respondió a la muda pregunta del caballero con amabilidad—. Le prepararé un té para el dolor, y dentro de un momento se sentirá mucho mejor.

—Gracias, señora Meadows.

El ama de llaves aceptó el agradecimiento con una sonrisa y se marchó tras hacer una reverencia a Benedict, que acercó una silla para ubicarla frente a Anna y se dejó caer al tiempo que le dirigía una de esas profundas miradas. Ella advirtió entonces que tenía la pierna descubierta hasta la rodilla y bajó la falda con un movimiento apurado. Odiaba el rubor que debía de haberle subido al rostro. Como se encontraba recostada en el sillón, tuvo que inclinarse hacia adelante para intentar arreglarla lo mejor posible, pero Benedict le tomó la mano y la hizo a un lado para que la posara sobre el regazo en tanto él se ocupaba de acomodar la tela con movimientos serenos. Al ver aquellas manos de dedos largos y elegantes realizar una labor como aquella con tanta concentración, la dama sintió que el corazón empezaba a latirle con tanta fuerza que temió que él pudiera oírlo y desvió la mirada para dirigirla a la pequeña ventana que permitía el ingreso de una suave brisa en la estancia.

—Creo que está bien. —Benedict cruzó las manos a la altura del pecho y echó el cuerpo hacia atrás en la silla para buscar su mirada—. Espero que se encuentre mejor.

Anna asintió.

—Mucho mejor, gracias —dijo ella—. Tal vez debería marcharme.

—Creo que será mejor que beba ese té que mencionó la señora Meadows y descanse un momento antes de ponerse de pie. La llevaré a su casa en cuanto se sienta más segura de que podrá caminar sin problemas.

—Me siento bastante segura ahora.

—Milady.

Anna comprendió que solo estaba haciendo el ridículo, además de mostrarse terriblemente malagradecida. Él intentaba ayudarla; sin embargo ella no había dejado de protestar y poner todo tipo de excusas desde que se habían encontrado en la calle. Aunque en un primer momento había odiado que fuera justo Benedict quien la hubiera hallado en semejante tesitura, ahora se sentía aliviada de que hubiera aparecido en su camino.

—Le estoy muy agradecida por su ayuda, milord. Ha sido usted en extremo amable, y solo puedo expresar cuánto...

—Milady.

Benedict la interrumpió con tranquilidad, en un tono tan suave, que Anna se vio atraída de manera irremisible hacia él y levantó la mirada para encontrarse con los ojos enfocados en el rostro de ella.

—No hay nada que deba agradecer —descartó—. No habría podido hacer otra cosa. Me alegra que la situación resultara menos delicada de lo que pensé al verla en la calle.

Anna asintió sin desviar la vista. Parecía como si se encontrara hechizada y solo consiguió romper el encanto al oír la llegada de la señora Meadows, quien traía con ella una taza humeante que colocó en las manos de la joven.

—Esto le sentará estupendo, milady. Beba hasta la última gota y descanse unos minutos.

El ama de llaves se quedó de pie hasta que la vio tomar el primer sorbo y volvió a marcharse luego de intercambiar con Benedict una rápida mirada.

—Está muy bueno.

Él sonrió al oír el comentario de Anna, quien dio un nuevo trago a la infusión con expresión de deleite.

—Los remedios de la señora Meadows siempre han tenido muy buen sabor —asintió él—. Nunca he sabido cómo lo hace, pero es una habilidad que mis hermanas y yo siempre hemos apreciado.

Anna le devolvió la sonrisa, pero parte del gesto se esfumó al reparar en que el resto de la familia debía de encontrarse en la casa. A pesar de apreciar mucho a Beatrice y Catherine, prefería que ellas no se enteraran de esa aventura; no solo porque odiaba la idea de poner en evidencia su descuido,

sino porque ello les recordaría una situación similar en la que habían terminado envueltas las tres y le aterraba que fueran a mencionarlo frente a su hermano.

Sin embargo, Benedict la tranquilizó al negar con la cabeza ante la expresión contrariada de Anna como si hubiera sido capaz de leerle la mente.

—Descuide, ellas no están en casa. Salieron con mi padre a hacer unas visitas.

Anna elevó mucho las cejas al oírlo.

—¿Lord Falmouth está en Londres?

—¿Por qué todo el mundo parece encontrar eso tan sorprendente?

La voz de Benedict surgió cargada de una fina ironía, pero Anna detectó también un profundo tono afectuoso que no encontró nada extraño. No era un secreto que él y su padre mantenían una relación excelente, pero aun así le pareció inusual enterarse de la llegada de lord Falmouth a la ciudad.

—¿Se quedará mucho tiempo? —preguntó ella en tono cortés mientras daba otro sorbo al té.

—No, solo hasta pasado mañana por la tarde —indicó Benedict—. Llegó hace un par de días para atender unos asuntos del albergue. Me asombra que su hermano no se lo haya mencionado.

Anna hizo un gesto indeciso, sin explicar que hacía varios días que ella y William no hablaban. Él pasaba buena parte de la jornada fuera de casa y, cuando regresaba, prefería acompañar a Rose en sus aposentos, preocupado por la incomodidad que padecía su esposa ya cerca del alumbramiento. Eso a Anna le parecía del todo natural y lo tomaba como una de las muchas muestras de amor que ambos se prodigaban siempre.

—Él ha estado muy ocupado —explicó ella al fin, sin entrar en detalles.

Benedict asintió, si bien no pareció comprenderlo del todo.

—Como decía, la estancia de mi padre será más bien breve. Debe de recordar cuánto odia dejar Gloucester —comentó él, a lo que Anna asintió sin dudar; vaya que lo recordaba—. De no haber surgido este problema, no habría venido, pero, ahora que está aquí, quiere aprovechar su tiempo en Londres. Mis hermanas insistieron en que las acompañara a visitar a unos parientes y en que luego las llevara a conocer uno de esos almacenes que acaban de abrir. Pretenden esquilmarlo, desde luego.

La dama no pudo contener una risa al escuchar el tono bromista del hombre, segura de que estaba en lo cierto; pero dudaba de que a lord Falmouth le molestara. Aunque era un caballero estricto y despertaba un respeto casi reverencial a su paso, era también sabido entre sus amistades que tenía una debilidad absoluta por sus hijas y que jamás se negaría a cumplir ningún pedido de ellas.

—Hemos organizado una cena mañana solo para los amigos más cercanos —continuó Benedict al tiempo que correspondía a la sonrisa de ella—. Ya deben de haber entregado su invitación. Espero que pueda venir.

Anna bajó la mirada a la pierna lesionada y se encogió de hombros.

—Mucho me temo que eso no depende de mí —comentó ella en tono resignado.

—Conservaré la esperanza de cualquier manera, solo por si acaso —replicó él.

Lady Schellin hizo un gesto indeciso, sin responder. Se instauró un silencio entre ambos, pero no fue en absoluto incómodo, por el contrario. Mientras ella terminaba la bebida, él recorría con los ojos su rostro inclinado y las manos que sostenían la taza con delicadeza. El cabello de la joven estaba revuelto, y varios mechones que escapaban de su peinado le caían sobre la frente.

Cuando Anna bebió el último sorbo del medicinal, intentó dejar la taza en una mesilla auxiliar, pero Benedict se le adelantó para tomarla de sus manos y hacerlo por sí mismo. Era la segunda vez que las manos de los dos se rozaban aquel día, y la sacudió de nuevo un estremecimiento frente al contacto. Si él era capaz de provocarle tantas cosas tan solo con un leve toque, no quería imaginar lo que sería de ella si permitía que se tomara algún otro tipo de libertad. Un segundo después de que ese pensamiento le llegara a la mente, se reprochó con crueldad por él. ¿Qué clase de libertad iba a permitirle a Benedict Cahill?

Él carraspeó para llamarle la atención, y solo entonces reparó en que se había quedado inmóvil con las manos a altura del pecho, como una absoluta tonta. Enojada consigo misma, bajó las palmas y forzó una expresión de estudiada indiferencia.

—¿Va a contarme qué estaba haciendo para terminar en el estado en que la encontré?

Anna alzó con brusquedad la cabeza y tragó con fuerza. Desde luego que tenía que preguntarlo, no habría sido él de no haberlo hecho, pero ella estaba en su derecho de no responder.

—Preferiría no hablar al respecto —contestó al cabo de un momento.

Benedict no dijo nada de inmediato, sino que mantuvo la mirada sobre la figura de la dama, como si pretendiera leerle la mente y descubrir aquello que no parecía dispuesta a confesar.

—Tengo una sospecha y me atrevería a apostar todo lo que poseo a que estoy en lo cierto —expresó él con suavidad pasado un instante—. Oí que hubo algunos disturbios en Westminster hace unas horas.

—Supone demasiado, milord.

Él la ignoró y continuó como si no la hubiera escuchado.

—Sin embargo, no es su paradero de esta mañana lo que más me intriga, sino lo que puede haberla llevado a correr semejante riesgo. Nunca la he tenido por una mujer aventurera, milady.

Anna alzó el rostro y le lanzó una mirada desafiante.

—Ni por una a la que le guste leer, o que prefiera dar paseos por un jardín en lugar de participar en un baile, o que sea capaz de disfrutar de la vida en soledad, sin necesidad de la compañía de un hombre —acusó ella, que parecía morder las palabras—. Usted no me conoce en absoluto, milord.

Benedict asintió con suavidad, sin alterarse por esa perorata.

—Eso veo —aceptó él que pareció encantado por ello—. Incluso creo haber mencionado ya que es una deliciosa sorpresa.

Anna bufó, indignada, pero no respondió; él la observó con mayor atención.

—¿Por qué está tan enfadada conmigo? —preguntó—. ¿Qué es lo que le he hecho?

—Nada en absoluto.

Anna respondió tan rápido que incluso ella misma debió reconocer que la mentira era demasiado evidente.

—Claro. Me cuesta creerle —comentó Benedict, tal y como la dama había supuesto que diría—. ¿Está relacionado con lo desagradable que fui con usted antes? Le ofrecí disculpas, y usted las aceptó.

—Desde luego que lo hice.

Otra respuesta apresurada y otra mentira. Anna suspiró y abandonó parte de esa actitud belicosa para mirarlo a los ojos.

—No quiero seguir con esto —se quejó ella—. Usted me confunde, creo que lo hace a propósito. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Benedict sonrió y se inclinó hacia ella sin dejar de contemplarla.

—Ya lo sabe —respondió él con tersura.

Anna bajó la vista. Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Y usted sabe también lo que pienso al respecto. No deseo...

Ella calló con brusquedad porque Benedict le tomó la mano sobre el regazo y ese simple gesto la obligó a levantar otra vez la mirada mientras el corazón le bombeaba con furia dentro del pecho.

—Sí que lo desea. Lo hace tanto como yo, puedo verlo en sus ojos y sentirlo en su piel. —Él le acarició el dorso de la mano temblorosa con los dedos; Anna contuvo a duras penas un jadeo—. Pero no comprendo por qué se reprime. No me venga con eso de que está muy bien sola y que no necesita a nadie o nada más en su vida porque nunca podré creerle. Es una mujer apasionada, no importa cuánto se esfuerce por ocultarlo; pero tiene miedo.

Anna se humedeció los labios para responder porque tenía la garganta tan seca como si acabara de atravesar un desierto.

—No tengo miedo —afirmó ella, y le sorprendió lo extraña que sonó su voz—. Ya no.

Benedict frunció apenas el ceño al comprender las implicancias de lo que decía.

—Pero lo tenía antes.

Ella no respondió. Le sostuvo la mirada en un gesto de desesperada necesidad en tanto imploraba que no dijera nada más porque lo que en verdad temía, lo único que la asustaba, era el poder que él tenía sobre ella. Era consciente de que, dijera lo que dijera, nada podría hacer desaparecer esa necesidad que la carcomía por dentro.

Él, como si fuera capaz de adivinar en parte lo que pensaba, se acercó aún más, hasta dejar el rostro a solo unos milímetros del de Anna; le habló en un tono grave y un tanto alterado, pero ella supo que no era el motivo de su ira.

—Nunca le haría daño. Nunca.

Habría deseado creerle, o tal vez incluso lo hacía. Sin embargo, luego de años de angustia y sufrimiento, se sentía incapaz de soñar siquiera con que aquello fuera posible. Le había costado tanto llegar a ese punto en que se sentía a salvo que pensar en arriesgarlo, por mucho que lo deseara, le parecía una locura.

Benedict aguardó una respuesta, pero ante el silencio no le quedó más alternativa que echarse hacia atrás y poner distancia entre ambos. Anna sintió como si hubieran cerrado de golpe una ventana ante sus ojos y entonces se viera desprovista del aire que había disfrutado hasta ese instante.

—Haré que lo vea.

Las palabras surgieron como una promesa. Anna estuvo a punto de decirle que lo dejara estar, que no tenía sentido y que esa terquedad solo podría traerles dolor, pero no tuvo tiempo de hacerlo porque en ese momento la señora Meadows regresó tras dar un leve toque a la puerta.

—Disculpe la interrupción, milord, pero ha llegado un mensaje de lord Falmouth —indicó la señora, que mantenía cierta distancia y evitaba mirarlos de manera directa—. Pregunta si estaría dispuesto a reunirse con él y sus hermanas para tomar el té en el nuevo hotel del señor Braxton una vez que ellos hayan terminado con las compras.

Benedict vaciló un instante antes de asentir.

—Está bien. Envíe una nota de mi parte para decirle que me reuniré con ellos dentro de un par de horas en el hotel.

El ama de llaves asintió y se marchó con el mismo sigilo con el que había llegado. Anna oyó los pasos alejarse por el pasillo; tomó eso como una señal de que debía hacer lo mismo.

Sin atreverse a mirar a Benedict, bajó los pies al suelo e intentó ponerse de pie, pero él la sujetó por un brazo al notar que estaba a punto de trastabillar al levantarse con tanta rapidez. Sin pensar, ella apoyó una mano abierta sobre el pecho de él para recuperar el equilibrio y reparó entonces en que el corazón de Benedict palpitaba con la misma acompasada rapidez con la que debía de

latir el de ella. De haber permanecido en esa posición durante un segundo más, se habría rendido sin remedio. Estuvo tentada a dejar caer la cabeza contra el hombro de ese hombre y olvidarlo todo, pero para su sorpresa fue él quien puso distancia entre ambos. No la soltó, sin embargo, sino que la mantuvo sujeta por el hombro y usó la mano libre para acariciarle el rostro con un leve toque, tan suave que le provocó el absurdo deseo de llorar. Nunca nadie la había acariciado con tanta ternura desde que era una niña y se arrebujaba en brazos de su madre.

—Por favor, venga mañana en la noche —demandó él—. Quiero verla.

Anna sonrió al oír el apasionado pedido, que tenía tanto de ruego como de exigencia.

—Me está viendo ahora —señaló ella.

—No es suficiente. Empiezo a pensar que nunca lo será.

Anna se soltó de a poco del agarre y suspiró aliviada cuando él no hizo amague de detenerla. Los cuidados de la señora Meadows habían surtido efecto: podía caminar casi con normalidad. Salvo por el vestido ajado y el cabello revuelto, estaba segura de que no habría nada en ella que llamara la atención de su familia en cuanto llegara al hogar. Ya pensaría en algo que inventar respecto al tiempo pasado fuera y a la razón de ese aspecto descuidado.

—¿Podría...? —Ella carraspeó para aclarar su voz—. Le estaría muy agradecida si ordenara que trajeran un carruaje de alquiler para que pueda regresar a casa.

Benedict pareció estar a punto de protestar, pero asintió al cabo de un momento y se acercó para pasar a su lado en dirección a la salida. Anna supuso que transmitiría el encargo a alguno de los jóvenes que trabajaban en la cocina, pero, antes de marcharse, él se dirigió de nuevo a ella.

—¿Mañana? —preguntó.

Anna se vio asintiendo casi sin pensar y, aun cuando estuvo segura de que cometía un terrible error, se dijo que bien valdría la pena si con ello atendía al menos en parte al deseo más profundo de su corazón.

CAPÍTULO 8

Podría matarlo.

Podría tomarlo del cuello, despellejarlo vivo y ahorcarlo con sus propias manos. Todo ello tendría sentido, desde luego, si el objeto de su furia no estuviera muerto ya.

¿Qué demonios le había hecho Richard Schellin a su esposa para llevarla a ese estado de desconfianza y temor? ¿Cómo la había convertido en esa mujer resignada a una vida estéril cuando él sabía, lo sentía en cada partícula del cuerpo, que en el fondo deseaba amar y ser amada?

No era un tonto, estaba seguro de que Schellin debía de haberse ocupado de destrozarse buena parte de las ilusiones de esa joven que se había casado con él sin imaginar lo que le esperaba. Lo había visto antes: mujeres inocentes que se entregaban a ciegas, seguras de que conocerían la felicidad de la que hablaban las historias que les relataban sus madres, quienes nunca se molestaban en advertirles que la vida era mucho más complicada que los cuentos de hadas. Anna había sido una de esas muchachas, y él lo había lamentado por ella al enterarse del matrimonio e imaginar la vida que tendría con ese marido, pero nunca como hasta entonces había sentido tanta rabia al darle vueltas en la mente a todas las posibles heridas que él debía de haberle infringido.

Él no la había conocido de verdad hasta ese momento. Entonces creía saber quién era, lo que escondía. Ya no era solo esa jovencita un poco frívola y despreocupada por quien había sentido lástima pero también cierta indiferencia. En ese momento podía verla en verdad. Era una mujer. Una que le inspiraba cualquier cosa menos lástima o indiferencia. Simpatía. Ternura. Deseo. Pero no indiferencia: eso nunca más.

La deseaba tanto que le parecía casi doloroso. No podía pensar en otro momento de su vida en que hubiera sentido algo como aquello. Y era lo bastante experimentado, además, para saber que no ansiaba solo tomar su cuerpo. Lo había descubierto cuando la había sostenido entre sus brazos, al

ayudarla a ponerse de pie para que pudiera marcharse y regresar a su casa. Había sido ella quien se había apoyado contra el cuerpo de él, quien había levantado el rostro y le había mostrado con una mirada que, de haberlo querido, habría bastado con un solo movimiento de parte de él para tenerla. Pero no había podido hacerlo. Ella merecía mucho más que eso. El problema era que no sabía si Anna estaría alguna vez dispuesta a permitir que él intentara dárselo o si él sería capaz de ofrecerlo.

Era demasiado extraño y confuso, se dijo Benedict mientras se veía en el espejo antes de bajar al salón para recibir a los invitados a la cena en honor de su padre, que retornaría a Gloucester. Su ayuda de cámara se había lucido, como siempre, y no le permitió dejar la habitación hasta sacudir una brizna de polvo inexistente de la chaqueta del traje o retocar por enésima vez el nudo de la corbata.

Morris había sido un empleado leal durante veinte años antes de ser promovido a ayuda de cámara; se tomaba muy en serio su posición. A Benedict nunca le había disgustado la idea de contar con un asistente a su servicio, ya que había crecido acostumbrado a ello, pero a veces ansiaba un poco de soledad. Esa noche, le habría pedido que lo dejara terminar de arreglarse solo de no ser porque estaba seguro de que Morris se lo tomaría como una afrenta personal.

Para cuando dejó su habitación, el reloj del salón ya había marcado las ocho: los invitados empezaban a llegar. Se reunió con su padre y Beatrice en la escalera, quien estaba radiante en un vestido de noche en un tono subido de rosado que debía de haberle costado a lord Falmouth una pequeña fortuna en la visita a los almacenes el día anterior. La joven entonces les informó que Catherine tardaría un poco más en bajar porque había despertado tarde de la siesta.

Benedict había sido muy cuidadoso al redactar la lista de invitados a la cena. Solo había enviado invitaciones a unos cuantos parientes que residían en Londres y a un pequeño grupo de amigos cercanos de la familia a quienes lord Falmouth no había tenido tiempo de visitar desde su llegada. De por sí, su padre no era un hombre muy sociable, aspecto que él mismo había heredado. Al verlo de reojo mientras se encaminaban al salón, admiró ese andar elegante y seguro de sí mismo que había conocido desde que tenía memoria. A pesar de haber llegado ya a los sesenta años y de que hacía mucho que sus cabellos habían empezado a blanquear, mantenía una

apariencia enérgica y habría podido pasar con facilidad por un hombre con diez años menos. No había una sola persona en el mundo a quien admirara tanto como a él.

Al advertir la inspección de la que era objeto, lord Falmouth se detuvo un momento antes de entrar al salón y dirigió a su hijo una mirada intrigada.

—¿Todo bien? —interrogó.

Benedict asintió.

—Perfecto —respondió—. ¿Vamos?

Lord Falmouth llevó del brazo a su hija. Benedict se mantuvo un par de pasos atrás, la misma formación que adoptaron para saludar a los invitados que ya se encontraban allí y a los que iban llegando. Distinguió a un par de grupos compuestos por amistades de la familia y a varios de los parientes lejanos. Aunque procuró no ser evidente e incluso intentó engañarse a sí mismo al decirse que en verdad no era tan importante, no pudo evitar recorrer el salón en busca de los Sinclair. Ellos no habían llegado aún, ni siquiera estaba seguro de que fueran a aparecer de cualquier modo. Lady Sinclair había respondido a la invitación con una nota de agradecimiento, pero no había asegurado que ella y el resto de la familia pudieran asistir.

Según sabía Benedict, la esposa de lord Sinclair estaba a punto de tener a su segundo hijo y no se dejaba ver en sociedad desde hacía algunas semanas, por lo que sería posible que el resto de la familia prefiriera permanecer a su lado. Sin embargo, aún podía conjurar con facilidad el rostro de Anna cuando había asentido al pedirle que concurriera aquella noche. Algo le decía que ella no le habría mentado, pero pese a ello exhaló un hondo suspiro de alivio al atisbar el rostro familiar de la señora Relish, que se abría camino en dirección al salón luego de atravesar la puerta de entrada. Anna nunca permitiría que su tía se presentara sin compañía.

Tal y como imaginaba y ansiaba, a la figura de la señora Relish, siguió otra mucho más joven y grácil. Lady Schellin se veía exquisita en un vestido de seda azul que le hizo acordar al cielo de Gloucester en primavera. Benedict no recordaba haberla visto llevar algo tan alegre desde que había llegado a Londres. Hasta entonces había mantenido el luto apenas salpicado por trajes no mucho menos apagados. En ese instante, no obstante, se parecía más que nunca a la joven que había conocido hacía años, convertida en una mujer que no temía mostrar su belleza aun cuando conservara ese aire reservado y misterioso que él encontraba tan cautivador.

Al mirar alrededor, comprendió que él no era el único que había reparado en la presencia de la dama y que varios otros hombres la veían con mal disimulado interés. Se sintió un poco idiota solo por pensarlo, pero estuvo tentado a avanzar hasta ella y reclamarla como suya para evitar que cualquier otro soñara siquiera con obtener su atención. “Idiota, sin duda”, rumió entre dientes al verla acercarse para saludar a su padre. Lord Falmouth le hizo algunas preguntas acerca de su familia y le transmitió el afecto de su esposa; a su madre siempre le había agradado Anna, quizá porque lady Falmouth en su juventud había sido todo lo opuesto a ella: más bien discreta y tan reservada como su marido.

Cuando llegó hasta donde él se encontraba, le rehuyó los ojos e hizo una rápida reverencia antes de ceder el lugar en la fila a los otros invitados, pero Benedict no intentó retenerla. Esperaba que pudieran compartir algunos momentos luego; prefería que fuera en privado.

La señora Meadows se había lucido en la organización de la velada. No solo había arreglado una cena extraordinaria, para lo que, si se consideraba el poco tiempo que había tenido, debía de haber vuelto loca a la cocinera; también se había ocupado de contratar a un trío de cuerdas para que amenizaran la reunión una vez que los caballeros se reunieran con las damas en el salón.

Benedict ocupó un sillón al lado de Catherine, quien se veía algo apagada aquella noche, pero lo achacó al hecho de que hubiera dormido más de la cuenta y a que Beatrice había preferido formar parte de otro grupo con algunos de sus amigos, entre ellos, Harry Boyle, quien había llegado algo tarde y se había disculpado por no haber podido escapar antes del periódico. A pesar de que también le había cursado una invitación, Christian había preferido declinarla, aunque, según Harry, eso se debía en gran medida a que tenía pautada una sesión fotográfica aquella noche con una dama a quien venía cortejando hacía meses. De cualquier manera, Benedict se prometió que buscaría una oportunidad pronto para que ambos pudieran sostener una conversación, porque aún le sabía mal el conato de discusión que habían mantenido en el club.

Anna, lo mismo que él, conservaba cierta distancia del resto de los invitados. Como mucho prestaba atención a quienes se acercaban a ella y asentía o negaba sin develar demasiado. La señora Relish se mostraba mucho más sociable que su sobrina, y no le sorprendió que, pasado poco tiempo de que hubieran llegado al salón, Anna se quedara sola, expuesta a varios

admiradores. Aquellos hombres parecían acudir cada tanto para dispensarle toda clase de halagos, supuso Benedict, que no podía apartar la vista de ella aunque sabía que, con esa actitud, solo ponía en evidencia su interés.

—Qué velada más encantadora, milord. Me cuesta creer que haya conseguido organizarla con tan poca anticipación.

Benedict parpadeó y abandonó la contemplación de Anna para buscar a quien le había hablado, pero tardó un momento en reparar en la figura menuda situada a su izquierda, a unos metros de donde se encontraba Catherine, quien, al igual que él, parecía del todo perdida en sus propios pensamientos.

La señora Diana Mansfield era la esposa de un buen amigo de su padre, un diplomático de carrera que siempre le había resultado de lo más simpático. Era una lástima que ese agrado no se extendiera a su mujer, quien le parecía insufrible y chismosa que solo era recibida en Falmouth House en consideración a ese parentesco. Pequeña de estatura, con un rostro achatado que recordaba a una serpiente y el cabello cano peinado pegado al cráneo, espantaba un poco al verla de improviso, y Benedict apenas consiguió disimular el sobresalto que le provocó distinguirla salida de la nada. Se recuperó con rapidez, sin embargo, y esbozó una sonrisa cortés.

—Señora —saludó con una cabezada, para luego agregar—: Es muy amable, pero no puedo arrogarme todo el mérito; contamos con mucha ayuda. La señora Meadows, nuestra ama de llaves, es de lo más diligente.

La dama hizo un gesto que a Benedict le pareció de desprecio, como si pretendiera hacer menos la labor de la señora Meadows tan solo por tratarse de una empleada.

—Tonterías. Peca de modesto, pero sé que no es verdad. Nada de esto habría sido posible sin usted.

Benedict no discutió porque no le encontró sentido a hacerlo y porque sabía por experiencia que el mejor modo de librarse de ella era hablarle tan poco como fuera posible con la esperanza de que se aburriera pronto.

De modo que cabeceó, distraído. Volvió a dirigir la mirada a Anna, que, para su sorpresa y un tanto de molestia, en ese momento hablaba con Harry. Su amigo parecía fascinado por ella; tenía la cabeza a escasa distancia de la de la joven en un gesto confidente que a Benedict le produjo ganas de tirarle del hombro para que se dejara de tonterías.

La señora Mansfield, que lo devoraba con los ojos y había advertido su reacción, carraspeó para atraer la atención de Benedict.

—Es viuda, ¿sabe? —dijo ella, como si dejara caer una gran revelación.

Él frunció el ceño y asintió de mala gana.

—Eso he oído.

—Me refiero a que ha estado casada.

La señora se ganó una nueva mirada de enojo.

—Por lo general es necesario haberlo estado para enviudar —comentó él sin molestarse en suavizar el tono.

Su compañera apretó los labios tras lo cual le dirigió una mirada reprobadora, pero no se dio por vencida, sino que continuó como si ese evidente fastidio le hubiera insuflado nuevos ánimos.

—Ella y lord Schellin compartieron dos años de matrimonio antes de ese terrible accidente. No tuvieron hijos —mencionó ella.

—¿No?

—Así es. Eso la ubica en una posición de lo más incómoda, ¿no lo cree? Aún es joven y tiene una buena fortuna, además de que nadie negaría que es muy llamativa, pero una mujer que ha demostrado estar imposibilitada para proveer un heredero pierde mucho atractivo en el mercado matrimonial.

Benedict contuvo el impulso de gritarle al rostro que ni Anna era una yegua ni él un imbécil que no fuera capaz de deducir a la perfección lo que ella intentaba dar a entender. Le costó mucho: solo la idea de lo que podría decir su madre si se enteraba de que había tratado de esa manera a una invitada lo ayudó a conservar la calma. En lugar de ello, le dirigió una mirada que habría congelado la chimenea y habló con voz de trueno.

—Es una suerte, entonces, que a lady Schellin eso parezca tenerla sin cuidado, ¿cierto? Aún más, debo decir que, visto desde otro ángulo, eso la hace mucho más interesante. Imagine todas las libertades que eso confiere.

Ni siquiera se detuvo a contemplar el rostro horrorizado de la mujer, sino que dio una seca cabezada en señal de despedida y se dirigió al otro lado del salón, donde se le unió su padre unos minutos después.

—¿Por qué luce la señora Mansfield como si acabara de tragar un ratón? —preguntó lord Falmouth en un leve tono risueño poco habitual en él.

Benedict respondió con un gruñido que pareció divertirlo aún más.

—Bueno, lo que sea que le hayas dicho, estoy seguro de que se lo merecía —continuó sin alterarse—. Nunca entenderé qué fue lo que vio Bernard en una mujer tan desagradable.

Ante un persistente mutismo por parte de su hijo, a lord Falmouth no le quedó más opción que buscar hacia dónde miraba él con expresión preocupada.

—¿Esto tiene algo que ver con lady Schellin? —inquirió.

El hecho de que su padre relacionara su molestia con Anna sorprendió a Benedict lo suficiente para abandonar esa actitud distante y darse vuelta para observarlo con atención.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó.

Lord Falmouth cabeceó, y una sonrisa afloró a sus labios.

—Sé algunas cosas acerca de cómo ve un hombre a una mujer por la que se siente atraído y también sobre cómo acostumbra reaccionar cuando tal persona es criticada —respondió su padre, irónico—. Aunque debo decir que siempre he tenido la impresión de que no es sencillo hacerte perder el temperamento. Desde luego, es la primera vez que te enamoras, así que es una equivocación razonable.

—No estoy...

—¿No? —lo interrumpió, y se encogió de hombros antes de continuar—. Entonces tal vez esté confundiendo las cosas.

Benedict lo fulminó con la mirada, sin responder. Lo conocía lo bastante bien para saber que solo pretendía sonsacarle información. Mientras que su madre acostumbraba preguntar de manera directa para averiguar sobre la vida de sus hijos, su padre prefería recurrir a la manipulación, lo que se le daba excelente. Pero él tenía la suficiente experiencia para salir bien librado de esas maniobras. Por lo general eso no le habría molestado ya que le agradaba conversar con su padre y compartir ideas con él, seguro de que, gracias a la similitud entre ambos caracteres, lord Falmouth sabría comprenderlo. En ese momento, no obstante, no sintió ningún deseo de hablarle acerca de Anna. Tal vez fuera porque lo consideraba un tema demasiado personal para compartirlo con nadie o porque ni siquiera él tenía en claro lo que sentía.

Cualquiera fuera el caso, prefirió mantenerse en obcecado silencio. Milord pareció complacido por esa actitud, dado que lo contemplaba con una sonrisa fija en el rostro. Benedict se preguntó entonces si, después de todo, el conde habría conseguido engatusarlo y descubrir lo que quería saber.

—Catherine está muy silenciosa esta noche —lord Falmouth cambió de tema con naturalidad.

Benedict buscó a su hermana con la mirada y la vio cerca de un ventanal, un tanto alejada de los demás, lo que en ese momento le pareció un poco extraño. Semejante conducta se condecía más con el temperamento retraído de Beatrice, no con el de su revoltosa hermana menor, pero no se vio con ánimos para investigar cuál sería el motivo de esa actitud.

—Creo que está cansada. Ha tenido unos días muy ajetreados —respondió evasivo.

Su padre no pareció del todo convencido, pero no insistió, tal vez en consideración al hecho de que el primogénito no se encontraba mucho mejor.

—Supongo que tienes razón —asintió, para luego agregar—: Benedict.

—¿Sí?

Lord Falmouth vaciló un instante antes de responder, lo que a su hijo le pareció del todo insólito porque él nunca dudaba.

—Lo que dije hace un momento... —empezó, y entonces bajó la voz—. No pretendía ser indiscreto, espero que lo sepas.

Benedict dirigió a su padre una mirada insondable y asintió. Comprendía a la perfección lo que deseaba expresar. Lord Falmouth era un hombre en extremo reservado y se conducía de acuerdo a su temperamento. Aunque siempre había sido un padre afectuoso y preocupado por el futuro de sus hijos, jamás se permitía husmear en sus vidas más allá de lo imprescindible. Prefería dejar esa labor en las sabias manos de lady Falmouth. Sin embargo, debió de ver algo en la conducta de su heredero aquella noche que lo sorprendió lo suficiente para impulsarlo a romper con las autoimpuestas normas. Pero el momento había pasado; Benedict sabía que, aun cuando sin duda podría confiar en él de necesitarlo, lord Falmouth se fiaba del buen juicio de su hijo.

—Lo sé —respondió Benedict con una sonrisa para quitarle seriedad al momento.

—Bien. Me pareció importante dejarlo en claro. —Lord Falmouth se mostró aliviado y miró sobre el hombro con el ceño fruncido—. ¿Es el hijo del vizconde de Shannon el que nos está señalando?

Benedict se dio vuelta para ver qué era a lo que su padre se refería y contuvo un suspiro al ver a Harry hacer gestos nada discretos hacia ellos.

Con todo lo ocurrido, había olvidado la promesa hecha a su amigo respecto a que le facilitaría las cosas para que pudiera hablar con el conde. Tras dejar escapar un suspiro, miró a lord Falmouth con una vaga expresión de arrepentimiento que hizo que aquel elevara las cejas en un gesto de inquietud.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Benedict sonrió y se encogió de hombros. Sin duda Harry iba a deberle un enorme favor.

*

Anna sentía los músculos del rostro adoloridos por forzar tantas sonrisas y creyó que moriría de aburrimiento si se veía obligada a mantener otra tediosa discusión con los hombres que no dejaban de rondarla. Llevaba más de una hora en ese trance y no veía el momento de abandonar el salón para buscar un lugar en el que pudiera sentirse en calma al menos durante un rato.

Asintió de modo cansino al reparar en que su momentáneo compañero dejaba de hablar e hizo como si hubiera oído lo que había dicho aun cuando lo único que tenía en claro era que había soltado demasiadas palabras.

Con la que esperaba que fuera la última sonrisa falsa de la noche, urdió una excusa y buscó una manera de huir, pero no se le ocurrió ninguna de inmediato. No se encontraba en uno de esos enormes salones atestados de gente en los que podía desaparecer sin llamar la atención. Sin embargo, encontró una salida de manera casi milagrosa.

El señor Boyle había acaparado la atención de lord Falmouth, y ambos conversaban bajo una ventana, al parecer muy concentrados en lo que fuera que estuvieran discutiendo. El joven era el único caballero de los que se habían acercado a ella a lo largo de la noche que le había parecido agradable. Tal vez se debiera a que el diálogo con él había sido de lo más gracioso y a

que no había hecho ninguna insinuación de mal gusto. Al verlo hablar con el anfitrión, le sorprendió el gesto serio y reconcentrado que exhibía, del todo opuesto al que acostumbraba adoptar la mayor parte del tiempo.

El alejamiento de lord Falmouth pareció entibiar parte del ánimo de la reunión, por lo que algunos invitados empezaron a despedirse, lo que Anna tomó como la oportunidad perfecta al advertir que Catherine se retiraba también sin avisar a nadie de su ausencia. No había tenido tiempo de hablar con ella o con Beatrice, quien continuaba en una animada conversación con un grupo cercano a la terraza. Entonces, sin embargo, supuso que sería un buen momento para abordar a su amiga y preguntar el motivo por el que se había mostrado tan distante y sería durante la velada. De modo que fue tras ella con cuidado de que nadie advirtiera sus movimientos.

Tardó en llegar porque tropezó con un aparador que los sirvientes debieron de haber movido al trasladar algunas mesas al salón y, cuando consiguió recuperar el paso e intentó orientarse, cayó en la cuenta de que Catherine había desaparecido. Confundida, porque estaba segura de que solo se había distraído un minuto, miró de un lado a otro con los ojos muy abiertos sin hallar rastro de ella.

Conocía la casa lo suficiente para moverse en la penumbra sin problemas, de modo que decidió avanzar con la esperanza de tener algo de suerte y toparse con su amiga. De no ser así, conseguiría, de cualquier manera, tomarse un respiro del salón, así que ni siquiera se le pasó por la mente regresar.

Al atravesar los corredores de la mansión, recordó otro momento similar a aquel, hacía ya tanto tiempo que le pareció que había ocurrido en otra vida. Acababa de cumplir dieciocho años y, al intentar retornar al baile que lady Falmouth había organizado en honor de su hija mayor, había cedido a esa mala manía de oír tras las puertas y había terminado escuchando un intercambio entre su amiga y Benedict. El recuerdo aún le provocaba escalofríos. Había sido en aquella ocasión cuando se había enterado de lo que aquel caballero pensaba de ella.

Anna sacudió la cabeza porque no deseaba sumergirse en esos recuerdos, no cuando había pasado cada instante de los pasados días con la mente enfocada en Benedict y en todos los sentimientos que despertaba en ella.

Distraída, estuvo a punto de chocar con una muchacha que portaba una bandeja con bocadillos, pero la esquivó a tiempo al correr en dirección a una puerta entreabierta para evitar que la descubriera mientras merodeaba por allí. Solo cuando estuvo dentro comprendió que acababa de cometer el más terrible error de su vida. Había estado huyendo de sus recuerdos y entonces se acababa de lanzar contra uno de los que más la lastimaban.

Con un gemido angustiado, miró hacia atrás, en dirección al pasillo que acababa de abandonar, pero la empleada se había detenido para dejar la comida sobre un aparador y así recuperar el aliento. No podía regresar.

En tanto intentaba hacer el menor ruido posible, cerró la puerta y exhaló un suspiro de alivio porque la madera no había hecho un solo sonido que pudiera delatarla. Luego, se internó en la estancia y le dirigió una mirada cargada de resentimiento, como si esas cuatro paredes le hubieran infligido la peor ofensa.

El despacho de Benedict.

El lugar donde él y su hermana habían hablado de ella hacía tanto tiempo y donde había descubierto que él la consideraba tonta, frívola y poco menos que la chiquilla más insoportable que conocía. Con un resoplido de rabia, se acercó al escritorio de roble que dominaba la estancia y deslizó una mano por la superficie recién pulida. Sin pensar, le dio un rodeo y se dejó caer sobre la silla que con seguridad debía de acostumbrar ocupar Benedict.

Cerró los ojos y aspiró el olor que la envolvió. Como le había ocurrido antes en el automóvil, cuando él la había encontrado en la plaza y la había llevado hasta la mansión, identificó el olor a cuero y algo más: el aroma que relacionaba con Benedict, a almizcle y menta. La combinación le arrancó un suspiro. Era tan agradable estar allí, sumida en los recuerdos y envuelta por la cálida piel del sillón mientras aspiraba ese olor que empezó a adormilarse y solo entreabrió los ojos para echar una mirada al escritorio en un raptó de curiosidad.

Descubrió algunos papeles que Benedict debía de estar leyendo y sonrió al ver lo ordenados que se encontraban, igual que los otros implementos que tenía a mano. Podía imaginarlo dejar cada cosa en su lugar, todo muy bien alineado y dispuesto para cuando lo necesitara. Estuvo tentada a alborotar todo solo por el placer de hacerlo enojar, pero descartó pronto la idea al darse cuenta de lo infantil que habría sido.

Con un nuevo suspiro, dirigió la vista a los lados del mueble, donde había alineados unos cuantos cajones, todos cerrados con llave excepto por uno a su derecha. No se detuvo a preguntarse si hacía bien o mal porque en el fondo sabía que era una indiscreción terrible, pero, antes de que su conciencia pudiera hablarle, tiró de la manija de bronce y el contenido de la gaveta se desplegó ante ella.

No había nada fuera de lo ordinario: un abrecartas de plata, sobres, un sello que identificó como el de lord Falmouth y que Benedict debía de usar en nombre de su padre... Vio también una de esas nuevas plumas que empezaban a hacerse populares y un pequeño libro de poemas de Pushkin que le hizo elevar las cejas. No tenía idea de que a Benedict le gustara la poesía.

Estaba a punto de cerrar el cajón en un raptó de vergüenza cuando reparó en una bolsita de seda negra en el fondo que parecía haber sido empujada hasta lo más profundo con el fin de ocultarla. Dudó un momento, pero al final no pudo contener su curiosidad. La tomó con manos temblorosas por el reparo que le producía lo que estaba a punto de hacer y la abrió con mucho cuidado. De su garganta surgió un jadeo de sorpresa al descubrir lo que guardaba en su interior.

Era extraordinario. Casi lo había olvidado.

Sostuvo frente a sus ojos el rubí que había dado por perdido hacía tanto tiempo y sintió como si una piedra se le hubiera instalado en el estómago. ¿Cómo era que lo tenía Benedict en su poder? Recordaba haber notado su ausencia poco después de dejar el puesto de espía justo frente a la puerta de aquella estancia, pero siempre había creído que uno de los sirvientes lo habría encontrado al limpiar. Jamás se le había ocurrido que fuera a ser Benedict quien lo hubiera hallado, mucho menos que lo hubiera conservado. ¿Por qué hacer algo como eso? No podía saber a quién pertenecía o cómo había ido a parar allí, ¿o sí?

Asustada de pronto por todas las posibilidades que un descubrimiento como aquel implicaban, devolvió el rubí a la bolsa, pero no la introdujo al cajón, sino que la guardó en su cartera. Una arruga profunda le hendía el ceño, una señal de obcecación de la que sin duda Benedict se habría burlado sin piedad. Bueno, él podía hacer lo que deseara, pero ese rubí era de ella y tenía todo el derecho a recuperarlo. Ignoró la vocecilla que le dijo que hacía mucho que lo había olvidado y se puso de pie con un movimiento resuelto al tiempo que intentaba hacer a un lado la desagradable sensación de que estaba

haciendo algo incorrecto. Estaba confundida y, cuando eso le ocurría, le costaba pensar con claridad. En casos como aquel terminaba siempre cediendo a los impulsos; cuando se arrepentía era ya demasiado tarde.

Alisó el vestido, dispuesta a marcharse, pero, se encontraba en mitad del salón, la puerta se abrió, y el recién llegado la cerró tras él antes de dar media vuelta y advertir la presencia de la intrusa.

Anna se dijo entonces que podía decir algo a favor de Benedict: se reponía de las sorpresas con una rapidez extraordinaria. Si encontró extraño verla en uno de sus espacios más privados, alejada del salón en que debía de haberse hallado y con la expresión culpable que ella sabía que debía de llevar pintada en el rostro, apenas parpadeó un par de veces antes de dirigirle la misma sonrisa que le habría dispensado de haberse topado con ella en un paseo por el parque.

Él no dijo nada de inmediato, sino que se contentó con caminar hacia ella hasta quedar tan cerca que Anna quiso dar un paso hacia atrás para así poner algo de distancia entre ambos. La joven se daba cuenta de que no confiaba en sí misma para actuar con sensatez en un caso como aquel, pero el escritorio tras ella le impidió moverse, y no le quedó más alternativa que aferrarse al borde con las manos en un gesto de angustia. Seguro que Benedict no podía adivinar lo que acababa de hacer, ¿cierto? Tal vez fuera un hombre muy perceptivo, pero no leía la mente.

Anna empezó a encontrar el silencio desesperante, pero no sabía qué decir y, de cualquier modo, la garganta se le había cerrado, lo que le impedía articular alguna frase tonta que le ayudara a disolver la tensión que parecía haberse asentado entre ellos. Inquieta, se humedeció los labios con la punta de la lengua, pero comprendió que tal vez acababa de cometer un error al advertir que Benedict seguía ese movimiento con un brillo en la mirada. La piedra que se había instalado en el estómago de ella al descubrir el rubí parecía haberse disuelto, y entonces sentía como si un río de lava ardiera en el mismo lugar e inundara todo a su paso.

Cuando pensó que estaba a punto de ahogarse por la falta de aire y el deseo que veía reflejado en los ojos de Benedict, quien parecía mucho más dueño de sí mismo que ella, reparó en que él daba otro paso hacia adelante. En ese instante estaban tan cerca que el pecho de él rozaba la barbilla de ella, y el olor que desprendía la golpeó como un mazo. El pequeño resquicio de

sentido común que conservaba le gritó que debía apartarse, hacerlo a un lado, farfullar indignada por esa intromisión, pero no pudo hacer nada. Ella lo deseaba. Ese era el problema; lo había sido siempre.

Benedict echó la cabeza hacia atrás para observarla desde su altura y extendió una mano que posó con suavidad sobre el hombro de ella. Los dedos varoniles le recorrieron la piel desnuda del cuello y se detuvieron en el punto en que el pulso latía a toda velocidad. De haber podido experimentar cualquier otra sensación que no fuera el anhelo y la anticipación contenida, Anna habría sentido una enorme vergüenza al reparar en lo evidentes que eran sus sentimientos hacia él.

Benedict la observaba como si pretendiera grabar cada uno de los rasgos de ella en la memoria. Anna le devolvió una mirada temerosa. Quiso decirle que no había ido allí a buscarlo, que no deseaba quedarse allí con él, pero las palabras no salieron de sus labios: en el fondo sabía que habrían sido mentiras. Aun cuando no lo hubiera podido reconocer con facilidad ni siquiera ante sí misma, sí que había anhelado en secreto encontrarlo a solas, y las ansias que había despertado en ella eran demasiado palpables como para ocultarlas con frases hechas. De modo que no dijo nada, ni Benedict tampoco, porque continuaba en esa suerte de contemplación que parecía estar a punto de provocar que a ella se le fundieran las rodillas.

Era increíble todo aquello que se podía decir con unas miradas, con el silencio. Anna lo supo entonces y nunca había sentido tanto miedo o deseo.

Cuando parecía como si la más breve nota o cualquier movimiento brusco hubieran podido quebrar la tensión entre ambos como si se tratara de una pieza de cristal, Benedict bajó la mano a la cintura de ella, y Anna arqueó el cuerpo de manera inconsciente para pegarlo al de él en busca de contacto. Al mismo tiempo, elevó un poco el rostro para buscar los ojos de él y no le sorprendió que parecieran tan brillantes como debían de verse los suyos.

Nunca sabría cómo, pero consiguió hilvanar algunas palabras, aunque sonaron del todo extrañas a sus propios oídos, un susurro escabroso que pareció brotarle de lo más profundo del pecho.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

Benedict sonrió un poco más al escucharla, en especial al notar la familiaridad con que se dirigía a él, como si se hubiera dado por vencida y ya no le interesara continuar fingiendo que no era eso, al fin y al cabo, lo que deseaba hacer desde hacía mucho.

—No lo sabía —respondió él en un tono similar—. Se podría decir que estaba escapando.

Anna esbozó una suave sonrisa y apoyó las palmas de ambas manos sobre ese pecho, donde sintió el latido acompasado de aquel corazón. ¿Cómo podía estar tan tranquilo cuando el de ella le retumbaba en los oídos? Le pareció tan injusto que pensó que debía alterarlo de algún modo y sintió una ráfaga de satisfacción muy íntima al ponerse de puntillas para hablar contra los labios de él y sentir que la respiración de Benedict se agitaba.

—He notado que estás siempre en busca de refugios, milord. ¿Por qué un hombre como tú tiene que hacer algo como eso? ¿De qué huyes? —preguntó ella.

Lo vio tragar como si de pronto el aire le fuera tan esquivo como a ella y creyó que no respondería, hasta que él deslizó la mano libre para rodearle el cuello y acercarlo hasta que ambos alientos se mezclaron.

—Si me lo hubieras preguntado antes, te habría dicho que no lo sabía, pero en este momento creo que no se trata de eso. No estoy huyendo.

—¿No?

Él negó con la cabeza, y un mechón de cabello oscuro rozó la mejilla de Anna.

—No. Todo lo contrario en realidad —continuó Benedict—. Estoy en busca de algo.

—¿De qué?

Él sonrió como si con ello quisiera decirle que ella conocía a la perfección la respuesta a esa pregunta, pero aun así dejó escapar las palabras que terminaron de arrastrarla a la perdición.

—De ti —contestó él—. Creo que lo único que he estado intentando hacer es encontrarte.

Anna aspiró tanto como le dieron los pulmones para hacer un último esfuerzo por reunir las fuerzas para hilvanar una réplica coherente a una declaración como aquella.

—¿Y ahora?

—Ahora no pienso dejarte ir.

Entonces ya no hubo nada más que pudiera decir. Ni habría sabido qué responder, ni Benedict se mostró dispuesto a permitirle que lo intentara, porque pareció decidir que ya habían hablado bastante y acalló cualquier asomo de duda que ella pudiera albergar en la mente con el beso más apasionado que había recibido en la vida.

A Anna solo la había tocado un hombre hasta entonces. Se podía decir que desconocía todo lo relacionado a la pasión y el deseo. Además de su experiencia con Richard, tan solo había vivido algunos escarceos que no habían ido nunca más allá del roce de una mano cuando era una debutante y permitía que algún caballero la llevara de paseo por el jardín para huir de la custodia materna.

Lo que sintió cuando Benedict la atrajo hacia él y le entreabrió los labios para explorar su boca le pareció tan extraordinario, la inundó una sensación tan deliciosa de plenitud y anhelo, que solo atinó a cerrar los ojos con fuerza. Enseguida correspondió el gesto con tanto ardor que no pasó mucho antes de que sintiera que corría el riesgo de morir ahogada por todo ese cúmulo de sentimientos. Le rodeó el cuello con los brazos y buscó su lengua hasta paladear el sabor a sal y a los rastros de vino que había bebido durante la cena.

Benedict apartó los labios de los de ella solo para recorrerle la piel de la mejilla, luego la curva del cuello, y depositar un reguero de besos por todo el rostro de Anna. Cada lugar que tocaba quedaba ardiendo de deseo.

Anna lo sintió restregarse contra su cuerpo y correspondió al curvar la propia espalda en busca de un contacto más profundo, pero las ropas lo impedían. Benedict emitió un gemido angustiado al tiempo que la apoyaba contra el borde del escritorio para llevar las manos temblorosas al frente de su falda. Nunca como hasta entonces Anna se había sentido tan feliz de haber seguido un consejo de lady Sinclair.

El vestido de seda azul era uno de los más descubiertos que tenía; un modelo que simulaba una túnica, como dictaba la moda en París, y que se sujetaba a los hombros, con delicadas mangas de gasa gris y una hilera de botones detrás que Benedict luchaba por liberar con cuidado de no desgarrar ninguno, llevado por la desesperación. Cuando terminó con ellos, sujetó las mangas con las puntas de los dedos y tiró de la tela hasta dejarla caer alrededor de la cintura de ella.

Anna empezó a temblar al sentir la brisa de la noche colarse a través de la delgada camisola que llevaba debajo del vestido. Benedict emitió un suspiro y se ocupó también de aquella prenda hasta que Anna quedó casi desnuda bajo su mirada. Un modelo como aquel solo admitía un corsé igual de sencillo y que en ese momento revelaba, más que ocultaba, el pecho agitado de la dama, que parecía a punto de desbordarse.

Benedict volvió a besarla, esa vez con una avidez que la obligó a sujetarse de las solapas del traje de él para no perder el equilibrio, y exhaló un gemido cuando abandonó los labios de ella para recorrer la piel de su pecho con la lengua. Era la sensación más maravillosa que había experimentado jamás. Él lamía y mordisqueaba con una suavidad exquisita en tanto tiraba del corsé para dejarle al descubierto los pechos al tiempo que la sujetaba por las caderas para que sintiera la punzada de su excitación latir contra su vientre.

Anna lo tenía asido por la cabeza, con las manos enterradas en su cabello oscuro, y emitía una suerte de sollozos debido al placer que experimentaba, un sonido de lo más sorprendente que no creía haber oído jamás, mucho menos proveniente de ella. Benedict no se encontraba en mucho mejor estado: jadeaba contra el pecho de la joven, y su corazón había abandonado hacía mucho el latir acompasado que lo caracterizaba: bombeaba enloquecido en ese momento. La desesperación aumentó al oír el pequeño grito de Anna cuando él apresó uno de sus pezones entre los dientes. Era deliciosa. Absolutamente todo en ella lo volvía loco. Jamás había perdido el control de esa manera ni se había visto actuando asaltado por un impulso como aquel. De pronto no parecía él mismo, había perdido cualquier asomo del autocontrol del que se había sentido siempre tan orgulloso.

Anna llevó una mano al borde de la chaqueta de él, ansiosa por recorrerle la piel del modo en que él hacía con la de ella, pero entonces Benedict empezó a tirar de los bajos del vestido y consiguió colar una mano para recorrer las piernas que escondía la seda. Cuando llegó a los muslos de la dama, cubiertos por las medias, y subió hasta el punto en que se unían, un recuerdo llegó a la mente de ella, que sintió que la temperatura de su cuerpo empezaba a descender como si la hubieran arrojado al ártico. Entonces empezó a luchar para soltarse.

Benedict tardó un momento en reaccionar, porque estaba mucho más allá del sentido común, y solo comprendió lo que ocurría cuando Anna le apartó la mano con un movimiento brusco y elevó una rodilla para golpearlo o alejarlo. Eso fue suficiente para entender que debía detenerse, y dio un par de pasos

hacia atrás. Se movía con torpeza, como si hubiera bebido demasiado. Tuvo que sacudir la cabeza un par de veces y parpadear para recuperar el control. Entonces, al ver el modo en que Anna lo miraba a su vez, con una expresión de miedo y dolor tan profundos, sintió que el corazón se le detenía durante un segundo. ¡Dios! ¿Cómo podía una mirada expresar algo como aquello? Extendió una mano para tocarla, pero ella se retrajo en un gesto reflejo, y la dejó caer a un lado sin saber qué hacer.

Ella bajó la mirada y empezó a intentar acomodarse la ropa con movimientos lentos. Sus dedos temblaban, pero consiguió regresar el corsé a su lugar, lo mismo que la camisola y el vestido. Entonces reparó en que no podría volver a sujetar los botones a la espalda por sí misma y emitió un quejido de frustración.

—Date vuelta.

La voz de Benedict surgió como proveniente de una caverna, oscura y grave, pero era también firme y tan reconfortante como siempre, por lo que no dudó en hacer lo que le pedía. Sin mirarlo, giró y se sujetó a la madera del escritorio en tanto él se situaba tras ella para abotonar la prenda. Sintió que los dedos de él trabajaban con seguridad, y le tomó poco tiempo terminar. Cuando lo hizo, retrocedió, y a ella no le quedó más alternativa que volver a girar, aunque posó la mirada sobre el hombro del hombre.

—Benedict... Lo siento.

—No digas eso.

Anna parpadeó, sorprendida por la abrupta interrupción, pero no fue capaz de mirarlo a los ojos hasta que él no le dejó otra alternativa al situarse frente a ella.

—Soy yo quien lo siente. No debí... —Sacudió la cabeza de un lado a otro y endureció la mirada al continuar—. No. No voy a disculparme por esto. Hice lo que deseaba hacer y estoy seguro de que tú también lo deseabas.

Anna hizo un gesto de desaliento y suspiró, rendida.

—No se trata de lo que desee o no, sino de lo que soy capaz de hacer.

Él le tomó la mano, y aun cuando Anna sintió el impulso de soltarse, alterada todavía por lo ocurrido, por el miedo y la incertidumbre, no pudo hacerlo. El contacto era tan cálido, le transmitía tanta fuerza y seguridad que solo atinó a devolverle el apretón.

—Puedes hacerlo todo. —Benedict habló con una fiereza que le erizó la piel y que le provocó ganas de romper a llorar—. Eres maravillosa, Anna. ¿Por qué pensarías que no eres capaz de hacer lo que deseas?

Ella emitió una especie de rugido y le soltó la mano con un movimiento brusco. En ese momento, no sabía qué era lo que pensaba o sentía. Estaba tan confundida que necesitaba sentir ese contacto al mismo tiempo que le resultaba insoportable. Si hacía un instante había correspondido a las caricias, entonces solo quería poner la mayor distancia posible entre ambos. Benedict decía la clase de cosas que ella intentaba borrar de su mente cada día porque tenía demasiado temor a enfrentarlas, y eso —que te lanzaran a la cara toda la verdad que con tanto cuidado procurabas ignorar— era demasiado para ella. No podía ni deseaba afrontarlo. Quizá nunca pudiera.

—No puedo, Benedict, ¿no lo comprendes? Esto... —Ella los señaló con un gesto cargado de desaliento—. Esto no es para mí.

—¿Por qué no?

—¡Porque no lo quiero! —gritó Anna en un arrebato de furia—. ¡No tienes ningún derecho a intentar convencerme de lo contrario! Te lo he dicho antes. Me encuentro bien como estoy y no quiero que nada altere la paz que tanto me ha costado conseguir. No tienes idea...

Benedict hizo amago de tocarla de nuevo, pero ella se corrió y abandonó por fin esa posición que no le permitía moverse para alejarse de él. Entonces cruzó los brazos a la altura del pecho y lo miró desde un punto en el centro de la estancia, con la puerta a la espalda.

—Sí la tengo. —Él le habló con voz contenida y las manos hechas puños a los lados, pero su ira no pareció estar dirigida a ella—. Lo que sea que Schellin te haya hecho te lastimó tanto que ahora piensas que no eres capaz de ser feliz o de conocer todo lo que él te negó, pero estás equivocada, Anna. Puedes sentir...

—¿Es que no lo ves? ¡No siento nada! Nada que no sea pavor o rabia o cualquier cosa que puedas imaginar que no tenga nada que ver con esa felicidad de la que tanto hablas. Cuando me tocaste... —Anna sintió cómo las lágrimas empezaban a correrle por las mejillas, pero no tuvo fuerzas para intentar contenerlas—. Pensé que podría, pero ya has visto lo que ocurrió.

—Porque tienes miedo.

—¡Sí!

Benedict se llevó una mano a la cabeza y aspiró como si así pretendiera calmarse. Cuando pareció haber conseguido dominarse, la contempló una vez más, y Anna ya no vio rastro de enojo en el rostro de él, solo un profundo desaliento.

—No sé qué hacer contigo —declaró él, desesperado—. Me gustaría hacerte entender lo que siento, pero no sé cómo. Estás tan negada a la posibilidad de que las cosas no sean como piensas que temo que estés dispuesta a rendirte incluso antes de haberlo intentado. ¡Me vuelves loco! Daría lo que fuera por que entendieras...

—No, Benedict, no hay nada que deba entender. —Se encogió de hombros y dio un paso en dirección a la puerta para rehuirle la mirada.

Él hizo algo extraño entonces. Fue casi como si tuviera alguna especie de revelación que le provocó una sonrisa, pero no fue un gesto de alegría el que mostró, sino uno cargada de amargura y tal vez lástima por lo que ambos estaban en peligro de perder.

—¿Cómo es posible que seas mi mayor fuerza y mi más profunda debilidad al mismo tiempo? —se preguntó él en un susurro—. Me basta con verte para convencerme de que no puedo renunciar a ti, pero también sé que no hay nada que pueda hacer para que cambies la manera en que piensas. Creo ser el hombre más fuerte del mundo cuando de ti se trata; un segundo después, comprendo que me tienes en tu poder y que puedes hacer lo que desees conmigo.

Anna aspiró con fuerza y se llevó una mano al pecho en tanto respondía a esas palabras con una sonrisa triste en su rostro surcado por las lágrimas.

—¿Lo ves? Ahora eres infeliz también. Es eso lo único que puedo darte, Benedict —dijo ella, atormentada—. Aléjate de mí, te lo ruego.

Sin una palabra más, la joven dio media vuelta, dejó la estancia y cerró la puerta tras ella; pero no pudo alejarse del todo, no aún. Apoyó la espalda contra la pared del pasillo y rompió en llanto como si alguien le estuviera arrancando el corazón. Benedict no fue a buscarla y se dijo que era absurdo que algo que debería haberla hecho sentir satisfecha, que él hubiera respetado su pedido, pudiera al mismo tiempo hacerle tanto daño.

—Me alegra que hayas decidido acompañarme. No me tomará más de veinte minutos, y podrás aprovechar para aclarar tus diferencias con Christian.

Benedict cabeceó en señal de afirmación para responder a la pregunta de Harry, pero lo hizo tan solo como un acto reflejo. En realidad, su mente se encontraba muy lejos de allí.

Su amigo había ido a visitarlo a la oficina al caer la tarde para pedirle que le hiciera compañía durante la visita al estudio de Christian, adonde debía ir para recoger las ilustraciones que le habían encargado en el diario. El estadounidense debería haberlas llevado, tal y como acostumbraba hacer, pero hacía un par de días que no tenía noticias de él, y Harry empezaba a preocuparse. En realidad, de no encontrarse tan sumergido en sus propios problemas, Benedict se habría inquietado también. Pero en el fondo, él, a diferencia de Harry, siempre había considerado que Christian no era la clase de hombre sobre el que pudieran imponerse normas. No podían esperar que cumpliera con los convencionalismos que para otros, como ellos, eran la columna vertebral de sus vidas.

Aunque no lo registrara del todo, sin embargo, lo alegró la posibilidad de ver a su amigo y de disculparse por la conducta que había mostrado la última vez que habían hablado. Aún recordaba su actitud para con él ante la sola mención de Anna y, aunque era lo bastante sincero para reconocer ante sí mismo que, de encontrarse otra vez en una situación similar, haría lo mismo, no por ello dejaba de avergonzarse de haber actuado de esa manera.

En tanto el carruaje se apeaba, y él y Harry descendían para dirigirse a la puerta del estudio de Christian, se dijo que no debía de extrañarle esa reacción desmesurada a las palabras del fotógrafo. Después de todo, apenas conseguía reconocerse a sí mismo y su modo de actuar en todo lo que concernía a Anna.

Anna.

Había pasado una semana desde la última vez que se habían visto, en la fiesta en honor a su padre. Sentía como si hubiera transcurrido una eternidad y al mismo tiempo tan solo un instante. Ese era el efecto que tenía en él: le alteraba tanto la percepción del tiempo como los pensamientos y le impedía concentrarse en todo aquello en lo que le era necesario enfocarse. Anna había

trastocado su vida, y no estaba seguro de que la idea lo entusiasmara o lo molestara. Tal vez eso se debiera a que ella se mostraba tan esquiva y decidida a no darle siquiera la oportunidad de descubrirlo que lo volvía loco.

—¿No te parece que está todo muy silencioso? Ya oscureció. A Christian siempre se le ha dado bien moverse más de noche que de día.

Benedict parpadeó para forzarse a prestar atención a Harry, que acababa de golpear la puerta principal con el mango del paraguas. Al mirar alrededor y reparar en que una cortina oscura estaba corrida en el escaparate en que Christian acostumbraba exhibir sus fotografías, algo bastante inusual, se dijo que el reportero estaba en lo cierto.

—Tal vez ha salido de la ciudad —sugirió él.

—¿Sin avisar? Ni siquiera él es tan irresponsable.

Benedict no respondió, y Harry golpeó de nuevo a la puerta, pero le dirigió una mirada de reojo antes de cruzarse de brazos, en espera de recibir respuesta a aquel llamado y al parecer dispuesto a utilizar el tiempo libre para sonsacarle a su amigo la razón de ese ensimismamiento.

—He oído que has perdido interés en el teatro —mencionó él como quien señala las inclemencias del clima.

Benedict le dirigió entonces una mirada ceñuda que habría intimidado a alguien que no lo conociera bien.

—¿Sí? —preguntó entonces.

—Ajá. La señorita D'Auban se encontrará desolada.

—Lo dudo.

Harry sonrió y se apoyó en la puerta para intentar atisbar el interior por una rendija.

—Tienes en muy baja estima tus encantos, ¿no? —comentó él con la frente pegada a la madera.

—Harry...

—Es solo una broma. Pero reconozco que me sorprendió al enterarme. —Abandonó los intentos de espiar con un gesto de frustración al no conseguir ver nada y lo miró de frente con una sonrisa traviesa—. Ahora, sin embargo,

al ver a lady Schellin y, lo que es aún más interesante, al notar la manera en que tú la ves, todo tiene un poco más de sentido. No te culpo, estoy seguro de que me ocurriría lo mismo. No la recordaba tan bella y fascinante.

Benedict exhaló un suspiro y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Estoy tentado a romperte la nariz —comentó sin alterarse.

La sonrisa de Harry se amplió, e hizo un gesto de satisfacción al oír pasos dentro del lugar.

—Ni siquiera lo sueñes, me gusta mi nariz. Además, piensa en la pésima impresión que dejarías en lady Schellin si se enterara —dijo él con rapidez, algo más serio—. No veo nada de malo en ese interés, por cierto, diría que todo lo contrario. Es una mujer encantadora, y aunque sea tan reservada, eso no la hace menos atractiva. Desde luego, deberías encontrar el modo de ser más persuasivo en lugar de celarla de manera irracional solo porque otros hombres lo piensan también. Ella no parece en absoluto interesada en las atenciones de nadie que no seas tú, aunque, por lo que he oído, eso no sea en realidad mucho que decir. Lo tendrás difícil, Ben, pero no dudo que al final valdrá la pena.

Benedict le dirigió una mirada de sorpresa que apenas consiguió ocultar tras un gesto desconfiado.

—¿Cómo sabes todo eso? —interrogó extrañado.

—Christian me lo contó. Por cierto, acabo de recordar que también amenazó con matarme si lo mencionaba a alguien más, así que agradecería que no le comentaras que te lo dije.

—Tus mejores amigos te amenazan de muerte con frecuencia, ¿eso no te dice nada?

Harry se encogió de hombros y le hizo un gesto para que guardara silencio porque llegó a sus oídos el sonido de unos cerrojos al correrse en el interior.

—¿Que debería buscar amigos menos temperamentales quizá? —respondió entre dientes al tiempo que le guiñaba un ojo.

Benedict no acotó nada más porque en ese momento la puerta se abrió ante ellos y solo pudo pensar en el cuadro que se presentó frente a su vista.

Christian suspiró al verlos y se hizo a un lado sin decir una palabra, tiempo que tanto él como Harry pudieron aprovechar para mirarlo sin disimular la consternación. Su amigo tenía buena parte del lado derecho del

rostro amoratado y un corte profundo en la ceja izquierda. Enseguida notaron también que caminaba con una ligera cojera al guiarlos en dirección al salón, donde los esperaba otra imagen igual de perturbadora.

Parecía como si un huracán hubiese pasado por la estancia. Uno de los sillones estaba volcado, el aparador donde Christian acostumbraba guardar sus trabajos había sido arrastrado y registrado hasta dejar su interior esparcido sobre la alfombra, y se veían rastros de cristales a su paso.

—¿Qué demonios ocurrió?

Fue Harry quien consiguió expresar sus pensamientos. Benedict estaba demasiado impactado para atinar a hacer algo que no fuera contemplar el rostro del ilustrador y recorrer la estancia con la mirada mientras imaginaba todos los escenarios posibles en los que pudiera haber ocurrido ese desastre.

—No grites, Boyle, la cabeza me está matando —farfulló Christian al tiempo que se dejaba caer sobre el único sillón que quedaba en buen estado.

Solo entonces Benedict reparó en que tenía una botella con un líquido ambarino en una mesilla a su lado. Apenas quedaban un par de dedos de su contenido, así que sin duda Christian había estado ahogando las penas desde mucho antes de que llegaran. Eso, o lo usaba como anestesia.

Al fin Benedict consiguió recuperarse de la sorpresa e hizo lo que se le daba mejor en situaciones como aquella: tomar las riendas y empezar a impartir órdenes.

—¿Te ha visto un médico? —preguntó a su amigo, aunque ya suponía la respuesta.

Christian confirmó las sospechas del caballero al sacudir la cabeza de un lado a otro tras hacer un gesto de dolor.

—No es tan grave, son solo golpes —justificó.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—He recibido algunas palizas en mi vida, Cahill, sé cuándo tengo un hueso roto.

Benedict no se dejó impresionar por esa actitud desafiante y se dirigió a Harry, quien se veía aún demasiado consternado y confundido para preguntar nada sensato.

—Ve a buscar a un médico. Usa el carruaje y, cuando regreses, envía al cochero a dar aviso a la policía.

Harry asintió con cierta vacilación al notar que Christian se incorporaba lo mejor que podía para señalarlos con gesto enojado.

—Nada de policías —ordenó, muy serio.

—Asumo entonces que sabes a la perfección quién te hizo esto —comentó Benedict, no del todo sorprendido.

El fotógrafo asintió de mala gana.

—Quiénes —lo corrigió rezongador—. Como si hubiera dejado que un solo hombre me colocara una mano encima...

Harry chasqueó la lengua y reaccionó al fin después de superar el estupor.

—¿Era más de uno? ¡Pero eso es un ataque en toda regla! ¡Un abuso! —exclamó indignado—. ¿No quieres informar a las autoridades?

—No, no quiero.

—¿Por qué no? —insistió su amigo.

—¡Porque me lo merecía!

La contundente respuesta de Christian cayó sobre ellos como una losa. Durante un momento ninguno atinó a decir nada, hasta que Benedict suspiró y se dirigió a Harry con una mirada de entendimiento.

—Ve a buscar al médico. Veremos el tema de la policía después.

Harry titubeó solo un instante antes de asentir a regañadientes y marcharse con paso apurado. Recién cuando Benedict y Christian se quedaron a solas, el primero recogió una silla del suelo y la ubicó al lado del sillón que ocupaba el otro para dejarse caer con un suspiro.

Ninguno habló durante unos minutos hasta que Benedict apoyó un brazo en el respaldo y, tras dar una nueva mirada al desastre que los rodeaba, dirigió la atención al rostro maltratado de su amigo.

—Te ves terrible —declaró.

—Y, aun así, soy más guapo que tú.

Benedict sonrió sin poder evitarlo frente a la ácida respuesta de Christian.

—Veo que tu ingenio está intacto —comentó, risueño—. Supongo que no tienes ningún daño en la cabeza.

Christian rumió una respuesta altisonante que Benedict no alcanzó a registrar del todo pero de la cual captó lo esencial, lo que hizo que se le ensanchara la sonrisa.

—¿Qué fue lo que ocurrió, Christian? —inquirió al cabo de un momento en tono más amable—. ¿A qué te referías con eso de que te mereces todo esto?

El ilustrador abandonó parte de esa actitud desafiante al notar que no había asomo de condena en la voz del otro, solo inquietud y preocupación.

—He sido un idiota. Más de lo habitual —respondió luego de un momento, tras dar otro trago al contenido de la botella—. Me metí donde no debía.

—¿Una mujer? —adivinó Benedict.

—¿No se trata siempre de una?

Cahill asintió con suavidad al hacerse una idea de lo que podría haber ocurrido.

—¿Tendrá que ver con esa dama que Harry mencionó que te ha estado sirviendo de modelo? —preguntó él.

Christian puso los ojos en blanco y cabeceó, lo que confirmó las sospechas.

—No hace falta que entre en detalles o que te diga su nombre, pero basta con saber que su marido no comparte mis inquietudes artísticas —refunfuñó con un gesto de dolor al encogerse de hombros.

Benedict contuvo un suspiro y se llevó una mano a la nuca.

—Christian...

—¡No me juzgues!

—No pretendía hacerlo.

El estadounidense le dirigió una profunda mirada, como si pretendiera comprobar la verdad en esa afirmación, y pareció menos belicoso al notar que no había rechazo en la actitud de su amigo.

—Se suponía que ni siquiera estaba en Londres —comentó él después de un rato—. Viven separados, me aseguró...

Se interrumpió y movió un pie para patear un trozo de cristal de los muchos caídos a su alrededor. Al continuar, miró a Benedict con una expresión de profundo enojo, si bien parecía del todo destinado a sí mismo.

—He sido un idiota y en verdad creo que me lo merecía —insistió, fastidiado pero también herido, al hacer un gesto para abarcar lo que los rodeaba—. Pero habría preferido un duelo, ¿sabes? Un ataque bajo un puente, algo como eso. Me llevará una eternidad recuperar todo esto.

Benedict cabeceó al comprender lo que lo atormentaba. Típico de Christian. Le preocupaba menos su integridad personal o lo cuestionable de aquellas acciones que haber perdido lo que tanto le había costado lograr. Aunque él no estaba del todo de acuerdo con esa actitud, lo apreciaba lo suficiente para procurar no juzgarlo, no de manera abierta, mucho menos en ese momento.

—Te ayudaremos a resolverlo —aseguró él entonces en tono confiado—. Son solo objetos.

—Lo dice quien jamás ha echado nada en falta.

Benedict ignoró la amargura de esa respuesta y le sostuvo la mirada sin parpadear.

—No tienes idea de lo que he perdido o no, Christian, y agradecería que no profundizáramos en eso ahora —se limitó a responder antes de continuar en tono práctico—. ¿Has hecho un estimado de lo que se ha arruinado? ¿Hay algo irremplazable?

Christian hizo un ademán indeciso, como si no estuviera del todo seguro.

—No lo sé con certeza. Muebles, mi cámara. —Se encogió de hombros e hizo un gesto apenado—. Me encantaba mi cámara.

—Conseguiremos otra —dijo Benedict sin vacilar—. ¿Y tus dibujos?

Benedict sabía que, si bien las fotografías eran su medio de vida más importante y Christian disfrutaba del reconocimiento que le confería ser solicitado por la sociedad londinense para retratarlos con ese moderno método que se encontraba en su apogeo, su verdadera pasión era el dibujo. De hecho, había visto muchas de aquellas ilustraciones exhibidas en algunas paredes de ese estudio.

—No los tocaron. Pareció como si no les llamaran la atención —respondió—. Tal vez no son lo bastante buenos.

Benedict sonrió ante la respuesta bromista de su amigo. Quizá no se encontrara tan mal como pensaba después de todo, lo que le procuró un gran alivio. Aunque estaba dispuesto a ayudarlo en todo lo que pudiera necesitar, como sin duda lo estaría también Harry, el caso de Christian era complicado porque no contaba con familia en Inglaterra. De encontrarse más desanimado, habría tenido imposible recurrir a alguien que le ayudara a sobrellevar ese estado. En el fondo, el fotógrafo era en extremo reservado y un misterio en sí mismo, así que Benedict dudaba de que fuera capaz de pedirle auxilio de manera directa.

—¿Qué sabe un matón de arte? —retrucó al cabo de un momento—. Cualquiera sea el caso, me alegra que no los hayan tocado. Harry no ha de tardar en regresar y, en cuanto te haya visto el médico, te ayudaremos a hacer un inventario de lo que queda en buen estado. Quizá sea más de lo que piensas. Lo descubriremos pronto.

Christian asintió en silencio y le dirigió una mirada agradecida. Luego se retrajo hacia sí mismo, pensativo, y no volvió a abrir la boca hasta que terminó con lo que le quedaba de bebida. Hizo un gesto de tristeza al contemplar la botella vacía.

—Me gustaría darte algo —soltó de repente.

Benedict lo miró confundido, pero Christian no le dio tiempo a responder porque se puso de pie con un quejido lastimero, tras ignorar la mano que Cahill le tendió, y se dirigió a lo que quedaba del aparador. Una vez que lo tuvo cerca, rebuscó en su chaleco y sacó una llave con la que abrió una puerta escondida bajo el tablero. Escudriñó durante un momento hasta que encontró lo que buscaba. Entonces retornó al asiento al tiempo que extendía un sobre ajado que Benedict se apresuró a tomar.

—Antes de que lo veas, debes saber que ella no sabe que las conservé. No pude destruir los negativos. Está mal que lo diga, pero habría sido una pena porque es un trabajo estupendo.

Benedict frunció el ceño y retiró el contenido del paquete con curiosidad. Al ver de qué se trataba, frunció el ceño y dirigió a su amigo una mirada recelosa que él correspondió con otra arrepentida.

—Fue lady Schellin quien me visitó hace un par de semanas para exigir que se las entregara. Lo hice, claro, después de todo se lo había prometido y además las había tomado sin su permiso, pero no pude resistirme a hacerlo — indicó él en tanto Benedict examinaba las fotografías en silencio—. Si consideras mi estado, es una absoluta estupidez lo que voy a decir, pues me expongo a que termines el trabajo de los matones, pero creo que deberías saber que intenté seducirla.

Benedict levantó la mirada del retrato que en ese momento observaba con fruición, y Christian se echó hacia atrás en un gesto reflejo al ver la furia con que lo taladraban aquellos ojos.

—No puedes estar sorprendido. Me conoces, sabes que no puedo resistirme a una mujer bella, y lady Schellin lo es —se apresuró a explicar con una mano elevada—. Pero, como dije, ella no se mostró en absoluto interesada. Me atrevería a decir que encontró mis intentos un poco patéticos. Es una dama de lo más valiosa, Benedict; de una tristeza infinita. Fue por eso que no pude tirar los negativos. Jamás había conseguido captar tanta belleza y melancolía en una imagen, sería un crimen no conservarlos. Pero creo que deberías tenerlos tú.

—¿Y eso por qué?

A Benedict le sorprendió un poco no captar ni rastro de resentimiento en su propia voz pese a que en su interior se encontraba aún disgustado por las confesiones de Christian. Pero, en lugar de ello, advirtió que la pregunta había surgido no solo contenida y cautelosa, sino también un tanto esperanzada, como si de algún modo necesitara que alguien que no fuera él mismo confirmara lo que ya sabía en lo más hondo.

—Creo que no necesitas una respuesta a eso, mi amigo —alegó Christian con una sonrisa burlona.

Benedict asintió con suavidad y exhaló un suspiro.

—Lamento haberme comportado como lo hice el otro día en el club — dijo él al fin—. Intenté provocarte sin motivo, a pesar de saber que no tenía razón al actuar de ese modo.

—Descuida, entiendo por qué estabas tan molesto.

—¿Sí?

El fotógrafo estiró las piernas sin prestar atención a los cristales que arrastró con esa acción.

—Claro. Si pensara que la mujer de la que estoy enamorado mantiene reuniones secretas con otro hombre, también querría arrancarle el corazón al tipo en cuestión. Es una lástima que ese fuera yo.

Benedict le devolvió la sonrisa, pero no respondió nada, y permanecieron en silencio hasta oír las ruedas del carruaje que se apeaba en la puerta. Tan solo un minuto después, Harry entró al salón seguido por un hombre vestido con una levita anticuada y de andar pesadoso. Al verlo, Christian miró a Benedict y esbozó una mueca resignada.

—Tal vez habría estado bien que me mataras después de todo —rumió entre dientes—. Detesto a los médicos.

CAPÍTULO 9

Anna leyó la breve nota que acababa de dejar una empleada al lado del plato y esbozó una tensa sonrisa en dirección a su madre, que la contemplaba con una ceja alzada en ademán interrogante. Como si fuera a informarle del contenido de un mensaje que solo le concernía a ella, se dijo sin reprimir el enfado.

En realidad, no se trataba de nada que debiera mantener en secreto; tan solo un aviso de Evie en el que le comentaba sobre una nueva reunión del grupo de sufragistas a la que pensaba que le interesaría asistir. No se trataba de una marcha esa vez, sino solo de un evento para recaudar fondos e intercambiar puntos de vista. Incluso tendría lugar en un salón de actos del almacén en el que Evie trabajaba, gracias a los contactos de la señora Livingston con el dueño de la tienda.

Anna, por desgracia, no sentía ningún deseo de asistir. Desde hacía días no sentía deseos de hacer casi nada. Si por ella fuera, habría pasado buena parte de ese tiempo en casa con uno de los libros que había comprado en Hatchards. A su parecer, esa era una manera estupenda de mantenerse alejada de toda esa vorágine a la que lady Sinclair parecía aún decidida a arrastrarla. Hasta entonces había transigido en darle el gusto, pero empezaba a aburrirse, y su mal humor solo se veía incrementado por ese ánimo depresivo que la acompañaba desde la última vez que había visto a Benedict.

El modo en que la había tocado. Las cosas que le había dicho.

Aún le costaba contener el sonrojo y el temblor que la recorría cuando pensaba en ello. Al dar un vistazo alrededor de la mesa, se dijo que tal vez ese fuera el peor lugar para dedicarle un solo pensamiento a lo que Benedict Cahill le provocaba.

Acababan de terminar el almuerzo. William no se encontraba en la residencia porque había sido convocado de urgencia al Parlamento. Esa era la única razón por la que podía ausentarse de improviso, ya que procuraba pasar cada momento al lado de Rose. La esposa de William permanecía en la habitación; cuando Anna pasó a visitarla antes de bajar al comedor, le alegró verla de buen ánimo e incluso un poco fastidiada por tener que permanecer encerrada por indicación del médico.

La tía Penelope y su madre fueron las únicas que la acompañaron durante la comida, por lo que tuvo que ser testigo de una tensa charla entre ambas. En consideración al estado de Rose, parecían haber entablado una suerte de tregua, lo que no significaba que tanto una como otra no se lanzaran unas cuantas pullas siempre que podían, en especial cada vez que se mencionaba a Anna y su futuro, algo que a lady Sinclair en particular parecía preocuparle demasiado para el gusto de la joven. Mientras una –la madre de la muchacha– comentaba que debería darse prisa en encontrar a un hombre al que hallara apropiado para casarse antes de que terminara la temporada y los solteros elegibles dejaran Londres, la tía estaba convencida, y lo decía siempre que podía, de que Anna no necesitaba volver a casarse porque tenía una posición estupenda tal y como estaba. Comprometerse, para la señora Relish, sería una tontería además de un riesgo por completo innecesario. Desde luego, Anna estaba de acuerdo con Penelope, pero habría preferido que ninguna de las dos se creyera con la autoridad para discutir la vida y el futuro de ella sin consultárselo, como si su opinión no importara.

Exhaló un suspiro de alivio cuando terminó la comida y pudieron retirarse al salón. Su madre había planeado unas visitas; para sorpresa de Anna, la tía Penelope consintió en acompañarla. La joven sospechaba que esa disposición estaba relacionada con el hecho de que lady Sinclair se relacionaba con algunas damas que eran también buenas amigas de Penelope.

Cuando Anna regresó al salón donde la esperaban, luego de disculparse para ir un momento a la habitación, estaba preparada para negarse a acompañarlas. Lo había pensado en tanto se cambiaba el vestido y recomponía el peinado con la ayuda de Burton. ¿Por qué iba a pasar por ello de nuevo? Una eterna ronda de visitas en las que entregaban tarjetas y esperaban a ser recibidas para intercambiar conversaciones vacías antes de marcharse e ir a la siguiente. Le parecía ridículo y tan aburrido que muchas veces se había visto obligada a contener un bostezo frente al rostro de la anfitriona de turno.

Sin embargo, algo la libró de la discusión que con seguridad habría sostenido con su madre de haber tenido oportunidad de expresar esa decisión. Desde luego que la inesperada ayuda le supuso también una enorme sorpresa. Tanto, de hecho, que, cuando la tuvo frente a sí, estuvo a punto de echar a correr.

Al acercarse al salón, había oído unas voces; una de ellas masculina y bastante familiar, pero pensó que estaba imaginando cosas o que tal vez William hubiera conseguido regresar antes de lo esperado. Incluso contempló la posibilidad de que su madre y la tía Penelope estuvieran dialogando con Danby, el mayordomo. Lo que fuera. Cualquiera cosa menos que toparse con Benedict Cahill sentado en la butaca favorita de Anna en tanto hacía alarde de ese encanto que parecía dispuesto a usar cuando le convenía, como en ese momento, para encandilar a las mujeres de su familia, por ejemplo.

—¡Anna! Mira quién ha venido a visitarnos.

Lady Sinclair se veía tan feliz que ella se preguntó si se podría morir debido a la humillación. Con seguridad la señora no se sentiría tan satisfecha de sí misma si hubiera sabido lo cerca que había estado aquel encantador invitado de hacerle el amor a su hija sobre el escritorio sin una propuesta de matrimonio de por medio. La idea la avergonzó, pero también le produjo una perversa satisfacción al pensar en la cara que pondría su madre de enterarse de ello. La complacencia le duró poco, sin embargo; solo hasta que se encontró con la mirada de Benedict de la que tuvo que retirar la propia porque no se sintió lo bastante segura para actuar con normalidad si era consciente de la intensidad con la que la observaba. Nunca hasta entonces había sido consciente de la aplastadora verdad en esa frase según la cual era posible acariciar con una mirada.

Él se puso de pie tan pronto como ella entró en el salón e hizo una elegante reverencia que Anna apenas pudo corresponder antes de dirigirle una tensa sonrisa y ocupar el asiento al lado de Penelope, que pareció encantada de verlo de nuevo y empezó a hacerle preguntas acerca de su familia.

Benedict respondió con amabilidad e incluso dejó caer con descuido el comentario de los condes estarían encantados de recibir a los Sinclair en Gloucester en cuanto lo desearan.

—Eso sería maravilloso. Qué generoso de parte de su padre —respondió lady Sinclair a la invitación, encantada—. Quizá cuando termine la temporada. Londres puede ser muy aburrido cuando todo el mundo empieza a marcharse.

Anna estuvo tentada a decir que “todo el mundo” era un universo mucho más amplio del que sin duda lady Sinclair parecía pensar, pero logró contenerse a tiempo. Sin embargo, fue consciente de la mirada de Benedict en su rostro y supo con seguridad que él sabía lo que pensaba.

—Tan solo debe hacérmelo saber, milady, y haré los arreglos —ofreció él, muy gentil.

Lady Sinclair empezó a parlotear acerca de las últimas veladas a las que había asistido e incluso hizo mención de la cena organizada en casa de los Cahill, a la que le había sido imposible asistir. Según ella, había sido un evento encantador, pero no entendía por qué Anna no había hablado mucho al respecto, lo que a la mencionada le provocó un acceso de tos.

Se recuperó pronto, por suerte, gracias a la ayuda de su tía, que se apresuró a darle golpecitos en la espalda. Benedict, en tanto, no pareció muy preocupado por la salud de la joven, sino divertidísimo por esa reacción, y Anna se preguntó hasta cuándo la sometería a esa tortura. Por fortuna, o no, él se dirigió entonces a su madre y tuvo que sujetarse al cojín del sillón en que encontraba sentada al oír que sugería un paseo. Solo él y Anna; en caso de que la señora estuviera de acuerdo, desde luego.

Tres pares de ojos la contemplaron en ese momento con distintos grados de interés. Mientras que su madre y la tía Penelope consiguieron esconder las emociones y simular que no se sentían sorprendidas, ella, en tanto, estaba segura de que su rostro debía de haber pasado por todos los grados de rubor antes de recuperar la palidez habitual. Benedict, por otro lado, se veía del todo calmado en espera de una respuesta.

Al reparar en que se esperaba que ella contestara algo, en medio del silencio que había caído en el salón, no le quedó otra alternativa que aclararse la garganta e intentar decir algo apropiado.

—Es muy gentil, milord, pero creo...

—Desde luego que estará encantada de ir.

Anna abrió mucho los ojos ante las palabras de su madre, que la interrumpió sin asomo de vergüenza, y dirigió una mirada desesperada a Penelope, segura de que se encontraría tan horrorizada como ella. Se llevó un gran asombro al verla cabecear para mostrarse de acuerdo con lady Sinclair por primera vez en el largo tiempo que llevaba hospedada allí.

—Hace un día encantador. Estoy segura de que lo pasarán muy bien —anunció sonriente.

Anna miró de una a otra con una mueca de agravio e ignoró adrede a Benedict. No habría soportado verlo pagado de sí mismo, como sin duda debía de sentirse.

—Pero las visitas...

Su madre descartó la excusa con un gesto de la mano.

—Descuida, querida, podemos ir sin ti. De cualquier modo, sé cuánto te aburren. —Ella habló como quien hace una gran concesión—. Un paseo te hará mucho bien, has pasado demasiado tiempo en casa los últimos días.

Anna no atinó a decir nada más, y no habría tenido sentido hacerlo de cualquier modo. Estaba acorralada.

—De acuerdo —se rindió, y dirigió a Benedict una mirada sardónica—. ¿Cómo podría rechazar una invitación tan amable?

Él no respondió, sino que se contentó con asentir, pero lady Schellin estaba convencida de que debía de imaginar cuán poco le había gustado esa jugarreta.

Su madre y la tía Penelope los despidieron en el vestíbulo, y Anna intentó hacer como que no notaba el entusiasmo en sus rostros cuando los vieron marchar en el carruaje que los aguardaba. Durante un momento le sorprendió que Benedict no hubiese llevado su adorado automóvil con él, pero supuso que tenía en mente un paseo más convencional y que prefería que el cochero se encargara de llevar el vehículo sin tener que preocuparse por ello.

Al menos, se dijo ella en tanto subía al carruaje descubierto y posaba apenas la mano sobre la de él en un gesto receloso.

Burton se había esmerado al elegir el atuendo de Anna para aquel día. Llevaba una blusa de encaje marfil con delicados bordados en el pecho y las mangas con una falda en un tono subido de verde que era uno de los favoritos de la joven. Un ancho cinturón dorado le acentuaba la cintura; por otro lado, la sombrilla le permitió adoptar una actitud desenfadada al mantenerla abierta en un ángulo que le hacía casi imposible mirar a Benedict de manera directa.

Ninguno dijo una palabra en tanto el carruaje rodeaba el parque y se perdía en una calle muy transitada. Solo cuando se internaron en una callejuela en la que apenas se veía a otros vehículos o personas pasar, Benedict apoyó un codo en la portezuela y se dio vuelta para observarla con expresión indolente.

—Supongo que piensas que debería disculparme.

Anna echó el rostro hacia atrás para mirarlo de reojo.

—¿Eso crees? —replicó con fingida ignorancia—. ¿Por qué? ¿Tal vez porque has actuado en combinación con mi madre para tenderme una trampa pese a que te rogué que no me buscaras más?

La reacción de Benedict fue más bien curiosa. Pareció satisfecho por la familiaridad con que ella se dirigía a él. Tal vez había esperado que retomara el trato formal que había usado hasta poco antes de su encuentro en su despacho. Por otra parte, se mostró en verdad disgustado por la acusación.

—Apreciaría que no pensaras algo como eso. No pretendí tenderte una trampa, mucho menos utilizar a tu madre para ello, aunque reconozco que aproveché su entusiasmo para conseguir convencerte. —Suspiró y ladeó el rostro para buscar la mirada de Anna—. Quería verte.

—Yo te dije que prefería que no lo hicieras.

—Pero yo no estuve de acuerdo.

Ella apretó los labios al oír esa respuesta obstinada.

—No le veo sentido...

El carruaje dio un bandazo al internarse en una callecita accidentada, y la dama tuvo que aferrarse al asiento para controlar el bamboleo, inquieta de pronto al caer en la cuenta de que no identificaba la zona por la que transitaban.

—¿Adónde vamos? —preguntó a Benedict con una mirada suspicaz—. Recuerdo haber oído algo acerca de un paseo por el parque.

Él se encogió de hombros.

—Es obvio que estabas distraída. Tan solo dije que daríamos un paseo, pero no mencioné por dónde —respondió él sin alterarse—. Creí que sería agradable para ti visitar un lugar que sé que siempre has encontrado interesante; al mismo tiempo podrás ayudarme con un encargo de mi padre.

Anna abrió la boca para decirle que era muy optimista al suponer que podía adivinar lo que ella prefería hacer, pero habría sido una hipocresía de su parte. Se sentía demasiado intrigada como para fingir desinterés.

Tal curiosidad se vio satisfecha pronto, cuando reconoció la fachada de la casa frente a la que se apeó el carruaje. Entonces emitió un murmullo de alegría y miró a Benedict sin poder contener una sonrisa.

—¡El albergue! No lo he visitado en años.

Anna apenas pudo contener la impaciencia cuando el cochero abrió la portezuela y Benedict le tendió una mano para que bajara. Tan pronto como estuvo de pie en la calzada, ladeó el sombrero para tener una mejor vista del edificio. Sonrió al hombre junto a ella con expresión emocionada.

Aquel lugar tenía una gran importancia en la vida de su familia, tal y como lo tenía también en la de Benedict; quizá más, incluso.

Habían sido los padres de él quienes lo habían fundado en primer lugar. La condesa de Falmouth y su hermana Mary habían tenido una infancia difícil, por lo que se habían visto muchas veces en la necesidad de recibir ayuda de personas generosas para subsistir. Cuando lady Falmouth, ya convertida en una de las damas más distinguidas del país, se había enterado de que una buena amiga, la señora Allen, estaba interesada en fundar un lugar en el cual acoger a mujeres y niños que se encontraran en una situación tan desafortunada como en la que la condesa se había hallado alguna vez, no lo había pensado dos veces. Enseguida se había comprometido a apoyarla en todo lo que hiciera falta. Lord Falmouth había abrazado la empresa de su esposa como lo hacía con todo: con entusiasmo y absoluta dedicación. Con el tiempo, el hogar había ganado en prosperidad; casi toda la familia Cahill se había visto involucrada de alguna u otra manera en la organización.

Sin embargo, había habido un período complicado hacía unos cuantos años, cuando la señora Allen se había vuelto demasiado mayor para liderar las labores y tanto lord Falmouth como su hermano Alexander se habían visto imposibilitados de prestarle toda la atención que requería. Había sido entonces cuando William, el hermano de Anna, había decidido sumarse a la causa. Ese hecho no solo le había procurado una gran satisfacción personal y había significado la salvación del albergue al insistir en llevar a cabo una reorganización fundamental para asegurar la continuidad, sino que también lo había llevado encontrar a la que se convertiría en la mujer de su vida.

Rose Turner, quien entonces llevaba el título de lady Sinclair, había sido una de aquellas niñas que habían sido rescatadas de las calles gracias a los buenos oficios de los benefactores del albergue. Desde luego, ni ella ni William podían imaginar, que con el pasar de los años, sus vidas se verían unidas de manera irremediable, pero Anna pensaba que eso era justo lo que confería a aquella historia de un toque especial. El de ellos había sido un romance sorprendente e inesperado, y ella había aprendido a admirar, más que envidiar, esa felicidad. No podía pensar en dos personas que merecieran más esa dicha.

En aquella época Anna era solo una jovencita y, aunque sentía curiosidad e interés por todo lo relacionado con el albergue, debía reconocer que nunca le había prestado demasiada atención. Lo visitaba de cuando en cuando y disfrutaba de pasar unas cuantas horas con sus ocupantes, en particular los niños, pero eso era todo. Tras casarse con Richard y pasar a residir en Leicestershire, esas visitas habían concluido; hasta ese día no había vuelto a colocar un pie en aquel lugar.

Su hermano la mantenía informada, desde luego. Se había enterado por él del fallecimiento de la señora Allen hacía un par de años, a una edad avanzada, mientras visitaba a su hijo en Bath, un viaje que realizaba con bastante frecuencia. Todos habían sufrido la pérdida; la recordaban con mucho afecto y agradecimiento. Sin ella, esa empresa jamás habría sido posible. En ese momento, desde hacía varios años ya, la institución estaba en manos de un eficiente preceptor escocés, el señor Brown, quien había seguido al pie de la letra los planes de William y había enfocado la conducción del albergue en convertirlo en un lugar tan autosuficiente como fuera posible. Aún dependía en gran parte de las donaciones que conseguía reunir, pero, entre los Cahill y los Sinclair, tenían los gastos más que cubiertos. La misma Anna, al enviudar y hacerse dueña de una fortuna propia de la cual disponer, se contaba entre los benefactores de la institución.

Según sabía, en ausencia del conde de Falmouth, quien había decidido residir de manera permanente en Gloucester y solo pisaba Londres en casos aislados, Benedict se había convertido, junto con William, en la cabeza visible que se encargaba del bienestar del hogar. En ese instante, mientras lo veía contemplar la casa con expresión complacida, reconoció cuán importante era para él esa labor.

El señor Brown salió a recibirlos tan pronto como cruzaron el umbral del vestíbulo. La casa había experimentado algunos arreglos con el correr de los años para hacerla más adecuada al nuevo uso. Tenía dos plantas amplias, y todo el primer piso había sido acondicionado para ser convertido en una escuela en toda regla. Los niños que vivían allí recibían una educación práctica que les permitía no solo adquirir los conocimientos más elementales, sino también algún tipo de oficio que les otorgara la posibilidad de tener una vida digna una vez que debieran salir al mundo. William y Rose habían comentado que cada vez se recibía a menos mujeres, ya que eran más los niños que llegaban a las puertas del albergue, muchos de ellos en las condiciones más terribles.

El director, que habría podido pasar por un león gracias a esa melena dorada con reflejos pelirrojos y a su eterna expresión alerta, los guio al interior del lugar y sugirió realizar un pequeño recorrido para que Anna pudiera admirar las mejoras llevadas a cabo en el tiempo que llevaba sin visitarlos. A la joven le encantó comprobar que los niños a los que observaba mientras recibían sus lecciones se veían en verdad felices. El bienestar era evidente en ellos y en todo lo que los rodeaba.

Cuando terminaron con el paseo, el señor Brown los acompañó al despacho. Anna, sin embargo, se excusó al aludir que le gustaría recorrer el jardín en tanto ellos trataban los temas que los habían llevado allí en primer lugar. Por lo que había conseguido deducir de la conversación entre Benedict y el director, suponía que la reciente visita de lord Falmouth había tenido por propósito formalizar el papel de su hijo en la conducción del establecimiento. Con frecuencia, debía perderse tiempo precioso en esperar que lord Falmouth recibiera documentación que debía firmar para llevar a cabo alguna mejora, por eso habían decidido que, ya que Benedict prefería residir en Londres, fuera él quien se encargara de eso. Tanto él como William estaban preparados para llevar a cabo esa clase de tareas, lo que supondría un alivio para el conde y también un signo de tranquilidad para el señor Brown, quien había abogado por ese cambio durante meses.

Fue bastante obvio para Anna que al director le agradaba mucho Benedict. Cuando los dejó a solas, ambos reían. Antes de marcharse, sin embargo, reparó en que lord Cahill la seguía con la mirada; tuvo que desviar la vista porque temió lo que pudiera descubrir en ella.

El jardín del albergue siempre le había parecido el rincón más bello del lugar. Mary, la hermana de lady Falmouth, quien estaba casada con el tío de Benedict, se había encargado de organizarlo mientras vivía en Londres; luego Rose había tomado la posta. Desde que la última había dejado el albergue, sin embargo, eran los mismos residentes del hogar quienes se ocupaban de mantenerlo bien cuidado.

Anna dio un paseo entre los rosales que su cuñada había plantado con esmero, los cuales competían en belleza con ciertos árboles que los niños atesoraban porque les prodigaban sombra y algunos frutos en el transcurso del año.

Una de las mujeres que trabajaban en el albergue, Meg, le llevó un té y algunos bocadillos dulces al salón cuando dejó el jardín. Sin embargo, Anna no quería permanecer demasiado tiempo sin hacer nada, de modo que se bebió el líquido en unos cuantos sorbos y llevó con ella una galleta para ir mordisqueándola en tanto retomaba el recorrido del hogar.

Las clases habían terminado ya, por lo que se sintió encantada de ver a los niños salir apresurados de las aulas mientras jugaban y bromeaban entre ellos bajo la atenta mirada de los maestros. Varios corrieron a la cocina para disfrutar de un refrigerio antes de la cena, pero unos cuantos prefirieron dirigirse a la calle para aprovechar las horas antes de que anocheciera. Anna los siguió a cierta distancia luego de obsequiarles una amable sonrisa que ellos correspondieron con cierta timidez. Fue obvio que no la recordaban. Ella se prometió que procuraría visitarlos con más frecuencia mientras se encontrara en Londres. Se sentía incluso un poco avergonzada al pensar en que había pasado meses en la ciudad y en que, de no ser por Benedict, tal vez habría regresado a Leicester sin acercarse al lugar para ver los progresos.

Siempre Benedict.

Sacudió la cabeza de un lado a otro al pensar en que era curiosa la importancia que aquel nombre había tomado en su vida en el transcurso de ese tiempo en la ciudad. Lo conocía desde hacía años, pero era solo entonces que se veía a sí misma imposibilitada de imaginar un mundo en que él no se encontrara presente.

Con un suspiro, hizo a un lado esos pensamientos tan perturbadores y se volcó a prestar atención a los juegos de los niños. La mayoría empezó a darle golpes a un balón o a brincar sobre unas figuras dibujadas con trozos de carbón sobre la acera, pero algunos de ellos se mantuvieron distantes en tanto admiraban el entretenimiento o dialogaban entre ellos. Anna los miró con interés y sonrió al oír las profundas conversaciones y las bromas que intercambiaban. Parecían una gran familia, una en la que todos se preocupaban por el bien de sus integrantes. Anna sintió una oleada de ternura tan honda que casi le cortó el aliento. Los niños se veían tan hermosos e inocentes que un anhelo dormido durante mucho tiempo la recorrió como un rayo.

Ella había soñado con ser madre más de una vez durante el tiempo que había durado su matrimonio, pero le había resultado imposible concebir. En un principio esa frustración la había atormentado, en especial cuando Richard

la culpaba y afirmaba que con seguridad se debía a la frigidez de ella o a alguna tara heredada de su familia, pero con el tiempo lo había tomado como una bendición. Le aterraba pensar en qué clase de padre habría sido él tanto como en la desgracia de criar a un niño en un hogar infeliz.

En ese instante, sin embargo, al mirar a los chicos divertirse y escuchar esas risas le reverberaban en los oídos, se dijo que a lo mejor habría sido bueno contar con un pequeño a quien amar y por quien vivir en ese momento de su existencia. Quizás entonces la vida no le parecería tan solitaria y tendría un sentido más allá de la mera subsistencia.

Fue así como la encontró Benedict al reunirse con ella. Anna apenas tuvo tiempo de parpadear para alejar cualquier resto de las lágrimas que habían amenazado con caerle mientras se encontraba en esa silenciosa contemplación.

Oscurecía cuando se marcharon, y todos los niños se alinearon en la acera para despedirlos en tanto el carruaje se alejaba del albergue.

Tanto Anna como Benedict se mantuvieron en silencio durante algunos minutos antes de que él lo quebrara al sentarse de lado y rozarle la piel del brazo para reclamar su atención. Ella lo miró con un profundo esfuerzo, no porque no deseara hacerlo —habría podido mirarlo durante horas sin tener nunca suficiente—, sino porque temía lo que él pudiera adivinar en su expresión.

—Anoche soñé contigo y no pude volver a dormirme porque solo podía pensar en cuánto deseaba tenerte a mi lado, como lo estás en este momento.

Anna entreabrió los labios, sorprendida y conmovida por esa confesión, pero no fue capaz de responder nada de inmediato. ¿Qué habría podido decir? ¿Que le ocurría lo mismo? ¿Qué, pese a que todo en su mente le decía que era un absurdo absoluto, no conseguía alejarlo de su corazón? ¿Que lo echaba de menos incluso cuando se encontraba a su lado, como le ocurría entonces? Porque había descubierto que verlo y oírlo hablar no era ya suficiente. Luego de conocer sus besos, sus caricias, ¿cómo podía contentarse con tratarlo como a cualquier otro?

—No lo digas —le rogó ella cuando al fin consiguió encontrar la voz.

Benedict sonrió; le buscó la mano enguantada por encima del asiento. Habían levantado el techo del carruaje para protegerse de la fría brisa que empezaba a correr. A Anna le pareció como si se encontraran aislados del

resto del mundo. Aunque quiso hacerlo por un profundo sentido de supervivencia, no fue capaz de retirar la mano. Por el contrario, se aferró con fuerza a los dedos de Benedict y cerró los ojos un instante al percibir la calidez de esa piel incluso a través de la seda de los guantes.

Él continuó poniendo en palabras sus sentimientos en tanto ella lo escuchaba como si fuera presa de una hechizo que le impedía dejar de observarlo o levantar de nuevo una barrera entre ambos que la protegiera de su propio corazón.

—Quiero abrazarte, besarte. Quiero tocarte y sentir tu aliento dentro de mí. Quiero descubrir a qué sabe tu piel, conocer cada detalle... Te deseo. Te quiero. Quiero todo de ti. Tus miedos, tu fuerza, cada pequeña parte de ti. Quiero todo, Anna, todo lo que estés dispuesta a darme.

Ella elevó la mano que él retenía y la posó sobre los labios de Benedict en un gesto desesperado para obligarlo a callar.

—Por favor —imploró—, no sigas. No puedo...

Benedict la sujetó por la muñeca y buscó el corto trozo de piel descubierta entre la manga de la blusa y el final de los guantes para posar los labios allí, lo que le provocó un jadeo cargado de angustia, pero no intentó retirarlo. Anna ladeó el rostro en dirección a la ventanilla del carruaje y entreabrió los labios al advertir lo tarde que era. Aunque lady Sinclair se había mostrado encantada de que saliera con Benedict, diría sin duda que incluso una viuda debía de mostrarse más cauta en los paseos con un caballero.

Cuando no se encontraban muy lejos de su casa y anhelaba, al tiempo que temía, el momento en que deberían separarse otra vez, unos suaves copos de nieve empezaron a caer. Buscó el rostro de Benedict para sonreírle, fascinada por la sorpresa.

—Haz que detengan el carruaje —pidió—. Solo un minuto.

Él obedeció aquella solicitud, pero ella apenas esperó a que se detuviera del todo antes de descender, sin aguardar a que le abriera la puerta.

—Anna...

Ella ignoró el llamado y dio unos cuantos pasos a través del camino que empezaba a teñirse del blanco. Se encontraban en una alameda cercana al parque frente al cual se hallaba la mansión de los Sinclair.

Cuando sintió la presencia de Benedict a su lado, miró sobre el hombro para dirigirle una amplia sonrisa sin rastro de tristeza.

—Siempre me ha encantado la nieve —comentó con el aliento entrecortado por la emoción—. Creo que tiene el poder de llevarse todo lo que nos atormenta, al menos durante un momento. Como si fuera capaz de limpiar nuestras almas. Es tan raro que nieve en esta época del año...

—Y mira las estrellas.

Anna dirigió la vista hacia donde Benedict señalaba. La sonrisa se le amplió al distinguir unas cuantas estrellas que empezaban a asomar en el firmamento entre las nubes cargadas de nieve. Le pareció un espectáculo precioso que, combinado con los copos de nieve que caían sin cesar, pareció detener el tiempo para ambos. Pero entonces el viento se hizo más frío; tuvo que abrazarse a sí misma para entrar en calor, un gesto que obligó a Benedict a tomarla del brazo para persuadirla de que regresaran al carruaje.

Mientras el vehículo se ponía en movimiento para detenerse pocos minutos después frente a la mansión Sinclair, Benedict le acarició el rostro con la punta de los dedos. Antes de que un empleado que se apresurara a correr desde la casa para abrirles la portezuela con un gran paraguas en las manos, se inclinó hacia ella y pegó los labios a su oído.

—¿Recuerdas que te dije que podías hacerlo todo? —dijo él con una sonrisa—. Mira, acabas de hacer que las estrellas bailen solo para mí.

Anna no respondió. No habría sabido qué decir de cualquier manera, incluso aunque hubiera encontrado la voz para hacerlo. Pero supo, mientras seguía al muchacho de servicio al interior de la mansión y oía las ruedas del carruaje alejarse camino abajo, que algo acababa de ocurrir. Por extraño que pudiera ser, la noche parecía menos oscura, y el frío en su corazón empezó a derretirse hasta inundarle el cuerpo de un leve calor. Tal vez, después de todo, la nieve hubiera obrado su magia en ella.

*

—Reconozco que tengo curiosidad. ¿Cómo es que has pasado tanto tiempo negándote por completo a asistir a un baile y ahora parece tan ansiosa por ir a uno?

Muchas alabanzas podía nombrar Anna para referirse a su encantadora cuñada, como, por ejemplo, tener un extraordinario poder de discreción. De modo que le sorprendió cuán entrometida se mostraba en ese momento. Pero, ya que era evidente también que debía de encontrarse en extremo aburrida por permanecer recluida en una habitación hasta el momento del parto por órdenes del médico, Anna decidió que bien podría mostrarse tolerante. Solo un poco.

Había ido a verla para mostrarle las joyas que había ordenado retirar de la colección familiar para usarlas en el baile que la duquesa de Devonshire daba para unirse a las actividades que cerrarían la temporada de ese año. Rose tenía razón al mencionar que se mostraba más animada de lo habitual respecto a ese acontecimiento, pero no podía ni deseaba evitarlo. Se trataba de un caso especial. Una no asistía a un baile formal de los duques de Devonshire todos los días. Desde luego, ese no era el único motivo. También la ilusionaba la idea de ver a Benedict, no tenía sentido negarlo; aunque prefería hacer como si no fuera verdad, dado que era lo único que le quedaba de sus reservas y se aferraba a ello con uñas y dientes.

Había visto a Benedict dos veces desde la visita al albergue hacía unos pocos días, pero habían sido encuentros muy breves en compañía de otras personas, en los que apenas habían podido intercambiar unas cuantas frases formales, lo que tal vez fuera lo mejor. Suponía, sin embargo, que se encontrarían en el baile; allí, entonces, quizá las cosas fueran distintas. Más allá de lo que ocurría entre ambos, a lo cual no sabía cómo nombrar, consideraba que estaba en todo su derecho de consentirse a sí misma y asistir con las mejores galas. No tenía nada que ver con él.

—La temporada está por terminar, y me gustaría dejar una buena impresión, eso es todo —dijo al fin cuando advirtió que Rose esperaba una respuesta.

Su cuñada asintió con suavidad e hizo un gesto de incomodidad al intentar acomodar su cuerpo sobre la cama.

—Comprendo —asintió ella con una sonrisa aliviada una vez que encontró una posición agradable—. Supongo que esa es tu manera de decir que no tienes interés en impresionar a nadie en particular.

—Claro que no.

—¿Ni siquiera a lord Cahill? —insistió Rose, para luego encogerse de hombros en señal de disculpa—. No puedes criticarme por pensarlo, no soy la única que lo hace. Tu madre está extasiada.

Anna puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre la mecedora que William había hecho llevar del cuarto de los niños y que habían dispuesto bajo la ventana. Siempre le había gustado ese mueble. Recordaba que su padre acostumbraba sentarse en él cuando ella era pequeña y que la mecía durante horas antes de despedirse por las noches. Él siempre había sido un hombre afectuoso. William había heredado ese rasgo de carácter. Lo había visto con frecuencia hacer compañía a Tristan, su pequeño hijo, porque a Rose, en ese momento, se le dificultaba subir al ala de los niños. La presencia del mueble era una especie de recordatorio de lo que estaba por ocurrir y de que en cualquier momento habría otro bebé a quien acunar.

—A mi madre le emociona todo lo relacionado con la posibilidad de que me case de nuevo, pero se llevará una terrible decepción.

—¿Porque no quieres casarte nunca o porque no tienes intención de hacerlo con lord Cahill?

—Ambas cosas. —Anna frunció el ceño y dirigió a su cuñada una mirada de enojo—. No sé por qué piensan que él tiene esa clase de interés en mí.

—¿No es así?

—Desde luego que no. Creo que Benedict está tan interesado en el matrimonio como yo.

Rose ladeó el rostro; el movimiento hizo que un rayo de sol impactara contra su rostro y la dotara de un aire curioso, casi sobrenatural. Ella era dueña de una belleza peculiar y con frecuencia le recordaba a una criatura salida de un cuento. No le extrañaba que su hermano la llamara “mi hada”. Claro que ella no debería saber algo como eso, pero lo había oído en más de una ocasión, otra prueba de que debía abandonar esa mala costumbre de escuchar lo que no era de su incumbencia. En ese momento, sin embargo, no tenía tiempo para pensar en cosas como esa. De modo que miró a su cuñada tras vacilar un instante en tanto se preguntaba cómo poner en palabras lo que le preocupaba.

—Rose... —empezó, insegura—. ¿Crees que yo...? Me preguntaba si piensas que soy una mujer atractiva.

Su cuñada rio como si acabara de contar alguna broma.

—Claro que lo eres —respondió ella sin vacilar—. Eres preciosa.

Anna no se vio muy emocionada por el halago.

—Gracias. Pero me refiero a que... Creo que no lo he preguntado de la manera correcta. Lo que me gustaría saber es si piensas que puedo resultar atractiva a un hombre.

Rose estaba ya asintiendo con firmeza. Anna puso de nuevo los ojos en blanco antes de continuar, sin darle tiempo a decir nada.

—En un plano físico, quiero decir; íntimo.

Sintió que le ardían las orejas cuando Rose la contempló con las cejas elevadas al comprender. El desconcierto duró poco, sin embargo, lo que le evitó otro momento de bochorno.

—Creo entender a qué te refieres. —Rose cabeceó al tiempo que se llevaba una mano al vientre de modo inconsciente—. ¿Acaso lord Cahill ha hecho algún avance que te haga dudar de ello?

Estuvo a punto de contradecirla una vez más y sostener que no entendía por qué pensaba que todo estaba relacionado con Benedict, pero no encontró las fuerzas para eso. ¿Qué sentido tenía mentir? Además, Rose era la única persona con quien se atrevería a hablar de un tema tan privado. Su madre estaba descartada por completo por tantos motivos que no tenía sentido pensar en ellos, jamás se había sentido a gusto al tratar temas tan personales con la tía Penelope, y sus mejores amigas, Beatrice y Catherine, eran dos jóvenes solteras e inocentes a quienes nunca podría hablar de ciertas cosas, además de ser hermanas del hombre que le interesaba.

—Él... Él ha dejado en claro que me encuentra deseable. —Las palabras salieron atropelladas de sus labios, pero no vaciló al continuar por miedo a perder el valor—. Mucho, en realidad.

Rose sonrió con un gesto juguetón. A Anna le recordó más que nunca a un hada traviesa.

—Eso es bueno. ¿Y qué ocurre contigo?

—Benedict es un hombre muy atractivo. —Anna suspiró al encontrarse con la mirada escéptica de su cuñada; seguro que podía decir algo mejor que eso—. Bueno, sí, reconozco que es mucho más que eso. En algún momento he sentido que podría ser capaz de corresponder a sus avances, pero entonces...

—¿Sí? —la alentó Rose.

Lady Schellin hizo un gesto de frustración y se llevó las manos a las mejillas, que ardían debido a la vergüenza por poner en palabras algo que la atormentaba y avergonzaba.

—No sé... No sé cómo hacerlo. No me refiero a que no lo sepa en realidad, sino a que no tengo idea de si podré hacer lo que él espera de mí —reconoció a medias, insegura.

Rose frunció el ceño como si no acabara de comprenderla.

—Anna, ¿lo que intentas decir es que no sabes si eres capaz de sentir placer?

La interpelada hizo un gesto cargado de amargura.

—O de darlo —completó de mala gana—. Richard decía... Él mencionaba con frecuencia que no.

Rose apretó los labios y desvió la mirada durante un instante antes de observarla una vez más. Ella no era la clase de persona que se disgustara con facilidad; de hecho, tenía un temperamento amable y cálido que casi nunca se veía alterado, pero en ese momento se la notaba en efecto enojada.

—Dime algo, Anna —empezó ella con un leve temblor en la voz—. ¿Qué tantas libertades se ha tomado lord Cahill contigo?

Su cuñada abrió mucho los ojos, sorprendida de que lo inquiriera con tanta claridad luego de que ella hubiera intentado ser muy sutil al hacer preguntas.

—No creo que me sienta lo bastante cómoda como para hablar de eso —respondió ella tras carraspear, abochornada—. Él... Nosotros...

—No tienes que entrar en detalles, pero asumo que ha hecho mucho más que besarte.

Anna cabeceó sin responder, con la mirada puesta en la caja de terciopelo que sostenía entre las manos. Le pareció increíble que, hacía solo unos cuantos minutos, hubiera estado parlotteando acerca de las joyas que allí se encontraban y que pensaba usar esa noche. En ese momento, en cambio, se encontraba deseosa de cavar un hoyo bajo la alfombra y huir despavorida. Pero había sido ella misma quien había sacado el tema a colación, por lo que era justo que se enfrentara con el resultado de sus pesquisas. Después de todo, sabía que Rose solo intentaba ayudarla.

—¿Y lo disfrutaste?

Anna asintió una vez más frente a la pregunta de su cuñada. De haber tenido el valor de levantar la mirada, le habría sorprendido encontrarse con una sonrisa cargada de ternura y una buena cuota de diversión.

—Todo ha sido muy agradable hasta ahora —musitó mientras se removía en el asiento.

—¿Solo agradable?

Anna levantó el rostro con brusquedad al advertir el tono de leve decepción en la voz de la embarazada.

—¡No, mucho más que eso! —reconoció con fervor—. Ha sido maravilloso. Pero nosotros no... No he sido capaz de ir más allá porque temo lo que pueda ocurrir de intentarlo. ¿Qué sucede si al final todo es como antes? Al principio, cuando Richard y yo nos casamos, sentía también algunas cosas, pero siempre era lo mismo al final. Lo frustraba y sé que me despreciaba porque no era capaz de darle lo que deseaba.

—¿Y tú? ¿Qué ocurría con lo que tú deseabas?

Anna chasqueó la lengua e hizo un gesto burlón al oír la pregunta de Rose. Después de haber conseguido expresar lo que la incomodaba, de manera sorprendente, las palabras surgían con más facilidad.

—¡Es que no lo sabía! Ni siquiera estoy segura de entenderlo ahora. —Ella hizo un gesto cargado de desilusión—. Lo único que sé es que, cuando Benedict me toca, siento tantas cosas que no tengo idea de qué hacer, salvo estar aterrada porque no creo que pueda soportar que él me vea de la manera en que Richard lo hacía. Rose, él me odiaba.

Su cuñada extendió una mano para invitarla a acercarse. Anna obedeció con lentitud tras dejar el pequeño cofre que sostenía sobre una mesita. Una vez que se encontró sentada al lado de Rose, agachó la mirada, mientras que la otra la tomó de la mano al tiempo habló con esa voz suave y serena que tenía la particularidad de infundir paz.

—Nunca traté mucho a tu marido, Anna. Si te soy sincera, me alegra que así haya sido, porque no creo que fuera un buen hombre —expresó Rose sin asomo de duda, pero con un leve tono de disculpa al continuar—. Nunca

comprenderé cómo consiguió aparentar lo contrario mientras te cortejaba. No pude verlo, ni tampoco William; estoy segura de que eso es algo por lo que él jamás podrá perdonarse.

Anna negó con la cabeza, pero la otra continuó.

—Como puedes imaginar, él no se siente cómodo para tratar este tema contigo, además de que no quiere escarbar viejas heridas, pero lamenta con profundidad no haber sido capaz de ahorrarte ese dolor.

Anna emitió un leve gorjeo, una risa carente de humor que resonó en la habitación.

—A William le gusta pensar que tiene más poder del que en verdad posee. ¿Qué habría podido hacer contra una chiquilla malcriada y una madre demandante? No le dimos oportunidad. Además, en esa época Tristan acababa de nacer, y reconozco que me aproveché un poco de su entusiasmo para convencerlo. —La miró al fin, con un gesto triste pero firme—. No intentes hacerlo parecer como si yo hubiese sido una especie de víctima, Rose. Tal vez no supiera del todo lo que me esperaba, pero era lo bastante mayor para asumir las consecuencias de mis propios actos. He tenido el privilegio de contar siempre con un hermano que ha antepuesto mi bienestar a todo. De haber querido quedarme soltera o marcharme de misionera a África, él me habría apoyado. William no tiene ninguna responsabilidad en esto.

Rose no discutió, pero Anna supo que tanto ella como William no aceptarían con facilidad lo que consideraban una negligencia que habrían podido evitar. Desde luego, ella no estaba de acuerdo, pero sabía por experiencia que era algo que entenderían con el paso del tiempo, así como ella había conseguido hacerlo en parte también.

—Temo que nos hemos desviado un poco del tema central —Rose retomó la charla pasados un par de minutos en silencio—. Creí importante mencionar a tu marido porque estoy convencida de que no es justo compararlo con alguien como lord Cahill. Él es un buen hombre, y lo creo incapaz de ocasionarte cualquier dolor.

Anna asintió, pero fue un gesto carente de seguridad.

—No, Benedict jamás me lastimaría a propósito —aceptó ella—. Pero no es eso lo que temo, sino que ambos podamos resultar heridos sin hacerlo adrede, ¿comprendes? Somos tan distintos. Él parece muy seguro de lo que

desea, pero yo tengo miedo porque no sé si seré capaz de entregarme como él espera.

Rose sonrió al oírla y buscó su mirada al encorvarse un poco sobre el vientre abultado.

—Pero quieres —comentó ella, traviesa—. Quieres entregarte a él, ¿no?

Anna asintió, sin responder, con una nueva oleada de rubor que le subía por el cuello.

—Bueno, creo que eso es lo único que importa. —Su cuñada asintió satisfecha—. Has sufrido demasiado, Anna. Tu experiencia te ha convertido en una mujer insegura. Ya va siendo hora de que atiendas a tus deseos y de que comprendas que tal vez estás equivocada. Algo me dice que, si un hombre es capaz de ayudarte a abandonar tus reservas, ese es lord Cahill. Solo tienes que permitirte disfrutarlo.

Anna rio, rendida, y se llevó una mano a las mejillas.

—Si mi madre o William supieran que me das esta clase de consejos, se replantearían muchas cosas acerca de ti, Rose.

La embarazada se encogió de hombros.

—No sé tu madre, pero te aseguro que William no se sentiría tan sorprendido como piensas —susurró divertida.

Anna sacudió la cabeza de un lado a otro, sin atreverse a ahondar en esas palabras, porque dudaba de que fuera capaz de soportar más confidencias escandalosas en tan poco tiempo. Pero de algo estaba segura: el haber expresado sus inquietudes le había hecho mucho bien. De pronto sentía el corazón algo menos pesado y pudo evocar el recuerdo del último encuentro con Benedict sin sentirse asustada frente a lo que el destino podría tener preparado para ambos.

Deseaba tanto verlo. Y lo haría aquella noche. Lo que ocurriera entonces... Bueno, eso estaba por descubrirlo.

*

Benedict había asistido a más eventos sociales aquella temporada que en todos los años previos que podía recordar. Tenía muy claro el motivo. Respondía a cada invitación que recibía con la esperanza de encontrarse con Anna. Verla siquiera un segundo a través de un salón atestado bien valía hacer a un lado sus reservas y lo poco que le agradaba desenvolverse en la vida social.

Debía reconocer, sin embargo, que no había aceptado asistir al baile en la mansión del duque de Devonshire solo llevado por la ilusión de coincidir con ella. El acontecimiento en sí era tan importante que habría sido una terrible indolencia de su parte rechazar la invitación. El duque era buen amigo de sus padres y hacía alarde de un considerable poder no solo en la corte, sino también, y eso era lo que más interesaba a Benedict, en el trato con toda clase de hombres de negocios. Bastaba pronunciar el nombre de aquel hombre para infundir un temor casi reverencial, y a él le seducía la idea de entablar una relación comercial con el duque. Con sus fortunas, el buen nombre de Devonshire y la habilidad de Benedict para los negocios, una sociedad entre ambos no tendría límites. Además, era un fervoroso político; puesto que acababa de heredar el ducado de su tío, había pasado a formar parte de la Cámara de los Lores, y se comentaba que sus aspiraciones iban mucho más allá.

Tan pronto como Benedict arribó a la mansión, se dirigió al vestíbulo para presentar sus respetos a los anfitriones. Permaneció unos minutos allí, enzarzado en una animada conversación con lady Evelyn, una dama que siempre había encontrado en extremo inteligente. Ella podía hablar de la realidad nacional y las leyes con una seguridad aplastante; Benedict disfrutaba mucho escucharla. Solo se despidió al advertir que una larga hilera de invitados esperaba su turno, pero le prometió que compartirían más tiempo luego.

Como había supuesto que sería, los Devonshire habían dispuesto que el baile se desarrollara en el gran salón, una estancia enorme que habría podido disputar con la del Palacio de Buckingham. Según sus cálculos, que abandonó pronto, medio Londres debía de encontrarse allí, lo que encontró bastante molesto. ¿Cómo iba a localizar a Anna en medio de toda esa muchedumbre?

Beatrice y Catherine habían insistido en asistir, y él no había tenido corazón para negarse, pero había arreglado que tuvieran por compañera a una tía de su padre, una anciana viuda bastante agradable que no tendría problemas para vigilarlas sin ser por ello impertinente. No le gustaba esa vieja

costumbre de oprimir a las jóvenes en demasía; a su parecer, debían ser capaces de gozar de cierta libertad, pero, en el caso de sus hermanas, no se sentía del todo cómodo al dejarlas sin supervisión, en especial cuando se trataba de Catherine. Ella era mucho más imprudente que Beatrice, y había notado que actuaba de manera un tanto extraña desde la visita de lord Falmouth, de modo que consideraba que ese recelo estaba del todo justificado. Odiaría que se metieran en problemas y no encontrarse cerca para ayudarlas.

Tranquilo en lo que a las muchachas se refería, rondó por el salón durante varios minutos en busca de Anna, pero no dio con ella hasta algo más avanzada la noche. En tanto, bailó con algunas damas, conversó con unos cuantos conocidos y acordó una reunión con un visitante estadounidense que hizo mención de cierta amistad con Christian, lo que le intrigó. Pese a ello, a toda esa oleada de actividad, se sentía preso de una ansiedad que lo mantenía inquieto y que no lo abandonó hasta que se topó con Anna.

En realidad, fue ella quien lo encontró. Benedict tardó un momento en reaccionar al verla al otro lado del salón, desde donde le dirigía una mirada serena pero cargada de entendimiento. Fue solo un segundo, un cruce con sus ojos que con seguridad no alcanzaron a registrar quienes los rodeaban, pero a él le dijo mucho más que mil palabras.

Mientras se acercaba a ella con pasos medidos y se aseguraba de contener la impaciencia, aunque dudaba de que los esfuerzos sirvieran para ocultar lo ansioso que se sentía por acercarse a ella, se permitió admirarla a gusto con la seguridad de que no era el único en el salón que lo hacía.

Se veía preciosa, más bella de lo que habría podido alguna vez imaginar. Todo en ella parecía brillar: desde el cabello sujeto en lo alto de la cabeza con diamantes que centelleaban hasta el borde del elaborado vestido de seda, que caía en oleadas hasta cubrirle los pies. La túnica tornasolada le recordó a las armaduras de las diosas guerreras que había admirado siempre en los grabados antiguos, una visión de bronce y oro que le quitó el aliento. Incluso los brazaletes que llevaba en los brazos desnudos parecían conspirar para dar esa impresión. Había pocas mujeres lo bastante valientes para adoptar una moda como aquella, que sabía que apenas empezaba a llegar desde Francia, pero no le extrañó que Anna fuera una de ellas o que permaneciera indiferente a las miradas de admiración o interés que despertaba a su paso. Tan solo el

leve temblor que le sacudía las manos revelaba parte de su nerviosismo, pero ella conseguía ocultarlo al jugar con la banda de encaje púrpura que le rodeaba los hombros.

Cuando Benedict llegó a su lado, la saludó con una leve inclinación de cabeza, sin apartar la mirada de los ojos de ella.

—Me alegra que vinieras.

Él usó un tono de voz muy bajo para que nadie más pudiera oírlo. No hacía falta ser demasiado observador para advertir que se habían vuelto el centro de las miradas de quienes los rodeaban con fingida indiferencia. Hasta aquella noche, la esquivada lady Schellin se había mostrado muy reservada, mientras que el heredero de los condes de Falmouth apenas manifestaba el menor interés en formar parte de la vida social londinense. Su interacción despertaba curiosidad y llevó a que se alzaran varias cejas, lo que en otras circunstancias habría intimidado a Anna, pero se prometió que, al menos durante aquella noche, procuraría seguir sus instintos y no preocuparse por la opinión de nadie que no fuera ella misma.

—Mi madre no me habría perdonado que no asistiera —comentó ella con una levísima sonrisa.

Benedict desvió la atención del rostro de la joven para echar una breve mirada detrás.

—¿Ha venido milady también?

Anna alzó las cejas al detectar cierta tensión en la voz de él. Le parecía obvio que esperaba una respuesta negativa. Tardó un momento más del necesario en dársela solo por el inesperado placer que le provocaba la ansiedad de él.

—No, no está aquí —reveló—. Al parecer me he convertido en la representante oficial de mi familia. La tía Penelope también decidió quedarse en casa con Rose.

Benedict asintió e hizo un esfuerzo por no hacer demasiado evidente cuánto lo complacía esa información. Habría odiado tener que luchar por la atención de la joven con su familia.

—Me gustaría decir que lo lamento...

—Pero estarías mintiendo.

Él sonrió al oírlo. Anna no pareció enojada por la sinceridad; por el contrario, los ojos le brillaban divertidos.

—Cierto. Y no quiero mentirte.

—Bien, porque no quiero que lo hagas. —Ella tornó serio el semblante solo un instante al hacer esa declaración, para luego retomar la expresión risueña—. ¿Vas a invitarme a bailar? Porque recibí unos cuantos pedidos desde que llegué, de modo que lamentaría mucho no poder reservar una pieza para ti.

Benedict dio un vistazo alrededor antes de responder al provocativo comentario. Cuando lo hizo, bajó la voz al tiempo que inclinaba un poco el cuerpo hacia ella para que nadie más pudiera oírlo.

—Me sorprendes. Esperaba que reservaras todas las piezas para mí —repuso él—. No creo poder soportar verte bailar con otro.

Anna hizo un gesto casi imperceptible de reprobación y miró sobre el hombro de él con los ojos entrecerrados.

—Creo que descubriremos pronto qué tan cierto es eso —declaró ella, tras lo cual dio un paso hacia atrás para poner una distancia prudente entre ambos.

Benedict se dio vuelta para mirar en la dirección en que ella lo hacía. Su semblante se ensombreció al encontrarse con el rostro de Christian, quien se dirigía hacia ellos con aplastante seguridad. Buena parte de los moretones en el rostro del estadounidense habían desaparecido, y casi no había rastro de la cojera al caminar. Durante un instante, para su absoluta vergüenza, Benedict se preguntó cómo diablos se había recuperado tan rápido. Las diferencias entre ambos podían considerarse resueltas luego de la sincera conversación que habían compartido, pero eso no significaba que no le resultara odioso verlo mirar a Anna con las mismas ansias que sin duda debía de mostrar él.

—Milady. —Christian llegó ante ellos e hizo una reverencia impecable antes de darse vuelta hacia él con una sonrisa traviesa que brillaba en su piel morena—. Benedict.

—Christian.

EL fotógrafo se vio encantado al advertir el enojo de su amigo y tendió un brazo en dirección a Anna, que alternaba la mirada de uno a otro con similares muestras de entretenimiento.

—Creo que esta pieza es para nosotros, milady.

Anna asintió y posó una mano enguantada sobre el brazo del extranjero. Luego de dirigir un breve vistazo a Benedict, permitió que Christian la guiara al centro del salón para unirse a las otras parejas. Entonces todo fue una agonía para lord Cahill.

Lo hacía a propósito, eso estaba claro, se dijo Benedict en tanto intentaba disimular la impaciencia. Invitó a bailar a Beatrice, pero apenas contuvo el impulso de echar algunas miradas en dirección adonde Anna y Christian se movían al ritmo de la música. Su hermana pareció darse cuenta de ello, porque le dirigió más de una mueca divertida; eso sin contar la risita burlona que la asaltó al regresar a su lugar junto a las otras jóvenes cuando el baile concluyó. No por primera vez, Benedict se preguntó entonces cómo sería no tener hermanas. Debía de ser estupendo, sin duda.

La tortura se prolongó durante tres piezas más, hasta que pudo acercarse a Anna, que acababa de despedir a su última pareja, y solo entonces consiguió reclamar el baile prometido. Había tenido el temple de dejar pasar una oportunidad tras otra en espera de un vals, por lo que no estaba dispuesto a perder esa chance. Para su suerte, le bastó con ver la mirada en los ojos de Anna mientras se acercaba para saber que ella también había estado ansiando ese momento.

Al tiempo que se dirigían al centro del salón, Benedict le contempló la mano, apoyada sobre su brazo, y el modo en que ladeaba el rostro para verlo de reojo con una suave sonrisa de complacencia dibujada en los labios. De pronto lo asaltó la idea de que ella pertenecía allí de la misma manera en que lo hacía él, así como un profundo miedo de solo considerar que esa unión no dejaba de ser momentánea y que, en cuanto la pieza concluyera, volverían a separarse. Se trataba de un pensamiento deprimente, pero no permitió que lo dominara o le impidiera disfrutar del placer que sintió al rodear el talle de la joven con una mano o al sentir los dedos temblorosos de ella sobre el hombro.

La melodía los envolvió. Tanto a uno como a otro les pareció como si de pronto se vieran aislados del mundo, pero la sensación fue tan breve como un suspiro. Un momento, él la llevaba alrededor del salón mientras la rodeaba con esos fuertes brazos sin importarle que la cercanía fuera mayor a la que se consideraba apropiada; de pronto, las notas que tocaba la orquesta empezaron a decaer hasta sumirlos de golpe en un silencio que los llevó de regreso a la realidad.

Permanecieron todo un minuto inmóviles, de pie en medio de las otras parejas, que intercambiaban saludos y los veían con pocas muestras de discreción. El saberse observados fue lo único que permitió a Benedict recuperar la cordura, por eso consiguió recordar en dónde se hallaban. Tomó el brazo de Anna con suavidad y la guio hacia donde se encontraban las otras damas, pero, antes de separarse de ella, se inclinó para susurrarle al oído.

—Gracias.

Anna asintió con la mirada baja y las mejillas sonrosadas, sin responder, pero Benedict sintió que le apretaba el brazo un instante antes de soltarlo y darle la espalda. Él permaneció allí para observarla marcharse antes de dar media vuelta y dirigirse sin vacilar hacia donde sus hermanas dialogaban en un furioso intercambio de murmullos que le hizo fruncir el ceño.

—Actúas como una tonta, ¿acaso no tienes una pizca de sensatez? Pero no esperes que te ayude de ninguna manera.

—No recuerdo habértelo pedido. Además...

La agria réplica de Catherine se vio interrumpida por la llegada de Benedict, quien miró de una a otra en tanto sentía que acababan de obligarlo a pisar tierra firme luego de haber pasado los últimos minutos sumido en otro mundo.

—¿Ocurre algo? —preguntó él en tono acerado.

Beatrice tuvo la gentileza de sonrojarse, mientras que la menor tan solo se encogió de hombros y se alisó el frente del vestido con expresión inmutable.

—Todo está bien —afirmó la última al tiempo que dirigía a la otra joven una mirada de advertencia—. Si me disculpan, debo regresar con la tía Gertrude, que quería presentarme a los hijos de lady Ashford.

Catherine se marchó antes de que Benedict pudiera decirle nada, lo que fue una suerte porque, con semejante actitud, estaba seguro de que no habría sido amable, y el salón de baile de los duques de Devonshire era el peor lugar para reñir a una hermana. Cuando ella se perdió entre la multitud, Benedict se dio vuelta a ver a Beatrice, que mantenía el ceño fruncido y los labios apretados debido al enojo.

—¿Debería estar preocupado? —interrogó.

Ella lo miró de reojo y exhaló un suspiro, tras lo cual relajó el semblante.

—No lo creo —respondió ella—. Ya sabes cómo es Catherine cuando se obsesiona con algo. A veces no atiende a razones, pero también es verdad que esa actitud no le dura mucho. Lo mejor es dejarla sola, se le pasará pronto.

Benedict estuvo tentado a preguntar a qué se refería, pero no estuvo seguro de querer saberlo. Las jóvenes no dejaban de ser jóvenes mujeres con sus propias inquietudes y secretos: aun cuando procuraba estar siempre pendiente de ellas y esperaba que ellas, a su vez, supieran que podían contar con él, era consciente de que habían ciertos límites que no se atrevía a cruzar. Pero confiaba en el buen sentido de ambas, en especial en el de Beatrice. Además, estaba convencido de que, si ella veía algo que le preocupara en su hermana menor, no dudaría en acudir a él. En tanto, solo cabía esperar lo mejor.

En ese momento, además, alcanzó a ver a lo lejos una figura dorada que se escurría hacia el otro lado de las puertas de cristal que llevaban a los corredores fuera del salón de baile. No tuvo problemas para reconocer a Anna. Beatrice debió de captar la distracción en él, porque le dio un discreto golpecito en el brazo y le dirigió una mirada burlona.

—Creo que hay algunos asuntos más urgentes que deberías atender —bromeó ella al tiempo que lo alentaba con una sonrisa—. No te preocupes por Catherine, yo me encargaré de ella.

Benedict estuvo tentado a contradecirla y declarar que no tenía idea de a qué se refería, pero habría sido una mentira, y ambos lo sabían. De modo que le devolvió la sonrisa para, tras una cabezada, ir en busca de Anna. Los pasos lo condujeron al otro extremo del salón. Antes de cruzar la puerta opuesta a la que ella había elegido para despistar a cualquier curioso que pudiera haber notado sus movimientos, miró sobre el hombro para vislumbrar a los bailarines que danzaban alrededor de la estancia. Luego, sin vacilar, se perdió al otro lado de las puertas mientras el corazón le martilleaba en los oídos.

*

Anna suspiró antes de dilatar las aletas de la nariz para aspirar el aire puro con todas sus fuerzas. Ya había perdido la cuenta de las veces que se había escabullido de un baile en lo que iba de la temporada. A esa altura, podía creerse casi una experta. La única diferencia era que, hasta entonces, lo había

hecho llevada por la incomodidad que le provocaba compartir un espacio tan asfixiante con personas con las que no conseguía sentirse del todo a gusto. En ese momento, por el contrario, su huida tenía una razón del todo opuesta: escapaba porque ella y Benedict se compenetraban de un modo tan poderoso que creía que todo el mundo debía de poder verlo. Le parecía una sensación extraña, angustiante aunque al mismo tiempo tan cálida y deliciosa que la impulsaba a esconderse de las miradas ajenas para atesorarla solo para ella.

Y él lo sabía. Benedict sentía lo mismo; no tenía ninguna duda de ello. Lo había descubierto en la mirada de él, en las palabras no dichas y en el calor que desprendía su piel cada vez que la rozaba. Ningún hombre debería tener tanto poder sobre una mujer. No era nada justo.

Con un nuevo suspiro, Anna dobló en un recodo del pasillo, dispuesta a buscar la salida al jardín, pero acababa de dar un par de pasos cuando sintió que una mano la apresaba por la cintura y otra le cubría los labios para contener el chillido que estuvo a punto de emitir debido a la sorpresa. Apenas fue consciente de lo que ocurría antes de verse arrastrada tras un pesado cortinaje que ni siquiera había advertido hasta entonces. Cerró los ojos un segundo, como si así fuera capaz de ahuyentar el temor, en tanto anhelaba que, al abrirlos, pudiera descubrir que todo había sido una alucinación. Pero no, en ese instante lo único que ocurrió fue que quien fuera que tiraba de ella consiguió atravesar la cortina y no se detuvo hasta que se encontraron en una estancia pequeña y atestada. Solo entonces Anna pudo recobrase del susto y abrir los ojos para enfrentarse con su secuestrador, preparada para hacer lo que fuera con tal de huir de él. Al ver de quién se trataba, sin embargo, se quedó sin habla durante todo un minuto; cuando consiguió recuperar el autodomínio, solo atinó a alzar una mano y pegarle un buen golpe en la cabeza.

—¡Anna! ¿Qué estás haciendo?

Ella ignoró el tono sorprendido en la voz de Benedict y se cruzó de brazos con el ceño fruncido mientras apretaba las manos para contener el deseo de infringirle un segundo golpe.

—¿Qué estoy haciendo yo? —espetó horrorizada—. ¿Qué es lo que haces tú? Arrastrarme de esa manera, darme un susto de muerte... ¿Es que has perdido el juicio?

—No pretendí asustarte.

—Pero lo hiciste. Y me sorprende que no pensaras en ello. ¿De qué otra manera esperabas que reaccionara? No sé en qué clase de mundo vive usted, lord Cahill, pero en el mío, cuando parece que están a punto de atacarme, no puedo evitar sentir pavor.

Benedict se llevó una mano al cuello y la miró, no sin cierto asombro, como si solo entonces hubiera sido consciente de lo arriesgado de aquella acción. Había estado tan embebido en su necesidad de verla a solas que solo se había preocupado por conseguirlo, sin pensar en cómo reaccionaría ella. En ese momento, se sintió como un absoluto idiota, y así debió de verlo ella en su rostro, porque la expresión de la dama varió un poco y logró remplazar la indignación por un profundo malestar.

—Lo siento —dijo él, que se veía en verdad arrepentido—. No pensé... Solo quería que nos encontráramos a solas, lejos de toda esa gente. Debí avisarte, pero, si te soy sincero, temí que no fueras a aceptar.

Ella lo observó por debajo de las pestañas.

—Si hubieras preguntado, quizá te habría impresionado mi respuesta —replicó ella sin variar el tono de enfado, que surgió algo más suave al continuar—. También quería verte a solas.

La confesión se instaló entre ambos como si hubieran dejado caer un yunque a sus pies. Las mejillas de Anna estaban arreboladas por el bochorno y, como no pudo soportar sostenerle la mirada, hizo como que recién entonces sentía curiosidad por el lugar al que él la había arrastrado.

No era una asidua visitante de la residencia de los duques de Devonshire. En realidad, esa era la segunda vez que visitaba la mansión en su vida. La primera había sido poco después de su debut en sociedad, hacía años, cuando los duques habían dado una cena en honor a su hija, que tenía la misma edad que Anna y había sido presentada también al rey. Entonces le había parecido un lugar majestuoso y tan enorme que, tan solo de pensar en perderse en él, sentía escalofríos. Eso, desde luego, no hablaba muy bien de su decisión anterior de escapar del salón de baile y buscar el jardín, pero entonces no había estado pensando con claridad. En ese momento, en cambio, sí que lo hacía.

Al reflexionar acerca de la seguridad con que Benedict se había conducido, supuso que él estaba mucho más familiarizado con la mansión y rebuscó en su mente para rastrear algún recuerdo referido a la amistad de él con el duque. No pudo pensar en nada, sin embargo. Desistió de hacerlo

porque ya había aprendido que Benedict era mucho más misterioso de lo que su apariencia abierta y centrada parecía indicar. En lugar de ello, prefirió examinar el lugar tanto para recuperar la sensatez como poder enfrentar las palabras del caballero cuando empezara a hacer preguntas. Porque las haría, de eso estaba segura.

La mayoría de las habitaciones que conocía en la mansión eran enormes, muy lujosas, y casi todas ellas poseían un significado muy particular dado por los Devonshire para acentuar su abolengo. Esa, sin embargo, le pareció una de lo más sencilla y, a diferencia de las otras, era más bien pequeña para los estándares de la casa. Habría podido pasar por la salita deslucida, tal y como pensó en un primer momento, de no ser porque el contenido del lugar en el que se hallaba le pareció propio de una persona con una vida intelectual mucho más estimulante. Vio repisas atiborradas de todo tipo de libros, del techo al suelo. La única pared libre era aquella en que se encontraba la chimenea, que en ese momento ardía con un fuego suave y muy agradable que le produjo ganas de dejarse caer en el sillón de grandes orejas ubicado a solo unos metros.

Pinturas de todo tipo, la mayoría de ellas tan valiosas que no se atrevió siquiera a hacer un estimado, habían sido dispuestas de manera estratégica en los pocos espacios vacíos en la pared. Vio también un pequeño escritorio de palisandro de un estilo bastante femenino que la llevó a enarcar las cejas y contemplar a Benedict con cierta sorpresa. ¿Qué sitio era ese?

Él, que había esperado en silencio a que culminara con la inspección, esbozó una sonrisa tranquila y señaló el cuarto con un gesto de la mano.

—Es el estudio de lady Evelyn —respondió él a la silenciosa pregunta—. Como puedes ver, es una dama con intereses muy similares a los tuyos.

Anna frunció el ceño y conjuró el bello rostro de la duquesa que se había mostrado tan amable al recibirla.

—¿Cómo es que lo conoces? —inquirió ella con recelo.

Benedict ensanchó la sonrisa y se encogió de hombros al tiempo que se acercaba a ella con las manos sujetas tras la espalda. De pronto se veía más seguro, como si hubiera temido que la explosión de ella, provocada por el susto que le había dado, hubiera puesto en riesgo esa reunión, aunque ahora, al ver que ella dejaba de lado ese descuido para evidenciar interés, volviera a sentir confianza en lo que hacía.

—Me agradan los duques; los visito con frecuencia —explicó él—. Lady Evelyn es una dama brillante. Tanto ella como su esposo pueden sostener las conversaciones más estimulantes. Por lo general, es aquí donde nos reunimos.

—¿Sí? No lo sabía.

—Lo sabes ahora.

Anna dio un paso hacia atrás para rodearlo con movimientos ondulantes, como si estuvieran en medio de algún tipo de baile o cortejo en el que se evitaban a la vez que se acercaban el uno al otro tan solo para volver a marcar distancia entre ambos. La separación, en realidad, era en extremo pequeña si se consideraban las dimensiones de la estancia, pues uno y otro sabían que ese juego no duraría mucho. En tanto, no obstante, aquella danza aumentaba la expectación que ambos habían experimentado desde que se habían encontrado esa noche.

—¿Y por qué me has traído aquí? —preguntó ella al posar las manos sobre el respaldar de un diván tapizado con un diseño oriental.

Benedict le dirigió una ardiente mirada.

—Por la misma razón por las que tú no te has marchado —respondió él con descaro.

Anna desvió la vista y recorrió el borde del mueble con las yemas de los dedos; una fina línea de madera que contrastaba con el sedoso tapizado.

—Siempre estás asumiendo las cosas más curiosas en lo que a mí respecta, Te he demostrado una y otra vez que la mayor parte del tiempo te equivocas —le recordó sin atreverse aún a mirarlo—. Tal vez esta sea una de esas veces. Quizá solo estoy aquí porque no tengo otra alternativa o porque siento demasiada curiosidad para marcharme.

Benedict no pareció sorprendido por esas palabras. Se dirigió a la puerta y la entreabrió con suavidad.

—Vete ahora si eso es lo que quieres —propuso en un terso tono—. No te detendré.

Anna levantó la mirada con brusquedad, como si esa posibilidad no se le hubiera pasado nunca por la mente; se veía asustada frente a la idea. Sin vacilar, con los ojos fijos en los de Benedict, en esa figura gallarda y en los

rasgos cincelados de ese rostro, sacudió la cabeza de un lado a otro. Él, que parecía esperar esa muda respuesta, cerró de nuevo la entrada. Esa vez corrió el seguro para asegurarse de no ser interrumpidos.

—¿Qué dirían tus amigos los duques si supieran que me has traído aquí?

La pregunta de Anna surgió de sus labios con una entonación extraña. Sentía la garganta seca por lo que tuvo que mojar los labios con la lengua para poder hablar. Benedict, que seguía cada uno de los movimientos de la joven con la mirada puesta en su rostro, se acercó a ella una vez más, pero en esa ocasión no hubo nada de diversión en la expresión de él. Parecía haber llegado a un punto en que tan solo podía seguir sus instintos; no había ya lugar para la espera. Anna, que se sentía en un estado bastante similar, enroscó una mano en el bordado del frente del vestido en un ademán nervioso. La estola de encaje que llevaba con ella había caído sobre la alfombra sin que lo notara hasta entonces, e incluso el calor de la chimenea pareció ser insuficiente para contrarrestar el temblor provocado por la ansiedad que nacía en lo más profundo de su vientre y que le recorría los miembros.

—Ellos dirían... —Anna parpadeó para concentrarse en las palabras de Benedict. Casi había olvidado la pregunta anterior—. Dirían que no he podido pensar en un mejor lugar.

—Haces que parezcan unos libertinos acostumbrados a apañar los devaneos de sus invitados.

Benedict no se mostró ofendido por esa suerte de acusación; por el contrario, sonrió al extender una mano hacia ella.

—Se aman profundamente —replicó él con sencillez—. No apoyarían ningún “devaneo”, como lo has llamado, pero no podrían negarse a socorrer a un hombre enamorado.

Anna lo miró como si se encontrara hechizada; en un movimiento casi inconsciente, elevó una mano en el aire para entrelazarla con la de Benedict. Sus pies también se movieron antes de que supiera lo que hacía: rodeó el mueble para detenerse al lado de él con el rostro alzado para buscarle la mirada.

—¿Ese eres tú? —preguntó ella con voz tenue, temerosa y anhelante al mismo tiempo.

Benedict asintió despacio, pero no dijo más al respecto, como si no estuviera seguro de qué tanto debía develar o de cómo reaccionaría ella a esas palabras. Se conducía con Anna como si se tratara de un cervatillo asustado al que cualquier movimiento brusco o pedido demandante pudiera llevarlo a alejarse de él. En lugar de responder de manera clara, entonces, prefirió rodearle el talle con la mano libre y acercarla a él hasta que no quedó ni un centímetro de distancia entre ellos. Sus pechos se tocaban, agitados, y Anna sintió el aliento cálido de él sobre la frente.

—¿Es esto lo que deseabas?

La pregunta de Benedict surgió como venida de muy lejos, pronunciada en una voz profunda que resonó en los oídos de la muchacha.

—¿A qué te refieres? —inquirió ella, confundida durante un segundo.

Él le acarició la curva de la cadera con los dedos, lo que le arrancó un suspiro.

—Has dedicado la noche a intentar volverme loco —insistió él—. ¿Por qué?

Anna sonrió al comprender. Se refería a todos esos bailes en los que había elegido a otros hombres como compañeros con la mera ambición de molestarlo y hacerle ver que era tan deseable para otros como lo era para él.

—No estoy muy segura —ella respondió con honestidad, no le veía sentido a ocultarlo—. Creo que solo quería descubrir si podía.

Benedict rio y agachó la cabeza para posar los labios sobre el cuello de ella, en el punto en que le latía un pulso acelerado.

—Bueno, puedes —reconoció él, en absoluto enojado por la confesión—. Ahora, ¿podemos dejar de jugar? Hace meses que sueño con esto; sé que te ocurre lo mismo.

Anna estuvo a punto de negarlo, ofendida por que él fuera capaz de ver en su interior de aquel modo, pero comprendió que habría sido una niñería. ¿No acababa de negarse a la posibilidad de marcharse pese a que él prácticamente la había alentado a ello? ¿No había pasado buena parte de la noche, tal y como acababa de reconocer, ocupada en intentar perturbarlo y obtener su atención? Benedict tenía razón, lo deseaba tanto como él a ella, por lo que supo que terminarían en esa situación tarde o temprano. En realidad, parte de ella anhelaba que ocurriera aquella noche. Había sido por eso que se había

encaprichado con ir a aquel baile y con poner un cuidado especial en su aspecto. Quería que él no pudiera resistírsele; que la buscara, tal y como había hecho. En ese momento él la tenía entre los brazos, y ella exhaló un suspiro en señal de rendición, tras lo cual apoyó las palmas de las manos sobre el pecho varonil.

—Tengo miedo.

La confesión escapó de sus labios antes de que pudiera contenerla, en un murmullo tan bajo y apresurado que Anna rogó que él no la hubiera oído, pero le bastó con ver el modo en que entrecerraba los ojos y la firmeza con la que sostenía el cuerpo de ella contra el propio para saber que sí la había escuchado.

—No lo tengas —respondió él en tono fiero—. Nunca me temas, te lo ruego. No te lastimaré.

Ella supo que se refería a la manera en que sospechaba que había sido tratada por su marido, pero en realidad la inseguridad de Anna no se debía solo a eso. Estaba convencida de que Benedict sería un amante muy distinto al que había sido Richard, lo había supuesto desde el primer roce, lo había confirmado al experimentar ese primer beso que la había despertado de un largo letargo y la había llevado a un estado de pasión y anhelo que la sobrepasaba. Su más profundo temor estaba relacionado con lo que él podría hacer con el corazón de ella más que con su cuerpo. Le daría un placer que nunca antes había conocido, no lo dudaba, ¿pero qué ocurriría luego? Cuando se hubiese entregado a él, tal y como ansiaba hacer, ¿qué sería de ella?

No permitió que ese temor la dominara, sin embargo. Había pasado demasiado tiempo limitada por sus propias reservas, insensibilizada a cualquier sensación que juzgara siquiera un poco peligrosa. No podía hacerlo más, no con Benedict. Si se negaba a hacer lo que todo su ser le pedía, no le alcanzaría la vida para arrepentirse. Prefería atravesar el resto de la existencia apenada por lo que no podía tener que privarse de la experiencia que él le ofrecía.

De modo que asintió con una cabezada, sin vacilar; luego, se apoyó en el pecho de él al tiempo que frotaba las caderas contra las de Benedict y levantaba el rostro en un ademán invitante. Él no necesitó que dijera o hiciera nada más. Pareció como si fuera eso lo que había estado esperando para terminar de abandonar cualquier comedimiento y atrapó los labios de Anna con los propios para fundirse en un beso febril.

Si antes, durante su breve encuentro en el despacho de Benedict, casi una eternidad atrás, él se había mostrado cauto pese a la pasión que lo embargaba, en ese momento no exhibió ni un ápice de contención. Devoró la boca de la joven como si se tratara de un hombre sediento. Lamió y mordisqueó, jugueteó con la lengua y le delineó los labios para luego atraparlos entre los dientes en un raptó posesivo que provocó en Anna una oleada de placer que la hizo jadear y sostenerse de la cintura de él por temor a caer de rodillas, vencida por la pasión.

Benedict advirtió la debilidad de la joven, de modo que la rodeó con los brazos sin dejar de besarla, tras lo cual tiró de ella para recostarla sobre la superficie aterciopelada del diván. Le recorrió el cuerpo cubierto por la seda que se escurría entre los dedos y emitió un rugido de triunfo al sentir la piel desnuda de esas piernas. No llevaba medias debajo del vestido, tan solo una pequeña camisola de lino después del corsé, un modelo moderno que se ajustaba al abdomen y le ceñía los pechos para remarcarle la silueta.

Anna se vio de pronto reclinada, con la cabeza recostada sobre el cojín del diván y las piernas extendidas, con Benedict de rodillas frente a ella, que la observaba como si pretendiera devorarla con los ojos. Nadie jamás la había visto de ese modo; se sintió abrumada por una oleada de timidez que él se encargó de disipar al extender las manos para posárselas sobre los hombros y soltar los broches que sujetaban el vestido. De no haberse hallado tan nerviosa, Anna habría encontrado sorprendente la facilidad con que se deshizo de las capas de telas al arrastrarlas con suavidad hacia abajo al tiempo que le daba unos suaves toques para que ella elevaras las caderas y lo ayudara a liberarse de ese estorbo casi sin ser consciente de lo que hacía.

Él no se detuvo una vez que dejó caer el traje sobre la alfombra, sino que continuó con su tarea al soltar los broches y cintas del corsé sujetas a la espalda de Anna, para lo cual tuvo que inclinarse con gesto de concentración sobre ella, que apenas atinó a apoyar los codos sobre el mueble para que no le resultara tan difícil. La ceñida prenda cayó sobre el vestido, y en lo que le pareció un suspiro, se encontró casi desnuda frente a él, expuesta a su mirada. a sus manos, que no habían abandonado la tarea de recorrerla y dejar a su paso un sendero de caricias ardientes que le cortaban la respiración.

—¿Y tú?

La pregunta surgió de labios de Anna en un murmullo roto: se sintió hundida en la cortedad al ver la sonrisa traviesa en el rostro de Benedict, pero una vez más él no permitió que se retrajera hacia sí misma. Parecía apreciar que se mostrara así de sincera; al mismo tiempo, la alentaba a expresar sus deseos sin sentir vergüenza o timidez. De modo que tomó las manos que ella se había llevado al pecho, apenas cubierto por la delgada camisola. Las apoyó contra su propia camisa de lino una vez que se deshizo de la chaqueta y el chaleco del traje.

—Puedes ayudarme —sugirió él.

Anna vaciló solo un instante antes de enredar los dedos entre los botones para jugar con el nácar que se deslizaba en tanto Benedict sonreía. Pero esa sonrisa se esfumó en cuanto ella corrió la tela y apoyó las palmas abiertas sobre el pecho del caballero. El suave vello se erizó contra su piel, y fue Anna quien sonrió entonces al advertir el efecto que tenían sus caricias sobre él. Llevada por el instinto, se inclinó para soplar con delicadeza sobre aquellos músculos. Posó los labios a la altura del corazón, donde la recibieron los latidos irregulares y una fina capa de sudor que había empezado a cubrirlo.

Benedict pareció perder el poco autodominio que aún conservaba: le tomó las manos con una de las suyas para pasar la camisola por encima de la cabeza de Anna y contemplarla en toda su absoluta desnudez. Ella estuvo a punto de cubrirse una vez más, pero se vio asaltada por una oleada de orgullo al advertir la manera en que él le recorría el cuerpo con avidez, advertir el temblor en la mano que le posó sobre el pecho y el aliento entrecortado que brotaba de esos labios, como si le costara respirar. Cerró los ojos. Se apoyó contra él, fascinada por el contraste de su piel suave contra la de Benedict, mucho más áspera y ardiente. Entonces él la tendió de nuevo sobre el diván y empezó a recorrerle el cuerpo con las manos y los labios, sumido en la ansiedad y el deseo, en tanto los ojos de ella se veían velados por las pestañas. Anna tenía entreabierta la boca, de donde escapaban suspiros y leves jadeos que intentaba ahogar al posar una mano sobre sus propios labios, temerosa de ser oída. Afuera, sin embargo, la música continuaba como un ruido sordo y ajeno, como si fuera parte de otro mundo. Entonces Benedict le sujetó la punta de un pecho entre los dientes: bien podría haberse encontrado en medio del salón o en el punto más alejado de la tierra, pues nada habría podido contener el grito que escapó de los labios de la dama o los gemidos que emitió en tanto se retorecía, extasiada por todas esas sensaciones que no había experimentado jamás.

Había estado en lo cierto al suponer que Benedict era un amante consumado: se había dado cuenta por la seguridad con que se conducía, además de por el modo en que parecía adelantarse a todos y cada uno de los movimientos de ella. Las manos de él estaban en todas partes, le recorrían la suave piel detrás de las rodillas y se internaban en la curva de su cintura en una sincronía perfecta con los labios, los que, una vez que terminaron de enloquecerla con esas caricias sobre los pechos, empezaron a descender hasta posarse en el punto entre sus piernas, lo que hizo que Anna intentara cerrarlas en un acto reflejo. Pero él la detuvo al sujetarla por las rodillas con firmeza. Cuando ella bajó la mirada para encontrarse con los ojos de Benedict, no le quedó más alternativa que rendirse una vez más a la fiera determinación que vio en ellos. Ese hombre quería darle tanto placer como fuera posible. Él sabía lo importante que era ese momento para ella, el tiempo que había pasado negada a esa clase de sensaciones en tanto se preguntaba si no sería ella después de todo quien se encontraba imposibilitada de sentir esa clase de goce. Entonces Benedict le demostraba que había estado equivocada, que era del todo capaz de suspirar y gritar debido al éxtasis, que no había nada por lo que debiera sentirse avergonzada.

Mientras el cuerpo se le revolvía debido a las oleadas de placer, Anna se dijo que habría podido morir en un momento como aquel y lo habría hecho feliz. Pero Benedict sin duda no estaba de acuerdo, porque continuó con las caricias como si aún hubiera mucho más que debían vivir y como si tuvieran todo el tiempo del mundo para sentirlo. Se sentía tan aletargada, con la cabeza recostada contra el diván y los ojos cerrados, que no supo en qué momento ocurrió, pero entonces sintió que él le abrió un poco más las rodillas y se tendía sobre ella. Advirtió en ese instante que se había despojado de la camisa del todo, que frotaba su pelvis contra la de ella. Sintió la piel aterciopelada y dura del sexo de él al empujar entre sus piernas, pero consiguió contener la tensión que le asaltó al pensar en lo que iba a ocurrir. Ese siempre había sido el momento más incómodo durante sus experiencias con Richard. Sin embargo, en ese momento, se sorprendió a sí misma al elevar las caderas con desesperación como una enajenada. No tenía miedo, quería esa unión, quería sentirlo dentro, que llenara hasta el rincón más recóndito de su vientre.

Cuando Benedict entró en ella, supo que se estaba conteniendo, sin embargo, y estuvo a punto de echarse a reír. La trataba como si fuera a romperla cuando Anna lo único que deseaba era que perdiera el control de la misma manera en que había conseguido que ella lo hiciera. Le tomó el rostro con ambas manos y la obligó a elevar la cabeza para mirarlo a los ojos, como

si la alentara sin palabras al tiempo que era ella quien se movía hacia arriba para buscarlo con un meneo oscilante y seguro. Él pareció comprenderla de inmediato, Anna lo supo al sentir el modo en que soltaba el aliento contenido debido al alivio antes de empezar a empujar con fuerza una y otra vez, sin rastro de contención. Lo envolvió con las piernas entonces y cerró de nuevo los ojos, asombrada por la manera en que sus caderas se entrechocaban y por el ardor que amenazaba con devorarla en su interior. Era un dolor delicioso, la clase de sensación a la que sin duda una persona estaría dispuesta a sucumbir con gusto.

Anna dejó atrás toda noción del tiempo, solo era consciente de que empezaba a perder el sentido. Los gritos que soltaba resonaban en sus oídos de la misma manera en que lo hacían los jadeos de Benedict contra su pecho sudoroso. Entonces la sacudió un estremecimiento. Sintió un calor que le llenaba el interior al tiempo que él se agitaba sobre ella y respiraba a bocanadas. Los dedos de Anna resbalaron en la piel sudorosa de esa espalda y hundió las uñas sin poder contenerse debido al éxtasis que la embargó. Era lo más maravilloso que hubiera podido imaginar, y acababa de compartirlo con él, solo con él.

Sí, sin duda habría podido morir de felicidad en ese momento.

*

Una vez que Benedict consiguió recuperar el aliento, se retiró de ella con un suspiro lleno de pesar. Le habría gustado permanecer allí para sentir el calor que despedía aquel pecho por siempre, pero lo poco que le quedaba de sensatez le advirtió que no podía darse ese lujo, no aún. Habían pasado demasiado tiempo ausentes del baile, y aunque a él no le preocupaban las lenguas maliciosas, odiaba la idea de que el nombre de Anna pudiera ser objeto de cualquier rumor maledicente.

Mientras intentaba acomodarse la ropa, dirigió una mirada a la mujer tendida sobre el diván: una sonrisa de complacencia se le dibujó en los labios. Se veía más hermosa que nunca, pero no era eso lo que más le deleitaba, sino el hecho de que, por primera vez desde que la conocía, había sentido que se mostraba ante él sin tapujos. Había sido Anna quien lo había acariciado, quien le había susurrado ruegos al oído, quien se había entregado a él sin reservas. Era suya al fin. Su Anna.

Extasiado por esa certeza, extendió una mano para posarla sobre la piel desnuda del abdomen de ella. Ensanchó la sonrisa al verla abrir los ojos en un gesto cargado de languidez. Durante un instante temió la reacción que la joven fuera a tener al recobrar el sentido, consciente de lo que acababa de suceder entre ambos, pero entonces ella le sonrió, y buena parte de esas preocupaciones se esfumaron. Benedict le tomó la mano y se la llevó a los labios en un gesto cargado de devoción para luego ayudarla a ponerse de pie.

Anna dudó un segundo antes de enderezarse, consciente de que él la veía sin perderse un centímetro de la piel expuesta, pero, luego de lo ocurrido, le pareció que era un pensamiento ridículo. Entonces se irguió por completo. Sonrió cuando Benedict posó las manos en la cintura de ella y la atrajo hacia él para besarla. Les costó mucho separarse luego de ello, pero Anna tenía tan claro como él que debían hacerlo. Se volcó a vestirse, ayudada por él, que reía cada vez que ella exhalaba un resoplido frente a una nueva capa de ropa. Por suerte, el vestido era lo bastante sencillo para que no resultara demasiado complicado recomponer su apariencia. No podía decir lo mismo del peinado, sin embargo, pues había perdido unos cuantos broches y, pese a que Benedict intentó ayudarla a sujetarse el cabello lo mejor posible en lo alto de la cabeza, tal y como lo lucía al llegar al baile, supo que esos intentos eran más bienintencionados que efectivos. Él no colaboraba en absoluto al enredarse con el largo cabello entre los dedos y al besarle los hombros desnudos en cada oportunidad, de modo que, cuando se sintió segura para retornar al salón, había pasado ya tanto tiempo que se preguntó si no sería más inteligente inventar alguna excusa y regresar a casa.

Antes de marcharse, dio una última mirada al diván y sonrió a Benedict, que mantenía la puerta entreabierta para ella. Aún podía sentir el calor de él en su interior y estuvo tentada a lanzarse a sus brazos, pero fue él quien mostró algo más de contención al llevarse un dedo a los labios para asegurarse de que no dijera nada hasta confirmar que el pasillo se encontraba desierto. Una vez que él regresó, la tomó entre los brazos y le besó los párpados caídos.

—Ve ahora —indicó él en un susurro—. Estaré contigo dentro de un minuto.

Ella asintió y le acarició el rostro una última vez antes de perderse en el corredor. El corazón le latía acompasado. Estaba sumida en una sensación tan extraña que se preguntó si todos quienes la vieran serían capaces de adivinar lo que acababa de ocurrir. Tuvo que dar un rodeo al toparse con un lacayo que

llevaba unas bandejas, pero consiguió esquivarlo sin problemas; solo debió tomar un atajo para llegar al salón. En realidad, tuvo suerte, porque, dado lo poco que conocía la mansión, corría el riesgo de perderse: entonces sí que tendría problemas para evitar llamar la atención.

Acababa de volver al salón, guiada por la música de la orquesta y las conversaciones de las personas que hablaban sin cesar, cuando se vio asaltada por una figura menuda que corrió hacia ella antes de que fuera capaz siquiera de intuir de quién se trataba.

—¡Anna! —Beatrice Cahill la sujetó del brazo y la llevó a un rincón sin dejar de emitir una serie de murmullos nerviosos—. Hace mucho tiempo que te estoy buscando. ¿Dónde te habías metido?

Lady Schellin no supo qué responder, pero estaba segura de que su rostro debió de hablar por ella porque Beatrice le dirigió una mirada cargada de curiosidad.

—También Catherine ha preguntado por ti a todo el mundo —continuó intrigada—. Creímos que te habías ido, pero, de ser así, no habría tenido sentido que nos esforzáramos tanto...

—¡Beatrice! —Anna la interrumpió. Empezaba a sentirse nerviosa—. Estoy bien, no hay nada por lo que preocuparse, solo salí un momento a tomar aire.

—Pero tampoco estabas en el jardín.

—¡Beatrice! ¿Vas a decirme qué ha sucedido? ¿Por qué me buscaban con tanta insistencia?

Su amiga suspiró y esbozó una sonrisa inquieta, como si comprendiera que hacía mal al insistir cuando era evidente que había algo que Anna le ocultaba. Juzgó quizá que no era el mejor momento para intentar descubrir de qué se trataba. En lugar de ello, le posó una mano sobre el hombro y acercó el rostro al de ella.

—Llegó un mensajero de tu casa —anunció en un susurro—. Al parecer Rose está a punto de convertirte de nuevo en tía.

Anna se llevó una mano a los labios, sorprendida. La acometió una oleada de arrepentimiento al pensar en que la habían estado buscando para informarle de algo tan importante en tanto ella...

—Creo que deberías ponerte en camino de inmediato, Anna. —Beatrice le dio un suave apretón y, cuando la otra levantó el rostro, se topó con una mirada un tanto angustiada—. No estoy del todo segura porque el mensaje no era muy detallado, pero entiendo que las cosas pueden resultar un poco complicadas.

Anna asintió con suavidad al comprender, sin mostrarse del todo sorprendida. Rose había tenido un embarazo difícil. Todos en la familia sabían que era bastante probable que el parto en sí se presentara también complejo; el médico se los había advertido más de una vez. Confiaba en la fortaleza de su cuñada, sin embargo, así como sabía que William debía de estar más allá de la razón y que su apoyo sería de mucha ayuda.

—El cochero debe de estar esperándome, tengo que pedirle a alguien que lo vaya a buscar...

—Ya lo hice, no te preocupes; te espera en la entrada. Pero no creo que debas ir sola. —El gesto preocupado de Beatrice desapareció al mirar sobre el hombro de la viuda y fue reemplazado por una sonrisa calmada—. Benedict, has venido como si te hubiera llamado con el pensamiento. ¿Podrías acompañar a Anna a su casa? La necesitan allí.

Ella no se dio vuelta a verlo, pero sintió la presencia detrás y contuvo un estremecimiento al reparar en la calidez que despedía. Imágenes de ambos hacía solo unos minutos empezaron a fulgurar en su mente. Sintió que las mejillas le ardían al oír la respuesta de él en tanto Beatrice le explicaba lo sucedido. Se veía dividida entre dos emociones opuestas: por una parte, su sentido común rechazaba las conveniencias de realizar un viaje junto a él, por breve que fuera, después de lo ocurrido entre ambos; pero, por otra, no podía pensar en nadie más a quien deseara tener cerca en ese momento. De cualquier modo no fue capaz de hilvanar ninguna protesta cuando Benedict se apresuró a aceptar la sugerencia de Beatrice, así que se limitó a seguirlo en dirección a la salida luego de que su amiga le asegurara que le aclararía lo ocurrido a los anfitriones.

Al subir al carruaje, Benedict le sostuvo la mano más tiempo del necesario y se apresuró a sentarse frente a ella en tanto el cochero ponía el vehículo en movimiento.

—No debería haber...

—No lo digas.

Anna asintió sin responder al comprender que había estado a punto de decir algo que podría herirlos a ambos. Lo último que desearía oír Benedict era cualquier expresión de arrepentimiento respecto a lo acontecido entre ambos. Si era honesta consigo misma, ella tampoco lo quería. Habría deseado tomarle la mano y acariciarle los dedos, llevárselos a la mejilla para aspirar ese aroma y así sentir esa tranquilidad que la embargaba siempre que la tocaba, pero el viaje fue demasiado corto. El cochero, advertido de lo que sucedía, fustigó a los caballos, por lo que tardaron la mitad del tiempo habitual en llegar a la mansión Sinclair.

Anna descendió ayudada por Benedict. Dio una rápida mirada a las ventanas iluminadas antes de apresurarse a entrar. Danby, el mayordomo, la recibió con tales muestras de alivio que ella se preguntó si las cosas no irían peor de lo esperado.

Su madre no tenía rastros de la soberbia habitual cuando se apresuró a encontrarse con ella una vez que la vio subir la escalinata en dirección a la habitación de Rose. Anna apenas atinó a dirigir a Benedict una mirada de agradecimiento antes de reunirse con lady Sinclair, sin estar segura de lo que le esperaba.

Tal y como había supuesto, William se encontraba al borde de la locura debido a la angustia. Daba largos paseos por el pasillo fuera de la habitación de Rose y, según le contó su madre, había tenido una fuerte discusión con el médico cuando aquel apoyó la decisión de Rose acerca de que su esposo debería quedarse afuera y esperar noticias. Anna sabía que, por extraño que pudiera parecer en los tiempos en que vivían, William no lo habría pensado dos veces y habría preferido estar al lado de su esposa durante el alumbramiento, pero Rose se mantenía muy firme al respecto. No lo había permitido con el primogénito y, con seguridad, visto lo delicado de la situación, mucho menos lo permitiría en ese momento. William la amaba demasiado como para no respetarle los deseos.

La tía Penelope permanecía al lado de Rose, lo mismo que una buena amiga suya a quien habían hecho llamar en cuanto había entrado en labor de parto. Cuando Anna entró, luego de dar una palmada en el hombro de su hermano –que él ni siquiera pareció advertir– y dejarlo en compañía de su madre, se encontró con Rose en medio de la enorme cama, con el rostro sudoroso, sin poder dejar de jadear. Su amiga Meg y la tía se turnaban para secarle el sudor de la frente. Ella se acercó para besarle el cabello mojado, sin poder evitar sentirse impotente y angustiada, pero sin dejar que nada en su

semblante reflejara esa preocupación. En lugar de eso, sonrió y le prometió que todo terminaría pronto, que todos podrían conocer a ese nuevo miembro del clan Sinclair que parecía tan determinado en llegar al mundo.

El tiempo transcurrió con lentitud. Cuando Anna comprobó el reloj, vio que apenas había pasado poco más de una hora desde que había llegado, pero parecía mucho más. Al contemplar a Rose, le pareció tan frágil que sintió como si una garra le apretara el corazón. Si algo le ocurría...

Sacudió la cabeza para alejar los malos pensamientos y musitó una oración en tanto se mantenía en un segundo plano, demasiado inquieta para ser de utilidad. Solo podía pensar en que todo debía salir bien, que una historia de amor como la de Rose y William no podía tener otro final que no fuera absolutamente feliz. Su hermano debía de estar volviéndose loco al oír los tenues gritos que Rose emitía, uno tras otro, en intervalos de unos cuantos minutos y que se hacían cada vez más frecuentes pero también más débiles, como si ella estuviera perdiendo las fuerzas.

Cuando pensó que no podría resistir más sin perder la falsa sonrisa que se esmeraba en mostrar, Anna decidió salir un instante para tomar aire e intentar animar a William, decir cualquier cosa que le ayudara a pasar ese momento, aunque dudaba que fuera capaz de pensar en algo. Sin embargo, al escapar de aquella habitación solo se encontró en un primer momento con su madre, que permanecía sentada al lado del pasillo en un sillón, con las manos en el regazo y el cuerpo encorvado hacia adelante, como si rezara. Ella no advirtió la presencia de Anna, pero, cuando estaba a punto de sacudirla con delicadeza para preguntarle por William, el eco de una conversación le llegó a los oídos, y levantó la mirada en busca del origen del sonido.

Al otro lado del corredor, apoyados en la baranda de la escalinata, su hermano y Benedict conversaban con las cabezas juntas. El segundo parecía estar diciendo algo que le arrancó al otro una pequeña sonrisa al tiempo que asentía ensimismado.

Benedict debió de advertir la mirada de ella, porque de pronto dejó de hablar y ladeó el rostro como si la buscara. Lo hacía porque, Anna estaba segura, sabía que era ella quien lo observaba, del mismo modo en que ella lo sentía cuando ocurría a la inversa. Al verla sonrió. Anna no pudo menos que devolverle una sonrisa temblorosa, impedida de mover un solo músculo porque fue como si acabara de convertirse en una estatua.

Lo amaba.

Sentía un amor tan profundo, tan puro y absoluto por ese hombre que el reconocimiento de ese hecho estuvo a punto de matarla de la impresión. De haber podido, habría echado a correr. Sin embargo, algo la sacó de esa abstracción y la rescató de tener que enfrentar los recién descubiertos sentimientos en ese momento.

La puerta tras ella se abrió con brusquedad, y el caos que se desató entonces la proveyó de una distracción muy bien recibida. Su madre también oyó el sonido de la madera casi arrancada de los goznes. William, algo más lejos, levantó el rostro en dirección al lugar en que la tía Penelope permanecía de pie con las manos apretadas a la altura del pecho. Tenía los labios entreabiertos y la mirada vidriosa. De pronto todos quedaron en absoluto silencio, a la espera, pero ella no alcanzó a decir nada por todo un segundo que les pareció eterno, como si el tiempo se hubiera detenido. Entonces sonrió, abrió los brazos como quien revela un gran acto de magia, y todo se reanudó una vez más con una asombrosa rapidez.

Lady Sinclair se llevó las manos a la cabeza y empezó a llorar. William casi se materializó junto a la señora Relish de lo rápido que se movió para correr a su encuentro en busca de información más clara. Anna se mantuvo de pie sin atinar todavía a moverse. Veía a Benedict, quien a su vez tenía la mirada fija en el rostro de ella, y sintió que un profundo suspiro se le escapaba del pecho antes de reaccionar y dar media vuelta para recibir también las noticias. Fue eso lo único que le impidió correr hacia él o internarse en el hoyo más alejado del mundo para huir de ese hombre que tenía el más grande poder sobre ella.

¿Qué era lo que había hecho?

CAPÍTULO 10

—¡Eran dos! ¿Cómo es que el médico no lo supo? Creí que era la clase de cosas que puede averiguarse en estos tiempos.

—Eso explica que resultara tan complicado para la pobre lady Sinclair. ¿Puedes imaginarlo? Y sí, si fuera a tener dos bebés en lugar de uno, me encantaría saberlo con algo de antelación.

Benedict asintió con aire distraído a la conversación de sus hermanas, no del todo seguro de qué era lo que decían; de saberlo, tal vez les habría pedido que no trataran esa clase de temas frente a él, ni tampoco frente a cualquier otro hombre, por cierto, pero apenas las oyó. Estaba perdido en sus pensamientos, como le ocurría con frecuencia en los últimos días.

Los hijos de lord Sinclair llevaban dos semanas de nacidos, el mismo tiempo que había pasado desde la última vez que había visto a Anna, lo que, al parecer, estaba lejos de cambiar. Había acudido una vez desde entonces a la mansión de la familia para interesarse por la salud de la madre y los niños, pero, además de recibir la gratitud de lord Sinclair por servirle de compañía en un momento tan difícil de su vida, no había conseguido nada más en absoluto. Anna no se había asomado durante esa breve visita. Él no se había atrevido a preguntar por ella porque no quería colocarla en una situación desagradable ante su hermano. Pero sabía que estaba en sus manos hacer algo. Continuar así le parecía intolerable.

Anna debía de haber perdido el juicio al pensar que podía tan solo evitarlo sin una explicación luego de lo ocurrido entre ambos. Lo razonable, lo que cualquiera con dos dedos de frente en semejante situación esperaría, era que él le ofreciera matrimonio, lo cual estaba dispuesto a hacer. De hecho, lo había estado mucho antes de que ella hubiera aceptado acostarse con él, pero eso, desde luego, ella no lo sabía. Dudaba, sin embargo, de que eso supusiera una gran diferencia para Anna dado su reciente comportamiento.

—¿Benedict? ¿Has escuchado una palabra de lo que acabo de decir?

El caballero masculló un juramento al oír la pregunta de Beatrice y elevó la mirada para dirigirle un gesto de disculpa.

—Lo lamento —dijo él sin sonar demasiado sincero—: Estaba distraído.

Beatrice alzó las cejas y sonrió a su hermana, que miraba a uno y a otro con expresión burlona.

—Me pregunto por qué —comentó ella, irónica—. ¿A qué crees que se deba esto, Catherine? Nuestro Benedict distraído; jamás lo habría creído posible.

—Yo tampoco. Nuestros padres quedarán atónitos en cuanto lo sepan.

Benedict ignoró las burlas de sus hermanas y alternó la mirada de una a otra con cierto alivio. Catherine parecía haber abandonado el talante enfadado y distante de las pasadas semanas, aunque aún conseguía distinguir en ella rastros de esa actitud cuando creía que nadie la observaba. Beatrice, sin embargo, parecía mucho más tranquila respecto al comportamiento de su hermana, y él decidió que no tenía sentido involucrarse cuando las aguas parecían haberse calmado.

—¿Por qué nos estás observando de esa forma? —Beatrice abandonó las bromas para dirigirle una mirada intrigada.

Él se encogió de hombros y volvió la atención a los diarios que fingía leer, sin responder. Se encontraban en el salón familiar luego de compartir el almuerzo. Las dos muchachas habían pasado la mañana fuera de casa, ajetreadas en gestiones que no habían querido compartir con él, pero Benedict se encontraba tan preocupado por sus propios asuntos que no había insistido demasiado en averiguarlo.

—¿Crees que podamos tomar el carruaje mañana por la mañana? Tú podrías usar ese vehículo horroroso para movilizarte, ¿cierto?

La pregunta de Catherine lo obligó a abandonar la farsa de nuevo, y no le quedó más alternativa que dejar el diario sobre una mesilla y elevar la mirada para observar a la joven, que daba inquietos saltitos sobre el sofá que compartía con Beatrice.

—Si lo necesitan, no tengo inconveniente, pero no me gusta que llames “horroroso” a mi coche.

—Bueno, lo es. Más te vale tener cuidado porque parece como si fuera a desmoronarse en medio de la calle en cualquier momento.

Benedict contuvo el deseo de suspirar, un poco aburrido de las continuas quejas de su hermana sobre el automóvil. Catherine parecía pensar que cualquier cosa con un motor era obra del demonio y no alcanzaba a comprender qué veía su hermano en algo como eso.

—Gracias por preocuparte por mi seguridad —comentó él, sin ahondar en sus diferencias al darlas por insalvables—. ¿Qué tienen pensado hacer mañana?

Ellas intercambiaron una breve y silenciosa mirada, demasiado rápida como para que Benedict no se pusiera en alerta de inmediato.

—Nada en especial —respondió Beatrice al cabo de un momento—. Tal vez hagamos algunas compras en esos nuevos almacenes que visitamos con papá cuando estuvo en la ciudad.

—Ya veo, compras. —Benedict se llevó una mano a la sien y se dirigió a Catherine al continuar—. ¿Harán algunas visitas luego?

Su hermana menor siempre había sido una estupenda mentirosa, mucho mejor que Beatrice, pero la experiencia le había enseñado a detectar esos ligeros ademanes que la delataban. Vio uno en ese momento, cuando ella empezó a jugar con los dedos de las manos y tiró de la manga de su blusa de seda.

—Es posible. Dependerá del tiempo, claro —dijo ella sin apartar la mirada de los ojos de él.

En opinión de Benedict, los mentirosos siempre veían al rostro de sus víctimas al urdir sus engaños.

—Comprendo —concluyó él en tanto asentía con solemnidad—. ¿Y por la tarde?

—¿Por la tarde? —repitió su hermana con un carraspeo—. ¿Qué ocurre por la tarde?

—Me refería a si tienen algo planeado para entonces.

Catherine y Beatrice dieron idénticas muestras de desconcierto. Un fuerte rubor asomó al rostro de la segunda.

—No, nada en particular. Que sepamos, claro —se apresuró ella a decir.

—Claro.

—Pero no descartamos nada.

Catherine completó la frase de su hermana con rapidez luego de dirigirle una mirada de regaño.

Benedict suspiró al tiempo que se preguntaba qué debería hacer frente a semejantes muestras de hipocresía. Por lo general, lo habría dejado pasar, ya que era bastante tolerante con sus hermanas y confiaba en su criterio, pero, por otro lado, ya había sido demasiado displicente la última vez que había identificado esas muestras de ocultamiento. Además, cabía la pequeña posibilidad...

—¿Será posible que, en medio de un día tan ajetreado como el que tienen planeado, se encuentren con lady Schellin? —Él procuró que la pregunta no sonara tan ansiosa como en realidad se sentía.

—Bueno...

—No podría afirmarlo con seguridad.

Las respuestas de las muchachas se atropellaron la una a la otra. Al final fue Beatrice quien se encogió de hombros y dirigió a Catherine una sonrisa de disculpa. Luego, se adelantó un poco en el asiento y palmeó la mano de su hermano.

—Deberías haber preguntado eso en primer lugar —comentó ella con un gesto burlón que resaltó el parecido familiar.

Benedict cabeceó.

—¿Estará ella allí? —insistió él.

Catherine pareció comprender al fin de qué iba ese pequeño intercambio; una gran sonrisa se le dibujó en los labios.

—Es posible —se adelantó a confesar ella—. Pero deberíamos advertirte que tal vez no te guste lo que estará haciendo.

Él habría querido responder que le importaba poco lo que Anna hiciera siempre y cuando pudiera verla, pero eso habría significado exponer demasiado sus emociones, y solo había una persona en el mundo con quien se sentía capaz de hacerlo.

—¿Bien? —instó él, sin disimular la inquietud—. ¿De qué se trata?

Nunca como hasta ese momento había notado Benedict que las sonrisas de sus hermanas eran poco menos que idénticas, con el mismo hoyuelo acentuado en las mejillas y la manera en que sus ojos se entrecerraban al

estirar las comisuras de los labios. Supuso que eso debería haberlo preocupado, pero estaba demasiado desesperado para que le importara. Iba a ver a Anna.

*

Anna recorrió el salón de actos al que la había conducido Evie y le dirigió una sonrisa encantada al reparar en las pancartas y listones con los que habían decorado el lugar. Incluso en ese momento, cuando el evento estaba a punto de iniciar, aún podía ver a pequeños grupos de mujeres que concluían los últimos detalles. Había de todo tipo y condición social: damas con vestidos de seda y sombreros de plumas de avestruz que se afanaban en sacudir los brazos y apresurarse de un lado a otro con ristras de papeles; otras con zuecos y trajes mucho más humildes que cuchicheaban entre ellas en tanto se aseguraban de que las insignias pegadas a sus blusas estuvieran bien visibles mientras repartían las que llevaban en unas canastillas a las personas que empezaban a llegar. Anna se sintió un poco intimidada al contemplar toda esa actividad, pero Evie la tranquilizó con una de sus amables sonrisas y le prendió a la solapa de la blusa blanca, bajo el abrigo, una flor violeta que ella misma había cosido.

—Busque un lugar —sugirió ella—. Le recomiendo que escoja siempre un punto medio para que pueda oír con claridad. Tengo que ir con la señora Livingston para continuar repartiendo las flores. ¿Está segura de que vendrán también sus amigas?

Anna asintió.

—Sí, claro, ellas lo prometieron. —Echó una mirada alrededor con el ceño fruncido, pero no había ni rastro de las hermanas Cahill—. Quizá lleguen un poco tarde, pero estarán aquí.

Evie se encogió de hombros y le tendió un par de prendedores que Anna se apresuró a sujetar.

—Bueno, tenga estas consigo por si acaso. Lamentaría que no alcanzaran para ellas —comentó la joven—. La veré luego. Recuerde: al medio del auditorio.

Anna la vio marchar apurada con pequeños saltitos y mientras batallaba con la larga falda al tiempo que asentía, pensativa. Ella sacudió pronto la cabeza para espabilarse y se dispuso a hacer lo que su amiga le había indicado. Aún había varios lugares vacíos, pero no demasiados. Parecía como si buena parte de Londres se encontrara allí, aunque resultaba evidente que la mayor parte de la audiencia estaba compuesta casi con exclusividad por mujeres. A lo sumo se alcanzaba a contar a un hombre por cada diez mujeres. Sintió una oleada de admiración por los caballeros que habían decidido asistir. Algunos eran periodistas, según había escuchado, e incluso distinguió el rostro de ese amigo de Benedict, Harry, en la primera fila. Supuso que habría sido enviado por el diario en el que trabajaba, pero no vio rastros de Christian. Tal vez el evento en sí no fuera lo bastante importante para el editor como para consignar también esa asignación al ilustrador estrella.

Al pensar en aquellos dos hombres, en el ausente y en el que se hallaba allí, no pudo evitar que la mente la traicionara y que sus pensamientos se dirigieran al único que en el fondo le interesaba.

Benedict.

¿Dónde estaría él? Mientras ocupaba una silla un tanto endeble en el medio del auditorio, con cuidado de asegurarse un par de lugares más a sus lados por si Beatrice y Catherine se presentaban, se dijo que era un pensamiento más bien hipócrita de su parte. Si no sabía en dónde se encontraba Benedict, se trataba de su culpa. ¿Acaso no había sido ella quien lo había estado evitando durante varios días como si se tratara de una plaga?

William había comentado que se había apersonado en la mansión para interesarse por la salud de Rose y los niños, pero ella había fingido entonces que esa información no le resultaba para nada interesante. En el fondo su corazón, por supuesto, se habría puesto a saltar; las manos le habían empezado a sudar tan solo ante la idea de que se habían encontrado tan cerca el uno del otro.

Lo echaba de menos. Extrañaba sus besos, el contacto de esas manos, todo ese placer que había conocido junto a él. Una sola vez, una hora, había bastado para que dejara una huella imborrable en el corazón y en el cuerpo de Anna. Pero estaba tan asustada desde que había descubierto la profundidad de sus sentimientos por él... Una cosa era el deseo que había experimentado hasta entonces, pero otra muy distinta comprender lo mucho que lo amaba.

Había pensado que sería capaz de entregarse a él y cumplir con aquel anhelo sin comprometer el corazón, pero entonces entendía cuán tonta había sido. Como si alguna vez hubiera tenido esa opción.

Lo más sencillo y sensato habría sido dejar de evitarlo, reconocer esos sentimientos y ser al menos sincera, no solo por él sino también por ella misma; se lo debía a ambos. Pero tenía muchas dudas, demasiados temores arraigados en el corazón; además, siempre cabía la posibilidad de que en realidad los sentimientos de Benedict no fueran tan profundos como los de ella. Si él no la amaba del modo en que lo hacía ella, ¿qué sentido tenía exponerse una vez más a ser rechazada? Había soportado durante años el desprecio de Richard, quien le había asegurado en un inicio que la amaba con fingida franqueza, pero esa emoción se había disuelto pronto: al final tan solo le había quedado el recuerdo de un espejismo. No podría soportar vivir algo parecido con Benedict. Ella lo amaba como jamás había amado a nadie antes, era lo bastante madura para saberlo con certeza, por lo que el dolor sería más profundo si se veía en la obligación de enfrentar un rechazo. Más que eso, sería insoportable. Prefería una vida en soledad con un recuerdo hermoso para atesorar que una tejida con hilos de mentira.

Un grupo de damas con grandes sombreros empezó a llegar y a hacer mucho ruido, por lo que Anna dio vuelta la cabeza para vislumbrarlas. Eran cuatro y vestían esos trajes de dos piezas propios de las mujeres de la clase trabajadora. Sonreían con entusiasmo y admiraban las flores de tela que una voluntaria les había entregado en la puerta. Se apresuraron a ocupar las sillas libres detrás de Anna, que exhaló un suspiro.

Era la primera vez que visitaba el almacén en que trabajaba Evie; debía reconocer que se sentía muy impresionada. Ya la tía Penelope le había hablado de esos actos, al igual que Beatrice y Catherine, pero no se había acercado a conocerlo hasta ser invitada por la señora Livingston para asistir a esa reunión. Al parecer, el dueño era un buen amigo de la dama y apoyaba de manera abierta la causa, aunque, según le había confesado Evie al llevarle la invitación, no había estado muy entusiasmado cuando la señora Livingston le había pedido que le facilitara las instalaciones para el encuentro. Al final, sin embargo, no le había quedado más alternativa que aceptar, puesto que la dama no solo era una mujer con la habilidad para convencer hasta a un muerto, sino que era también una de las clientas más selectas del lugar.

Según le había contado Evie, la idea era que un grupo de damas del movimiento compartiera impresiones respecto a la causa, así como las experiencias personales. No habría manifestaciones allí, nada de enfrentamientos con la policía o reyertas públicas, o al menos eso se esperaba. Había sido eso lo que había terminado de convencerla de presentarse. Había pasado demasiado tiempo en casa, ocupada en esa lucha por evitar a Benedict; por otro lado, sentía que era su obligación mantenerse involucrada en el tema. La señora Livingston sería una de las oradoras principales, desde luego, y algunas otras damas se habían anotado también. Incluso Evie se había animado a sugerir que quizá pudiera superar la timidez y sumarse una vez que empezaran las ponencias.

Quince minutos después, cuando el acto estaba a punto de iniciarse con la bienvenida del dueño del almacén, Anna sintió un golpecito en el hombro. Al darse vuelta, se topó con el rostro risueño de Beatrice, que le hizo un gesto para que se corriera un lugar y así ella pudiera ocupar la silla que había estado custodiando. Catherine iba unos pasos tras ella y se apresuró a sentarse junto a su hermana.

—Lamento la tardanza, querida. Tuvimos algunos... inconvenientes —comentó Beatrice mientras bajaba la voz—. ¿Aún no ha empezado?

—No, pero lo hará en cualquier momento —respondió Anna con una mirada curiosa al advertir un extraño nerviosismo en la otra—. ¿Qué clase de inconvenientes?

Beatrice hizo un gesto despreocupado.

—Ninguno de importancia. —Ella sonrió y se encogió de hombros—. Te estamos muy agradecidas por habernos avisado de esto, no nos habríamos enterado por nadie más. ¿No es verdad que le estamos muy agradecidas a Anna, Catherine?

La aludida, que parecía muy interesada en el movimiento de un grupo de personas detrás que acababan de llegar y se ubicaban en la última fila, tardó un momento en comprender la pregunta. Cuando lo hizo, asintió con fervor.

—Muy agradecidas, claro que sí —remarcó un poco distraída.

Anna frunció el ceño, pero no le dio demasiada importancia a ese comportamiento un tanto extraño. Las Cahill podían ser curiosas a veces y, además, el dueño de los almacenes, el señor Stevenson, acababa de subir al

estrado. Los que lo habían advertido empezaron a aplaudir, por lo que no le quedó más alternativa que unirse a la ovación.

El señor Stevenson era un hombrecillo más bien esmirriado y con una postura que revelaba cuán poco cómodo se sentía al ser el foco de atención; sin embargo, tan pronto como abrió los brazos para pedir silencio y se aclaró la garganta al tiempo que esbozaba una brillante sonrisa, todo el auditorio calló como por encanto.

—Señores y señoras. En especial señoras —empezó él, con una mueca divertida al señalar a la audiencia, compuesta en su mayoría por damas—. Estoy muy agradecido a la muy querida señora Livingston por haber elegido mi humilde tienda para esta reunión.

Anna se dijo que sin duda era un comerciante de lo más listo: había dicho dos medias verdades seguidas sin sonrojarse, y todos los oyentes le habían creído. Ni estaba del todo encantado de albergar esa reunión, ni su tienda era humilde, y él lo sabía.

—Soy un ferviente admirador de la causa que ustedes defienden y no dudé un segundo en aceptar la generosa oferta de la señora Livingston — insistió el hombre, sin dejar de sonreír, en tanto daba un golpecito a la flor que llevaba prendida a la solapa de la chaqueta—. Pero sin duda ustedes no han venido aquí a oír hablar a un negociante. Lo que quieren es escuchar a nuestra encantadora hada madrina, la dama que ha asumido esta lucha como propia y que estoy seguro que las llevará a la victoria.

La concurrencia aplaudió de nuevo, en especial cuando el orador invitó con un gesto a la señora Livingston para que se le uniera en el escenario. La dama se acercó con pasos medidos y el mentón elevado, pero Anna advirtió que se veía un tanto desconcertada por la rimbombante presentación del hombrecillo, que, en cuanto ella llegó a su lado, se apresuró a tomarle la mano y hacer un par de reverencias exageradas. Aunque sin duda no le haría ninguna gracia saberlo, había algo de ser sobrenatural en aquella mujer, pero no de un hada, sino de una bruja buena y autoritaria.

—Gracias, señor Stevenson, es usted muy gentil. —La dama cabeceó en dirección al hombre, que se mantuvo un par de pasos detrás con expresión fascinada—. Aunque debo decir que asumir esta lucha como propia no conlleva mayor mérito. Lo es por nacimiento, igual que lo es también de todas estas valientes mujeres que ahora nos acompañan. Lo es también suya, o debería serlo, de usted y de cada hombre decente y justo en nuestro país.

Una andanada de aplausos siguió a aquellas palabras. La señora pareció encantada con esa aceptación. De inmediato, empezó a enumerar todas las razones por las que un movimiento como aquel era necesario y señaló el profundo agradecimiento que debían sentir hacia la señora Pankhurst, quien en su opinión era la verdadera hada madrina de la causa y a quien esperaban tener pronto en una próxima reunión.

Anna prestaba atención en tanto dedicaba breves vistazos a los lados sin sorprenderse porque los otros asistentes se mostraban tan fascinados como ella. Había oído ya a la señora Livingston con la suficiente frecuencia para saber que era una oradora consumada. Beatrice y Catherine sorbían sus palabras con las manos unidas en el pecho y similares expresiones de embeleso, en especial la mayor de ellas. Satisfecha de haberles hablado del evento, se irguió un poco en el asiento para intentar atisbar a los hombres sentados algo más adelante, Harry Boyle entre ellos. El periodista, al igual que sus compañeros, quienes debían de ser periodistas también, oía la ponencia con atención y asentía cada tanto, pero, al menos en el amigo de Benedict, Anna no pudo ver nada que la llevara a pensar si aprobaba o no lo que oía.

Cuando la señora terminó, tomó aire, y los aplausos se volvieron atronadores, hasta el punto de reverberar en las paredes del salón. Algunas damas incluso se pusieron de pie tras ella para celebrar el discurso con más ímpetu.

Entonces la señora Livingston invitó al estrado a otras mujeres y, una tras otra, empezaron a subir para hablar acerca de sus experiencias durante breves minutos. Algunas se veían en verdad intimidadas al haberse convertido en el objeto de tal interés, mientras que otras parecían encantadas con la oportunidad de compartir aquello que sin duda debían de llevar mucho tiempo callado. Anna reconoció a dos de las damas que acostumbraban acompañar a la señora Livingston en las reuniones en la mansión Sinclair. También advirtió la presencia de una joven sentada tras ella que había llegado con sus amigas y que resultó ser la hija menor de un barón amigo de su padre y a quien no había reconocido en un primer momento. Luego subieron varias de las mujeres que formaban parte del movimiento, Evie entre ellas. Anna aplaudió con fuerza cuando su amiga tomó la palabra y les comentó acerca de lo mucho que le había cambiado la vida desde que se había unido a esa causa y de cuán orgullosa se sentía de poder colaborar con ella.

Cuando el grupo menguó y ya no quedaron otras ponentes, Anna consultó la hora en el reloj al otro lado del salón, junto a la salida. Dio un pequeño respingo al reparar en que habían pasado casi tres horas. El tiempo había volado sin que se diera cuenta. Ardía en deseos de regresar a casa para contarle a su tía lo que había escuchado. Penelope estaba haciendo compañía a Rose, al igual que lady Sinclair, pero le había prometido que le describiría todo con pelos y señales una vez que regresara.

Anna pensó que la señora Livingston daría por terminado el evento de inmediato cuando murieron los aplausos y la última valiente descendió del estrado, pero la sorprendió al elevar las manos para pedir silencio y señalar a la concurrencia con una sonrisa.

—No tengo palabras para expresar cuán agradecida me siento de contar con su apoyo. Nuestra lucha es difícil pero justa. Y, como con todo aquello que es justo, estoy segura de que pronto nos llegará la hora de celebrar nuestro triunfo. Me siento conmovida de haber conocido las historias que se han atrevido a contar, así como aquellas que aún no hemos oído, pero me gustaría que tuviéramos la oportunidad de hacerlo. —La dama abarcó el auditorio con un movimiento ágil de una mano—. Sé de algunas de ustedes que tienen mucho por compartir aún. No deben temer, amigas, todos las escucharemos con mucho gusto.

Anna sintió que se le hacía un nudo en el estómago cuando la señora Livingston le dirigió una penetrante mirada. “No, no, no, ni siquiera lo piense”, gritó su mente aterrada, y tomó el pequeño bolso que había llevado con ella, lista para echar a correr si era necesario. Pero entonces la dama desvió la vista, de modo que Anna exhaló un profundo suspiro de alivio mezclado con algo más. ¿Decepción? Parpadeó, sorprendida, al darse cuenta de que era eso de lo que se trataba. Se sentía decepcionada porque parte de ella esperaba que la señora la señalara con un dedo y la conminara a subir, pero no lo había hecho, pese a que Anna estaba segura de que esa había sido su intención ¿Por qué? ¿Acaso esperaba que fuera ella por propia voluntad?

En realidad, la señora Livingston no señaló a nadie, tan solo se quedó observando unos segundos a la multitud en tanto prestaba especial atención a determinados lugares en los que se encontraban sentadas mujeres a quienes conocía y que, por un motivo u otro, parecían haber decidido guardar cierta distancia. Ella extendía entonces una silenciosa invitación que bien podía ser recogida o rechazada. Ninguna se puso de pie en un primer momento. Anna comprendió que se debía a la timidez y a los mismos temores que ella sentía.

Entonces ocurrió algo.

Los pies de lady Schellin empezaron a moverse casi como si contaran con vida propia tras incorporarse con la misma pesadez con que lo habría hecho si un titiritero hubiera tirado de unos hilos invisibles para obligarla a levantarse. Beatrice y Catherine le dirigieron miradas sorprendidas, pero ella ni siquiera lo notó; mantenía vista al frente, fija en el estrado, como si el mundo a su alrededor hubiera desaparecido. Sin embargo, cuando atravesó el pasillo y empezó a subir con lentitud los pocos peldaños que la separaban de la plataforma; cuando, luego, una vez arriba, se dio vuelta para ponerse de pie frente a la concurrencia, con una complacida señora Livingston a su lado, empezó a cobrar consciencia de lo que estaba a punto de hacer. La voz se le atoró en la garganta y sintió los labios secos, incapaces de hilvanar una sola palabra, pero lo que más la alteró fueron las decenas de ojos que la observaban y esperaban. ¿Qué esperaban? Ni siquiera ella lo sabía.

Buscó un rostro conocido entre la multitud y se topó con los de las hermanas Cahill, que parecían haber dejado atrás el estupor y en ese momento le dirigían sonrisas de ánimo que ella no pudo corresponder. Evie Russell estaba al fondo del pasillo, de pie, con la canastilla para las flores vacía y pegada al pecho: la contemplaba con ojos brillantes. Pero no fue la visión de sus amigas lo que le ayudó a salir del estado de aturdimiento en que se encontraba; no, lo encontró más allá, en la última fila, en el extremo más alejado del auditorio.

Benedict.

Durante un momento creyó que estaba alucinando, que lo había conjurado llevada por el pánico, pero le bastó con parpadear un par de veces para comprender que no era así. Él se encontraba allí y no parecía sorprendido por verla en esa posición. Todo lo contrario. La observaba con el mismo ardor y admiración con que acostumbraba hacerlo la mayor parte del tiempo, pero en ese momento advirtió algo más. Consiguió atisbar una sombra de orgullo en los ojos de él. Fue eso lo que terminó por conferirle el valor necesario para realizar lo que sintió que debía hacer.

Se aclaró la garganta sin dejar de mirarlo, como si ella fuera un barco varado en la noche, y él, el faro que la guiaba a casa.

—Buenos días. —Anna alzó la barbilla y carraspeó con suavidad una vez más para modular su voz—. Esto no me tomará mucho tiempo...

Intentó ordenar sus ideas, dar con el hilo a partir del cual empezar y sí, sin duda esperaba ser breve. Retiró la mirada de Benedict un instante para contemplar a la señora Livingston, que la alentaba con una amable cabezada. Sonrió con un asentimiento.

—Cuando era joven, no sentía mucho interés por temas como los que se han tratado hoy aquí. Tampoco sentía mayor atracción por la lectura o las vidas de las personas a quienes decían que debía admirar. Vivía ignorante de todo, y la verdad es que no me importaba. Creí que podría seguir así, que eso era lo mejor a lo que una mujer podía aspirar.

Anna calló un momento, pero no se permitió ver el efecto que lo que decía tenía en el auditorio; toda su atención estaba puesta en el hombre que la veía a su vez con una suave sonrisa danzarina en los labios.

—Pero, con el pasar de los años y la experiencia, comprendí que estaba equivocada. Desde luego que temas como estos son importantes, y tenemos la obligación de preocuparnos por ellos. La vida de ninguna mujer en el mundo debe darse por sentada cuando está cimentada sobre la resignación de aceptar ser tratada como menos de lo que merece —continuó; la voz fue elevándose a medida que hablaba—. Cuando oí a la señora Livingston por primera vez, me sentí impresionada por el valor y la pasión al luchar por lo que cree, lo mismo que hacen muchas otras mujeres como ella, algunas a las que no solo admiro, sino a quienes también considero amigas.

Un tímido aplauso se oyó en el auditorio. Anna contuvo una sonrisa al ver que había sido Evie quien había empezado a palmotear y que, en ese instante, sonreía también, avergonzada al haberse dejado llevar por el entusiasmo.

—No soy buena para expresar lo que pienso, creo que los discursos deberían dejarse en manos de personas con más talento que yo —se excusó al tiempo que elevaba las cejas y hacía un ademán en dirección a la señora Livingston, quien le obsequió con una de sus sonrisas de bruja buena—. Pero sentí que debía subir, no tanto por lo que les pudiera decir, sino por lo que significa el haberme puesto de pie aquí hoy. Quería que me vieran porque creo que, mientras más rostros reales se coloquen en esta causa, mayor será también su trascendencia. Soy una mujer como cualquier otra. Una hija, una hermana; alguna vez fui una esposa...

Anna miró una vez más en dirección a Benedict y supo que entendía cuán difícil era para ella continuar, pero él asintió de manera sutil, un gesto casi imperceptible en el que parecía decirle que iba bien, que ya no faltaba mucho

y que, cuando terminara, estaría allí para ella.

—Pero no quiero engañarlos. También subí por mí. Era algo que necesitaba hacer porque he pasado mucho tiempo en las sombras, pero he comprendido que ya es hora de que deje de hacerlo —siguió ella, con un brillo en los ojos y las mejillas sonrosadas por las emociones contenidas—. Les ruego que quienes no lo han hecho aún, quienes creen que esta lucha es solo un capricho de mujeres que quieren un privilegio que no les corresponde, procuren comprender que no se trata de un privilegio en realidad, sino de un derecho; más aún, una necesidad. Imaginen solo un momento lo que implica no ser dueños de su propio destino y que sus sueños más profundos se encuentren en las manos de otros que no sean ustedes mismos. Véanse en la situación de ansiar la libertad como algo muy lejano. Quizás entonces puedan al fin entender lo que muchas hemos experimentado desde el inicio de los tiempos. No queremos estar por encima de nadie, tan solo anhelamos ser vistas como iguales, que es, al fin y al cabo, lo que somos. La próxima vez que se topen con una multitud de mujeres valientes que gritan en medio de una plaza, que luchan por lo que consideran justo, no les den la espalda. Yo lo he hecho más de una vez, como estoy segura de que lo han hecho otros: eso me avergüenza de manera profunda. Pero no lo haré más y espero que ustedes tampoco lo hagan. Quizá de este modo podamos comprender en verdad en qué consiste esta lucha. Unidad e igualdad es todo lo que pedimos: estoy convencida de que, más temprano que tarde, aunque falten muchos años aún para que ocurra, esto será una realidad; estoy convencida de que todo habrá valido la pena. Para cada una de nosotras. También para mí.

Anna pronunció la última frase con una voz muy queda, casi un susurro, y bajó la mirada a sus manos, que sentía húmedas debajo de los guantes. Los aplausos empezaron a resonar, pero ella apenas fue consciente de ello. Se limitó a descender los escalones sin mirar a nadie y se dirigió a la zona de las sillas, pero no fue a ocupar su lugar entre las hermanas Cahill, sino que siguió de largo, sin advertir apenas el gesto de emoción que le dirigió Evie al pasar a su lado. Solo podía pensar en que necesitaba llegar adonde se encontraba Benedict o iba a caerse en pedazos. Estaba segura de que él sería la única persona en el mundo capaz de sostenerla si eso llegaba a ocurrir. No lo notó hasta alcanzar el sitio donde él la esperaba, pero las lágrimas habían empezado a derramársele por las mejillas, y apenas fue capaz de reconocer los rasgos de Benedict a través de las pestañas. Lo que sí vio con claridad fue la mano que él le tendió y que ella se apresuró a tomar. Le dio un ligero apretón

entonces, uno cargado de súplica. Benedict pareció comprender lo que le pedía. Sin vacilar, el caballero se puso de pie, y ella le apoyó una mano sobre el brazo para que la guiara hacia la salida.

Cuando atravesaron las puertas del salón, Anna sujeta con ambas manos a ese brazo en tanto hacía uso de todas sus fuerzas para no trastabillar, los aplausos resonaban aún en sus oídos.

*

Benedict no dijo una sola palabra durante el viaje en dirección a la mansión de los Falmouth, ni a Anna se le ocurrió decirle que prefería ir a la propia; en realidad, lo que quería era ir a cualquier lugar en que pudieran estar juntos, le daba igual donde fuera eso.

No se le ocurrió hasta que el vehículo se detuvo en las caballerizas tras Falmouth House, pero no tenía idea de qué habría sido de Beatrice y Catherine, de modo que se sintió un poco inquieta por ellas hasta que cayó en la cuenta de que sus amigas eran demasiado listas como para no actuar con sensatez e inteligencia en un caso como aquel. Quizá se quedaran con Evie o prefirieran permanecer en el auditorio hasta que todo terminara. A lo mejor continuaban con su día tal y como lo tenían planeado...

Benedict la sacó de esa abstracción al ayudarla a entrar por la misma puerta que habían usado cuando la había llevado allí hacía tanto tiempo, al encontrarla herida en la calle. Esa vez, sin embargo, no la guio a la salita del ama de llaves en la zona del personal, sino que la hizo subir por una escalerilla que no había visto nunca antes y que, comprendió, conducía a la parte principal de la casa, donde se encontraban los aposentos de la familia. Anna estuvo a punto de protestar al ver las puertas al final de un largo corredor, pero no encontró fuerzas para hacerlo. Después de todo, era eso lo que había ansiado durante horas, encontrarse a solas con él en un lugar en el que no pudieran ser interrumpidos.

Él se hizo a un lado para franquearle el paso cuando abrió la puerta más alejada del pasillo. Anna vaciló solo un instante antes de hacer lo que le pedía con la mirada.

A pesar de haber visitado esa mansión casi desde que tenía memoria; a pesar de que las habitaciones no le eran ajenas por todo el tiempo que había hecho compañía a Beatrice y Catherine, jamás había pisado el dormitorio de Benedict. En ese instante, al mirar la enorme estancia a la que él la había conducido, se dijo que, si en algún momento se hubiera permitido pensar en cómo era el lugar en que dormía, sin duda así sería como lo habría imaginado.

Paneles de roble, colores oscuros y muebles discretos pero elegantes formaban un conjunto masculino, un tanto espartano, que hacía juego con la personalidad del caballero. Un fuego refulgía en la chimenea. Las llamas danzaban y lanzaban destellos sobre la alfombra, tan tupida que sintió cómo los zapatos se le enterraban en ella. Concibió entonces el deseo de descalzarse, de sentir esa suavidad en los pies desnudos, como si no fuera la primera vez que visitaba ese lugar para que, de alguna forma, fuera parte de ella.

Su vista se vio atraída por la cama, demasiado grande para una sola persona, con postes de roble y cortinajes que en ese momento se encontraban sujetos por cintas de brocado. Se imaginó cómo sería caer sobre ella con los ojos cerrados y enterrar las manos sobre la manta de seda, con la cabeza apoyada sobre las almohadas de plumas, mientras Benedict le sostenía la mano...

Parpadeó al comprender la senda que seguían esos pensamientos. Sacudió la cabeza consternada. ¿Qué le ocurría? Hacía solo un momento, lloraba, perturbada por la experiencia que acababa de atravesar. En ese momento, solo podía pensar en yacer desnuda con el hombre que permanecía a su lado en silencio. Benedict la observaba con una de esas profundas miradas que lo caracterizaban, como si intentara escarbar en la mente de ella y adivinarle hasta los más íntimos deseos.

La joven miró de un lado a otro sin saber qué hacer a continuación, si sentarse o mantenerse de pie como un conejo nervioso, pero él la ayudó a decidir al tomarle mano y llevarla a un sillón frente al fuego, donde se dejaron caer tras intercambiar una mirada. Anna observó que, en la repisa sobre la chimenea, había dispuesta una ordenada selección de retratos y fotografías familiares que no había visto antes. Reconoció los rostros de los condes de Falmouth, los padres de Benedict, así como de sus hermanas, pero había tantos que abandonó la pesquisa al comprender que no podría identificar a todos. Además, Benedict aún le sostenía la mano con fuerza y la había apoyado sobre su rodilla. El calor de la piel de él a través de la tela del traje le

provocó un suave tirón en el estómago; supo que tendría que decir algo pronto o el silencio se volvería insoportable. Había pasado semanas evitándolo después de lo ocurrido entre ambos, pero, así como había tenido el valor para enfrentar parte de sus miedos al subir a ese escenario hacía solo unos minutos, debía ser lo bastante fuerte también para encarar a lo que consideraba lo más importante en su vida.

—¿Cómo supiste que estaría allí?

La pregunta quebró el silencio, pero Benedict parecía haberla estado esperando, porque, al mirarlo de reojo, notó que no había movido un solo músculo al oírla. Él se dio vuelta para contemplarla de manera directa y le apretó un poco más la mano sobre la rodilla.

—Bea —respondió con sencillez.

Anna asintió. Una suave sonrisa se formó en sus labios. Beatrice, claro, ¿quién más?

—Me alegra que te lo dijera.

—También a mí.

Ella continuaba sin encontrar las fuerzas para mirarlo, pero Benedict la tomó entonces por los hombros y la obligó a enfrentarse a sus ojos. Anna alzó el rostro sin saber con qué se encontraría con exactitud, pero el corazón le dio un salto en el pecho al ver el modo en que él la observaba.

—No sé cómo explicar cuán orgulloso me siento —dijo él.

Anna parpadeó y entreabrió los labios, asombrada.

—¿Orgulloso? ¿Por qué? —inquirió en un susurro.

Benedict sonrió y la miró como si no pudiera creer que le hiciera esa pregunta.

—Por ti, por supuesto —explicó sin vacilar—. Eres tan bella, fuerte y valiente que a veces olvido todo lo que has sufrido, pero me lo recordaste hoy, aun cuando no lo hayas puesto en palabras directamente. Requiere mucho valor hacer algo como lo que acabas de hacer, y te amé durante cada segundo en que estuviste allí arriba, incluso más de lo que te amaba ya.

Anna no supo qué la sorprendió más: que alabara su reciente comportamiento o la declaración de sus sentimientos. Ambas cosas, supuso.

Cuando al fin consiguió encontrar las palabras para contestar, posó una mano sobre el brazo de Benedict y le dirigió una mirada dudosa.

—¿Estás seguro? —interrogó ella.

—¿De que te amo?

Anna sonrió y negó con la cabeza.

—No, sé que lo haces.

—Suenas muy convencida —señaló él con las cejas alzadas—. Eso es un poco pretencioso de tu parte.

—¡No! Lo sé porque yo te amo también —musitó ella con la frente apoyada contra el pecho de él, y exhaló un suspiro—. ¿Cómo podría no reconocer el amor que veo en tus ojos cuando lo siento cada segundo en mi corazón?

La pregunta surgió amortiguada, pero Benedict la oyó con claridad. Anna sintió que la apresaba con fuerza entre los brazos, pero no hizo ni un gesto de molestia. No podía imaginar una sensación más agradable que ser envuelta por su calor.

—Me refiero a ese orgullo del que hablabas, de que no te sientes enojado porque decidí subir al estrado y decir todas esas cosas... —ella continuó al cabo de un momento en silencio.

Él le tomó la barbilla con un dedo y la obligó a levantar el rostro para mirarlo.

—¿Por qué iba a estar enojado? —preguntó sin comprender.

—Muchos otros hombres lo estarían.

Benedict exhaló un hondo suspiro y la alejó de él. Anna sintió como si le hubieran quitado algo importante al dejar de percibir la tibieza que él despedía y encontrarse con esa mirada ceñuda.

—Yo no soy como otros hombres —declaró convencido.

Anna empezó a negar con la cabeza y se llevó una mano al pecho, donde sintió cómo el corazón golpeaba con demasiada fuerza.

—Lo sé —musitó ella, sin dejar de sostenerle la mirada—. Pero aun así... Benedict, ¿cómo puedes amarme? ¿No ves que no soy la persona correcta para ti? Solo digo tonterías y no dejo de meterme en problemas. Soy una

viuda amargada, de la misma manera en que fui alguna vez una chiquilla estúpida y frívola.

—¿Deja eso ya, Anna! ¿Por qué pensarías algo tan horrible de ti misma? —inquirió él, incrédulo.

Fue Anna quien exhaló un suspiro entonces y quien se mostró un tanto fastidiada, pero, a diferencia de él, ella no se contentó con mirarlo con gesto obstinado, sino que se deshizo de aquel abrazo y se puso de pie con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Tú lo dijiste.

La acusación resonó entre ambos como un disparo. Benedict la miró como si no la hubiera oído bien.

—¿Te refieres a todas esas veces en que me has acusado de que dije esas cosas? —le recordó él, que se incorporó también. La cercanía de ese cuerpo abrumó a la joven—. Porque me disculpé y fui sincero.

—Lo sé, pero... —Anna se vio de pronto muy cansada y lo miró con algo cercano a la vergüenza—. Me gustaría mostrarte algo.

Sin esperar a que Benedict dijera nada, tomó el bolso que había llevado con ella aquel día y que había dejado caer sobre una silla cuando él la había llevado allí. Hurgó en el interior y al final sacó un objeto que sostuvo entre ambos para que él pudiera verlo con claridad.

—¿De dónde sacaste eso? —interrogó él cuando lo reconoció, sorprendido.

El rubí que Anna había tomado del escritorio de Benedict refulgía por el reflejo del fuego.

—Lo robé. Mejor dicho, lo encontré en tu despacho aquella noche de la cena en honor a tu padre, ¿recuerdas? Estaba curioseando entre tus cosas y me lo llevé porque es mío—explicó ella sin sonar demasiado arrepentida.

Benedict frunció el ceño y se adelantó a tomar la joya entre los dedos. Anna se la entregó sin vacilar. Se dejó caer de nuevo sobre el sillón en tanto él la examinaba como si la viera por primera vez.

—Lo encontré hace años fuera del despacho —evocó él en tono reflexivo—. Recuerdo que estaba sobre la alfombra y que lo recogí al pensar que se le debía de haber caído a alguien que luego intentaría recobrarlo, pero nadie

vino por él. Por algún motivo no pude deshacerme de él; tenía algo que iba más allá de su valor. Lo conservé conmigo porque sentí que eso era lo que debía hacer, pero nunca supe por qué.

Anna esbozó una sonrisa burlona dirigida a sí misma.

—Fui yo quien lo dejó caer. Formaba parte de un broche que llevaba la noche en que lo encontraste, pero no lo reclamé porque entonces habría tenido que explicar cómo lo perdí. Sucedió mientras te espiaba, a ti y a Beatrice, cuando hablaban en tu despacho —explicó ella con las cejas elevadas en un gesto carente de humor—. Como ves, no solo soy una ladrona, también soy una entrometida y fisgona irrespetuosa que escucha conversaciones ajenas.

Benedict sostuvo el rubí con una mano y lo colocó con tranquilidad sobre el borde de la repisa de la chimenea, sin mirarla. Anna creyó que no diría nada, horrorizado por la confesión, o que quizá le pediría que se fuera y aseguraría no querer verla nunca más, pero, al cabo de un momento, oyó la voz clara y serena de él dirigirse a ella sin abandonar su posición.

—¿Qué fue con exactitud lo que dije entonces? —preguntó él.

Anna se encogió de hombros y puso los ojos en blanco, pero se reprendió al comprender que él no podía verla. Tardó un momento en responder. Cuando lo hizo, la voz le surgió cargada de una añoranza amarga que le sonó odiosa.

—Dijiste... —Ella se aclaró la garganta en tanto se preguntaba cuántas confesiones podría hacer en un solo día—. Dijiste que creías que era tonta y frívola, que no entendías cómo un hombre tan agradable como William podía tener una hermana como yo, que era tan vana y despreocupada que no tenías ningún interés en mí.

—Anna.

Su nombre surgió como un lamento arrancado de lo más hondo del pecho. Ella habría querido ponerse de pie y pasar los brazos alrededor de la espalda de él, apoyar el rostro sobre su hombro y cerrar los ojos. Quería consolarlo y consolarse a sí misma también, pero aún tenía algunas cosas por decir y no creía que pudiera encontrar otro momento en el cual hacerlo o el valor para ello.

—No fue nada tan terrible en realidad, ¿sabes? Es la clase de comentario desafortunado que una puede oír si escucha donde no debe. Te aseguro que me han dicho cosas mucho peores —comentó ella en tono burlón, un tanto

despreocupado porque era sincera—. Pero en tu caso me dolió ya que sabía que era verdad y ya que sentí que en el fondo no te importaba. Solo respondiste a una pregunta de tu hermana con sinceridad, como haces siempre. Ella te habló de esta joven por la que no sentías más que indiferencia y un poco de desprecio; tú dijiste lo que opinabas. No es justo culparte por eso, pero no lo comprendí hasta mucho tiempo después. Durante un tiempo te odié por esas palabras, decidí culparte por mis malas decisiones al repetirme a mí misma que quizá, de no haberte oído, no habría cometido los errores que me habían llevado adonde estaba. Pero es una gran mentira. Lo sé ahora, y lamento haberte responsabilizado por ello entonces. Pero no puedo evitar que duela, ¿comprendes? En especial cuando pienso en si algo ha cambiado en mí en realidad como parece pensar y me dices con frecuencia. ¿Soy en verdad la mujer a quien amas? ¿Merezco esta felicidad que me ofreces o la arruinaré como he hecho antes?

Escuchó el suspiro exhalado por Benedict y siguió el movimiento de los hombros y las anchas espaldas de él cuando se dio vuelta para verla.

—Te diré lo que pienso de la mujer en que te has convertido, pero antes quiero mostrarte algo. También tengo una confesión que hacer.

Anna frunció el ceño, intrigada, cuando lo vio dirigirse a la cama. En lugar de sentarse sobre ella, como pensó que haría, Benedict estiró un brazo para abrir un cajón del velador a su derecha y retirar un sobre que llevó con él al regresar junto a ella. Entonces se lo dejó caer sobre el regazo y la observó, expectante, en tanto Anna lo abría con el corazón acelerado. Parecía...

—Como puedes ver, también soy un ladrón, lo que nos convierte en la pareja perfecta —comentó él en tono bromista y las comisuras de los labios elevadas, pero su voz se hizo grave al continuar—. Sé que no debería tenerlas, pero no me he podido resistir a conservarlas.

Anna examinó los negativos de las fotografías que tenía en su poder; cuando terminó de mirarlos, elevó la mirada y la posó en el rostro de Benedict.

—Christian me los entregó —respondió él a la muda pregunta—. Creyó que era importante que yo los tuviera, y aunque estarías en tu derecho a reclamarlos, te ruego que permitas que las conserve.

—¿Por qué...?

Benedict se puso en cuclillas ante ella y posó una mano sobre los dedos temblorosos de la joven.

—Mira a esta mujer —pidió él.

Anna emitió un resoplido y sacudió la cabeza, dispuesta a hacer a un lado las fotografías, pero Benedict le sostuvo la mano para que las contemplara. No le quedó más alternativa que hacerlo, aun cuando fuera solo por complacerlo.

—Es muy triste.

Él la interrumpió con una sonrisa al tiempo que negaba con la cabeza.

—No. Es hermosa —la corrigió—. No está triste, está soñando. Está llena de melancolía y tal vez no parezca muy feliz, es verdad, pero puedo ver algo más importante que la felicidad en ella.

—¿Y qué es eso? —preguntó ella con voz inestable, un tanto retadora.

Benedict le tomó el rostro entre las manos y lo acercó a él.

—Esperanza —declaró muy seguro—. Fuerza. Tanto valor que me siento un poco tonto solo de aspirar a que ella pueda aceptarme y amarme también.

Ella rio porque no pudo hacer otra cosa. ¿Cómo podía pensar él algo como eso? Que no podría amarlo... Pero Benedict estaba muy serio y no correspondió la sonrisa de ella. En lugar de ello, dejó las fotografías a un lado y tomó las manos de Anna entre las suyas con la mirada fija en el rostro de ella como si no quisiera perderse un solo gesto.

—Anna, quiero darte la felicidad que mereces y quiero vivirla contigo. Deseo compartirla también en el futuro durante todo el tiempo que permanezcamos en esta tierra. Sé feliz conmigo, Anna. Hazme el hombre más dichoso del universo al aceptar lo que te ofrezco y te prometo por lo que me es más sagrado que jamás te arrepentirás.

—Benedict...

—Cásate conmigo —pidió él sobre sus labios—. Perdona cualquier error que haya podido cometer, olvida al muchacho egoísta y tonto que fui alguna vez y que no fue capaz de apreciar la espléndida mujer que eres. No permitas que pague durante toda mi vida por un estúpido error que me pesará como una piedra atada al cuello hasta mi último suspiro.

Anna negó, conmovida por ese tono apasionado, y le apretó las manos entre sollozos.

—No puedo perdonar lo que ya está olvidado o ignorar lo que alguna vez fue verdad —dijo ella—, pero puedo hacer algo mejor.

—¿Qué?

Anna sonrió a través de las lágrimas y lo atrajo hacia sí para aspirar el aliento de Benedict como si quisiera hacerlo suyo.

—Puedo darte a la mujer que soy ahora. —Ella lo besó con suavidad; luego, se retiró para mirarlo a los ojos—. Y puedo amarte y ser feliz contigo.

Benedict le devolvió la sonrisa. Le envolvió la cintura con los brazos al tiempo que apoyaba la frente sobre la sien de ella.

—Me parece una oferta estupenda —aceptó él, encantado—. ¿Podemos empezar ahora?

Y así lo hicieron.

EPÍLOGO

—No puedo creer que haya pasado más de un desde la última vez que estuvimos en una como esta. Los mellizos han crecido mucho, por cierto. ¿Sabes que John gatea con bastante facilidad y que Virginia ya balbucea?

—Los he visto, son encantadores.

—Señoras, creo que no es el mejor momento para alabar los progresos de mis hijos, por impresionantes que sean. Aunque lo agradezco, claro, es posible que lord Cahill aprecie un poco de silencio.

Lady Sinclair y la señora Relish intercambiaron una mirada consternada y observaron a Benedict con idénticas muestras de compasión en tanto le daban un par de palmaditas y empezaban a parlotear con mayor ímpetu. William, que había sido quien les había pedido un poco de tranquilidad, puso los ojos en blanco y miró a su cuñado para disculparse con un gesto que parecía decir: “Al menos lo intenté”. Benedict, sin embargo, apenas parecía ser consciente de lo que ocurría a su alrededor y mantenía una expresión estoica que contradecía el golpeteo nervioso que había empezado a dar a la alfombra con la puntera de los zapatos. Estaba aterrado, pero no veía la necesidad de que todo el mundo lo supiera.

La luz de la tarde se colaba por una ventana del salón familiar de Falmouth House, y se dijo, no por primera vez, que era una lástima que sus padres no fueran a llegar a tiempo. Ellos se habían puesto en camino tras dejar Gloucestershire con un buen margen de tiempo, pero su tío Alexander y su esposa Mary se les habían unido en el camino, lo que eso los había retrasado un poco. Con optimismo, podía aventurarse que llegarían con el alba al día siguiente, pero entonces —y Benedict vendería su alma al diablo con tal de asegurarse de que así fuera— todo habría terminado. En realidad, estaba dispuesto a entregarla allí en ese mismo instante si eso le permitía ahorrar un segundo de dolor a Anna, pero dudaba que ella apreciara el gesto.

Un leve grito llegó a sus oídos desde el piso principal. Tuvo que ponerse de pie; no podía continuar sentado. Sin pensar, hizo a un lado el brazo que William tendió hacia él en un gesto amable y se apoyó en el pie de la escalera que llevaba a las habitaciones de la familia. Creyó oír la voz de sus hermanas,

provenientes del vestíbulo, pero no estaba seguro. No se le ocurrió ir a confirmarlo. Se mantuvo allí, erguido, con el rostro angustiado y la mirada fija en los peldaños como si así fuera capaz de conjurar un poco de calma. No podría pasar por eso nunca más. Nunca.

No supo cuánto tiempo transcurrió, pero entonces oyó un llanto nuevo que le desgarró el alma y, antes de que se diera cuenta de lo que hacía, subió los escalones de tres en tres, con el riesgo de romperse el cuello antes de llegar al piso superior. Una vez allí, se dirigió a la habitación de Anna, de donde acababa de salir una sonriente lady Rose, pero él apenas le prestó atención a lo que decía, menos aún atendió a sus pedidos de que permaneciera allí un momento más. Con un gesto gentil pero firme, la hizo a un lado y abrió la puerta de la habitación que ella había dejado entornada.

El médico, una de las mujeres que habían elegido para que atendiera a Anna e incluso un par de doncellas revoloteaban mientras recogían sábanas y cargaban cubos. Benedict, no obstante, no fue consciente de nadie que no fuera la mujer tendida sobre la cama con un pequeño bulto entre los brazos y la sonrisa más hermosa y plena que había visto en la vida.

Sin dudar, se arrodilló frente a ella como había hecho hacía no mucho tiempo y le sostuvo la mano sobre las mantas en tanto la miraba en una muda súplica para pedirle que compartiera con él el milagro que acababan de crear. Anna lo hizo, desde luego, y cuando Benedict vio al bebé que ella sostenía como si fuera lo más precioso del mundo, no le quedaron dudas. Supo que, más allá de los momentos difíciles que podrían esperarles en el futuro o las diferencias que pudieran tener dos seres con temperamentos tan opuestos como los suyos, todo, absolutamente todo, estaría bien.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres. Siempre. Su corazón continúa latiendo en el mío.

A Carlos.

A mis queridas amigas del club Leo Romántica Perú, compañeras de sueños, aventuras y alegrías. Conquistaremos el mundo, chicas.

A mi adorada Andrea Vázquez, mi muy admirada Elizabeth Bowman, mis buenas amigas Raquel Campos, Anabel Reyes, Lourdes Cambon, Julianne May, Dama Payton y tantísimas otras maravillosas personas que me acompañan día a día en esta extraordinaria aventura.

A todos y cada uno de los miembros de Vestales, como siempre; gracias por confiar en mí una vez más.

A ti, querido lector; sin ti, este libro no existiría.